

eTerciopelo

Santander. Verano, 1918
Una abuela desconocida
Oscuros secretos familiares
Un amor poco adecuado...

Una dulce

HERENCIA



ELENA BARGUES

Una dulce herencia

Elena Bargues



UNA DULCE HERENCIA

Elena Bargues

Santander. Verano, 1918

Una abuela desconocida.

Oscuros secretos familiares

Un amor poco adecuado...

ACERCA DE LA OBRA

Alba Ansorena, hija de los marqueses de Lucientes, vive en la burbuja de comodidad propia de su aristocrática familia, aunque ella, a espaldas de sus padres, traza unos planes muy diferentes para romper con su destino. Acude con la familia a pasar un verano más en el Sardinero; sin embargo, en esta ocasión, el regreso de Cuba de una desconocida abuela sacará del armario familiar los esqueletos guardados que alterarán de forma drástica su apacible existencia.

Al mismo tiempo, un atractivo viudo se cruzará en su camino. Tras un exilio de cinco años, Eduardo Arias ha regresado y levanta rumores de un escándalo en el pasado allá por donde va. A pesar de las advertencias y del vacío que la sociedad ejerce en torno del hombre, Alba no hace caso y transgrede las invisibles normas.

La acción transcurre durante el veraneo de los reyes, de la Corte y del Gobierno en la ciudad de Santander, la cual permanece ajena a la primera guerra europea y al hambre que asola España por el encarecimiento de los alimentos, aunque no podrá escapar de la gripe que se convirtió en pandemia y que causó más muertes que el propio conflicto bélico.

ACERCA DE LA AUTORA

Elena Bargues Capa (Valencia). Licenciada en Historia Moderna y Contemporánea por la Universidad de Cantabria. Reside en Santander, donde se dedica a la enseñanza de Lengua y Literatura Castellanas. Creció en el seno de una familia que le inculcó la afición a la lectura y se decidió a escribir ya entrada en años. Su primera novela salió a la luz en el año 2014 y, desde entonces, no ha dejado de publicar. Escribe tanto narrativa histórica de aventuras como novela romántica, dos géneros que le apasionan. Por las mañanas cumple con el ritual de recorrer los arenales del Sardinero, su factoría de ideas, para luego plasmarlas sobre el papel.

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Créditos

*E*l silbato del tren anunció la proximidad a la estación de Santander. Mi madre, que había aguantado el viaje sin perder la correcta postura y sin que se le descolocase un pelo, levantó la mirada de la revista que ojeaba con la indolencia del empedernido viajero. Provenía de una familia de rancio abolengo y esmerada educación en las formas sociales. Había aportado al matrimonio el título del marquesado de Lucientes. Mi padre, como era habitual en él, se hallaba en el vagón restaurante, perdido entre el humo de los habanos y las sucesivas copas mientras debatía con otros caballeros aburridos. Su aportación al matrimonio había sido el dinero que le faltaba a la señorita marquesa. Una unión de conveniencia que no se habían preocupado de ocultarme, tal era el hastío de ambos con la situación. Hasta donde yo sabía ninguno era infiel. Tampoco me había molestado en profundizar sobre sus vidas.

—Alba, arréglate un poco. ¿Cómo te las apañas para arrugar tanto el vestido?

No había censura en la observación, sino verdadera curiosidad. Para mi madre resultaba incomprensible que yo fuera carne de su carne y no hubiera heredado ninguna de sus perfecciones, excepto sus insulsas facciones.

—Estoy deseando llegar y salir de este horno —objeté.

—Una dama no suda, no seas vulgar —corrigió instintivamente, pues había renunciado, hacía años, a que me pareciera a ella.

Desde que nací no tuve mucho contacto con mis padres. Ocupados en bailes, conciertos y cenas sociales, me dejaron en manos de las niñeras y, más adelante, con la institutriz. Fueron años felices en los que doña Amparo, además de instruirme en aritmética, francés, geografía, literatura e historia, me introdujo en el maravilloso mundo de las reivindicaciones femeninas; por supuesto, a espaldas de mis padres. Era una mujer muy culta y con conocimiento de idiomas, así que seguía los avances de las mujeres en la

lucha por sus derechos tanto en Inglaterra como en Estados Unidos. Me enseñó el valor de la independencia, la satisfacción de valerse por una misma, de no depender de nadie, y eso me condujo a la inevitable incomprensión y alejamiento del estilo de vida de mis progenitores.

El tren se detuvo y, sólo entonces, mi madre, sin prisa pero sin pausa, recogió sus cosas, se colocó diestramente el sombrero y se puso de pie. Yo aguardé y la seguí mientras ella se abría paso por el vagón con gran elegancia: erguida, con movimientos pausados y mirada al frente, como si nada de lo que la rodeara despertara su interés. Por el contrario, yo movía la cabeza en todas las direcciones, empapándome de los detalles, de los vestidos, de las personas que nos rodeaban, de los colores, de las voces y de la vida en definitiva. En el andén nos aguardaba mi padre, quien se había encargado de contratar un mozo de cuerda para que se hiciera cargo del equipaje.

—Basilio ha venido a buscarnos —informó—. Ha ido con el ayuda de cámara para indicarle la carreta que ha alquilado para transportar los baúles. Será mejor que esperemos aquí su regreso, en el coche hará demasiado calor.

Me entretuve observando a la gente que había bajado del tren: unos saludaban a los familiares que habían acudido a recogerlos; otros, con una pequeña maleta, caminaban deprisa hacia el exterior. El rigor y la etiqueta no iban conmigo, así que cedí a mi impulso y salí afuera, ansiosa de sentir la brisa húmeda del norte.

—¡Ups! Disculpe mi torpeza.

El mismo caos que reinaba en el interior se repetía en el exterior, donde los coches y los carruajes se concentraban y se afanaban por aproximarse a la puerta de la estación. Había avanzado distraída, sin mirar por donde iba y me tropecé con un hombre.

—¡Tenga cuidado! —advirtió el caballero a la vez que me cogía de los hombros y me apartaba a un lado.

Un par de caballos, que arrastraban un sencillo y ligero faetón, frenó a nuestro lado. Me sentí como una torpe marioneta.

—¿Está usted bien? —se interesó.

La pregunta era un mero formulismo social puesto que era obvio que, a pesar de mi aturdimiento, no me había sucedido nada.

—Sí, gracias.

Me volví hacia la persona según respondía y me enfrenté a una mirada verde. Se trataba de un hombre alto, de pelo ondulado y oscuro, y muy

apuesto.

—¿Está sola o viene alguien a recogerla? —se preocupó con afabilidad.

—He llegado con mis padres. Esperamos a que nuestro mayordomo resuelva el transporte del equipaje.

Me sonó ridículo que una mujer de veintitrés años viajara con sus padres y me ruboricé. Sin proponérmelo, había descubierto mi estado civil.

—Preste más atención si no quiere morir joven.

Tanto su mirada como la voz se volvieron duras e indiferentes. Turbada por el radical cambio en los modales del atractivo caballero, en lugar de obedecer, me quedé paralizada contemplando cómo subía al faetón y se acomodaba. Vestía un terno de lino de buen sastre que le sentaba muy bien y se movía con la seguridad de quien domina el entorno, como mi madre. Lo vi partir sin que me dedicara una mera ojeada, desentendiéndose de mí.

—Vamos, Alba —me apremió mi madre.

El mayordomo, Basilio, abrió el camino hasta el landó familiar. Me apropié del asiento junto a la ventana para contemplar las calles, las casas y el mar durante el recorrido hasta el Sardinero. Estaba harta de pintar las plantas del jardín Botánico. Aquí los paisajes eran agrestes y reflejaban la fuerza de la naturaleza indomable sobre los acantilados. Se respiraba amplitud frente a los espacios constreñidos de Madrid.

—Leonardo y María Ángeles ya se encuentran aquí —comentó mi padre—. Basilio me ha dicho que ha llegado una invitación para cenar el sábado en casa de mi madre.

—¡Qué mujer tan imprudente! ¿Por qué habrá vendido el ingenio con todo el dinero que generaba? —cuestionó mi madre.

—Igual está enferma. De ahí las prisas por reunirnos.

—¿Qué edad tiene?

—Sesenta y dos.

El silencio reinó entre mis padres. No hacía falta añadir nada más. Todo estaba dicho. Anhelaban la fortuna que les correspondería a la muerte de la abuela. Más dinero para dilapidar, para vivir sin restricciones, para presumir ante los demás. Con la mirada perdida en el horizonte azul salpicado de barquillas, pensaba en lo que me distanciaba de mis padres: la educación de doña Amparo.

—Si contáramos con más dinero, podríamos adquirir una villa más adecuada. Resulta muy cansado buscar una de alquiler todos los veranos. Este

año, si no llega a ser por la enfermedad del conde de Valdemoro, no habríamos podido venir.

—Habrá que aguardar hasta ver qué sucede y cuáles son los planes de mi madre.

—¿Estás inquieto?

—Como para no estarlo. ¿Has olvidado la última vez que pisó Madrid?

—Hay que reconocer que fue bastante beneficioso —constató mi madre con una sonrisa de satisfacción.

—Me dejó en evidencia ante mis propios empleados —reconoció mi padre con un dejo de amargura, más preocupado por el orgullo que por la necesidad.

—Si ha vendido el ingenio, ya no le quedará energía. No te angusties —animó mi madre, pero a mí me pareció detectar cierta tristeza en mi padre.

Escuchar ese tipo de conversaciones, sin ningún recato ni rubor ante mi presencia, revelaba, más que la confianza de que los asuntos familiares no se aireaban en público, la falta de escrúpulos cuando había dinero fácil en perspectiva. Me asombraba que no hicieran nada para ganarlo y, en cambio, mucho para perderlo. El dinero era un medio que llegaba puntualmente de Cuba, como si brotara de la tierra por arte de magia, aunque, por lo que había leído en la prensa, esa idea se acercaba bastante a lo que estaba sucediendo con el precio del azúcar. Lo llamaban la «danza de los millones».

Me refugié en el paisaje y en mis planes de independencia, que llevaba adelante con el sigilo de un furtivo. Si sospecharan en lo que ocupaba mi tiempo, no quería pensar en lo que me harían. Por transgredir las normas, un delincuente en la cárcel es lo más cercano que se me ocurría.

El coche torció por un lateral del Casino y prosiguió, dejando atrás las fondas y rebasando las casas particulares que se habían construido al amparo del voluminoso edificio de recreo. Se detuvo antes de iniciar el ascenso al Alto de Miranda.

—¿Cuál es? —indagó mi padre asomado a la ventanilla.

—La que está detrás —informó mi madre con un mohín de disgusto—. Y no te quejes; al menos, hemos venido.

—No te preocupes. Estudiaré el asunto de la casa —claudicó mi padre con un gesto cansado.

Mi madre, la interesada marquesa de Lucientes, se deshizo en una sonrisa propia de los vencedores.

La villa resultaba bastante modesta al lado de las casas que estaban

diseñando en la actualidad, más ricas en decoración y más grandes, se trataba de un simple un caserón de tres plantas con tejado a dos aguas. Estaba claro que el viejo conde de Valdemoro veraneaba en Santander antes de que rey Alfonso XIII descubriera la ciudad y sus encantos. Las paredes rezumaban humedad y la oscuridad, a causa de la estrechez de las ventanas, imponía al interior un aire triste y lóbrego, acentuado por los paneles de madera en las paredes y las gruesas alfombras que cubrían los suelos. Olía a viejo.

Una vez instalados en la villa de alquiler, como era habitual, cada uno retomó su vida con independencia de los demás, lo que subrayaba que no éramos una familia, sino unas personas unidas en torno a unos intereses económicos. En Madrid, el servicio se había acostumbrado a tan singular comportamiento, incluso la cocinera ya no se tomaba a mal que no se presentara alguno de nosotros a las comidas. En la mesa del recibidor dejábamos recados sobre nuestro paradero, más falsos que San Pedro negando a Jesús.

El viento que imperaba en la costa mantenía el tiempo estable, el cielo despejado y la temperatura fresca, lo que era de agradecer por parte de los meseteños, que llegábamos escapando de los rigores estivales, aunque este año en particular había una siniestra razón que nos empujaba a abandonar Madrid: la gripe.

La prensa española hablaba abiertamente de la epidemia que asolaba Europa y Estados Unidos y que llamaban «española» porque el brote más severo, del que se tenía conocimiento, había surgido durante los meses de mayo y junio en la capital. Era algo que me asustaba pues, por lo que había entendido, no existía remedio y el enfermo debía confiar en sus propias fuerzas para superarla.

A primera hora de la mañana, cogí el pesado maletín de pinturas y mi silla plegable de lona, donde llevaba un mandil viejo desechado por el servicio, y me escabullí hacia la playa. El nordeste no se había levantado todavía, era un viento vago: aparecía a media mañana, arreciaba a mediodía y se acostaba temprano. Retomé la costumbre de veranos anteriores de pintar entre las ocho y las diez, antes de que se transformara el lugar en un hervidero de gente vociferante y de que el sol arruinara mi obra. Dentro del maletín, además de los tubos de pintura, iba el tablero, las amplias y gruesas hojas que empleaba, esparadrapo, un frasco con agua, pinceles de pelo de ardilla de diferentes

grosos, la paleta de porcelana para mezclar los colores y varios trapos viejos.

La acuarela me permitía ejecutar de forma rápida y limpia el paisaje e incluso esbozaba unos retratos bastante buenos, mientras que el óleo resultaba más complicado ya que el bastidor del lienzo y el caballete añadían un peso impensable para mí.

Me dirigí a mi lugar favorito bajo la ermita de San Roque. Como la marea estaba baja, me aposenté cerca de las rocas, donde un chico, en pantalón corto y armado de un redeño y un cubo, se deslizaba entre las pozas en busca de los regalos que ofrecía el mar: cangrejos, quisquillas y pulpos.

Busqué la sombra que proyectaba la ermita, desplegué la silla, me puse el mandil, abrí el maletín y me senté. Una vez fijada la hoja sobre el tablero con esparadrapo, la mojé con una brocha y la dejé secar mientras afilaba el lápiz y me fijaba en lo que iba a pintar. Señalé unos puntos con el lápiz de gran dureza para indicar el lugar de las rocas y me entregué de lleno a mezclar colores y a aplicarlos de forma que dieran vida a lo que sería mi obra, primero los más claros y luego los más oscuros. Me absorbió tanto el trabajo que me olvidé de la hora y de lo que me rodeaba, como solía sucederme con bastante frecuencia.

—¿Ese chico soy yo?

Me sobresalté al escuchar la voz tan cerca. No me había percatado de que el modelo se había escapado del paisaje y se había colocado a mi lado.

—Sí, aunque puede ser cualquier otro. Está demasiado lejos para apreciarse el parecido. En realidad, es una figura en medio de un paisaje.

—Es bonito. Me gusta. ¿Cómo sabe qué colores debe mezclar?

Me fijé en el chico, bien vestido y guapo de cara, moreno e impaciente, como si fuera un sacrificio estar quieto más de un minuto. Sonaba raro su acento, como si fuera extranjero. Sonreí.

—Cualquier cosa que emprendas en la vida requiere capacidad innata y dedicación, es decir, que muestres cierta destreza y emplees mucho tiempo en adquirir la técnica.

—Algo así me dice mi padre: vocación y afán de superación. A mí me gusta pescar y tengo facilidad en conseguir buenos pulpos —alzó el cubo para mostrarme dos magníficos ejemplares—, así que seré pescador.

Reí ante la salida del chico, a quien le calculé unos siete u ocho años.

—Por la calidad de tus ropas, no creo que un oficio forme parte de los planes de tus padres.

—De mi padre. Mi madre murió.

—¡Oh! Lo lamento mucho.

—Ya no estoy triste. Fue hace mucho. ¿Vendrá otro día a pintar?

—Siempre que no llueva o haga demasiado viento me encontrarás por aquí a esta hora.

—¡Genial! Así me pintará más de cerca y se me reconocerá.

—Perfecto. Te haré un retrato. Se me dan bien.

A la mañana siguiente, allí estaba, agachado en una poza entre las rocas con los utensilios de pesca. Con el rumor de las olas como compañía, comencé a armar mi estudio portátil, saqué una lámina, la preparé para que no se obleara después, y, en cuanto percibió mi presencia, el chico se acercó.

—Buenos días.

—Buenos días tengas tú también. ¿Dispuesto a ser mi modelo? —Asintió con la cabeza y con una sonrisa de oreja a oreja—. Sólo te necesitaré para realizar el esbozo y después podrás irte, ¿de acuerdo? Quítate el sombrero para que te vea la cara y no haya importunas sombras. ¿Cómo te llamas?

—Miguel Arias, para servirla a usted.

Los primeros minutos aguantó rígido, luego, comenzó a luchar con picazones imaginarias y se llevaba la mano a la nariz, a la oreja, al mentón. La roca sobre la que se había sentado tampoco era de su acomodo por cómo intentaba moverse sin que se notara. Se me escapó una sonrisa comprensiva en tanto me apresuraba en los escasos trazos para no prolongar la tortura.

—Puedes moverte. Dentro de un rato te necesitaré para algunos retoques.

Miguel se puso a mi lado para curiosear.

—¡Vaya! Con esas pocas líneas ya me reconozco. Es usted muy buena.

—La acuarela es una pintura muy transparente por lo que no se puede emplear mucho el lápiz. Ahora, marcha por ahí, me pone nerviosa que me miren mientras trabajo. Si te necesito, agitaré la mano.

El chico obedeció alegremente y corrió hasta internarse en el laberinto de rocas. Yo me perdí en la mezcla de colores terrosos, en los rasgos del rostro infantil, en los inocentes ojos verdes, en la desenfadada sonrisa, en el hoyuelo...

—Miguel estaba en lo cierto. Es muy buena.

Mi concentración se vino a tierra a causa de la voz a mi espalda. Sin darme la vuelta, pregunté:

—¿Lo conoce?

—Soy su padre.

Dejé la paleta sobre el maletín para que no se manchara de arena, me levanté para saludar al progenitor de tan admirable chiquillo y me hallé frente al caballero de la estación. Nada en su actitud reveló que me recordase del incidente. Se mantuvo erguido e inclinó levemente la cabeza a modo de saludo. Yo lo imité.

—¿Ha llegado a algún acuerdo con Miguel?

—¿A un acuerdo? ¿A qué se refiere? —inquirí desconcertada.

—¿Cuánto cobra por su trabajo?

¿Por mi trabajo? Algo vislumbré en sus ojos que mi instinto me aconsejó que siguiera el juego. El caballero no era tan inocente como parecía. Me recordaba, pero se me escapaba esa animosidad contra mi persona, pues estaba segura de que trataba de ofenderme.

—A diez pesetas el retrato.

Hinché el precio como venganza por la ofensa. El hombre, sin dejar de mirarme, evaluó la propuesta.

—En París, los artistas callejeros son más baratos —objetó.

—Pues vaya a París —contesté displicente.

Los ojos se achicaron como si sonriesen por mi falta de decoro o mi desparpajo.

—Tiene razón, queda un poco lejos. ¿Tardará mucho en terminarlo?

—En un par de minutos estará seco.

—¿No lo firma? —El tono burlón de su voz me enervó y mi descuido en los detalles me ruborizó. ¿Cómo se pueden gestionar tantas sensaciones a la vez? Me puse más nerviosa.

—Sí, por supuesto.

Tomé asiento de nuevo y elegí un pincel fino. Escogí un color que destacase y firmé: A. Ansorena, con mi letra caligráfica.

—También me quedo con el otro.

Observé la lámina del día anterior que carecía de firma.

—No está terminado. Los paisajes son más complicados. Cuesta doce.

—¿Cuánto cobra por un retrato?

Un matrimonio se había parado y curioseaba las láminas. ¿Me habían tomado por una artista callejera? Levanté la mirada dispuesta a deshacer el malentendido y descubrí una media sonrisa maliciosa del caballero de la estación. ¿Qué había hecho yo para merecer ese trato?

—Diez pesetas. —Acepté el reto, aunque desconocía sus consecuencias.

Levanté la barbilla para dejar sentado que no me arredraba por una bagatela como aquella. El gesto del hombre se tornó ¿admirativo?

—Mañana pasaré a recogerlas.

Hizo el ademán de buscar la cartera, pero lo detuve.

—Nunca cobro antes de entregar el trabajo —rechacé en tono profesional.

Inclinó la cabeza antes de retirarse y dejarme con los nuevos clientes. La mañana transcurrió de forma inusitada. Realicé el esbozo de la señora y quedé con ellos a la mañana siguiente. La ermita de San Roque tocaba las once y me percaté de que ya había gente en el balneario. Recogí mis bártulos, antes de que surgiera un nuevo cliente, y emprendí el regreso a casa. Por el camino sonreía ufana pues, sin ser consciente de ello, había ganado mi primer salario, y todo por orgullo. ¿Qué pensarían mis padres si se enteraban? ¡La hija de los marqueses de Lucientes pintando para ganar unas pesetas! Un atentado contra la ética aristocrática que no mencionaba el dinero porque era de mal gusto, aunque no se mostraban melindrosos si les caía de Cuba.

Otra cuestión era la identidad del caballero. Anduve el resto del día con él en la mente: esos ojos tan expresivos, tan observadores, tan burlones y retadores. ¿Por qué? No me conocía de nada. Y estaba casado, era padre. No, era viudo. El chiquillo dijo que su madre había fallecido.

Intenté centrarme en los preparativos para la cena del sábado, en la que nos reuniríamos la familia y conocería a la rica abuela, de quien conservaba un vago recuerdo de niña. Por lo que había oído a mi padre y a la tía María Ángeles, era una mujer severa y fabricaba millones con el azúcar. ¿O era el azúcar el que se convertía en millones? En casa se respiraba la ansiedad que generaba la cena. Mi padre había acudido a casa de la abuela a presentarle sus respetos y se hallaba ausente. Lo mismo le había sucedido a la tía, que se había adelantado unos días para ganarle la partida a su hermano en el afecto de la anciana señora. ¿Eran así las madres? ¿Se portaban así los hijos? Al parecer, en mi rica y aristocrática familia era una premisa. Mi abuela, por el momento, despertaba mi curiosidad: una mujer del pueblo, trabajadora, sin cultura y enriquecida por capricho del destino, era la impresión que me habían dejado las palabras de mi madre.

La víspera de la cena bajé con mi maletín a la playa. La marea había cambiado y me situé más arriba. El matrimonio me aguardaba acompañado de otras personas.

—Buenos días —saludé con simpatía—. He terminado su retrato.

—Buenos días. ¡Fantástico! —Se entusiasmó el señor—. Estos amigos, en cuanto aprecien su arte, desearán uno para ellos.

Me sorprendí de la demanda. Me gustaba pintar, pero nunca me preocupé por el nivel de destreza. Saqué el retrato de la señora y se cerraron en torno a él. Monté mi estudio al aire libre con las alabanzas y las buenas críticas de fondo. El cambio de sitio a causa de la marea me obligó a abrir la sombrilla y atarla a la silla para proteger la lámina y que no se secase antes de tiempo. Eché en falta a Miguel y a su padre.

—¿Cuántos puede hacer en un día? —me preguntó una de las señoras.

—¿Cuántos? —repetí aturdida. Nunca me lo había planteado—. Dos —dije al azar.

—Yo, primero. —La señora tomó asiento en una silla que habían acercado del balneario.

—¿Por qué no juntos?

—¿Se puede? Muchísimo mejor. —Se emocionó el marido, quien se colocó de pie, detrás de su mujer.

—Demasiado formal —objeté—. Parece una foto. No importa, yo lo cambiaré. Primero, la señora y, luego, ya le indico dónde debe ponerse.

Me dejé llevar por las circunstancias y, en ningún momento, se me ocurrió confesar la verdad. En mi bolsillo guardaba mi primer sueldo: diez pesetas. Me sentía útil. Como era habitual, me concentré en las facciones que tenía delante y tracé el esbozo de la señora. Con el marido surgió mi chispa rebelde y le indiqué que se sentara sobre el brazo de la silla y apoyara un brazo en el respaldo, de forma que quedaba un poco inclinado hacia ella.

—¿No será demasiado informal? —Se preocupó el marido.

—Íntima, pero ¿no se trata de un recuerdo de las vacaciones?

Conquisté a la mujer, que se ruborizó como una colegiala, y el señor la miró con complicidad. Así descubrí que también se me daba bien ganarme a los clientes. Me apliqué con el recuerdo de la expresión del hombre, que reveló sus sentimientos en el breve instante de satisfacción. Terminé el trabajo con el lápiz, levanté la cabeza y fui consciente de que el grupo había crecido a mi alrededor. Entre los curiosos reconocí el gesto serio del apuesto padre de Miguel. ¿No sonreía nunca?

Hasta que no tomé nota de nuevos encargos y se dispersaron, no se acercó.

—Le va bien el negocio. Podrá pagarse un buen alojamiento.

—Gracias por su preocupación por mi bienestar —dije con voz neutra y educada, como si fuera lo más natural.

Saqué las láminas y se las tendí. Por costumbre lo miré a los ojos y de nuevo intuí ¿admiración? ¿diversión? Antes de hallar una respuesta, los desvió hacia mi trabajo. Observó largamente el rostro de su hijo.

—Sobre el papel, va más allá de los rasgos físicos. Tanto en el retrato de la señora como en el de Miguel ha captado la esencia de la persona. —Su mirada verde se clavó en la mía—. Me da miedo lo que pueda leer en mi rostro.

¿Era un reto? ¿Una invitación? No lo pensé y contesté:

—No estoy muy segura: ¿agresividad o amargura? ¿rencor o soledad? Está enfadado con el mundo y lo paga conmigo.

Le mudó el gesto y la careta cayó. Leí incredulidad, vulnerabilidad de quien es descubierto, pero fue muy rápido.

—Era una forma de hablar, no una invitación a que me realizara un análisis psicológico propio de una aficionada. —Sus facciones se fueron endureciendo a medida que hablaba.

Me tendió el dinero y se alejó sin darme la oportunidad de resarcirme. Me estaba bien empleado por entrar adonde no me habían llamado. Furiosa y avergonzada, recogí y me encaminé hacia el paseo justo a tiempo de evitar un encuentro indeseado. Si seguía prolongando el rato en la playa, terminarían sorprendiéndome y se enterarían mis padres.

Llegó el sábado y con él, la inquietud. Mis padres y mis tíos se vistieron las mejores galas para impresionar a su madre, las incertidumbres por el futuro flotaban en el aire junto al aroma dulce de la caña. Personalmente, decidida a buscar mi sitio en el mundo, me había desligado de aquel teatro, tan sólo me movía la curiosidad, la necesidad de conocer a la temible abuela, de derribar un mito al verlo con mis propios ojos y no a través de los ajenos con las percepciones llenas de prejuicios.

Me decanté por un vestido que combinaba la gasa con la seda en tonos dorados que resaltaban el leve moreno de la tez y de los brazos adquirido durante las sesiones matutinas en la playa, a pesar del sombrero. No bastaba con evitar el sol, la propia brisa tostaba. Aunque mi madre pusiera el grito en el cielo, las mujeres modernas practicaban deporte y mostraban colores sanos frente a los polvos cadavéricos de las matronas. Los tiempos cambiaban y las modas con ellos, así que me pareció adecuado realzar mi buena salud: de talle alto, escote cuadrado y manga francesa, la falda caía recta hasta el tobillo y resaltaba mi cuerpo esbelto. Un echarpe de color natural me resguardaba del rocío de la noche.

—¿Otra vez jugando al tenis con tu primo Leo? —reprochó mi madre en cuanto entré en el salón—. Haz el favor de cuidar el cutis. ¿Cómo vamos a encontrarte un pretendiente si no te esfuerzas?

No la saqué de su error, no valía la pena discutir por algo que sabía, a ciencia cierta, que no le interesaba.

—No busco un marido —repetí con la voz cargada de paciencia.

—Haz caso a tu madre. Ya ha pasado más de un año desde la muerte de Raúl. Debes sobreponerte y seguir con tu vida adelante.

Raúl, mi vecino, mi amigo, mi primer amor. El único que me comprendía y alentaba en mis decisiones, quien me aconsejaba y me servía de escudo tras el que escondía mis disparatados planes de mujer dueña de mí misma. Su familia

vivía en la misma calle y crecimos juntos. Yo le transmitía las enseñanzas de doña Amparo, le confiaba mis lecturas, comentábamos las noticias y la política. Luego, se marchó a la universidad para estudiar leyes. Quería ser juez, como su tío. Mis padres, al principio, no apoyaban el compromiso, pero terminaron aceptándolo ante mi empeñamiento. Al fin y al cabo, la familia estaba bien relacionada y el muchacho se esforzaba. Sin embargo, la tuberculosis truncó el brillante futuro y mis expectativas de liberación entre sus brazos.

—Este verano te presentaré a varios caballeros que están buscando esposa —soltó mi madre sin ningún pudor.

—¿Esposa o dinero? —contesté sin rubor.

—No seas ordinaria —reprendió mi padre molesto.

—Sincera, no confunda los términos, padre, ya soy mayorcita para que me endulce la vida. ¿Me pueden explicar por qué tengo que casarme? ¿Acaso no soy yo quien aporta el dinero para mantenerme?

—¿A estas alturas no hará falta que te explique que no puedes vivir sola? Dejemos esta conversación que no conduce a ninguna parte. Necesito estar sereno para afrontar la velada de esta noche.

—¿Y a usted, madre? Si soy un desastre, ¿qué le importa con quién me case?

—El nombre de la familia no puede quedar enterrado en el fango. Serás la heredera del título, o tu hijo si tuvieras un varón.

El título, el dinero, todo pesaba más que mi humilde persona. ¿Quién era yo para cuestionar la importancia de los bienes materiales?

A pesar de la cercanía de la casa de la abuela, empleamos el landó. Mis padres estaban decididos a apabullar a la pobre anciana millonaria con un gran despliegue de medios que realzaran la importancia del marquesado. Los tíos, condes de Saldaña, sufrían la misma fiebre, pues su coche se hallaba en el lateral de la casa.

—Otra vez nos ganan por la mano —refunfuñó mi padre en voz baja.

—No es una carrera. Es una cuestión de inteligencia y estrategia —puntualizó mi madre—. Tú eres su hijo, no dejará la fortuna en manos de un extraño. Se limitará a mejorar la dote de tu hermana y de sus hijos, como es justo.

—No me preocupa el dinero. Mi madre, a veces, es imprevisible.

—Si la vieja no guarda las formas, siempre se puede imputar la herencia bajo la acusación de que no está en sus cabales.

Mi padre se volvió con la expresión de espanto reflejada en la cara. Y no era para menos la falta de escrúpulos de mi madre. ¡Qué frialdad! El silencio se adueñó del interior del coche. Mi padre bajó el primero para ayudarnos a descender. En su huidiza mirada y en la nerviosa respiración atisbé un rastro de conciencia, de escándalo, de temor y de decencia.

El edificio se hallaba al inicio de una pronunciada cuesta que conducía hacia el Hotel Real. Las casas eran escasas por el impedimento del desnivel, pero ya se veían varias construcciones en marcha. Alcé la mirada hacia la fachada. Era irregular a causa del terreno inclinado descrito. La parte derecha contaba con tres pisos y miradores redondos al frente, la parte central, que servía de enlace entre las dos partes, era de sólo dos alturas y se abría en arcadas que soportaban la terraza superior, y la parte izquierda constaba de dos pisos y una torre cuadrada de tres alturas. El conjunto era imponente.

Esboqué una sonrisa de satisfacción cuando descubrí en el patio un Hispano Suiza, aparcado en un lateral de la casa por lo que deduje que pertenecía a la dueña de la casa.

—Bonito coche —señalé con la intención de molestar a mi madre.

—Pronto tendré uno —murmuró codiciosa, aunque mi padre, más adelantado, no la oyó.

Un criado abrió la puerta antes de que ascendiéramos los escalones. La antepuerta destacaba por el doble arco, antes mencionado, y el alicatado azul hasta el hombro. Entregamos los chales al criado y el mayordomo nos condujo al salón. La casa no era nueva, se notaba que habían brillantado los suelos, habían pintado con los tonos pastel de moda y habían redecorado con muebles sencillos y de maderas caras traídos, con toda probabilidad, de Cuba. Lejos de lo que pensaba mi madre, se respiraba lujo y una severa elegancia, aunque no siguiera las pautas de la pasada moda modernista ni se adecuara al *art déco* que pregonaban las revistas francesas. En el salón, destacaban los clásicos sillones tapizados con cretonas alegres y los ligeros visillos crema que cubrían los altos ventanales.

Me sentí cómoda y no en un escenario para las visitas, como el salón de nuestra casa: con lo más costoso y el último grito en tendencia. El tío Leonardo llenaba con sus carnes uno de los sillones, los primos Leo y Ruth compartían uno de los sofás, enfrente del otro que ocupaban la tía María Ángeles y una mujer mayor, erguida, pelo cano, piel ligeramente tostada y de gesto serio. La correcta postura, la perfecta caída del costoso y sencillo

vestido color crema cuando se levantó, la mirada analítica y la fuerza de la voz me indicaron que no se trataba de una anciana desvalida.

Los saludos de mis padres, demasiado empalagosos para mi gusto, disfrazaron las podridas intenciones que escondían. Me mantuve en un segundo plano, testigo de la obra de teatro que se desarrollaba ante mí. Distraída, contemplaba los detalles del escenario hasta que mis ojos se encontraron con la mirada penetrante de la abuela.

—Alba, acércate —exigió mi padre.

—Encantada de conocerla, abuela. —Me incliné y deposité un beso sobre la suave piel de su mejilla.

—El gusto es mío. Te conocí cuando eras muy pequeña. ¿Te has repuesto de tu pérdida?

¿Qué le habían contado mis padres en sus cartas? ¿Le habían hablado de Raúl?

—Sí. Gracias por su interés.

—Espero que este verano nos conozcamos mejor y perdamos la timidez. — Esbozó una sonrisa para acompañar las palabras—. Ya que estamos todos, nos trasladaremos al comedor. Como faltan varones, Alba abrirá la marcha conmigo.

Mi madre no escatimó sonrisas y se apresuró a formar parte del cortejo con mi padre; en segundo lugar, los tíos y, finalmente, los primos. Mi padre se sentó a la derecha de la abuela y mi madre a la izquierda, acaparando los flancos y acotando el territorio más cercano a la anciana; luego, el tío Leonardo y la tía María Ángeles frente a su marido. A mí me sentaron frente a Leo mientras que Ruth se quedó desaparejada. La vajilla de porcelana y el servicio de plata relumbraban sobre el mantel de hilo.

Mis padres y mis tíos mantenían una conversación banal sobre el clima en Santander que reflejaba cierta tensión en el ambiente. Me sorprendió gratamente la habilidad de la abuela para reconducir la conversación por veredas más interesantes como los actos culturales, la situación política tanto en Cuba como en España, la guerra en Europa y cómo nos había afectado. Me replanteé el juicio de mi madre sobre la tosquedad de doña Brígida, quien, además, rebosaba salud y energía.

Los platos caribeños como la ropavieja, el pollo frito y la piña se sucedieron servidos por tres criadas que se movían perfectamente sincronizadas. Algo que, sin duda, sabría apreciar el ojo crítico de mi madre.

La conversación se distendía a medida que avanzaban los platos. Los mayores soltaron la lengua en cuanto se sintieron cómodos y expusieron sus opiniones; sin embargo, doña Brígida, atrincherada en una amable sonrisa, destilaba la curiosidad por los ojos, que se mantenían expectantes, alentaba a proseguir con una frase aquí y otra allá, como si estuviese de acuerdo con lo que exponían, pero de sus labios no salió ni una opinión. Era la ventaja de permanecer callada, permitía observar mejor las reacciones.

—Si os parece, pasaremos al salón para estar más cómodos, tomaremos el café y los licores allí.

Nuevamente acomodados, con los colores de haber cenado satisfactoriamente y de haber superado la tirantez inicial, doña Brígida aprovechó para sondear a la familia.

—Dígame, Leonardo, ¿qué tal van las labores de los latifundios extremeños? Imagino que, una vez terminada la guerra, habrá gran demanda de cereal y productos cárnicos en Europa.

—Bien, bien —contestó el interpelado sorprendido.

—¿Los envíos los realiza por mar o por tierra? —insistió la abuela, aparentemente interesada.

—Bueno, doña Brígida, de esos menesteres se ocupa el administrador. Aquí, en la península las cosas no son iguales que en Cuba. Mi trabajo es la supervisión y las relaciones comerciales por lo que debo permanecer en Madrid y no al frente de las explotaciones. Eugenio Casado trabaja para la familia desde hace más de treinta años. Es de toda confianza.

—Comprendo —contestó la abuela sin abandonar la sonrisa.

Tras la torpe explicación, a mi juicio, de la inactividad laboral de su marido, la tía María Ángeles estiró la mano con la copa para que le sirvieran otro ron.

—Madre, no comprende nada —rebatía María Ángeles—. Es una recién llegada. Ahora que ha vendido las propiedades de Cuba, ¿qué va a hacer? Se aburrirá mortalmente mano sobre mano. Usted no ha nacido para la inactividad.

—Eso, madre, explíquenos la razón de esa decisión tan desatinada, justo cuando más rendía el ingenio —apremió mi padre.

—Dieciocho años al frente de los negocios agotan a cualquiera. Me dolió deshacerme de los colmados de mi familia, donde comencé a trabajar y donde conocí a vuestro padre; después, la destilería de ron, con la que empezamos

juntos lo que sería la base de nuestra fortuna y, finalmente, el ingenio porque ha sido el más rentable, con diferencia, en estos años de conflicto con la desaparición de la remolacha. Me ha costado dejar atrás recuerdos de toda una vida de lucha, sinsabores, quebraderos de cabeza y de felicidad, pero hay que seguir adelante, y ahora mi vida está aquí, junto a la familia. Quiero conocer a mis nietos, por esa razón, si no hay inconveniente, me gustaría que pasaran el verano conmigo, en esta casa. No hay nada como la convivencia para crear vínculos más estrechos.

—Por nuestra parte no hay inconveniente. —Se adelantó mi padre sonriente. Yo no repliqué.

—Por la nuestra tampoco —concedió el tío Leonardo con satisfacción.

—¿Sucede algo, Ruth?

A la abuela no se le había escapado el mohín de contrariedad de mi prima.

—No, nada —se apresuró a responder agobiada ante la mirada de su padre.

—Sin embargo, hay un pero —insistió la abuela.

—Habíamos quedado con los marqueses de Vergara en que los chicos disfrutarían de cierta confianza para que se conocieran —respondió la tía María Ángeles por ella—. Aprovecho para comentarle, madre, que sería interesante que la dote fuera más sustanciosa.

—La experiencia me ha enseñado que los términos económicos deben discutirse después de que los interesados hayan aceptado dar ese paso. Los jóvenes compartirán la casa y las comidas conmigo, pero pueden seguir adelante con sus planes y participar de los bailes del Casino, del Hotel Real u otras reuniones, evidentemente.

La tía iba a replicar, pero, inesperadamente, la abuela se levantó y nos despidió.

—Mañana os espero. Y los demás, podéis venir a verme cuando queráis, no voy a ausentarme durante el verano. Creo que sería muy satisfactorio que cenáramos juntos una vez por semana.

Nos acompañó hasta la puerta principal que el mayordomo mantenía abierta. Había dado aviso a los cocheros y aguardaban a los pasajeros.

En el corto trayecto hasta la casa alquilada nos mantuvimos callados, cada uno sumido en sus propias reflexiones. Yo me preguntaba cómo influiría en mi vida una abuela tan peculiar y tan diferente a la idea que me habían transmitido mis padres.

Una vez en casa, afloraron las dudas y las incertidumbres.

—Deberás rehacer el equipaje —constató mi padre—. ¿Dispone de doncella propia?

—¡Qué poco conoces a tu hija! —Suspiró mi madre—. La peina la mía. Espero que te comportes como una dama y no nos dejes en evidencia. Revisaré la ropa y compraremos lo que sea necesario. Sospecho que Ruth desplegará todas sus artes. Es una joven despierta y con los pies en la tierra. Leo es más torpe, pero su hermana suplirá las deficiencias.

¿De verdad pensaba mi ilustre madre que podría contar conmigo para sus infernales planes? Guardé silencio, como si aceptara mi destino, aunque mis pensamientos discurrían por otras rutas. Me interesaba la abuela como mujer llena de contradicciones, con una vida difícil a la que había aludido, pero no entraba en mi cabeza llegar más lejos. Seguía con mi idea de independencia y mi secreto a la espalda.

—No te equivoques, Lucía, mi madre no ha sido de arrumacos y falsas palabras —contradijo a su esposa—. Le impresionan más los logros personales. Es una mujer que ha vivido tiempos muy difíciles. Nada de lo que tú piensas, le impresionará a ella. Es complicada. María Ángeles la comprende mejor que yo; sin embargo... —Me miró especulativamente, como si cayera en la cuenta de algo que no se le había ocurrido antes. Deseé que no me incluyera en sus ideas—. Deberás esforzarte y mostrarte agradable a mi madre —concluyó. Había tomado una determinación—. Irás sin doncella y no comprarás nada. Te presentarás tal y como eres. Estoy seguro de que apreciarás mi decisión ya que no eres propensa a ocultar tus opiniones, aunque sí te pediré que la norma «de lo que se habla en familia queda en la familia» no se quebrante.

Mostré mi conformidad a pesar de que intuía que mi padre se traía algo entre manos. Ese cambio repentino y contradictorio a los planes de mi madre me alertaron de que no era por capricho. Como hijo, conocía a su madre, y yo encajaba de alguna manera. No me gustó ser la avanzadilla de la traición, el caballo de Troya; sin embargo, de momento, no me quedaba otra opción que ser peón en el tablero de ajedrez.

¿Era eso? ¿Un juego? ¿Una guerra? Para ambas era necesaria una estrategia y para trazar una estrategia había que conocer a los contendientes. El conocimiento significaba poder. Se me había ofrecido la oportunidad de extenderlo con la abuela y debía aprovechar la ocasión.

Con esa idea más animosa que la de ejercer de peón, me retiré. El peón

realizaría el jaque mate y se liberaría de una familia donde primaban los intereses y el egoísmo.

*E*l buen tiempo, mantenido por el viento del nordeste, acabó. El cielo amaneció encapotado, extrañamente estático y con la luz característica que precede a la lluvia. Había pasado parte de la noche con el equipaje para dejarlo preparado. Cogí mi maletín, la silla y salí subrepticamente. Debía encontrar un lugar a cubierto para quedar con los clientes, el balneario sería ideal si no ofreciera tantas oportunidades para ser descubierta por algún conocido. Jugaba con fuego y reconocía en mi fuero interno que me gustaba, me hacía sentir viva, rompía con la monotonía de los días. El incentivo de ganarme unas pesetas añadía enjundia a la aventura. Era consciente de que, aunque aumentaba la hucha, no era suficiente para vivir de ello y, en invierno, no podría pintar al aire libre. Era impensable mi arte como medio de subsistencia, pero era agradable romper con las normas, desobedecer.

Me asomé a la playa y no había nadie. El mar, del color plomizo del cielo, ofrecía una superficie lisa. La ausencia de viento electrificaba el ambiente, acentuaba la nitidez de los objetos, afinaba la percepción visual. ¿Cómo sería plasmar las sensaciones sobre un papel? Un movimiento cercano me distrajo. El matrimonio se acercaba. Les mostré el trabajo en cuanto llegaron a mi lado.

—Si no les gusta, los libero del acuerdo —ofrecí nerviosa. Me había tomado demasiadas libertades.

—Es una sorpresa —opinó ella sin apartar la vista de la lámina.

Guardaron silencio mientras apreciaban los detalles y se hacían a la idea.

—Me parece magnífico —declaró el marido—. Es cierto que no es la idea de un retrato, pero me encanta. Ese aire de complicidad, ese desenfado...

—Raimundo, no podemos colgarlo en el salón —objetó la señora.

—¿Quién habla del salón? En nuestro cuarto, querida, es para nosotros. Señorita, ha captado la admiración que siento por mi esposa de una forma magistral y delicada. Es usted una gran artista. Me lo había comentado un

amigo, pero me pareció una exageración. Me ha conquistado con su arte. ¿Siempre pinta en la calle o dispone de un taller?

—En la calle. Estoy de veraneo —confesé, sonrojada por los halagos.

—Pues el tiempo no le va a acompañar durante unos días —advirtió la señora con los ojos puestos en las espesas nubes.

—¿Y en el balneario? —propuso el señor—. Cuando llueve, el vestíbulo está vacío.

—Demasiada gente ociosa —rechacé—. Me pone nerviosa que se arremolinen a mi alrededor y hablen. Me limitaré a los días soleados y a primera hora.

—Raimundo, no insistas. Si lo hace así, sus razones tendrá —disuadió la señora y me guiñó un ojo—. Su intención es buena, discúlpelo.

Las primeras gotas interrumpieron la reunión y nos retiramos. Me apresuré a regresar a casa antes de que rompiera a llover de forma seria. Crucé las vías del tranvía y la plaza hacia el Casino y, para mi desesperación, arreció la lluvia. Buscaba ya un refugio, cuando un amplio paraguas negro me cubrió.

—Corre usted mucho —acusó el padre de Miguel—. La acompaño hasta su casa.

—Muchas gracias, pero no deseo que me vean acompañada. Acepto hasta la puerta de la fonda más cercana.

Bajo el paraguas había demasiada intimidad. Implicaba contacto físico y aislamiento, tanto que me llegaba el olor de la loción de su afeitado y distinguía el color verde de su mirada.

—¿Qué la vea quién? Madruga mucho y llueve —dijo al tiempo que se apartaba para ofrecerme mejor perspectiva sobre la solitaria plaza y la calle, que conducía a mi casa, vacías.

No se me ocurría ninguna razón para no aceptar y necesitaba regresar cuanto antes, así que me cogí del brazo que me ofrecía.

—¿Por qué lo hace?

—Porque debo llegar a casa. Tengo una cita —respondí vagamente.

—Me refiero a pintar por dinero. El primer día fue una broma, pero usted la ha seguido al pie de la letra.

—¿Una broma? Creo que se da más importancia de la que tiene. Mi destreza no se adquiere en un día, me dedico a ello —mentí como la mejor actriz.

El caballero esbozó una sonrisa sesgada y tiró de mi brazo para evitar que pisara un charco.

—Intrépida y tozuda.

—¿Se divierte?

—Digamos que no me aburro. ¿Cómo terminará su aventura?

—A usted ¿qué le importa lo que yo haga?

—Curiosidad. Su conducta no es muy usual.

—Tampoco la suya y no le critico ni lo observo como si fuera un insecto objeto de un estudio —repliqué airada por sus declaraciones—. ¿Me sigue?

—En absoluto. Coincidimos en horario. No soy muy sociable.

Me mordí la lengua para no responder. Me inquietaba su presencia y acababa de confesar que no le gustaba la gente. Caí en la cuenta de que lo conducía a mi domicilio y, con alivio, recordé que me mudaba a casa de la abuela. Recorrimos el resto de la calle en silencio y, por el camino, me fui relajando. De reojo observé su perfil: era apuesto y mayor que yo, los treinta ya los había cumplido. Excepto cuando clavaba en mí sus ojos cargados de ironía, no parecía peligroso. ¿Cómo podía serlo con un hijo como Miguel? Al recordar al chico, mi expresión se distendió.

—Estará de acuerdo conmigo en que será prudente que me despida aquí —sugirió ante la verja—. Tendrá que echar esa carrera, a la que estaba dispuesta antes, para llegar a la puerta de su casa.

—Es todo un caballero —recalqué con sarcasmo—, siempre pendiente de mis necesidades. ¿Habrá más coincidencias?

—No le quepa la menor duda. El Sardinero es un espacio muy pequeño. No pierda la esperanza.

—Yo no pierdo nada. Se trataba de una ironía —aclaré ruborizada.

—Y yo bromeaba. Creo que estamos destinados a no entendernos.

Estuve a punto de resoplar cuando las palabras de mi madre entraron en el cerebro con las normas de una dama resonando en la mente. Me limité a alzar la cabeza lo más digna que pude, me remangué la falda para no tropezar y dejar mayor amplitud a la zancada, y corrí con el maletín y la silla en la otra mano hasta la tejavana de la entrada de la villa. Estaba lejos y no me detuve para averiguar la expresión de su rostro ante semejante falta de decoro por parte de una señorita. Tampoco me importaba. No había sido lo suficientemente educado como para presentarse.

Como era habitual, mis padres, que dormían en habitaciones separadas, no se habían levantado. Me deslicé hasta mi dormitorio para secarme un poco y recomponer mi aspecto. Al cabo de un rato, la doncella de mi madre me avisó

de que el coche aguardaba para trasladarme. El verano se presentaba muy interesante.

Mis primos ya se encontraban allí; sin embargo, a pesar de ser la última en llegar, me correspondió la mejor habitación por las observaciones que hicieron.

—¡Oh! ¡Es fantástica! ¡Un mirador redondo! —exclamó Ruth, la envidiosa.

—¿No son iguales? —indagué indiferente, porque nunca me había preocupado de lo que tenían los demás.

—No. ¿Me la cambias?

—No.

No estaba dispuesta a ceder mis derechos ante una malcriada. Si la abuela me había adjudicado esa habitación, tendría sus razones o eso argüí para justificar mi negativa. No me llevaba bien con Ruth, me recordaba mucho a mi madre: interesada, vanidosa, inmoral; por el contrario, Leo, su hermano, era un cielo, siempre que no se entremetiera Ruth. La nobleza de su carácter lo cegaba a los defectos de su hermana. Era generoso, desinteresado y despreocupado.

—Hola, Alba. —Entró Leo, delgado, moreno como todos los Ansorena, cara afilada y mentón prominente—. Si deja de llover, voy a acercarme al Lawn Tennis. Cuento con que serás mi pareja.

—Por supuesto. Sabes que me encanta, aunque estoy desentrenada.

—Se te da bien. En unos días estarás a punto. ¿A qué hora reservo? ¿Te parece a media mañana?

La admiración de mi primo era sincera. Lo cierto es que nos compenetrábamos bien en la pista.

—Que no sea antes de las once —puntualicé cuando salía.

—¿Te has vuelto perezosa? —No me gustó el tonillo que Ruth imprimió a las palabras.

—En absoluto. Estoy ocupada. Y ahora, si no te importa, me gustaría instalarme sin testigos críticos.

—Eso es trabajo de la doncella. ¡Ah! Que tú prefieres prescindir de servicio.

Ruth abandonó la estancia con un gesto de satisfacción, con el cabello castaño claro cuidadosamente peinado y recogido, facciones suaves y blandas, como la familia de su padre. El físico resultaba armónico y el afán de encontrar la elegancia de mi madre contribuía a que fuera preciosa. Disfrutaba

molestándome. Suspiré. Si todo iba bien, sería el último verano en familia y eso me animaba. Cerré la puerta y me dispuse a explorar mi nueva residencia.

Las paredes de color vainilla, terminaban en el techo, bordeado de un zócalo de escayola con motivos geométricos en blanco. La cama era amplia y cómoda, con varios cuadrantes para salvar el cabecero de caoba y sábanas de hilo primorosamente bordadas. El mirador redondo contaba con un banco corrido, perfecto para leer o concluir las acuarelas, con visillos hasta la altura del banco. Me asomé y, por el lateral izquierdo, se divisaba el mar; el frente daba a la calle y a las casas que se adentraban en el paseo de la Reina Victoria; el lateral derecho permitía fisgar el patio de la casa y la entrada, así como la bajada de la calle hacia el Sardinero. Al compararla con la villa del conde de Valdemoro, llegué a la conclusión de que había ganado con la mudanza.

Abrí la boca, pero no llegué a emitir ningún ruido. Por la acera bajaban charlando padre e hijo. Miguel acaparaba la atención del padre con una larga explicación. Fue la primera vez que vi sonreír al caballero, distendido, vulnerable. ¿Por qué disfrutaba provocándome? Me retiré de la ventana. ¿Viviría cerca? Si fuera así, nos encontraríamos a menudo. Crucé los dedos para que estuviera de visita y quedara en una casualidad más.

Continué con la inspección y me dediqué a llenar el armario, a juego con el cabecero y la cómoda, sólo el escritorio era diferente, de palo santo con incrustaciones de carey. Eran bellos e invitaban a tocarlos. No había nada innecesario, como figuritas o cuadros, que llenaban y empequeñecían las estancias. El escritorio, por sí solo, constituía un adorno. Cuando terminé, ya era la hora de comer y decidí bajar al salón.

Ruth y Leo compartían el sofá frente a la abuela, quien los escuchaba con atención. Vestía los colores naturales del algodón y el lino, muy usuales en Cuba. El pelo cano ahuecado y recogido en un moño era un magnífico contorno para un rostro arrugado y afable. No comprendía el temor que despertaba en mi padre; por el contrario, me transmitía serenidad, confianza y dulzura. Avancé y me señaló un sitio junto a ella.

—Hablábamos sobre los planes para la tarde. —Me puso al corriente.

—He reservado pista para mañana —informó Leo muy ufano—. Costó, pero lo conseguí. Están muy solicitadas.

—Perfecto. Compartimos gastos, como el año pasado.

—¿Para qué es la pista? —se interesó la abuela.

—En el Lawn Tennis. Alba y yo somos pareja en los partidos mixtos y entrenamos juntos.

—¡Ah! Así que aquí también hace furor el deporte —declaró la abuela emocionada—. ¡Qué pena no ser más joven! En Estados Unidos las muchachas son mucho más avanzadas: participan en los deportes, nadan, conducen esos coches a motor. La vida es mucho más divertida que la que yo conocí a vuestra edad. ¿Y a ti qué te gusta, Ruth?

—Eso son entretenimientos de la burguesía. Prefiero la equitación. Es muy costoso mantener un buen establo.

—¿Participas en concursos de equitación?

—¿Eh? No, salgo a cabalgar cuando estamos en la finca de papá.

—Que no es muy frecuente, ya que prefieres pasar el tiempo con tus estiradas amigas —delató Leo.

—¿Qué sabrás tú de mis aficiones? A los hombres os gusta el deporte, yo prefiero observar cómo sudáis.

—¿Habéis ganado algún trofeo?

La abuela retomó la conversación inicial para que no estallara una disputa entre los hermanos.

—No, aunque solemos quedar entre los primeros clasificados —reconoció Leo apesadumbrado.

—¿Y lo bien que lo pasamos? —animé a mi primo.

—Eso es más importante que ganar —aseveró la abuela—. He escuchado a reconocidos deportistas que es más interesante cuando desarrollas la suficiente destreza para disfrutarlo. Realizarlo de forma profesional es un trabajo lleno de frustraciones.

—Cierto, somos buenos y nos divertimos —se consoló Leo.

Nos interrumpió el mayordomo para anunciar la comida y trasladamos la conversación a la mesa.

—¿Y esta tarde?

—He quedado con mis amigas: María Fernández de Córdoba, Elisa Ladrón de Guevara y Rosa Domenech —anunció Ruth con aire de importancia.

—Yo me acercaré al hipódromo de Bellavista con Ricardo y Luis —expuso de forma más sencilla Leo.

—No tengo planes —confesé—. Daré un paseo para descubrir los cambios que se han producido durante el invierno. Están construyendo mucho por esta zona.

—Me gustaría acudir al baile de esta noche en el Casino. ¿Acompañaríais a una anciana? —preguntó la abuela de tal forma que no admitía negativa.

—Encantada —se ofreció Ruth.

Me constaba que había realizado un esfuerzo, pues no debía de considerar muy glamuroso presentarse ante sus elitistas amistades con una indiana, aunque su dote proviniera de ella.

—Cuenta conmigo.

No era el ambiente que más me agradaba pero, si no aparecía por allí, mi madre pondría el grito en el cielo. Ya me había advertido de que me iba a presentar a posibles pretendientes y, aunque no pensaba seguirles el juego, necesitaba que dejara de acosarme. Fingir era más práctico que oponerme abiertamente.

La comida transcurrió apaciblemente y, una vez más, mi abuela no reveló nada sobre su pasado o la vida en Cuba. Ni siquiera mencionó al abuelo, como hacían las venerables señoras a su edad, que se perdían en sus memorias juveniles y en tiempos mejores; tampoco nos avasalló con achaques reales o imaginarios. Una idea me trajo otra aparejada: su salud. Comía con apetito y no parecía aquejada de una enfermedad crónica. ¿De dónde habían sacado mis padres la idea de que estaba vieja y enferma?

A las ocho en punto nos encontrábamos accediendo al Casino. La escalinata de piedra de acceso era regia: el vestíbulo invitaba a admirar el suelo de mármol en colores blancos, negros y grises, el alto techo decorado profusamente con motivos en escayola y la magnífica escalera imperial que se iniciaba en mármol y dejaba al aire la estructura en madera que se dividía en dos accesos, a ambas manos, en el primer rellano sobre el que destacaba una vidriera. No obstante, no ascendimos por ella, arriba se encontraban las salas de juego. La abuela, flanqueada por nosotros, sus nietos, se dirigió a uno de los salones laterales con la seguridad de quien ha nacido para ello. En absoluto cohibida, saludó tanto a hombres como a mujeres. ¿De qué conocía a esa gente si acababa de llegar de Cuba? Allí se sucedían los grupos que charlaban distendidamente sentados alrededor de veladores o mesas algo más amplias; o bien, de pie.

Mis padres y los tíos nos rodearon en cuanto se percataron de nuestra presencia. Mientras mi padre se mostraba cauteloso en la relación con su madre, el tío Leonardo se erigió en guía y le presentó a una serie de señoras con títulos tan largos que resultaban imposibles de recordar. La abuela sonrió, saludó, escuchó y entremetió alguna frase de buen gusto. Sabía alternar, no era ninguna rústica; no obstante, al poco rato de conversar con esas mujeres sobre asuntos insustanciales, la noté inquieta. Su mirada se desviaba hacia los corros de los señores. ¿Un amante secreto? ¿A su edad? Mi imaginación no era muy consecuente.

—Alba, permite que te presente a estos señores.

Mi madre empleó bien el término de señores pues me sacaban quince años. Noté que la abuela se giraba para ponerse a mi lado en busca de un cambio que amenizara la noche.

—Mi suegra, doña Brígida de Ansorena y mi hija, Alba. El señor Alejo Noguera, barón de Roa, y el señor Isidro Guzmán, conde de Carrión.

Tras el besamanos y las inclinaciones correspondientes, mi madre iba a añadir algo más, pero perdió la ocasión.

—Santander es una ciudad que ofrece muchas distracciones a los veraneantes —indicó el señor Noguera—. ¿Alguna es de su preferencia?

Dirigió sus palabras hacia mí, claramente satisfecho de lo que apreciaba a simple vista. Me disgustaba profundamente que se me exhibiera como un caballo y mis padres no lo ignoraban. Los cuerpos bien alimentados de ambos pretendientes no dejaban lugar a duda sobre sus preferencias, así que decidí, una vez más en contra de los deseos de mi progenitora, librarme de ellos.

—Soy una gran aficionada al tenis. Todos los años participo en el torneo que celebra el Lawn Tennis.

—¡Ah! Sigue la moda de los beneficios que adjudican al deporte. Me limito a los baños y al baile, más pausados.

—A mí me atrae el hipódromo. ¿Le gustan los caballos? —aventuró el señor Guzmán sonriente.

—Me encanta cabalgar. ¿Conoce algún establo donde dar rienda suelta a su pasión?

—Pues no. No me refería a eso, sino más bien a contemplar las carreras o los concursos de salto —aclaró el conde un poco descolocado.

—Alba, cariño —acudió mi madre al rescate de los pretendientes—, no siempre vas a poder practicar un deporte como si fueras una adolescente. Una mujer tiene otras metas.

—Tonterías, Lucía, la reina juega al criquet y al tenis y no creo que descuide sus obligaciones. ¿No les parece, señores? Los tiempos cambian y hay que amoldarse a ellos si uno no desea envejecer antes de tiempo.

Me sorprendió que la abuela acudiera en mi auxilio y me reconfortó su apoyo. Estaba descubriendo a una mujer muy diferente a la que había imaginado. No obstante, no hubo ocasión para respuestas, como era habitual en las reuniones públicas, pues constantemente se interrumpían las conversaciones para presentar a otras personas.

—¿Guzmán? Me alegro de encontrarlo en plena forma y repuesto de la pérdida de su esposa.

Un joven, a quien el traje le sentaba de maravilla, atractivo y repeinado, sonreía al señor Guzmán con la mano extendida. El conde lo saludó cortés, aunque dejó entrever un gesto de contrariedad por el momento tan inoportuno para mencionar a la fallecida esposa.

—El señor Álvaro Goicoechea, conde de Amurrio —presentó con formalidad.

No le había gustado la intervención del joven, quien se hizo con la conversación con gran habilidad. Estaba acostumbrado a ser el centro de las tertulias.

—Es un honor conocer a tan distinguidas damas —expresó tras las presentaciones—. Le deseo una feliz estancia, señora, y que no nos encuentre excesivamente provincianos —se dirigió a la abuela—. Mientras ustedes hablan de política y de amistades comunes, ¿me permiten que secuestre a la bella señorita? Estoy seguro de que el salón de baile es el lugar más adecuado para que florezca una rosa.

—Es usted un conquistador —replicó la abuela por mí—. Alba, acompaña al caballero. Te vendrá bien desentumecer los pies.

Nada en sus formas educadas desvelaba la intención de la abuela, excepto el sarcasmo que subyacía en las inocentes palabras y el brillo pícaro de la mirada.

Escapé de la trampa con una sonrisa y una disculpa a los reunidos y enlacé el brazo que me ofrecía el conde de Amurrio. Al menos, mi madre estaría satisfecha, huía con un conde y no con el camarero.

Mi compañero de fuga resultó un adulator irresistible y divertido, con el último chiste político en los labios. Durante los tres bailes que compartimos, no dejó de saludar a diestra y a siniestra, sobre todo a mujeres. Se movía con la destreza del consumado bailarín, más amigo de las relaciones sociales que del trabajo.

—Una vez cumplidos los deseos de baile, ¿qué le parece si buscamos un refresco y salimos a la terraza? Ha quedado una noche estupenda.

De camino a las ventanas francesas asaltamos a un camarero. En la abigarrada terraza había grupos de jóvenes que charlaban y reían. Allí se habían dado cita la mayor parte de los caballeros, huyendo del calor de los salones por lo que imperaba el color negro de los trajes sobre los tonos pasteles de los vestidos de las damas. En cuanto asomamos, requirieron a mi pareja desde varios puntos.

—Está muy solicitado —observé.

—Soy muy sociable —susurró cerca de mi oreja y me trajo a la mente otra afirmación en negativo: «No soy muy sociable».

La proximidad me resultó agradable a pesar de que estaba habituada a los

galanteos a los que me sometían los hijos de los amigos de mis padres. Aunque no me atrajera ningún joven ni el tipo de vida que se deseaba para mí, no era ninguna inexperta que cayera en las redes de la adulación. Conocía las reglas del juego.

—¡Alba!

Mi prima Ruth me llamaba desde un extremo, rodeada de su grupo de amigas.

—Vaya con sus amigas. He de saludar a unos conocidos y me reúno con usted enseguida.

No hubo lugar a sacarlo del error pues ya se había alejado, así que me abrí paso hacia ellas. Detrás, junto a la pared, charlaban unos caballeros a los que no presté atención. Las amigas de Ruth eran igual de interesadas y huecas que ella. Estiré los labios en una esforzada sonrisa y repartí falsos besos y adulaciones.

—Así que mi rebelde prima sucumbe a los halagos del codiciado Álvaro Goicoechea.

—Debí haberlo adivinado. ¿Qué os interesa más: el cotilleo o el conde?

—Ambos. ¿Una historia interesante? —Se adelantó Rosa Domenech.

Era tal la cercanía de los caballeros a mi espalda que oía más sus voces que las de mi grupo, así que hablé en voz más alta de lo habitual para que me entendieran mis compañeras.

—Siento desilusionarla, con sólo tres bailes no he acumulado suficiente experiencia para compartirla.

—¡Oh! Tres bailes con Álvaro son suficientes para generar alguna anécdota picante —refutó mi prima con una sonrisa traviesa.

—Estoy segura de que eres mucho más hábil que yo en ese campo. Nunca se me ha dado bien alternar.

La alusión había sido directa, como una bofetada, la misma que había intentado inferirme. Las amigas nos observaron petrificadas. De nuevo, Álvaro Goicoechea me salvó de la situación comprometida.

—Presénteme a esta colección de hermosas jóvenes.

Lució una blanca sonrisa y de sus labios afloró un halago para cada una según las iba mencionando. A su vez, fue correspondido con miradas lánguidas, caer de pestañas y suspiros. El hombre, más cerca de los treinta de lo que a él le gustaría reconocer, se desenvolvía con desparpajo. Para aliviar la tensión con Ruth le facilité el camino hasta el maravilloso conde.

—Mi prima Ruth es una muchacha tímida. ¿Me haría el favor de invitarla a bailar? —susurré a mi acompañante.

—Es la primera vez que una dama cede el puesto a una rival —dijo realmente sorprendido—, pero sus deseos son órdenes.

—Espero que aprecie la confianza que deposito en usted —intenté aligerar mi conciencia.

Ruth se esponjó ante la cortesía de Álvaro y, con una sonrisa de triunfo, pasó por delante de mí.

—No debería haber hecho eso —reprendió Rosa—. No dudará en quitárselo.

—Curiosa amistad la de ustedes.

—Cuando hay caza a la vista, se desvanece la amistad —reconoció María Fernández de Córdoba.

—Demasiado esfuerzo y sacrificio por un hombre, ¿no os parece?

—Ruth tiene razón: es usted muy rara —concluyó Rosa.

Ellas se enzarzaron en una discusión sobre muchachos de los no había oído hablar en mi vida y me dediqué a pasear la mirada entre los grupos.

—¿Son sinceras sus palabras? ¿No se molestaría por conquistar a un hombre?

La voz masculina llegaba de mi espalda. Giré la cabeza levemente y descubrí la espalda de mi interlocutor, que se hallaba en el grupo de caballeros situado a nuestro lado.

—¿Se aburre tanto que escucha las conversaciones de los vecinos? —ataqué divertida por la extraña situación.

—Estamos muy cerca y su voz es fuerte.

—Pues yo a usted no lo he oído.

—Será porque no tengo nada que decir. A veces es más interesante escuchar.

—¿Y qué encuentra de interesante en la vacua charla de unas jovencitas?

—No se haga la ingenua. Su lengua rezuma una divertida ironía.

—Me alegro de que alguien la aprecie; por lo general, pasa desapercibida o trae aparejada consecuencias irreparables.

No pude continuar la conversación a media voz y de espaldas con el anónimo padre de Miguel. Comenzaba a sentirme cómoda con el desconocido ante el que podía hablar libremente y no parecía importarle. Mi galante salvador había regresado con mi ufana prima del brazo.

—Mañana hemos quedado para ir al hipódromo, es el Gran Premio —

anunció Ruth—. Se lo diré a Leo. Cuantos más seamos, mejor.

Era la vieja estrategia de acudir en grupo para ocultar a los familiares otras actividades más placenteras. La presencia de Leo aportaba un aire más inocente a la excursión. Suspiré resignada porque no me apetecía nada, pero no iba a quedarme todo el verano encerrada. Para mi sorpresa, Álvaro Goicoechea no atendía las palabras de Ruth sino que aguardaba mi respuesta.

—Allí estaré. —Sonreí ante lo inevitable.

El día no acompañó. Amaneció con una lluvia tan fina que no se apreciaba si no te fijabas. Olía a hierba cortada, a tierra, aromas que echaba de menos en Madrid. Me pregunté cómo sería el invierno en Santander. La casa dormía por lo que bajé sin hacer ruido; me equivoqué, doña Brígida mantenía una taza en alto mientras con la otra mano aguantaba uno de los periódicos que había en una mesa auxiliar junto a ella. El aroma del café impregnaba la estancia e invitaba a una taza. En cuanto me sintió, alzó la vista por encima de las lentes que se asentaban en el extremo de la nariz.

—Buenos días.

—Buenos días le dé Dios, abuela.

—Tus primos no son muy madrugadores. Me alegro. Deseaba hablar contigo.

—Imagino que mi madre despotricaría contra mi falta de interés en encontrar un marido. —Me adelanté a la defensiva.

Tomé asiento y me serví. La abuela no contestó y volvió al periódico. Cuando terminó, lo plegó y me miró.

—Si lo hizo, no fue delante de mí —replicó con una sonrisa—. No soy tu enemiga. Mi interés es conocerte, no cambiarte ni obligarte a nada que no desees. Tienes una personalidad muy fuerte, como yo, pero me apena el esfuerzo que gastas en rebelarte contra lo que te rodea. Si has terminado, ven, vamos a sentarnos en el banco del mirador en la sala. Es más agradable que el comedor.

Debajo de mi habitación se situaba la sala con una réplica del mirador redondo. Mis primos seguían en los brazos de Morfeo y su ausencia me permitía una cierta intimidad con una mujer que me intrigaba tanto como yo a ella, al parecer.

—¿Estabas enamorada de Raúl?

La pregunta tan directa e íntima me cogió desprevenida. Mis padres nunca se habían molestado por mis sentimientos, seguramente porque carecían de ellos.

—Sí. Éramos vecinos y nos conocíamos desde niños. Nos compenetrábamos bien y compartíamos opiniones y aficiones.

—¿Estás segura? Me has descrito a un amigo, no a un amante.

La sinceridad era mi bandera; sin embargo, no estaba acostumbrada a que la ondearan en mi cara, más bien era yo quien la agitaba ante los demás.

—¿Y no es lo mismo? Con un marido debe reinar la comprensión además del cariño. No me imagino compartiendo la vida con ninguno de los caballeros que me presentan mis padres, tan alejados como están de mis ideas.

—Cierto. Pero el amor es algo más. No te reprocho nada, me aseguro de que tu corazón es libre. Te mueves con mucha seguridad entre los hombres, como si no pudieran alcanzarte por más que lo intenten y temí que te hubieran dañado. Aliviada, compruebo que no te has tropezado con quien será el dueño de tus sentimientos.

—Ya que es tan directa, le confesaré que no me atrae el mundo que mis padres quieren ponerme a los pies. No me gustan la inactividad ni los vagos. Busco mi sitio, ignoro cuál es, pero tengo claro que no es éste. No se lo tome como una afrenta. He oído que ha trabajado de sol a sol para concedernos este estilo de vida...

—No, no te precipites, hija. No pongas palabras en mi boca que yo no he pronunciado. Antes he reconocido que te pareces a mí, no físicamente, pero sí en lo importante: eres inquieta y necesitas ganar tu sitio. Me parece magnífico y yo te apoyaré. No voy a marcharme, he venido para quedarme y reparar el desastre que provoqué con una mala decisión. Que provocamos, porque Camilo también fue de mi parecer.

—¿A qué se refiere, abuela?

Temblé al pensar que había llegado el momento de conocer las intenciones de la matriarca.

—Una de las razones por las que he decido instalarme en España habéis sido vosotros, mis nietos. Por mis hijos poco puedo hacer, aunque lo intentaré. Espero haber llegado a tiempo para que no se cometa el mismo error con vosotros.

No entendía de qué error hablaba y aguardaba pacientemente a que se explicara. Perdió la mirada más allá de los cristales mojados por la fina lluvia y comenzó la historia que yo tanto anhelaba.

—Mis padres, tus bisabuelos, salieron de un pueblo de la Montaña con el producto de la venta de la casa y de las tierras familiares. Consiguieron lo justo para pagarse los pasajes y aguantar un mes en La Habana hasta que encontraran trabajo. Pasaron necesidad, se sacrificaron por ahorrar y lograr su sueño: ser dueños de un colmado, un almacén de alimentos y de pertrechos de todo tipo, desde herramientas hasta telas —aclaró volviendo la vista a mí—. Nací en Matanzas en 1856, doce años antes de que comenzara la inquietud independentista a causa de la presión fiscal de la península. Estrangular a la población con impuestos nunca trae nada bueno. El hombre trabaja para procurarse un bienestar, si le arrebatas esa posibilidad, acabas con todo.

Eso era capaz de entenderlo, pues era mi lucha: procurarme un trabajo que me asegurase independencia y libertad de elección.

—Mis padres me pagaron una formación elemental —prosiguió—. Allí era importante porque te situaba por encima de los esclavos y de los mestizos. La educación es un arma, no lo olvides. A los quince años despachaba en el colmado junto a mis padres. Así conocí a Camilo. No era el más guapo, pero sí el más interesante, a pesar de que era dieciocho años mayor que yo...

—¡Dieciocho años! —exclamé escandalizada.

—No te alarmes. Nadie me obligó. Tenía buena labia y era divertido. Había vivido mucho, era inteligente y había reunido dinero para abrir una licorería: fabricaba ron de la melaza que se desechaba de la caña. De Cuba había

emigrado a Florida, donde cursó estudios de administración. Supo embaucarme y, con el tiempo y atenciones, conquistó mi corazón. Cuando mis padres se retiraron, eran dueños de dos prósperos colmados que heredé. Era hija única, tras un aborto, mi madre no consiguió volver a concebir. Para entonces, Camilo y yo ya habíamos adquirido el ingenio y unas hectáreas de caña para no depender de nadie en la elaboración del ron. Al principio, fueron el ron y los colmados nuestra principal fuente de riqueza. ¡Qué pena que falleciera al comenzar el siglo y no asistiera al despegue del azúcar! Se habría reído de buena gana.

Suspiró sumida en el recuerdo y yo no me atreví a distraerla con un comentario.

—Camilo era inteligente y conocía el valor de la educación. Contrató un profesor para que me enseñara arte, música, geografía, historia. Una serie de cosas que, hasta ese momento, no me habrían servido de nada, pero que, a medida que aumentaba la fortuna, era necesario para acceder a las clases superiores de la isla. Pagó a una baronesa, viuda y sin medios, para que me instruyera en modales, bailes y gusto en el vestir.

—¿Eso lo saben sus hijos? —interrumpí extrañada.

—Claro. Nunca ha sido un secreto. Camilo se ufanaba de lo lista que era yo y de lo rápido que aprendía y me adaptaba. ¿Cómo habría podido seguir adelante con los negocios durante dieciocho años? He cerrado tratos con el gobierno, me he reunido con compradores, con otros hacendados para resolver problemas de impuestos y transporte. Hace falta una buena preparación si no quieres perecer entre los tiburones y, sobre todo, ganarte el respeto. ¿Por qué lo preguntas?

—En casa... —dudé—. Bueno, siempre he oído que usted era una rústica y yo me hice otra idea.

—Comprendo. Tu madre no perdonará nunca su humillación. Ese es uno de los errores de los que hablaba. Los chicos recibieron una esmerada educación y Milo comenzó a trabajar con Camilo en la administración. No se le daba mal. María Ángeles creció a caballo con los privilegios de las mujeres de la burguesía: una cultura general, equitación, tocar el piano, aunque nunca se le dio bien, y tonterías por el estilo; y una buena base de contabilidad para ayudar en casa. Pensamos que les ofrecíamos una educación adecuada porque había estado fuera de nuestro alcance. El siguiente error fue venir a la península para casarlos con españoles y, a ser posible, con un título, en aquel

momento abría muchas puertas. Además, Milo mostraba demasiada afición a una mulata y tomamos esa decisión con la mejor intención.

Volvió a tomarse otro descanso, como si pusiera orden en los recuerdos que se le acumulaban y pugnaban por salir a cualquier precio.

—Milo era un ingenuo y María Ángeles llegaba con la cabeza a pájaros. Mi ignorancia me llevó a considerarme un águila cuando en realidad fui un gorrión entre gavilanes. Hice sonar mi bolsillo lleno de dinero y mis hijos sufrieron el acoso de las clases refinadas pero arruinadas. Milo creyó que tu madre había caído a sus pies y fue al contrario, Lucía lo moldeó como si se tratase de barro para que olvidara su origen. Es más fácil amoldarse a la buena vida que al trabajo. María Ángeles quedó cegada por una vida de opulencia de la que se cansó rápidamente cuando terminó de criar a los hijos. Es una mujer activa y, actualmente, ahoga en alcohol su pasividad y la incompetencia del marido para que fuera admitida en su cerrado círculo.

—Lo dice como si fuera una alcohólica.

—Porque lo es. Y no me refiero a lo que bebió el día de la cena. Podría haber sido algo puntual, sino por sus venas hinchadas y lo bien que aguanta la embriaguez. De eso sé mucho: he vendido ron.

—Mi padre es igual que mi madre —objeté.

—Es tu madre la que pincha a Milo para que haga lo que ella desea. Es inseguro y muy influenciable, y una persona astuta como Lucía lo descubrió bien pronto.

—¿Cómo está tan segura de lo dice? ¿Sólo por las cartas?

La abuela me miró seria y, poco a poco, dejó paso a una sonrisa.

—Cuando Camilo enfermó, vine a buscar a Milo para que se pusiera al frente de los negocios en Cuba. Tú habías nacido y Lucía estaba embarazada. Comprendí en una semana lo que sucedía. Tanto Milo como María Ángeles habían sido engullidos por una vida cómoda y aristocrática. En aquella época, todavía lo disfrutaban y los matrimonios funcionaban aparentemente. No dije nada, y menos a Camilo cuando regresé con las manos vacías. Puse la misma excusa que me dieron: el embarazo, por lo que tendríamos que esperar unos meses hasta que pudieran trasladarse sin peligro. Luego, lo perdieron, pero esa historia ya la conoces.

—Sí, aunque ignoro la razón de su distanciamiento —confesé.

—No hace falta el detalle de la palabra o el gesto que lo originó, sólo con conocerlos es suficiente. Milo ha crecido, tarde, y no soporta el yugo impuesto

por Lucía y se ha apartado de ella. Lo que no entiendo es por qué le hace caso cuando hablan de tu futuro.

—Son tal para cual. Nunca se han ocupado de mí y ahora pretenden que me parezca a ellos: mi madre me reprocha la falta de elegancia y mi padre no está en casa. No me gustaría acabar como ellos.

—¡Hum! ¿Y dónde adquiriste esa forma de pensar? Tu rebeldía no se corresponde con la pataleta de una adolescente; por el contrario, se debe a una madurez y una seguridad propia de una persona adulta que sabe a dónde va.

—Tuve una institutriz: doña Amparo. Actualmente trabaja en una escuela para señoritas en Cáceres, y mantengo correspondencia con ella. Es la única que me comprende y me anima.

—Buenos días. —Entró Leo y la conversación quedó interrumpida—. ¿Escampará? Hemos reservado pista, prima.

—Continuaremos en otro momento —prometió la abuela—. Ve a cambiarte. Leo, avisa al mecánico. ¿No querréis ir andando?

Era la primera vez que disfrutaba de la comodidad de un coche a gasolina y la velocidad que alcanzaba me daba vértigo. Leo se rio de mis miedos, sentado junto al mecánico, a quien acribilló a preguntas durante el breve recorrido.

Entramos en el Lawn Tennis vestidos con nuestros atuendos deportivos. El club consistía en varias pistas de tenis con gradas y una amplia caseta que albergaba el salón social y el bar. El cielo se había compadecido y se había tomado un descanso, incluso dejaba entrever algún que otro rayo de sol. A lo lejos se divisaban las obras de las caballerizas reales de La Magdalena.

El encargado de las pistas se dirigió hacia nosotros en cuanto nos divisó.

—No saben cuánto lo siento, pero ha habido un error en la reserva. Un caballero reclama la misma pista. Se la dio un compañero que me sustituía. ¿Serían tan amables de compartirla? Me encuentro en un aprieto para solucionar el desaguisado sin que llegue a oídos del gerente.

—Si no hay otro remedio. ¿Quiénes son nuestros contrincantes? —aceptó Leo.

El hombre se retiró para buscarlos y yo dirigí una mirada asesina a mi primo.

—¿Qué? No me mires así, no es la primera vez que compartimos pista. Mira el lado positivo: nos estará agradecido y nos antepondrá a otros socios en otra ocasión. Es importante que los empleados estén de parte de uno.

—No te quito razón, pero estoy desentrenada. Desbarataré el juego de esos señores.

—¿Quién sabe? O ellos a nosotros. Aunque nunca ganemos los torneos, quedamos muy bien clasificados. Bajemos a la pista.

—La humildad no es tu virtud —acusé con una sonrisa, mientras lo seguía.

A un costado de la red había un banco donde dejamos las bolsas y sacamos las raquetas.

—Buenos días. Esta mañana seremos sus rivales.

Me giré en cuanto oí la voz desenfadada para cerciorarme de que no me engañaba. Vislumbré el desconcierto en sus ojos verdes al reconocermme, pero se recompuso rápidamente. Leo no se percató de nada y respondió al saludo.

—Buenos días, caballeros, espero que sobrellevemos la irregular situación en la que nos hallamos. La señorita es mi prima, Alba Ansorena, y un servidor, Leonardo Arjona.

—Mi amigo, Eduardo Arias, y Bienvenido Rubalcaba para servirles.

De manera que, el hombre que me inquietaba, tenía un nombre. Bienvenido estaba demasiado delgado para mi gusto. Era un palillo para que resultara atractivo, aunque parecía más simpático y parlanchín que su compañero. Eduardo mantenía la corrección en las formas, pero delegaba el peso de la conversación en su amigo. Para ser justa, yo hacía lo mismo con mi primo, así que nos observábamos como dos gatos recelosos. Cualquier cosa que se pusiera le sentaba bien: había nacido para vestir traje o ropa de deporte.

Echaron a suertes el lado de la pista y nos separamos. Estaba nerviosa, no dejaba de sopesar la raqueta y golpear el aire para distender los músculos y recuperar la confianza en mi desentrenada destreza. En el peloteo de calentamiento fui un desastre y, aunque los contrincantes no dijeron nada por cortesía, afloraron sonrisas comprensivas que me sentaron muy mal. El orgullo era uno de mis defectos, junto a mi lengua y escasa paciencia.

—Tranquila. Concéntrate —recomendó Leo con una sonrisa—. Eres mejor que esos dos juntos.

—Gracias por los ánimos.

—No te lo tomes tan a pecho y disfruta. El juego llegará solo.

Respiré hondo y vacié la mente. «Piensa en la bola, no eres una novata», me dije a mí misma. A duras penas lo logré. En más de una ocasión me perdí en la contemplación del ágil cuerpo del señor Arias y los fuertes brazos con los que manejaba la raqueta. Varias veces me sonrió, como si compartiera un secreto

conmigo. Y así era si recordaba la estúpida conversación en el Casino. Perdimos el primer juego, pero yo iba remontando y recuperando confianza y, al final, lo sudaron para ganarlo. En el descanso y cambio de lado coincidimos en el único banco.

—Es usted una caja de sorpresas. Reconozco que nos engañó al principio —dijo Eduardo entre trago y trago de agua.

—No fue intencionado. Estoy desentrenada —aclaré—. Todos los años me inscribo en el torneo de mixtos con Leo.

—De modo que estamos jugando con dos profesionales del tenis.

Lo comentó en voz alta para que lo oyera su compañero.

—Algo me dijeron en el salón social cuando conté el problema de la pista y nombré a nuestros oponentes. Virgilio auguró una derrota honrosa.

—Por el momento, su amigo se ha equivocado —medió Leo—, el primer juego ha sido para ustedes.

—Y hemos dado lo mejor de nosotros y ya estamos agotados. No somos tan jóvenes y nos pesan las horas de despacho —se quejó Bienvenido con un gesto teatral.

—Defenderemos la plaza, quejica, como buenos castellanos —alegó Eduardo—. Vamos, que me quedo frío.

La afirmación de Bienvenido no era tan descabellada. Los fallos se multiplicaron y cada vez se movían menos tras la bola, que dejaban escapar. El segundo juego acabó rápidamente a favor nuestro.

—Vaya con la señorita, tiene un revés letal —manifestó Bienvenido sudoroso.

—¿Nos permitirán que los invitemos a un refresco en el salón social? —ofreció Eduardo.

—Por supuesto, aunque no nos jugábamos nada —aceptó Leo sin consultarme.

Recogimos las raquetas y nos encaminamos hacia el edificio, Eduardo y yo algo más rezagados.

—Pinta como una artista y juega al tenis como una profesional. ¿Alguna otra destreza con la que sorprenderme? ¿Toca el piano?

La ropa blanca resaltaba el cabello oscuro ondulado. Sonreía con los ojos mientras la boca permanecía seria, tan sólo se alteraba cuando esbozaba la ironía y una de las comisuras se alzaba burlona. Sí, era atractivo. ¿A qué se dedicaría? ¿Sería un parásito de la sociedad como mis padres?

—Soy un desastre en música, no distingo las notas. Y, en cuanto a habilidades, todos guardamos alguna, el problema es dar con ella. ¿Ha encontrado la suya?

—El dibujo como profesión y el remo como deporte.

Me hubiera gustado ahondar en esa declaración, pero, al entrar en el salón, se detuvieron a saludar a conocidos y nosotros nos acodamos en la barra.

—¡Alba! Este año me desquitaré en el torneo. —Marta Villasante era una vieja rival, una muchacha simpática y agradable que pertenecía a la burguesía de la ciudad—. Sigues con Leo como pareja. ¿Por qué no te presentas en solitario?

—Me encuentro cómoda con él y no dependo de nadie para jugar.

Lo cual era cierto. No reinaba el buen compañerismo entre las mujeres; el carácter altamente competitivo impedía disfrutar del juego. Me lo pasaba mejor con Leo de carácter más abierto y divertido. Nuestros contrincantes se reunieron con Leo.

—He oído que habéis compartido la pista por una equivocación —me susurró en un aparte, cuando los hombres andaban distraídos con la charla.

—Pobre hombre, pretendía mantenerlo en secreto. El gerente le va echar una buena bronca. —Me compadecí.

—No me preocupa el de las reservas, sino Arias. Cuidadito con él, es peligroso.

Se alejó antes de darme tiempo a preguntar. Me volví hacia mis compañeros y sorprendí una mirada turbia y dura en Eduardo. Aunque me había dejado perpleja el mensaje de Marta, lo cierto es que no lo comprendí. ¿Se refería como hombre de negocios? Le dediqué una sonrisa y la dureza se disipó.

—Nos retiramos a asearnos. Me espera Miguel en casa. ¿Acudirá esta tarde al hipódromo?

—¡Cómo voy a perderme el Gran Premio al que asistirán los reyes! Mi prima no me lo perdonaría —respondí con una sonrisa de circunstancias.

Nos despedimos y, cuando el señor Arias pasó por mi lado, me susurró:

—No se arrime a Álvaro Goicoechea más de lo necesario. Es peligroso.

¿Había oído bien? Con una diferencia de pocos minutos me habían puesto en guardia sobre dos hombres. ¿Sería un nuevo juego de la sociedad?

Salió el viento del este y despejó parcialmente, lo justo para asegurar que no llovería. De nuevo dejamos sin coche a la abuela, quien nos lo cedió para acudir a Bellavista. La presencia de los reyes, Alfonso XIII y Victoria Eugenia, suponía un atractivo más del acontecimiento.

—¿Ése es el mejor sombrero que tienes? —criticó Ruth.

Aunque negara de viva voz que hacían mella en mí sus comentarios, lo cierto es que sí levantaban ampollas, pero en lugar de achantarme, procuraba devolverle la pulla.

—Prefiero ser yo quien llame la atención en lugar de mi sombrero, no deja de ser una pieza de tela.

—Ruth, no seas injusta —regañó su hermano—. Alba no necesita de trapitos y lazos para cazar a un hombre.

A Leo le cansaba escuchar las conquistas de su hermana o si fulanito subía o bajaba. El elemento femenino lo mantenía a distancia; como heredero de un título, no tendría problemas a la hora de que le aceptase la mujer de sus sueños.

—Pues ya ha cumplido los veintitrés y sigue sin novio.

—Ni falta que le hace. ¿Verdad, prima? —Me defendió Leo sin mucho convencimiento. ¿Qué mujer no echa de menos un novio?

—Sonará cursi, pero una vez que se ha conocido el amor, resulta difícil volver a encontrarlo. —Me justifiqué frente a la búsqueda interesada de Ruth.

—Dejad esa tonta discusión para cuando estéis solas —nos reprochó Leo entre los dos fuegos—. ¿Nos vamos?

Llegamos en caravana. Nos apeamos y buscamos la entrada a la tribuna. En un cartel anunciaban las tarifas: diez pesetas los hombres y cinco las mujeres. En la tribuna nos encontramos con Rosa y Elisa, las amigas de Ruth, y Leo nos presentó a Ricardo Herrera y a Luis Rada, ambos herederos de títulos, por

supuesto. Eran menores que yo y me sentí como una carabina, así que me dediqué a contemplar el hipódromo.

—Buenas tardes. Perdona el retraso, pero la entrada estaba imposible de coches —se disculpó el peligroso Álvaro Goicoechea.

Era un hombre atractivo, con una cara pícaro y sonriente, moreno, vestido a la moda y acicalado, acostumbrado a ser el centro de las mujeres, por esa razón me preguntaba qué había visto en mí. No me consideraba poca cosa: era hija de marqueses y con una sustancial dote; pero demasiado seria y deportiva para un hombre con la desenvoltura y relación social del conde.

—Si el espectáculo no ha empezado, no hay retraso —rebatí con una sonrisa—. Explíqueme qué caballos son los mejores.

Fijó la vista en la pista de dos kilómetros de longitud y me señaló los caballos y las cualidades de cada uno, incluso se ofreció a hacer una apuesta por mí. Escogí un caballo, no por sus tiempos o porque fuera favorito, sino por compasión. Estaba harta de que los más apuestos, los más guapos, los que más sobresalían fueran los afortunados. Empatía de patito feo, creo que lo llaman. Intentó disuadirme, pero yo me negué.

De nuevo sola, pues los chicos hablaban entre ellos sin ocuparse de mí, repasé las caras a mi alrededor. Vislumbré una mano alzada que me saludaba, reconocí a Bienvenido y sonreí; instintivamente busqué a otro caballero a su lado con los binoculares y no lo hallé. Noté un pinchazo de desilusión. La entrada de los reyes coincidió con el regreso de Álvaro.

—¡Uf! Llego a tiempo. Tenga, el boleto de su apuesta. Dinero perdido, me lo ha asegurado el corredor.

—También es dinero perdido jugar a la lotería y la gente repite.

—¡Ah, no! El mes pasado ha tocado en Santander, fue noticia. Ya podía haber sido yo el afortunado.

—¿Tanto se gana?

—¿Lo dice en serio? 120.000 pesetas.

—Buena cifra. Soluciona muchas cosas.

Procuré aparentar indiferencia, aunque me dejó anonadada. Esa cifra representaba un buen futuro, mi libertad. Caí en la cuenta de la paradoja: contaba con una buena dote y pertenecía a una familia con posibles económicos; sin embargo, necesitaba dinero, mucho más dinero que mi asignación de bolsillo. No había entrado en mis cálculos jugar a la lotería. Álvaro se rio.

—¡Ay! ¡Mujeres! Tienen la vida regalada y piensan que el dinero crece en los árboles.

Me habría gustado desmentir esas palabras, pero no podía porque eran ciertas, en parte. Esa vida regalada tenía un precio, el de la esclavitud, pero sabía de antemano que Álvaro no era un interlocutor válido sobre los anhelos femeninos. Él también gozaba de una vida fácil, como aristócrata. Preferí hacerme la tonta, como siempre, es mejor callar que mantener una discusión con una mente cerrada. Lo había aprendido con mi propia familia. Ahora, callaba y actuaba, era más práctico.

En cuanto los caballos entraron en los cajones de salida, enfoqué los binoculares hacia mi caballo favorito. Resultó un poco torpe al principio, aunque remontó puestos poco a poco. A mi lado, Álvaro Goicochea animaba en voz baja, pero con tanta pasión que atrajo mi atención. Aparté los binoculares y me fijé en la frente perlada de sudor y los puños prietos del caballero: le iba el alma en la carrera. ¿Cuánto habría apostado? ¿Era de esos que arruinaban a la familia con el juego? Había oído a mis padres hablar de algunos de sus amigos que habían perdido todo arrastrados por ese vicio.

El conde de Amurrio era, alegre, divertido y vacío como su estirpe, pero buen compañero, me apenaba la idea de que hubiera sucumbido al embrujo de las posibilidades.

—¡Oh, no! Su caballo —dijo con pesar.

Me había distraído y lo había abandonado a su suerte, así me apliqué los binoculares y descubrí que mordía la zaga del campeón.

—¡Vamos, vamos! ¡Enséñales a correr! —Me emocioné.

—¿Apostaste por *Ruano*? —preguntó Leo a mi lado.

—Sí, ¿no es maravilloso?

—Tú sí que eres única, prima —alabó Leo, admirado de mi determinación.

—¡Oh, no! ¡Ha ganado! —gritó exasperado Álvaro.

—No se lo tome tan a pecho, hombre. Es una carrera —explicó Leo animoso.

—¿Había apostado mucho? —indagué, más consciente del drama que Leo.

Recordó que no se hallaba solo y recompuso la sonrisa de seductor. El fingimiento era otra de las artes en que destacaba un noble de pura cepa.

—¿Qué sería la vida sin contratiempos? —aceptó filosóficamente—. Lo importante es haber disfrutado de la carrera y de su compañía. Y no, nada que no pueda asumir.

Asentí con la cabeza, aunque en mi interior dudaba de la veracidad de sus palabras.

—¿Nos disculpa? —interrumpió Leo entusiasmado—. Vamos a ver cuánto has ganado, Alba.

Tiró de mi brazo y me obligó a seguirlo hasta las casetas de los corredores de apuestas, donde se agolpaba la gente para realizar sus apuestas o recoger los premios.

—¿Has perdido? —pregunté a Leo.

—No he apostado. Me ha sorprendido que tú si lo hayas hecho. ¿Una nueva faceta?

—Una travesura. No confío en el juego.

Esperé un poco alejada de las taquillas mientras Leo cobraba la apuesta. Había mucho barullo, pues los jugadores que habían perdido renovaban las apuestas para la siguiente carrera. Vislumbré el lugar en el que calentaban a los caballos, un ruedo rodeado de señores que se acercaban para apreciar las cualidades de los potros y dilucidar cuál era el que tenía más posibilidades de ganar.

—Treinta pesetas, todo un capital —informó Leo entregándomelas. Las guardé en el ridículo.

—Antes de regresar a la tribuna, ¿nos asomamos allí? —propuse.

—Buena idea, aunque no entiendo de caballos.

Nos abrimos paso hasta la cerca. Los potros, de pata fina y pelaje brillante, se movían despacio y con unas mantas de abrigo con los colores de los establos.

—Mi amigo Bienvenido es un experto. —Eduardo Arias se había aproximado sin que lo hubiéramos visto—. Iba a su encuentro —explicó—. ¿Les complacería acompañarme?

Como siempre, Leo aceptó por los dos. Nunca preguntaba a la mujer que le acompañaba cuáles eran sus deseos, satisfacía los suyos como si fueran universales. Por otra parte, el protocolo del saludo se lo saltaba alegremente el señor Arias.

Bienvenido nos recibió entusiasmado de tener audiencia. Nos habló, con gran conocimiento, de los alzados, de las edades, del pedigrí y de los establos. Disfrutamos de la cercanía de los animales y entabló conversación con algunos de los jinetes.

—Bienvenido posee unos buenos establos y entrena potros para las carreras

menos importantes. Es un apasionado —reconoció Eduardo.

El señor Arias no era un hombre que defraudase. Vestía un terno veraniego de color tabaco y un sombrero *borsalino*, color crema con la cinta del tono del traje, que le sentaba de maravilla. Los ojos verdes sonreían, aunque se mostraban vigilantes con lo que le rodeaba. ¿Esperaba a alguien más?

—He ganado la carrera anterior contra todo pronóstico, aposté por *Ruano*.

—¡Imposible perder! Era el favorito. La felicito.

—No. El corredor de apuestas le dijo al conde de Amurrio que no iba a ganar; de hecho, él apostó a otro caballo.

—Y aun así, ¿usted apostó? —Me miraba con curiosidad.

—Ya sabe, mi rebeldía. Si nadie lo quería, yo lo apoyaba.

—Así que es por eso que no ha tenido en cuenta mi advertencia sobre el conde; y ahora se desvela como abogada de las causas perdidas; sin embargo, ha ganado.

—Usted lo ha dicho: la fe.

—Espero que en un futuro recuerde sus palabras.

—¿Regresamos? El conde debe de estar preguntándose dónde nos hemos metido. —Leo interrumpió en un momento crítico. De nuevo me quedaba con las palabras en el aire, sin darles forma y significado. ¿Por qué se mostraba tan misterioso? Olvidé preguntarle por qué consideraba a Álvaro peligroso.

Ruth se había encargado de entretenerlo durante mi ausencia por lo que no fue consciente de cuánto había durado nuestra aventura. Aunque nos vio regresar, Ruth no abandonó a Álvaro, había tomado posesión de la plaza. Si pensaba que me haría rabiarse, no me conocía. ¡Qué dos hermanos más diferentes! Leo era un cielo y Ruth una intrigante con mal fondo o una inconsciente egoísta. El no apostar no impidió que disfrutara de las siguientes carreras. Con las indicaciones de Bienvenido, elegí mentalmente mis caballos favoritos y comprobé mi buen ojo: si no ganaban, quedaban entre los primeros.

Esto me llevó a reflexionar sobre la carrera perdida por Álvaro. Era alguien habituado tanto a apostar como a las carreras. En algunas ocasiones, los caballos no cubrían las expectativas, pero el error de cálculo no era tan grande como el que había manifestado él.

—¿Quién le proporciona la información sobre los caballos favoritos? —pregunté intrigada.

—Están los ojeadores y, a veces, los propios jinetes, quienes informan de las probabilidades. Tengo buenos contactos que me asesoran.

—Luego esa información está al alcance de todo el mundo.
—No exactamente. Hay que conocer a las personas adecuadas.
—Yo que usted cambiaría de informante. *Ruano* era el favorito.
—¿Cómo está tan segura? Usted no es habitual en el hipódromo.
—Cierto, pero tengo mis contactos —repliqué con una sonrisa.
Álvaro entrecerró los ojos mientras los fijaba en mi persona.

—La he subestimado. Es más lista de lo que parece. Me gustan los retos.

Estaba destinada a quedarme a medias en las conversaciones. En esta ocasión, Ruth, impaciente porque el conde había desviado durante demasiado tiempo la atención de su persona, lo reclamó para quedar otro día en el club de Tiro. No obstante, el conde no olvidaba que yo era su cita y se volvió a mí para animarme a acompañarlo. Nunca había tirado con arco y me atraía la experiencia, así que acepté bajo la mirada asesina de mi prima.

Cuando abandonamos las gradas del hipódromo, el cielo se mostró despejado y algunas estrellas titilaban en el firmamento de color zafiro, en breve, sería de noche. El buen tiempo significaba madrugar y retomar los retratos. Había comenzado por un falso orgullo, pero no me había parado a pensar que mi destreza con la acuarela fuera a suponer una fuente de ingresos. Me venía muy bien ese dinero, aparte de la satisfacción de hacer algo de provecho.

*B*ajé a desayunar tan temprano que no había nadie en el comedor. Como una furtiva, me escapé con mi maletín y la silla plegable de lona hacia mi sitio habitual. Miguel ya se hallaba sumido bajo el embrujo de la fauna marina que quedaba atrapada entre las rocas al bajar la marea. No había terminado de instalarme cuando se acercó el primer cliente. La arena crujía bajo sus pasos y lo oí a mi espalda.

—Ahora lo atiendo —dije mientras dejaba a salvo sobre una roca plana el maletín. Me giré con el bote del agua en la mano y me tropecé con Eduardo—. ¡Oh, lo siento! Lo confundí con un cliente.

Había dejado el terno en casa y vestía deportivamente. Las mangas remangadas de la camisa dejaban al aire unos brazos musculados y el chaleco de punto marcaba mejor la anchura de hombros y la esbeltez de la cadera. La práctica del remo le sentaba muy bien para mi desasosiego. La mirada verde me escrutaba mientras la boca permanecía con la seriedad habitual. Empezaba a acostumbrarme a esa austeridad de expresión que marcaba un distanciamiento con las personas que lo trataban.

—No se ha equivocado, vengo como cliente. Me ha gustado el retrato de Miguel y Raimundo se deshace en alabanzas.

—Sí, se fueron muy contentos. ¿Conoce a esos señores?

—Son amigos de la familia. A pesar de la sensual complicidad que reflejó en la acuarela, se atrevieron a mostrarla de lo entusiasmados que estaban. Mi enhorabuena.

—Gracias. ¿Así que fue usted quien los envió para ponerme en un aprieto?

—Me ha descubierto. Le repito que no es necesario que siga con la pantomima. Ha ganado.

—No conjuga correctamente los verbos, señor Arias, estoy ganando.

—¿La hija de los marqueses de Lucientes necesita dinero?

—Me lleva ventaja. No soy una chismosa y no me he informado sobre usted. Prefiero fiarme de mis impresiones a dejarme guiar de las de los demás.

—De lo que me congratulo. Es la segunda vez que dice algo así. Le recuerdo que tomo nota y en alguna ocasión se las repetiré.

—Es usted muy misterioso. ¿Por qué me dijo que el conde de Amurrio era peligroso?

—Esa pregunta se contradice con lo que acaba de expresar. Prefiero guardarme mi opinión y dejar que se forme la suya. Confío en su buen juicio.

Sus palabras me turbaron. Un desconocido confiaba en mí cuando mis padres no se fiaban ni les importaban mis opiniones ni mis sentimientos. Seguía observándole y trazando sus rasgos sobre la lámina mientras hablábamos. Una sombra asomó a sus ojos.

—No obstante —prosiguió—, le ofrezco información sobre mí, de primera mano, sin chismorreos de por medio —añadió y el reto borró la sombra de su mirada.

—Usted carece de acento, pero su hijo habla como si el español no fuera su lengua.

—Vivimos en Plymouth, a pesar de la guerra. Anteriormente estuve trabajando en Nueva York. En casa hablamos en español, pero el inglés gana terreno. He procurado venir siempre que se me ha ofrecido la ocasión.

—¿Es de aquí?

—No, de Bilbao, pero prefiero veranear en Santander. Mi padre llegará la semana que viene.

—¿Cuáles son sus aficiones? Aparte de las deportivas, que ya mencionó.

—¿De verdad le interesa eso?

Levanté la vista de la lámina y choqué con la mirada verde y burlona.

—Pues sí. Siendo hija única de los marqueses de Lucientes y ganando diez pesetas por lámina, no me fijo en el patrimonio de los caballeros.

—Pues debiera poner más atención en los caballeros que la asedian porque ellos sí que se fijan en el suyo, sobre todo en la fortuna que supondrán sus láminas.

Detuve el pincel en el aire. ¿Se reía de mí? Levanté la mirada de nuevo, pero no percibí el sarcasmo habitual en su gesto; por el contrario, permanecía muy serio y ¿enfadado?

—Por supuesto, es el consejo de un desconocido —continuó—, pero no por eso lo echaría en saco roto. Nunca he entendido por qué las mujeres

abandonan la prudencia ante unas palabras melosas o ante la atención de un hombre.

Ahí estaba de nuevo, la advertencia velada sobre el conde de Amurrio. ¿Qué tendría contra él? La animosidad era tan patente que afloraba en cualquier oportunidad. Decidí ignorarlo.

—Después de lo que le dije el otro día, ¿cómo se ha atrevido a ponerse ante mi pincel?

—Me gusta el riesgo.

—No lo creo —rebatí—. Es otro de sus retos.

—Sabía que no me defraudaría.

—Tenga cuidado. No me conoce. Puedo sorprenderle en el momento más inapropiado.

—No se angustie. Si no lo hiciera, sería muy aburrido. Deseo comprobar si ha cambiado en algo su apreciación sobre mí.

No contesté. El gesto de su cara confesaba la intención de provocarme. Era apuesto, por la forma de vestir rezumaba dinero, las mujeres bailarían a su alrededor por lo que no empleaba el arte de la seducción. ¿Para qué? Alargaría la mano y obtendría a la más guapa. Según iban asaltándome esas ideas yo terminaba el esbozo: gesto serio y con la mirada cargada de intenciones, la comisura de la boca alzada como manifiesto de la ironía de su dueño. No me dejaba nada, aun así, quedaría magnífico: el modelo derrochaba personalidad, fuerza, furia y sarcasmo.

Contemplé la lámina con aire crítico, faltaba algo más sutil, que se escondía tras esa fachada, una debilidad: Miguel. Fruncí el ceño mientras dilucidaba cómo resolver el dilema. Miré el modelo y tropecé con su mirada inquisitiva.

—Perdone. He perdido el hilo de la conversación.

—Por su ceño deduzco que sucede algo.

—Cierto. Un pequeño detalle... ¡Ah! ¡Lo tengo!

Sonreí animada por mi imaginación. Escondería el detalle, como él su debilidad, en una especie de trampantojo en el jersey deportivo. Todo un alarde de maestría de forma que, según se percibiera, parecería el jersey o la cara del niño, dependiendo de lo que se quisiera visualizar. Los carentes de imaginación sólo verían el jersey.

—Hemos terminado —anuncié satisfecha.

—¿Puedo verlo?

—¡No! Las obras sólo se aprecian una vez concluidas. Se rompería el efecto

final.

—Observé la de Miguel mientras lo pintaba —rebató Eduardo.

—No es lo mismo. Sólo está a lápiz y tendré que borrar algo antes de realizar la primera aguada. Es un retrato complicado que pintaré en la tranquilidad de mi habitación. Ahora es usted el protagonista.

—Me está asustando.

—Es usted el valiente y el de los retos. Sea hombre y acepte este desafío —me burlé divertida ante su tardío arrepentimiento.

—Amén —se resignó—. ¿Tiene planes para esta tarde?

—Sí. Mi abuela recibe en casa y me ha invitado a acompañarla.

—¡Ah, sí! Como recién llegada de Cuba formará parte del círculo de indios.

—¿Y usted me acusaba de chismosa?

—Lamento haber ofrecido esa imagen, pero mi interés sobre la viuda de Ansorena y los indios es totalmente profesional.

—Ahora sí que ha despertado mi curiosidad. ¿A qué se dedica? —pregunté sin ambages.

Él se acercó en cuanto guardé la lámina; sin embargo, fuimos interrumpidos por unos nuevos clientes.

—Buenos días, como la vimos ocupada no nos atrevimos a acercarnos. ¿Sería posible que realizara un retrato a los niños?

Eduardo se despidió con una inclinación de cabeza y abandonó la escena en tanto que yo llegaba a un acuerdo con los padres de las criaturas. Una vez más quedaba una conversación inconclusa. Era mi sino ese verano.

A la hora de la comida me encontré mano a mano con la abuela en el amplio comedor. Nos sentamos una al lado de la otra para charlar más cómodamente.

—¿No están Ruth y Leo? —indagué.

—No. Han ido con sus padres a Liérganes. Una invitación o algo así me comentó María Ángeles. —La abuela me miraba pensativa.

—¿Estaré sola esta tarde o quedo disculpada?

—Lo que tú decidas. No es una obligación, pero sería interesante para tu formación conocer a otro tipo de personas.

—Entonces, cuente conmigo —decidí sin dudar.

—Me alegro. Las personas que se reunirán son españoles que conocí en Cuba. A veces, necesito el apoyo de los que han vivido como yo: nos comprendemos y compartimos experiencias. Seguramente, habrás escuchado o

escucharás que hablan de nosotros en tono despectivo, sobre todo en el círculo en el que se mueven tus padres y entre los intelectuales. Nos acusan de ignorancia y chabacanería, de falta de cultura y de que nos damos grandes aires a causa del dinero. En toda cesta hay manzanas podridas, pero no es justo generalizar. La humildad de nuestros orígenes y la edad tan temprana a la que emigramos han impedido una sólida formación sólo al alcance de las clases adineradas. La migración es forzosa, no un placer.

—Sí, lo he oído; sin ir más lejos de boca de mi madre; sin embargo, no opino igual que ella. Es muy fácil criticar cuando no has pasado necesidad.

—¿Y tú sí la has pasado?

Me sorprendió la pregunta de mi abuela. En parte llevaba razón, hablaba como si tuviera experiencia, pero en realidad era bastante ignorante.

—No como usted o el abuelo, pero mi vida, fuera de lo material, no ha sido un lecho de rosas.

—¡Hum! Esas emociones a flor de piel —murmuró, aunque la oí perfectamente—. Más adelante hablaremos de ello. Ahora, me apremia explicarte más cosas de los emigrados para que estés preparada esta tarde. Como te decía, la educación no ha estado al alcance de todos. Unos pocos, por avatares de la vida, se han cultivado, como yo, por ejemplo, gracias a la generosidad y amplitud de miras de Camilo. Cuando la sociedad rechaza nunca se fija en las virtudes, sino en los defectos y los agrandan de tal manera que parecen insalvables para ser admitidos por esos círculos, tan cerrados que no son conscientes de su ruralismo. El mundo es muy grande y eso lo saben los que lo han recorrido en busca de fortuna.

—Sí, mi madre es de miras muy estrechas.

—No pienses en tu madre. Ella es un producto de esa sociedad que es la culpable porque así la ha educado. Amplía tu mente y no la cierres a lo que te rodea. Debes ser capaz de mirar más allá de tus intereses; en caso contrario, caerás en el mismo error.

—Me ha hablado de los defectos de los indianos, perdón, de los emigrantes. ¿Y cuáles son sus virtudes? ¿Coraje, laboriosidad?

—No. Eso al principio. Lo difícil, cuando uno ha hecho fortuna con tanto sacrificio, y no me refiero al corporal, quizá el más duro sea el emocional, el dejar atrás familia y pueblo y enfrentarte con catorce o dieciséis años al mundo, sin el cuidado de los que te aprecian, es mostrarse generoso. Hay indianos que derrochan dinero porque sí o para ser más apreciados, pero

otros, no. Pon atención esta tarde y descúbrelo tú misma. Esa será tu lección de vida en este día.

—Escucharla a usted ya es todo un aprendizaje, abuela.

Después de la siesta, rato que aprovechaba para terminar las láminas junto al mirador redondo, me vestí para recibir a aquellas personas con tanto bagaje vital. La abuela había despertado mi curiosidad y anhelaba saber más sobre ellas, casi las envidiaba por el valor que demostraron al partir sin conocimiento, sin ayuda y con mucha esperanza por vestido en un futuro incierto.

A las cinco en punto comenzaron a llegar. Las tres doncellas, con un sencillo vestido negro que contrastaba con el blanco inmaculado de los delantales, las cofias, las puñetas y los guantes, aguardaban junto a la pared las órdenes de la abuela, como si fueran estatuas de piedra. Estreché manos, repartí tantos halagos como los que recibí, me incliné ante los que ostentaban título, todo ello ejecutado con la esmerada educación recibida de doña Amparo.

En el sofá se sentó doña Josefa Trasgallo y me señaló el asiento a su lado en una clara invitación. Me abrí paso y me senté. Poco a poco, tras los saludos y las noticias más recientes, los invitados se acomodaron formando grupos. El servicio se apresuró a poner veladores entre las personas antes de servir el café y las infusiones con pastas.

—Es usted muy guapa y algo mayor para encontrar marido —comentó doña Josefa con una sonrisa—, aunque la comprendo. Si hubiera disfrutado de la fortuna que usted tiene tampoco me habría casado. A los pobres no nos queda otra alternativa.

—Tampoco a los ricos. Lo que nos condena es ser mujeres, doña Josefa —rebatí en el mismo tono educado.

—¡Ah! Pero con dinero las puertas se abren. Algunas de las hijas de estos señores no sienten la llamada del matrimonio sin amor e, igual que para usted, se trata de una opción. Mi hija, la pequeña Soledad, ha cumplido quince años y no parece inclinada a los amores.

—¿Y no van a obligarla a casarse? —me extrañé.

—Por supuesto que no. Me llevo bien con mi marido y estoy muy orgullosa de cómo nos ha ido. Es aquel —se interrumpió y señaló—: el del traje gris claro, Miguel Avendaño, pero no tuve opción. Por cierto, seremos vecinas. Estamos aguardando los planos de una casa que construiremos justo enfrente de ésta, de estilo montañés, con una torre como eje de dos cuerpos. Miguel la llama ya *La Torrecilla*.

—¿Qué se comenta por aquí, Josefa? Enhorabuena por vuestra futura casa.

—Gracias. Domingo Trueba, de Arredondo —me recordó doña Josefa—. La nieta de Brígida, la señorita Alba.

—¿No estará buscando marido? Tengo un sobrino que es un tarambana.

—Pues con esa carta de presentación no le encontrará esposa —lo regañó en broma doña Josefa—. ¿Qué tal funcionan las escuelas? ¿Han conseguido que los pasiegos liberen a los hijos de las pesadas cargas del campo para que se instruyan?

—Seguimos con la lucha. Lo que mejor han aceptado son las fuentes de agua y los retretes en algunas casas. Los más humildes prefieren el campo, como los animales. Nos esforzamos para llevar comodidades y facilitar la vida a los menos favorecidos, pero antes hay que romper con los hábitos de generaciones.

—Cierto —se nos unió don Gregorio del Amo, que llegaba de más lejos, de California—, pero no debemos flaquear en nuestras metas. La educación es esencial. Eso lo hemos aprendido a la fuerza, tanto para niños como para niñas. Si mi hermana hubiera aprendido a leer, a escribir y a realizar las cuentas más sencillas no habría acabado tan tristemente.

—No hay que mirar hacia el pasado, sino hacia el futuro —sentenció el señor Trueba—. Por cierto, muy bueno el café. ¿De dónde es?

—¿No lo conoce? Es de un empresario de Heras —informé al californiano satisfecha de poder agregar mi granito de arena—, don Antonio Fernández Baladrón: cafés El Dromedario.

—Ese hombre ha formado parte de las comisiones que gestionaron las construcciones del palacio de La Magdalena y del Hotel Real —añadió Domingo Trueba—. Un empresario emprendedor.

—¿Qué se dice de un hospital? —inquirió doña Josefa.

—Señora de Avendaño, tiene un oído muy fino —replicó sonriendo don Ramón Pelayo, un señor mayor, delgado, con barba a la moda, vestido de blanco, color preferido de los indios, sobre todo en verano—. Decía que he

estado esta mañana con sus majestades en el palacio de La Magdalena —se hizo el silencio, atentos a las noticias— y hablamos del azote de la gripe. Es un problema más serio de lo que parece por la falta de recursos y de conocimiento. La prensa en el extranjero permanece callada a instancias de los gobiernos. Andan agobiados con la guerra como para añadir una preocupación más a la población civil y a las tropas.

—No veo cómo podemos ayudar nosotros en eso —indicó otro de los asistentes.

—No me gusta la política, como a vosotros —declaró don Ramón—, pensaba en los problemas del hospital de San Rafael para acoger a los enfermos de gripe. Se está elaborando un proyecto para construir un hospital mayor, con más medios, y los reyes desean patrocinarlo.

—Eso no es una escuela, son palabras mayores. Habría que dotarlo no sólo de material, sino también de personal especializado. Es mucho dinero —objetó otro de los presentes que ya había hecho números mentalmente.

—Pensé que el brote de la gripe ya estaba remitiendo —dijo doña Josefa.

—Cierto. Parece que, una vez llegado el verano, nos ofrece una tregua, pero todavía se registran muertes —comentó el señor Trueba—. De cualquier manera, creo que es importante considerar el asunto de construir un hospital más moderno y más capaz, el de San Rafael ha quedado, a todas luces, obsoleto y pequeño ante el crecimiento demográfico de la ciudad.

Eran personas acostumbradas a emprender negocios y planificar las inversiones. Esto era lo que la abuela quería que oyera. Los emigrantes con sus fortunas personales dotaban de escuelas a sus pueblos, llevaban el agua y el alumbrado a las calles de su villa, y procuraban los medios sanitarios. En realidad, si lo analizaba bien, eran las carencias que ellos habían sufrido y que, ahora, deseaban evitar a sus paisanos. Mi abuela estaba en lo cierto: eran generosos. Seguramente, llevaran una doble intención muchos de ellos, pero era innegable la prosperidad que suponía para las aldeas olvidadas por la administración.

Al caer la noche, renuentes, abandonaron la casa entre besos, apretones de manos y promesas de una nueva reunión. Don Ramón Pelayo, recién estrenado el título de Marqués de Valdecilla concedido por Alfonso XIII, era enérgico y emprendedor, decía que eso lo mantenía joven y así debía ser por el sentido del humor que desplegó en la reunión. Doña Josefa me contó que la abuela y

don Ramón habían coincidido en el trasatlántico de regreso a España y habían afianzado la amistad por lo que lo vería en más ocasiones por casa.

Doña Brígida se quedó para organizar el servicio y yo me retiré a mi habitación. Me acerqué al retrato de Eduardo, ya seco, y lo contemplé a la luz de las lámparas. Hasta en imagen me inquietaba, me miraba con esos ojos tan enigmáticos. ¿Qué ocultaba detrás de esa fachada?

—¿Qué te han parecido mis amigos? —indagó la abuela en el umbral de la puerta—. He llamado y no me has oído.

—Estaba distraída. Adelante —invité—. He disfrutado con sus historias. Son personas abiertas y sin recovecos.

—No te confundas. Toda persona esconde algo, tú misma guardas secretos. Aquí hablan abiertamente porque nos conocemos, sabemos de dónde ha salido cada uno y lo que ha pasado para llegar aquí, y no me refiero a las privaciones o al esfuerzo, sino a las malas artes y los abusos. Algunos de los nuestros no son unos benditos, precisamente. Mantenemos las reuniones para ayudarnos a abrir el camino en una sociedad que nos rechaza, aunque reciba nuestro dinero sin objeciones.

—¿Qué cinismo! ¿Cómo lo toleran?

—Eres joven y con sangre; nosotros estamos cansados. No regresamos para reñir, sino para disfrutar de aquello que nos ha sido negado durante la juventud: tranquilidad, buena vida, y a ser posible, rodearnos del amor de la familia.

—Lamento que esto último no lo haya encontrado.

—En parte, ha sido culpa mía, pero nunca es tarde. Otra de las razones que me animó a vender y volver a España fue el bueno de don Ramón. Me dijo que vendía todo y regresaba, así que lo seguí en la empresa. Coincidimos en el vapor y hablamos mucho, un hombre con un gran sentido humanitario. ¿Puedo verlo?

—Sí, por favor. Me servirá de experimento. ¿Qué ve?

La abuela se acercó y se situó frente al retrato del señor Arias. Se tomó en serio mi pregunta y lo observó un rato.

—El caballero es atractivo, un tipo de hombre que conozco muy bien, un triunfador, y no me refiero al dinero, sino a la vida. Corre sangre por sus venas, no horchata, como la que corre por las de tu tío Leonardo. Exuda personalidad y firmeza.

—¿Nada más? Aléjese un poco.

—Si te refieres a la ejecución, poco te puedo ayudar. ¿Quién es el hombre? ¿Cómo lo has conocido?

—Abuela, tengo un secreto. —Decidí confesarle el asunto del negocio de los retratos.

—¿Sólo uno? Para ser una jovencita de veintitrés años eres más compleja de lo que aparentas.

—Cuento con usted para que no se lo diga a mis padres.

—En el instante en que has abierto la boca ya sabías que podías contar con mi discreción.

—Cierto, —acepté pillada por su sagacidad—. A primera hora de la mañana me escapo a la playa y cobro por los retratos que realizo a la gente que me lo pide. Es un cliente.

—¿Y qué más? Me tienes en ascuas.

—No hay más. —Me quedé perpleja.

—¿Y eso es tan grave como para llevarlo en secreto? Tienes un don divino, explotarlo es lo lógico. Imagino que la tonta de tu madre pondrá el grito en el cielo si se entera, pero yo esperaba algo más perverso.

Terminó la frase con énfasis y una mirada pícara, como sugiriendo un amor ilícito.

—No me atrevería a tanto —rechacé sonrojada.

—Porque no te has enamorado. Tiempo al tiempo... —vaticinó.

—Lo que deseaba comprobar es si había logrado crear una ilusión óptica. Fíjese en el jersey de punto.

—No veo nada raro, excepto que el color es muy desigual, como si le hubieran echado lejía.

—¿Y si yo le digo que es la cara de un niño?

Achicó los ojos, se acercó y se alejó con el ceño fruncido hasta que se le iluminó el rostro y los rasgos se distendieron.

—¡Lo veo! ¡Claro que sí! ¡Es magnífico! ¿Cómo no he podido distinguirlo antes?

—De eso se trata.

—Es muy ingenioso. ¿Quién es?

—Su hijo.

—Lo curioso es que ahora, cada vez que lo miro, ya no veo el jersey, me cuesta borrar la cara del niño. Eres muy buena. Cobra el doble, lo mereces. Vamos a cenar.

—Imagino cómo ha conseguido su fortuna —añadí cómplice.

Salió de la habitación y oí sus pasos por la escalera. Me gustaba la abuela por su sinceridad, su pragmatismo y su visión sobre la vida. Era fácil hablar con ella, confiarse.

Me refresqué y, al salir al pasillo, me tropecé a Ruth.

—¿Ya terminó la reunión con esos aprendices de ricos?

Me pareció oír a mi madre y no le hice caso, seguí adelante tras informarle que en diez minutos nos esperaban para cenar. Sentí lástima por ella y por su mundo mezquino. Me quedé parada en medio del rellano cuando recordé que mi padre y la tía María Ángeles habían nacido en Cuba, eran hijos de emigrantes. ¿Cómo podían olvidar su origen? Un origen del que, particularmente, me sentiría orgullosa. Intenté recordar alguna frase, alguna opinión de mi padre al respecto, pero no pude. Era mi madre la que despotricaba contra ellos. ¿Por qué lo había permitido mi padre? ¿Por eso no se llevaba bien con mi madre? Por más que me remontaba, no los recordaba juntos. Siempre cada uno por su lado, incluso se olvidaron de que yo existía, solo era un fruto de la obligación de concebir, la muestra de que habían consumado el matrimonio. ¿Y eso era lo que deseaban para mí? Se me antojó pérfido.

Al pie de la escalera aguardaban Leo y la abuela. Entramos en el comedor y tomamos asiento. La cena transcurrió con la descripción de la casa de los amigos de los tíos. Mi abuela, nada dada a las banalidades, se interesó por ese compromiso que buscaban para Ruth. Mi prima, deseosa de lucirse y de darse importancia, infló las virtudes y la fortuna de los marqueses de Limpias. El tal Eugenio, el primogénito, era el caballero perfecto.

—Si tanto dinero poseen, ¿por qué están preocupados tus padres por la dote? —preguntó la abuela. Los finos rasgos y la apariencia de fragilidad que ofrecía por la edad, no hacía sospechar la sorna con la que formulaba la pregunta.

—De esas cosas no entiendo —soslayó Ruth apurada.

—Pero de besos, sí. Dime, ¿te ha besado hasta quitarte el resuello?

—¡No! Es un caballero —exclamó asombrada y del color de la grana—. ¿Cómo se atreve a sugerirlo?

—Lo que me temía: todo lo que le sobra de caballero, le falta de hombre.

Leo me miró tan estupefacto como yo lo estaba, pero no faltó mucho para que prorrumpiéramos en una carcajada.

Mi abuela se mantuvo impasible y Ruth, entre roja y atónita, enseguida reaccionó, se levantó, arrojó la servilleta violentamente y abandonó el comedor furiosa y con la cabeza muy alta.

Me sequé las lágrimas con la servilleta y Leo me imitó.

—Mi hermana carece de sentido del humor —disculpó Leo.

—Tu hermana necesita de ti más de lo que piensas, Leo; debes abrirle los ojos —declaró la abuela.

Amaneció nublado. Como era habitual en el norte, el clima ofrecía una de cal y otra de arena, aunque no llovería. Cargué con mis bártulos y salí. Me bullía la sangre y la impaciencia por reencontrarme con Eduardo y su sarcasmo. Me negaba a analizar los encuentros más allá de la lucha dialéctica que manteníamos. Bajé la empinada cuesta hasta la plaza y, cruzaba las vías del tranvía, cuando el señor Arias se situó a mi lado.

—¿De dónde viene? No es el camino de su casa.

—Buenos días, señor Arias. —¿Es que nunca saludaba?—. Es usted muy curioso. ¿Debo darle explicaciones?

—No, por supuesto que no, perdone mi indiscreción —se disculpó afectado por la falta de urbanismo.

—Detecto cierta inquietud para que me haya esperado. ¿Qué teme, señor Arias?

—Su sentido del humor —reconoció sin sonrojo.

Sonreí satisfecha, al menos, no me consideraba una mujer insignificante, aunque no fuera una belleza. Era mi única baza en un mundo donde reinaban el dinero y el interés.

—No se preocupe. No soy vengativa ni una bruja amargada. Ladro, pero no muerdo.

—Para alguien con tanta energía, muestra una imagen muy negativa de sí misma.

—Sáqueme de mi error: ¿qué ve de interesante en mí? —pregunté sin ambages.

—¿Un reto?

—¿No me lo planteó usted con la realización del retrato?

—Es justo. Es una mujer muy aguda, por lo que mantiene la expectación; orgullosa, no se rinde fácilmente; luchadora, no evita un reto; enigmática, invita a conocerla mejor. En una ocasión le dije que no era aburrida y eso, le

aseguro, que es un halago, la mayoría de las mujeres son presuntuosas, chismosas e insustanciales.

Habíamos llegado a la playa y me volví hacia él, entre halagada y esperanzada.

—Es una pena que esas virtudes no resulten atractivas para los hombres ya que buscan esposas ricas y sumisas.

—Está claro que tanto usted como yo somos la excepción.

—No me dé tanto jabón o resbalaré entre sus halagos.

La comisura de la boca de Eduardo se alzó en ese gesto tan elocuente, que yo no había olvidado de plasmar en la lámina.

—Ingeniosa y divertida. ¿Me lo enseña? —suplicó el hombre siguiendo el debate dialéctico.

—Imposible, es natural, surge de dentro —repliqué.

Se rio y se detuvo el tiempo. Era la primera vez que reía o que sonreía con la boca abiertamente, sin defensa, y el atractivo aumentó. Por unos instantes, sus rasgos se humanizaron y me resultó agradable, demasiado para mi serenidad. Había algo en ese hombre que me inclinaba a confiar en él, pese a ser un desconocido. ¿Y no era de eso de lo que huía? ¿De las familias conocidas y de las cuentas bancarias? Ante mí se hallaba una letra de cambio en blanco y yo le ponía reparos. ¡Qué difícil resultaba cortar las cadenas de la educación! Me acordé de mi abuela detrás de un mostrador, cómo se entregó a un hombre que le sacaba un montón de años recién llegado de Florida. Podía haberle salido mal, aun así se arriesgó.

—Págume primero, no vaya a ser que se arrepienta —exigí para torturarlo un poco más.

—Seré un caballero y permitiré que juegue conmigo. He sido yo mismo el que he propiciado mi indefensión. ¿Cuánto le debo?

—Sutil forma de dejarme a la altura de una aprovechada, pero no le perdonaré ni una peseta. No ignora que son diez pesetas el retrato; sin embargo, en esta ocasión cobraré doce. Hay un extra en la lámina.

—No regatearé. ¿Me dejará verlo por fin?

Retiré el papel de seda y lo coloqué sobre la tabla. Me aparté para que lo contemplara a gusto. Igual que mi abuela, entrecerró pensativo los ojos, absorbiendo lo que veía. ¿Se daría cuenta? Mi *ego* artístico estaba en juego y me roía por dentro de impaciencia. Su rostro se mantenía impassible por lo que

me era imposible adivinar lo que pensaba o lo que sentía al verse. Tras unos minutos que me parecieron horas, se volvió hacia mí.

—Está bien, aunque no comprendo las dos pesetas extras que me ha cobrado. —El señor Arias mantenía la expresión indescifrable—. ¿El papel es especial? ¿Quizá las pinturas?

—En absoluto. Le dejaré un plazo de dos días para que lo descubra. No parece muy complacido con la ejecución.

—Es mi pequeña venganza por lo que ha tardado en mostrármelo. —Y sus ojos se iluminaron por el triunfo—. No voy a halagarle por su destreza, ya lo hacen los demás clientes.

—Es muy severo con los castigos; seré magnánima cuando se retracte. Soy una dama.

—Lo dejaremos en tablas. Es una delicia batirse con usted. ¿Puedo llevármelo?

—Lo ha pagado, es suyo.

Enrolló con cuidado la lámina, se tomó su tiempo como si buscara alguna forma de prolongar su presencia. Levantó la vista y me miró con intensidad.

—Iba proponerle una cita, pero creo que es demasiado pronto. Mejor dejarlo a la suerte, hasta ahora no nos ha ido mal —juzgó Eduardo.

—No lo imaginaba con el defecto de la presunción. A mi edad ¿qué le hace pensar que no hay un compromiso en ciernes?

—Su rebeldía. Por eso prefiero dejarla en libertad.

Me dejó con la boca abierta, no aguardó respuesta y se marchó sin volverse. A su espalda esbocé una amplia sonrisa, era muy diferente a los hombres que me había cruzado: directo, seguro. No permitía que otros o las circunstancias lidiaran sus luchas. No obligaba y no ignoraba cómo hacerlo sin que lo pareciese. Manejaba bien las expectativas que sembraba para recoger el fruto. Seguía ignorando a qué se dedicaba, pero lo que fuera, lo haría bien. Quedaban muchos rincones por descubrir.

El resto de la mañana transcurrió tranquila pues las nubes, lejos de huir, se apelmazaron y espantaron a los turistas. No me importó e improvisé una marina para terminar más adelante.

A la hora de la comida, mi querida prima no se presentó. El pobre Leo la excusó un poco abochornado y la abuela no le dio más importancia que la que tenía. Particularmente, me alegré de la rabieta de Ruth, ya que la conversación

discurrió con más libertad de la habitual y Leo se animó con las confidencias, que la abuela escuchó atentamente.

Como era habitual, me retiré a mi habitación durante la siesta y, como no me apremiaba ningún encargo, me decanté por leer un rato sentada en el banco de la ventana. Sobre las cinco de la tarde reconocí la silueta de la tía María Ángeles, quien se aproximaba a la puerta. Intuí la razón de su llegada, así que bajé para no perderme nada.

Fui la primera en recibirla, ya que la abuela no había bajado todavía. Nos besamos, más como un acto social que con cariño familiar, y nos sentamos como si fuéramos dos rivales, con una falsa sonrisa en los labios y atentas a los movimientos de la otra.

—Me ha comentado Ruth que mi madre y tú os compenetráis muy bien.

Era una frase con doble sentido, aunque expresada de forma correcta, con educación.

—Sí, aunque reconozco que ha sido una sorpresa descubrir lo poco que se parecen a la abuela, tanto mi padre como usted.

La tía me miró largamente entre las pestañas, que ocultaron los ojos y me impidieron evaluar el alcance de mis palabras.

—Buenas tardes, hija, me alegro de que hayas venido —saludó doña Brígida entrando en la sala—. Siéntate conmigo en el sofá. Deseaba hablar contigo.

—Hoy ha comido Ruth en casa y estaba muy disgustada.

La tía no perdió el tiempo y entró en harina, pero la abuela ya estaba sobre aviso.

—Ya lo imagino, pero no es Ruth quien me preocupa, sino tú.

—No he venido para que me sermonees. —Marcó un gesto de disgusto mientras hablaba.

—Si dices eso es porque no tienes la conciencia tranquila; en realidad, deseaba disculparme.

Las cejas de María Ángeles se alzaron con asombro. Un tanto para la abuela, acababa de desconcertar al interlocutor.

—¿Por el comportamiento con Ruth? —preguntó no muy segura.

—No. Ruth es joven y debe aprender a lidiar sus toros. Por arrojarte a los brazos de ese pedazo de carne que te busqué como marido.

—No la comprendo. Yo acepté, me pareció bien y ahora soy condesa, tuve dónde elegir.

—No, no hubo opciones. Te casaste deslumbrada por la vida aristocrática. Eras joven y pasaste de una vida en la que se valoraba el esfuerzo personal y la formación a una vida de diversión, en la que tu trabajo consistía en ir de compras y acudir a meriendas y fiestas. Al principio, resulta atractivo, pero no es agradable que te recuerden tu origen y que sólo vean el dinero que aportas. Tu cuñada respira rencor y no disimula el desprecio que le generamos. Por su actitud, deduzco la posición del resto de sus congéneres y de las dificultades a las que te habrás enfrentado para ser admitida en esos círculos.

—Creía que, con el tiempo, me conocerían y me abrirían sus puertas, pero no fue así. Son más elitistas de lo que parece —reconoció—, pero estás hablando de su madre. —Me señaló con la cabeza.

—Sí, ya lo sé, pero Alba no se encuentra a gusto con los aristocráticos aires de Lucía. Es más como su padre.

Me volví con los ojos como platos hacia mi abuela, quien se rio al ver mi expresión de asombro.

—Sí, te pareces a tu padre, el que era, no el que es hoy; pero rescataremos esa olvidada personalidad, no te preocupes.

—¿A qué juega, madre?

—A recuperar a mis hijos de las garras del tedio y de las personas indolentes y obtusas. La inactividad, la insatisfacción y el rechazo te han hundido en la bebida. ¿Vas a dejar que esa pandilla de fracasados te humille? Porque aquel que no genera riqueza es un fracasado, que no se te olvide. Viven de chupar la sangre de los productivos. En tu caso, tu marido, ese que no te ampara ante los suyos, vive de ti. Cariño, ¿no has pensado en que él no es nadie sin tu dinero? ¿Qué sucedería si yo dejara de pasaros la pensión?

—¿Está enferma? —se alarmó la tía.

—No, en absoluto. Lo que quiero es que pienses, María Ángeles. Se te daba bien la contabilidad. ¿Recuerdas cómo me ayudabas con los colmados?

—Hace mucho de aquello.

—Disfrutabas. Lo importante es ser alguien y para ser alguien debes estar satisfecha contigo misma, debes tener una ocupación, una ilusión. La vida que llevan esos haraganes tan vacía e improductiva, sin metas, sin intereses, te ha ahogado en un vaso de ron.

—Ya no hay vuelta atrás —dijo cansada.

—Sí la hay, por eso estoy aquí. Escúchame: hay lugares especializados y discretos para desintoxicarse. Una vez superada la adicción, revisas el

despacho de tu marido y te haces con la contabilidad y los títulos de propiedad de las fincas, exiges las cuentas a ese inepto de administrador al que paga y lo pones de patitas en la calle. Te bastas y te sobras para sacar adelante las fincas, hacerlas productivas...

—No dice más que tonterías, madre, no estamos en Cuba. ¿Por qué iba a dejarme Leonardo al frente de sus propiedades? ¿Por qué iba a molestarme yo en trabajar si ya tengo todo lo que quiero?

—¡Qué falta de imaginación! Puedes hacer lo que quieras porque tu marido depende de ti económicamente. Para rentabilizar las fincas, deberás ponerte al frente y estarás lejos de Madrid, por lo que podrás echarte un amante, discretamente, que te alegre la vida. Y la finalidad será sacar a tu hijo de ese círculo vicioso, enseñarle el negocio y dejarle un patrimonio saneado, que ahora mismo, el inepto de tu marido ha hundido. Enseña a tus hijos a ser personas y no marionetas sin estímulos ni sangre para vivir.

Acompañé a mi tía en el asombro. Las dos mirábamos a doña Brígida como si le hubieran salido cuernos. ¿Que se echara un amante? ¿Que se hiciera con el patrimonio de su marido? ¿Y Leonardo? ¿Iba a permitirlo sin más? No comprendía adónde quería llegar la abuela en su discurso.

—Leonardo no lo permitirá. —Mi tía expresó mi pensamiento con una rotunda negación.

—No tendrá más remedio si no quiere quedarse sin comer y andar en boca de todos los amigos. —Guardamos silencio, expectantes, animándola con la mirada a que siguiera—. Le amenazas con que le retiraré la pensión. He estudiado vuestras finanzas y su patrimonio está tan abandonado que apenas percibe ganancia. Vivís con mi dinero, es decir, con el tuyo. Lo del amante es opcional y no tiene por qué saberlo, aunque, desde luego, hagas lo que hagas, le dejas claro que no quieres volver a verlo en tu cama.

—Chantaje —resumió María Ángeles—. Me quedo con todo a cambio de que él conserve una pensión y vía libre para que rehaga su vida.

—Y tú, la tuya.

—¿Y mis hijos? —planteó interesada.

—Leo es como tú: inteligente, desinhibido, alegre. Está en esa edad en que, si lo diriges bien, será un gran hombre al frente del condado, con ideas progresistas en economía. Ruth, por desgracia, es como Lucía, pero igual podemos encauzarla. No tiro la toalla.

—No sé —dijo pensativa—. Parece fácil. Lo cierto es que me atrae la

posibilidad de enderezar mi vida. ¿No será demasiado tarde?

—Tendrás mi apoyo. Esta vez no te fallaré. Lo primero, la casa de reposo.

—¿Así se llaman? —Se asombró María Ángeles.

—Hay una en Ontaneda. Piénsatelo. Si quieres, mañana mismo te acompaño, pasamos la noche allí y decides.

—Es usted muy persuasiva. ¿Qué le diré a Leonardo? No quiero que sospeche, al menos hasta que esté segura de lo que deseo.

—Durante la desintoxicación tendrás tiempo para decidir. Estoy de acuerdo con ocultárselo de momento. Le dirás que ha venido de Cuba una amiga de la infancia y que vas a pasar unos días con su familia. Tu marido se alegrará de que no lo obligues a alternar con los indianos mientras está aquí la familia real rodeada de los ociosos aristócratas. Se olvidará de ti.

—Sí, es lo que más duele. Nunca le he importado. He sido la fuente de ingresos y el vientre de sus hijos. Tiene su heredero.

—Conviértelo en una ventaja.

Se hizo el silencio, cada una sumida en sus pensamientos. Yo permanecía callada y asombrada por la revelación. Se había hablado sin tapujos ni paños calientes de un matrimonio por interés, de errores, de dejadez, de amantes, de chantaje. Acababa de vislumbrar a una abuela diferente, a una mujer a la que no le importaban los medios si conseguía un fin. Había decidido rescatar a su hija de un matrimonio infortunado aunque fuera a costa de pasar por encima del tío Leonardo; pero lo que más me turbó fue descubrir que no lo sentía así, que no me compadecía de él, que apoyaba a las mujeres de mi familia. Porque allí se había hablado de grupos sociales enfrentados y cerrados: la aristocracia y la alta burguesía, fuera indiana o no. Una lucha sin cuartel: capital *versus* título nobiliario. Ambos se buscaban, se necesitaban y se odiaban. ¡Qué poco sabía de la sociedad! No, no era cierto. Lo intuía, aunque no me había atrevido a verbalizarlo como lo había expuesto, de forma tan cruda, la abuela.

—Mañana. ¿A qué hora? —preguntó María Ángeles decidida.

—Pronto, al amanecer para llegar con luz —contestó la abuela con una sonrisa triunfal. El primer paso estaba dado.

—¿Y ella? —Me señaló con la barbilla.

—Está aprendiendo, es su verano de revelaciones. Somos muy parecidas, aunque ella lo ignora. Es discreta y también guarda muchos secretos —aseguró como una certera pitonisa.

Noté la ausencia de doña Brígida. Fueron dos largos días sumidos en la rutina veraniega. A primera hora bajaba a la playa y conseguí nuevos encargos. Eché de menos a Eduardo, que se había desplazado a Bilbao según las noticias de Miguel, que seguía pescando en las pozas. Los entrenamientos con Leo en el Club de Tenis me ocupaban hasta la hora de la comida durante la que cambiábamos dimes y diretes de la sociedad santanderina. Ruth, aunque venía a dormir, pasaba la mayor parte del día con sus amigas o en casa de su padre. Observé el despego de Leo con su hermana, aunque no era de extrañar pues se llevaba mejor conmigo que con ella. La abuela estaba en lo cierto, a la tía le sería fácil encauzar a Leo; era tal mi aprecio por él que recé por que le fuera bien a María Ángeles.

Aproveché la pequeña libertad para eludir la asistencia a los bailes del Casino. Ignoraba en qué andaban mis padres porque no aparecieron para sacarme a rastras y presentarme a los viudos necesitados de jovencitas y de dinero. Ahora, lo consideraba bajo otra perspectiva, si cabía más desagradable que la que ya tenía. Mi rebeldía estaba sustentada en una idea muy sólida y, por tanto, insalvable.

El regreso de la abuela supuso la revolución en la tranquilidad de la casa. Los indianos se reunieron de nuevo y yo volví a estar presente. En esta ocasión, como ya conocía a la mayor parte, fue mucho más agradable ya que participé en las conversaciones y aprendí sobre las dificultades empresariales, política y economía internacional: la guerra había trastocado las relaciones entre los países, aunque a los cubanos les había favorecido. Eran vidas apasionantes que habían compartido entre el fango y el oro; vidas vividas con intensidad, con temor y alegría, con sangre y con amor. Nunca me había considerado una romántica, más bien me calificaba como una persona realista; sin embargo, aquellas personas sacaron mi vena idealista. Aspiraba a vivir sin

tregua, a llegar, como mi abuela, llena de cicatrices y con un pasado cargado de experiencia.

Llegó la tarde en que habíamos quedado en el Club de Tiro. Pasamos a recoger a Ruth en el coche de la abuela y, en la entrada, ya nos esperaba Álvaro Goicoechea en compañía de las amigas de Ruth. Ameno y divertido, destacaba en medio del círculo donde lo habían atrapado hasta que Ruth las espantara. En cualquier reunión era bienvenido por levantar el ánimo a un muerto, se trataba de un don. A mí, por ejemplo, se me daba muy mal ser el centro o divertir a la gente. En cuanto se detuvo el carruaje, se acercó para ayudarnos a descender a las damas. Ruth se deshizo en una sonrisa que no le sirvió de mucho, pues el interés de Álvaro se centró en mi persona; me halagó y me extrañó a la vez, ¿por qué no decirlo?, Ruth era más joven y más bonita que yo. Aun así, no le di mayor importancia, porque para mí no significaba nada el conde, excepto una excusa ante el acoso de mis padres: representaba mi coartada de que salía y me relacionaba con la nobleza.

—Entremos —invitó Álvaro—. He reservado dos dianas ya que somos muchos para una, así que nos dividiremos en dos grupos: uno encabezado por Leo y otro por mí.

Rosa y María se inclinaron por Leo y nos dejaron a mi prima y a mí para que nos peleáramos por las atenciones de Álvaro. Ignoraban que yo no les iba a dar esa satisfacción. Me concentré en aprender a tirar con arco, que era lo que realmente me divertía y, sin proponérmelo, acaparé la buena disposición de Álvaro. Como el sombrero, de ala ancha, me incomodaba con el arco, sin dudarlo, me lo quité ignorando el gesto de reprobación de mi prima.

—No, no, coloque la mano más arriba, así controlará la flecha y tensará más el arco —me explicaba el conde—. Es más una cuestión de técnica que de fuerza.

Se puso a mi espalda y me rodeó con los brazos para indicarme la postura correcta a la vez que alzaba un poco mi brazo para apuntar mejor al centro de la diana. Sentí un rumor detrás de nosotros, había llegado más gente y molestaron un poco hasta que ocuparon su diana. No les presté atención, concentrada en las enseñanzas de Álvaro, quien se pegaba, con la débil excusa, más a mí, hasta el punto de que sentía su aliento en el cuello.

—Si se separa un poco, igual consigo hacer diana —dije con la mejor de las sonrisas.

No deseaba molestarlo con lo amable que se mostraba hacia mi persona.

Disparé y la flecha se clavó cerca del centro.

—¡Casi diana! —Se emocionó el conde, como un niño—. ¡Mirad como aprende mi pupila! —Señaló al grupo de Leo—. Es la mejor diana de toda la tarde.

—¡Eh! ¡Eh! —se quejó Leo—. Que la tarde no ha terminado.

El espíritu competitivo de Leo era legendario en la familia. Le sonreí y le saqué la lengua.

Y así, con la lengua fuera, me enfrenté al ceño fruncido de Eduardo Arias. Se hallaba en el grupo que acababa de entrar. Eran hombres de diferentes edades, bien trajeados y hablaban comedidamente. En cuanto se dio cuenta de que lo había visto, desvió la mirada sin saludarme y se enzarzó en una conversación con los compañeros que esperaban el turno para realizar el tiro.

—A mi prima se le dan bien los juegos de hombres —criticó Ruth—. ¿Podría enseñarme la postura, señor Goicoechea?

Las palabras de Ruth me obligaron a participar del juego. El pulso se me había alterado y los ojos se me escapaban hacia la diana ajena y hacia un hombre en particular.

—¿Conoce a alguien? —se interesó Álvaro.

No había sido tan discreta como había pensado.

—No —mentí—. Me intriga cómo disparan. Son buenos.

—Es un deporte muy popular. Usted no lo hace mal —regaló mis oídos—. Reconozco a uno de los caballeros por los rumores que corren sobre él, Eduardo Arias, un hombre al que evitan las señoritas de buena cuna.

—¿Puede dejar los chismorreos para otro momento y ocuparse de mi postura? —exigió Ruth impaciente—. ¿Es la correcta?

Ella sabía que no, lo hacía adrede para acaparar al conde.

—No, no. Un poco más erguida y ese brazo más atrás —indicó Álvaro.

Seguimos disparando con mejor y peor fortuna; sin embargo, la tarde se había estropeado para mí. «Las señoritas lo evitan», «rumores» o «es un hombre peligroso», palabras que llenaron mi mente. Lo que no conseguía dilucidar era si se referían a su actividad profesional o a él como persona. Necesitaba creer que era por su profesión, ¿funcionario de Hacienda? Lo había visto con su hijo y era un padre solícito, no como el mío. Una persona así no parecía peligrosa.

—¡En pleno centro! —exclamó Leo jubiloso—. ¡Mejora eso, querida prima!

—¡No me lo puedo creer, señor Goicoechea! —Se horrorizó Ruth—. Estos

dos han convertido una tarde de diversión en una competición.

—¿Y qué importa? —reprochó Rosa sonriendo a Leo—. Su primo dispara mejor que usted, Alba.

—¿Es un reto? —inquirí con una media sonrisa que no auguraba nada bueno.

—No debe rechazarlo. Se admiten apuestas —terció Álvaro.

—Goicoechea, estamos ante señoritas, no me parece muy elegante apostar —lo reprendió Leo.

—Una inocente apuesta, señor Arjona. ¿Qué nos jugamos? ¿Un baile esta noche?

—Juéguese lo que quiera. Como comprenderá, no me atrae un baile con mi prima.

—Un baile conmigo, si pierde usted —se atrevió Rosa—; y su prima con el conde si pierde ella.

—¡Perfecto! ¿Aceptas? —me preguntó.

—Ya sabes que sí —asentí.

Mientras tanto, los caballeros de la diana de al lado nos observaban atraídos por la apuesta. Echamos a suertes quién disparaba primero y ganó Leo. Se preparó con tanto teatro que, como lo conocía bien, me arrancó una sonrisa. Estaba disfrutando con la expectación. Por fin, se concentró y, tras unos segundos de búsqueda del punto, disparó. El tiro fue muy bueno, junto al círculo de la diana, es decir, bastante centrado. Hubo aplausos y se volvió haciendo reverencias al público.

Me tocaba y la atención se dirigió hacia mi persona, un tanto desaliñada sin sombrero ya que la brisa había liberado algún mechón. Me hice a la idea de que me encontraba en pleno torneo de tenis. Tensé y destensé el arco un par de veces antes de poner la flecha, respiré profundamente, erguí la espalda y busqué la diana con la punta de la flecha.

—¡Más arriba!

La voz de Eduardo destacó en medio del silencio, rasgado por la flecha que solté al tiempo que elevaba un poco el brazo. Aturdida, no comprendí lo que había sucedido hasta que me felicitaron por el tiro, en pleno centro de la diana. El primer eufórico, mi primo, que se alegraba por mí.

—¡Vaya tiro! —exclamó y me palmeó el hombro.

—Ha sido trampa. Le han indicado —acusó Goicoechea.

—¡Qué va a ser trampa, hombre! Mi prima es un as del tiro al arco. Hay que saber perder ante una dama.

Era la segunda vez en esa tarde que mi primo destilaba nobleza, al contrario que el conde, a quien ponía en su sitio sin mucha delicadeza, pero a Álvaro no parecía importarle. Me volví y me encontré con una escena desagradable. Sordo al reproche de mi primo, increpaba la intervención del señor Arias.

—¿Qué le duele más, señor Goicoechea, mi intervención o haber perdido el baile con la señorita?

—Puedo tener todos los bailes que quiera con la señorita, algo a lo que usted no podrá aspirar. No vuelva a cruzarse en mi camino.

Los dos hombres estaban tensos y sus ojos rezumaban odio, ira contenida, cuentas pendientes. Eduardo curvó la boca hacia arriba sin perder el gesto serio. Había ganado, no sabía el qué, pero él consideraba que había ganado el enfrentamiento. Yo también lo creí, pese a mi ignorancia. El señor Arias se retiró en busca de sus compañeros, que se habían alejado al terminar la competición. La crispación en Álvaro perduraba cuando se volvió hacia nosotros.

—Es un desgraciado —explicó huraño—. No sé cómo se atreve a moverse por la sociedad como si tal cosa.

—Si entre ustedes media alguna disputa, guárdesela, por favor —recomendó Leo—. Hemos venido para pasarlo bien y no es tan importante ni tan vital la intervención del señor Arias. Señoritas, ¿un chocolate para endulzar la tarde?

Leo había crecido más de lo que me había imaginado. Era más correcto, más serio dentro de su aire juvenil y con un fondo excelente. Me sentí orgullosa de que fuera mi primo; por el contrario, el señor Goicoechea me había decepcionado. En ningún momento había depositado mi confianza en él más allá de emplearlo como arma ante mis padres, pero la verdad era que me había disgustado profundamente la aseveración sobre mi persona, como si pudiera disponer de mí libremente y cuando se le antojara, por lo que se había desprendido de las palabras que le dirigió al señor Arias.

Leo se empleó a fondo para borrar de la memoria el desagradable incidente y cobrara más importancia la diversión del ejercicio de tiro con arco. El conde recuperó su humor y participó de las bromas.

—Esta noche me debe un baile, señor Arjona —recordó Rosa—. Espero que acudan ustedes para ser testigos del pago de la deuda.

—Allí estaremos —se adelantó Álvaro a los demás—. ¿A las ocho les parece bien? Junto a la pista de baile.

Asentimos. El Casino era el centro nocturno al que acudíamos en familia y,

luego, nos desperdigábamos con las amistades y los bailes, pero siempre bajo la estrecha vigilancia de los mayores. Ruth se avino a cenar en casa de la abuela para salir por la noche.

—Es una estupidez que seas tan rencorosa con la abuela —la amonestó Leo—. Eres demasiado estirada.

—Me ofendió —replicó Ruth.

—Pues recoge velas en lugar de enfurruñarte. Tampoco le faltaba razón —arguyó Leo.

—¿Cómo te atreves a criticarme?

—Vamos, Ruth. Sabes que te quiero, pero, a veces, te pones imposible. ¿Adónde ha ido madre? —Leo cambió de tema.

—A Ontaneda, a casa de una amiga de la infancia, allá en Cuba. A papá no le gustó, pero hizo lo que quiso, como siempre.

—¿Acaso te molesta? ¿Qué harías tú si no estuvieras enamorada? Tus padres tampoco irradian dicha ¿verdad, Alba?

—No. Creo que el amor no es el fuerte de nuestra familia —asentí.

—Yo no me casaré —sentenció Leo.

—Eres el mayorazgo —recordó Ruth—. Y yo tengo que casarme. ¿Qué haré si no?

—Vivir conmigo. Lo pasaríamos bien sin nadie que nos reprendiera y sin aguantar al otro —propuso Leo.

—Suená bien.

Por primera vez, Ruth sonrió a su hermano.

—¿De verdad no te habías planteado el no casarte? —Me asombré—. Me parece aberrante llevar la vida de mis padres. Prefiero vivir sola.

—Pero tú no tienes un hermano que vele por ti. ¿Cómo lo harás? —Ruth parecía realmente intrigada.

—Como lo hacen muchas mujeres que no consiguen matrimonio. Quiero ser independiente y ganarme la vida.

—¿Trabajar? ¡Estás loca, Alba! Siempre has sido progresista, pero no imaginé hasta qué punto. —Se asustó Leo.

—¿Qué dirá tu padre? —añadió Ruth.

—Lo imagino y no me importa. Y sí, trabajar, Leo. ¿Acaso crees que el dinero llueve del cielo?

—A nosotros, sí —confirmó Ruth en lugar de Leo—. Cuando fallezca la abuela...

—Ruth —la interrumpió Alba—, eso es el cuento de la lechera. ¿Quién te ha dicho lo que piensa hacer la abuela con su dinero? ¿Hay testamento?

Mi prima abrió mucho los ojos y miró a su hermano.

—Es lo que dice papá —gimió desolada.

—Me ha sorprendido el carácter de la abuela, no tiene pelos en la lengua — analizó Leo—, y no se aproxima ni un tanto a la forma de pensar y de vivir de nuestros padres, Ruth.

Permanecí en silencio, dejando que ellos mismos llegaran a su propia conclusión, pero Leo no iba desencaminado. No había compartido una confidencia tan personal con la abuela, pero, por la conversación que había presenciado con la tía María Ángeles, no resultaba descabellado que ni el tío Leonardo ni mi madre disfrutaran del producto de su sudor más de lo que ella lo permitiera, y, ahora que lo pensaba, estaba socavando los matrimonios que había concertado, aunque eso mis primos lo ignoraban. ¿Qué le habría preparado a mi padre? Me entró la curiosidad con una voracidad que despertó mi ansiedad.

Llegamos y la primera conversación inteligente que había mantenido con mis primos quedó suspendida. En la cena, Ruth se mostró más amable y parca en palabras. Igual no era un caso perdido y la abuela podría enderezarla, siempre y cuando la arrancara de la funesta influencia de su padre.

*E*l Casino lucía las galas nocturnas a la luz de los quinqués de pared a gas. El alumbrado eléctrico todavía no había llegado a las provincias y en Madrid se limitaba al uso público, pues la instalación requería un elevado coste. Me acerqué a saludar a mis padres, quienes se movían por separado en diferentes círculos: mi padre con los burgueses, con quienes cerraba tratos, y mi madre, quien se apartó de los oídos indiscretos, con la estirada élite.

—¿Qué tal en casa de la abuela? —se interesó—. ¿Muestra inclinación por alguno de vosotros? ¿Algún favorito?

—Pues no. No he notado nada, pero ya sabe que soy muy torpe en esos asuntos. Comemos, cenamos con ella y charlamos sobre generalidades.

—Tiene muchas escamas la vieja —reconoció mi madre torciendo el gesto defraudada—. Dicen que en su casa se reúnen indianos con mucho dinero. Podrías engatusar a alguno de ellos ya que los aristócratas no te gustan. Tienes veintitrés años, hija, no puedes continuar así. El amor no existe.

—El amor existe, el problema es encontrarlo —refuté.

—No, el problema es que, cuando lo descubres, carece de posibles para vivir cómodamente.

—¿Ha estado enamorada? —Me asombré.

Me miró entrecerrando los ojos, como evaluando hasta dónde podría contarme.

—Sí, pero es poco práctico, créeme. Y no aparece cuando quieres, sino cuando menos te lo esperas. Resulta bastante frustrante.

—¿Qué desea para mí?

—Que seas pragmática. Las idealistas terminan en la miseria. El mundo sigue su camino, aunque una se rebele contra él. Arrolla. Hija, hazme caso y busca un marido bien relacionado, divertido y que no exija más de lo que estés decidida a dar.

—Ese es su mundo, madre; no el mío. No voy a sentarme para verlo pasar, quiero vivirlo.

—Esto me pasa por emparentarme con una familia de trabajadores. Has heredado su sangre para mi desgracia.

No rebatí su dictamen ni le ofrecí mi visión sobre lo que ella designaba como pragmatismo y que para mí era sinónimo de sanguijuela. Sí, el término era duro, pero recordé que la idea no era mía sino de Sieyès durante la revolución francesa. Las lecciones de doña Amparo eran inolvidables.

La dejé arropada en la seguridad de su ociosa élite y me dirigí al salón de baile; sin embargo, Eduardo Arias se interpuso en mi camino.

—La felicito por su puntería.

Los labios sonreían, pero los ojos me miraban intranquilos, anhelantes. El frac le sentaba como un guante y resaltaba su atractivo varonil. Pensé en las palabras de mi madre y me di cuenta de que no le había preguntado en qué se diferenciaba la atracción física del amor.

—Creo recordar que el mérito se lo debo a usted, aunque al conde no le sentó muy bien.

Nada más mencionarlo, se crispó su rostro.

—En una ocasión le recomendé que se mantuviera apartada, pero olvidé que usted es una rebelde. ¿Tendría más éxito si la empujara a que aceptase sus atenciones?

Reí con ganas. Eduardo era un hombre que no se amilanaba por las convenciones sociales y con un sentido del humor parejo al mío.

—No dude en intentarlo. Me asusta lo bien que ha llegado a conocerme en tan pocos días.

—Ahora ya sabe lo que sentí cuando me retrató. Empatados.

—Por cierto, ¿descubrió la razón de las dos pesetas extra que pagó?

—No, he estado fuera, pero no me desaliento fácilmente.

—Me lo dijo Miguel. Me alegro, me defraudaría si se rindiera tan pronto.

Recordé las palabras de Álvaro Goicoechea: «algo a lo que usted no podrá aspirar». ¿Por qué Eduardo Arias no podía aspirar a bailar conmigo? ¿Tan elitista era el conde?

—Señor Arias, ¿piensa mantenerme toda la noche charlando o me sacará a bailar?

—Es la primera vez que una señorita me propone un baile. ¿Está segura de lo que hace?

—¿Supone para su hombría alguna merma que yo se lo haya pedido?

—En absoluto. En todo caso, me siento halagado, aunque su decisión provenga del deseo de dar en las narices al conde de Amurrio.

—¡Oh! Es imposible engañarlo a usted. No me desenvuelvo muy bien en las malas artes.

—Afortunadamente. —Sonrió con los ojos a la vez que me ofrecía el brazo.

Si en algún momento había habido un nubarrón, se disipó durante el baile. Nuestros cuerpos se entrelazaron y se reconocieron en una nueva situación y la música arrulló el suave deslizarse sobre la pista. El aroma de la colonia me llegó por la cercanía, cada arruga, cada poro de la piel se me ofreció como si tuviera una lente de aumento y me agradó, casi me invitaba a entregarme a ese inocente abrazo. Demasiado buen bailarín para mantenerse lejos de la pista de baile. ¿Por qué? ¿Le recordaba tiempos felices junto a su esposa? Su rostro no perdió la seriedad mientras sus palabras destilaban diversión.

—¿Era la primera vez que disparaba con arco?

—Sí. No es por vanidad pero se me dan bien los deportes. No entiendo por qué se reservan a los hombres, se quedan con lo mejor de la vida.

—Es una afirmación demasiado categórica. La vida ofrece muchas cosas buenas al alcance de todos. Usted no lleva razón en su queja, actúa según su criterio.

—¿Me critica?

—La admiro por ello.

Me sonrojé. Me importaba la opinión de Eduardo y me animaba la visión que me ofrecía de mí misma.

—¿Le gusta el mar? —continuó.

—Sí. ¿Me va a proponer que practique el remo con usted?

Sus ojos se achinaron en una sonrisa, aunque no permitió que llegara más lejos. ¿Por qué no reía abiertamente?

—Desarrollaría unos antiestéticos bíceps. Le iba a proponer algo más agradable como un paseo en barco con sus primos y Miguel.

—Sus brazos me parecen muy atractivos —declaré con picardía.

—Le agradezco el cumplido, pero me ha comprendido perfectamente.

Se detuvo bruscamente y sólo entonces me percaté de que el vals había terminado.

—Ha sido el baile más agradable en mucho tiempo —declaró galante.

—Es muy amable por su parte. Y usted es un bailarín muy diestro.

—No lo he dicho por cortesía.

—Ni yo por educación.

—Me rindo. La última palabra es suya —cedió Eduardo—. Siempre, un placer.

Nada más alejarse, se acercaron mi padre, con gesto serio, y Álvaro Goicoechea, con el rostro congestionado.

—Alba, hija, no vuelvas a conceder un baile a ese hombre —murmuró mi padre, pendiente de que no nos oyeran.

—Porque es un burgués. A ver si se ponen de acuerdo usted y mi madre.

—No, porque anda en boca de todos. Es un asunto turbio del que ha tenido a bien informarme el señor Goicoechea.

El señor conde cada vez me caía peor. Que las diferencias que mantuviera con el señor Arias las ventilara públicamente y manchara la reputación del enemigo sin ningún rubor no resultaba nada caballeroso. Su educación dejaba mucho que desear en ese campo.

—El señor Goicoechea parece muy ansioso de indisponer a todo aquel que lo quiera oír contra el señor Arias.

—No crea las mentiras que haya podido elaborar ese señor. Su caso apareció en la prensa y es del dominio público. ¿Acaso ha visto a alguna mujer que se lo dispute? —se justificó el ofendido conde.

—Ignoro de qué me habla, pero la vida del señor Arias no me incumbe.

—Eres demasiado inocente para desenvolverte en la vida, por esa razón te ruego que atiendas a las personas que yo te presente —alegó mi padre.

Lo que había comenzado como una noche memorable se había trocado en una disputa. Saqué mi cinismo a flote, compuse la mejor sonrisa y asentí a mi padre. Para que me dejara en paz acepté el baile que me ofrecía el estúpido conde de Amurrio. Me planteé seriamente buscarme otro comparsa. Álvaro había perdido su gracia, ya no me divertía.

—Ha sido usted muy imprudente —me censuró en cuanto me tuvo entre los brazos.

—Señor Goicoechea, le recuerdo que usted no es quién para reñirme.

—Tiene razón, pero ya que su padre no le explicó las razones, se las diré yo. El señor Arias ha sido juzgado por el asesinato de su esposa.

El golpe dolió, pero yo estaba acostumbrada a mentir, a disimular en casa, así que me mantuve imperturbable, sin dejar de observar a los otros bailarines para no contemplar el rostro del sapo que me llevaba por el salón.

—¿No dice nada? No parece escandalizada —notó el siniestro conde.

—¿Debo escandalizarme? ¿Es así como acapara la atención de las mujeres? ¿Hablando mal de las personas que detesta?

—Como dijo su padre, es usted una ingenua. No niego que me cae mal, pero lo que he dicho es absolutamente cierto. Lo sabe toda la sociedad bilbaína. La prensa siguió el desagradable proceso.

—Sería para el señor Arias; usted, sin duda, lo disfrutó —rebatí sin piedad.

—Se ha molestado. Comprendo que es un hombre que resulta atractivo, pero haría mejor en obedecer a su padre.

—Se lleva muy bien con él —observé.

—Es un hombre cabal.

—No es de su clase —deslicé maligna.

—Eso no es problema, su enlace con la marquesa lo ha ennoblecido y si usted eligiera bien, se olvidaría su origen.

El final del baile lo salvó de la agria respuesta que me sugirió su torpe propuesta. Si pensaba prolongar la velada, no le di la opción.

—¡Oh! Ahí está mi abuela. Me ha hecho una seña. Ha sido muy ilustrativo el baile. Le quedo agradecida.

Sin esperar contestación, lo dejé plantado en medio del salón, aunque de reojo vi que Ruth acudía a ocupar mi lugar. Me olvidé de ellos y me dirigí hacia doña Brígida, quien charlaba con algunos conocidos de las tertulias caseras. Durante un rato me sumí en la conversación con la esperanza de que mi ánimo alterado encontrara un poco de paz. Las palabras del conde habían hecho daño, más de lo que pensaba. Si había pasado por un tribunal y se paseaba libre era porque no había sido hallado culpable. ¿Por eso no sonreía? ¿Porque el escándalo y la duda pesaban como losas? ¿Y Miguel? Me había parecido un chico desinhibido, alegre. Eran muchas las preguntas sin respuesta.

—¿Estás cansada? Te encuentro ausente —se interesó la abuela—. No te han faltado galanes que te sacaran a bailar. Uno de ellos era el del retrato ¿verdad?

—Sí, abuela —reconocí con una triste sonrisa.

—Me produjo mejor sensación que el segundo.

—¡Ay, abuela! Pero me han dado un disgusto.

—Luego me lo cuentas; primero vamos a despedirnos. ¿Me acompañas a casa?

Vivíamos tan cerca del Casino que íbamos y regresábamos a pie, como otros muchos que se alojaban en los hoteles y en las fondas de la zona. En ese aspecto, el Sardinero resultaba cómodo.

Caminamos en silencio, con cuidado de no tropezar por el irregular suelo. Las escasas farolas se agrupaban frente al casino y los hoteles y dejaban el resto en la oscuridad. La seguridad era absoluta, siempre y cuando no te alejaras demasiado del caserío. Para cuando perdimos de vista el Casino, ya nos hallábamos frente a la verja del jardín. Allí lucía un farol, como si de un faro se tratase, para conducirnos hasta la puerta. Mis primos se habían quedado hasta más tarde y mi padre se despidió con la promesa de una visita al día siguiente: estaba muy disgustado.

—No te preocupes por tu padre y cuéntame lo que ha sucedido esta noche —me animó la abuela—. Subiré a tu habitación, así evitaremos interrupciones cuando regresen tus primos.

Dio instrucciones a su doncella para que la aguardase y me siguió hasta mi refugio. Nos sentamos en el banco del mirador.

—Creo que he cometido un error llevada por mi afán de rebeldía. Me pareció un juego de lo más inocente y se ha vuelto contra mí —confesé.

—Entonar el *mea culpa* como preámbulo no me parece acertado. Es como si un autor teatral desvelara el final antes de comenzar el primer acto —me reprendió con amabilidad.

Sonreí a mi pesar. ¡Cómo no hacerlo! Su cara, arrugada por la vida, despertaba mis sentimientos más tiernos. El vestido en seda salvaje de color del vino le caía como un guante con los encajes justos y unos pendientes de perla a juego con el collar. Quien tuviera ojos no se dejaría engañar por la sencillez porque lo poco que lucía rezumaba calidad y estilo. Desgrané en sus atentos oídos cómo conocí a Eduardo Arias y reconocí que fue su desafío el que me empujó a cobrar por los retratos, la emoción de las batallas verbales y del tira y afloja que nos traíamos, cómo me serví del conde de Amurrio para complacer a mis padres y cómo descubrí la rivalidad entre ellos, hasta el daño que me infirió con su declaración.

—De todo lo que me has contado, hay una persona que no tiene razón: tu padre. No eres una ingenua. ¿Cómo puede ser un hombre tan ciego con su única hija? Me hablaste de tu institutriz, ¿cómo se llamaba?

—Doña Amparo. Me escribo con ella.

—Una mujer admirable. ¿Y dices que da clases en un colegio público? Ahora estará de vacaciones. Hay una habitación para ella. ¿Por qué no la invitas a pasar el verano? Seguro que carece de posibles para viajar. Sugierele que se acerque a Madrid y coja el tren. Le pagaré el billete.

—¡Me encantaría volver a verla! —exclamé sin pensar—. ¿Y por qué la invita? ¿Qué tiene que ver con lo que le he contado?

—Nada. Se me ha ocurrido de pronto. Creo que necesitas una persona de confianza a tu lado.

—Usted lo es —aseveré seria.

—Pero yo tengo mucho que hacer con mis hijos. Una mujer de esas prendas es necesaria en esta casa. Pienso en Ruth. En cuanto a esos dos hombres, haremos como si nada hubiera ocurrido. Seguirás con el conde y escucharás lo que te cuente. Cuanto más receptiva te muestres, más dirá. Hay personas que disfrutan echando lodo sobre otras. Hay un dicho para eso: dale sogas hasta que se ahorque. Y a ese Eduardo déjamele a mí. Tengo contactos en Bilbao y me informaré sobre el escándalo y el proceso. Tal y como has deducido inteligentemente, si está libre es por algo. Los rumores distorsionan mucho la realidad. Me llama la atención la buena compenetración que tenéis y, si el punto débil es su hijo, esa historia lleva mucha más miga que la que deja caer su enemigo. Digamos que se trata de una verdad a medias. No intentes indagar por tu cuenta y no preguntes nunca. Escucha lo que buenamente te quieran decir, pero mantente al margen, no pidas explicaciones. Es la mejor manera de no cometer una imprudencia irreparable. Las ofensas no se perdonan por muy cristianos que seamos. En cuanto sepa algo, te informaré y tomaremos una decisión entre las dos, si te parece.

Asentí resignada.

—Y ahora, dime la verdad: ¿estás enamorada de Eduardo?

—No lo sé. Le pareceré estúpida pero no sé distinguir entre el deseo y el amor.

—Será porque no debes hacerlo, van juntos. Esa declaración del conde te ha desestabilizado. Seguramente, habrías llegado a buen puerto con él si no supieras nada. Eso es algo que habla a su favor. Confía en tu criterio.

—Es algo muy serio para mantenerlo oculto mucho tiempo, abuela, ¿no cree?

—Os acabáis de conocer. Más adelante te lo habría confiado. Me ha parecido un hombre muy cabal como para ocultar un hecho tan trascendental. Él mismo sabe que, tarde o temprano, alguien te irá con el cuento si ha sido tan público. Ha pecado de cauto, pero ha procedido como un caballero: en ningún momento te ha pedido una cita ni os habéis entrevistado en un lugar solitario a una hora intempestiva. Las únicas ocasiones en las que os habéis encontrado en público han provocado algún comentario. Esa amiga tuya, Marta, y después el baile. Si no es un necio, no ignora que algún rumor llegará a tus oídos. No desea comprometerte, por eso se mantiene alejado. Me sorprende que te haya pedido un baile.

—Fui yo quien se lo exigí —reconocí sonrojada.

—¡Ah! Eso lo explica todo. Me gusta ese Eduardo Arias.

Las confidencias llegaron a su fin cuando escuchamos la llegada de los dos hermanos. Una vez despejado el pasillo, la abuela se deslizó hacia sus aposentos con el habitual sigilo. Yo me quedé a solas con mis pensamientos, inquietos y esperanzados. La pregunta de la abuela me había abierto una posibilidad que no contemplaba: enamorarme. Eduardo Arias me atraía y, sin percatarme, se había adueñado de mi espacio mañanero, de mi mente en los momentos de reposo. ¿Eso era estar enamorada? Se trataba de una afirmación demasiado importante como para contestarla a la ligera. Ignoraba todo sobre el señor Arias. Mi experiencia se limitaba a una larga amistad con un vecino, Raúl. Pero ¿qué significaba amar? ¿Y si mi madre estaba en lo cierto y le daba demasiada importancia a una simple palabra? ¿O si mis expectativas estaban demasiado altas? Era inútil calentarme la cabeza con algo cuya solución no se encontraba a mi alcance.

Me deslicé entre las sábanas con la desagradable sensación de humedad a la que costaba acostumbrarse y apagué el quinqué de la mesita. Según se oscurecía el exterior, se encendía la iluminación interior, la de mi mente que comenzaba el trabajo nocturno: las imágenes del baile, el olor que desprendía, el calor de sus manos sobre mi cuerpo, el sonido de sus palabras, la mirada... volvían a fluir una y otra vez, hasta que las deseadas tinieblas me permitieron el descanso. Esa era una realidad que no podía obviar.

Por la mañana me surgió un nuevo encargo en la playa y el entrenamiento para el torneo de tenis progresó según nuestros deseos. Leo, el muy canalla, no

se anduvo con contemplaciones y me obligó a correr de extremo a extremo de la pista. Ruth se presentó a la hora de comer y la velada transcurrió entre la abuela y ella como si nada hubiera sucedido, ninguna de las dos se disculpó ni aludió al desencuentro.

Tras la comida, dediqué una hora a redactar una carta para doña Amparo. Debía ser cuidadosa con las palabras para no ofenderla con la invitación. Hice hincapié en mi deseo por verla y charlar sobre nuestras vidas a la orilla del mar. Se la entregué al mayordomo y dediqué el resto de la siesta a terminar la acuarela que me habían encargado.

Mi padre cumplió su palabra y se presentó para hablar conmigo. La abuela, advertida, no me dejó desamparada y se personó en el salón antes que yo. Me apresuré a limpiar los pinceles cuando la oí abandonar su habitación, pues, aunque me desagradaba el enfrentamiento que me aguardaba, no deseaba perderme una coma de lo que se hablara entre madre e hijo. Así de cotilla me descubrí y a la abuela no se le ocultaba esa debilidad mía. Bajé rápida y me detuve ante la puerta para que no se me notara la alteración. Entré y la abuela me sonrió, como diciendo que me había esperado. Se había entretenido citando las amistades de Cuba que había encontrado en Santander y con las que había hecho nuevas. A mi padre le sonaban unas, otras las recordaba claramente y las demás las desconocía.

—Haces mal. Es donde están el dinero y las inversiones —reprendía suavemente la abuela—. La aristocracia entre la que se mueve tu mujer se hunde. Ellos lo niegan, pero fijate en tu cuñado Leonardo: no sabe lo que tiene, lo ha dejado en manos de un administrador más incompetente que él.

—¿Lo ha investigado? —Se alarmó mi padre.

—No ha sido necesario. Lo dijo en la mesa y tu hermana me lo corroboró.

—¿Qué sabrá ella si se pasa el día bebiendo! —exclamó incrédulo.

—Todos tenemos debilidades, no la descalifiques tan alegremente. Ha recibido una buena educación comercial, lo sabes perfectamente.

—Que ha olvidado —remachó como un niño.

—¿Y tú, Milo? ¿Qué has olvidado? —La abuela deslizó la pregunta suavemente.

Ví el temor en la mirada de mi padre. ¿Por qué ese miedo? Fue un instante porque apartó la mirada para posarla sobre mí.

—No he venido a hablar de mí sino de Alba. Ayer sucedió algo grave.

La cobardía no había sido uno de mis calificativos para mi padre hasta ese

momento. Desviaba el ataque.

—¡Ah, sí! —exclamó la abuela—. ¿Qué sabes acerca de Eduardo Arias?

—No se le escapa una. Me alegro. Así será más sencillo. Que quede claro que no te acuso de nada, Alba, aparte de terquedad e ingenuidad. Hay hombres que no son buenos y Eduardo Arias es uno de ellos. Ese hombre fue acusado de asesinato hace cinco años, nada menos que de su mujer. La arrojó por la ventana cuando estaba embarazada de pocas semanas. Fue un crimen atroz, hasta en Madrid hubo noticia de ello ya que no eran familias desconocidas.

Me estremecí de los pies a la cabeza. No esperaba algo tan cruel. Miré a mi abuela con angustia y noté que ella mantenía la tranquilidad.

—¿Y eso lo sabes por la prensa? Te enseñamos a desconfiar de los periodistas y las noticias, tendenciosas y proclives a buscar el escándalo para vender más ejemplares.

—Lo cierto es que no seguí el caso en aquellos días. Me lo recordó el conde de Amurrio.

—Resumiendo, si el conde de Amurrio no hubiera ido en tu busca para refrescar tu memoria, no habrías intervenido en el asunto.

—Madre, no me recuerde mis deberes como padre. No es excusa decir que Alba no quiere atender a las personas que le presento, pero me preocupo por ella.

—No es eso lo que pongo en duda, sino tu discernimiento. ¿Recuerdas lo que repetía tu padre?

—Ignoro a qué se refiere. Eran tantas las cosas que nos repetía como un mantra.

—La información siempre de primera mano, nunca por mediadores.

—Recuerdo el caso, que no le prestase atención no lo convierte en invisible. Fue público.

—Pero desconoces qué sucedió. Sólo te has quedado con el escándalo pero, si fuera culpable de ese horror, ¿por qué está libre?

—Vamos, madre, no aliente a Alba. Me da igual si ese hombre es culpable o no, ha estado en boca de todo el mundo y allá donde va se le cuestiona. ¿No le parece suficiente para evitarlo?

—No. Algo he aprendido en la vida y es que hay personas muy malas. ¿Por qué ese conde de Amurrio pone tanto empeño en desacreditarlo? Cuando Alba me contó anoche lo que sucedió, me puse en contacto con mis amigos cubanos,

quienes nada conocían por haberse hallado en la isla por aquel año, y todos coincidieron que la fuente era el dichoso conde. Curioso ¿verdad?

Mi corazón latió desbocado. ¿La abuela se había molestado por mí?

—¿Qué insinúa? —inquirió mi padre amoscado.

—Lo evidente, Milo, que ese señor, por la razón que sea, está desacreditando a Eduardo Arias por un caso que muchos habrían olvidado si no fuera por él. ¿Por qué? Eso es lo que pretendo averiguar.

—¿Y a usted qué le va o le viene en ello?

—Me aburro. ¿Hay algo más gratificante que hurgar en la vida de los demás? —El tono de frivolidad que imprimió a la contestación para evitar descubrirme nos dejó estupefactos.

—*P*or favor, madre, usted no da puntada sin hilo.

—Me alegra que me conozcas tan bien. Algo recuerdas, después de todo. — Había recuperado el sarcasmo habitual—. ¿Conoces a tu hija?

—¿A qué viene esa pregunta? Si tiene alguna objeción, dígamela, pero no juegue conmigo. La paciencia no es mi fuerte.

—De acuerdo. Te mostraré cómo una madre conoce a sus hijos. Eres organizado, metódico y capaz con los negocios. No tanto como tu hermana, debo reconocerlo, pero posees una cualidad fuera de lo común: un buen carácter. Desde niño has admitido sin rechistar las órdenes, las correcciones y has tomado buena nota de ellas. Es importante admitir el error y rectificar cuando hace falta. Eso no lo hace cualquiera, requiere seguridad en uno mismo y madurez. Y ahora llega la incongruencia: ¿cómo alguien con esas prendas puede mostrar semejante debilidad ante una mujer que le importa un rábano y ante una sociedad que no es la suya? ¿Qué te ha sucedido?

—Yo sí amaba a Lucía —se defendió mi padre—. ¿Le parece un tema adecuado para hablar delante de mi hija?

—Tu hija os conoce mejor de lo que vosotros la conocéis a ella. Sí, te deslumbró la muy artera, pero, cuando regresé, aunque manteníais las formas, ya no quedaba mucho de ese amor.

—Es una mujer muy práctica. Se sorprendería usted de lo parecidas que son. Ella vela por sus intereses como una fiera...

—¡Alto ahí! Ni se te ocurra compararme con ese trozo de hielo — interrumpió la abuela indignada—. Siempre he ampliado mis intereses a mi marido y a mis hijos; mientras que tu esposa te ha apartado de su lado e ignora a su hija. Sólo os recuerda cuando os necesita para lucirse o para ofrecer una imagen respetable y no menciono el dinero, principal razón por la que sigue a tu lado.

Se me estrechó la garganta por la congoja al contemplar la tristeza que destilaba la mirada de mi padre. Siempre había estado en guerra con él y, en ese momento, me hubiera gustado abrazarlo para mostrarle mi apoyo. Tanto la tía María Ángeles como él eran una lección de lo que no debía hacer en la vida: resignarme cuando las cosas no van bien. La razón estaba de parte de la abuela, no debía aceptar los rumores ni someterme a los dictámenes de los demás porque me impedirían vivir; sino que había de ser valiente y luchar por aquello que deseara y poner yo misma los medios para tejerme un futuro bajo mis creencias y mi juicio. Me había quedado bastante claro que mi tía y mi padre habían echado la vida a perder por respetar las reglas de una sociedad inclemente.

—Aunque las miras de Lucía han sido egoístas, nunca me han parecido descabelladas —reconoció mi padre.

—Porque es inteligente y te domina más de lo que tú crees.

—Aunque sea mi madre, hay muchas cosas que ignora de mí.

—Sorpréndeme —retó la abuela.

—Alba ¿puedes...?

—No, ese no es el camino, Milo. Alba es tu hija y le debes que te conozca y ella deberá corresponder más adelante. Tu hija es una mujer de veintitrés años llena de secretos. Estás en familia. ¿Cuáles son los tuyos?

—No muy honorables —reconoció tímido.

—¿Estás hablando de otra mujer? Es lo lógico cuando tu esposa te ha expulsado de su cama. ¿Se trata de un alivio o de algo más serio?

Mi padre no apartaba la vista de mí y se mordía el labio inferior, como evaluando el alcance de la catástrofe. Intenté ayudarlo.

—Hace tiempo que no somos una familia. Cuento los días para marcharme de una casa tan fría y dejar de escuchar las desaprensivas propuestas que me planteáis cuando recordáis que tenéis una hija. No os lo reprocho, es más, me alegro de que haya sido así pues, si hubierais prestado atención a doña Amparo, la habríais expulsado de casa.

—¿Doña Amparo? ¿Qué tiene que ver doña Amparo en esto?

—Es la mujer que educó a tu hija en unos principios muy burgueses y bastante alejados de la forma de pensar de Lucía. Te he dicho que no conoces a tu hija, pero dejémoslo para más adelante. Estamos en ascuas, hijo.

Mi padre, atónito, sin apartar la mirada de mi persona, se recompuso y respiró fuerte.

—Es algo muy serio, tan serio que he comprado una casa y la he puesto a su nombre.

—Muy generoso por tu parte. ¿Confías en la sinceridad de sus sentimientos?

—Sí, no son por dinero. Soporta el desprecio de su familia y de su círculo por mí. La casa fue una necesidad y un cargo de conciencia. No puedo dejar desamparados a mis hijos.

El tiempo se detuvo, me olvidé de respirar al sentir que el alma se me congelaba. ¡Hijos! Yo era su hija. ¿Quiénes eran éstos que me habían arrebatado el amor de mi padre? «No, no, Alba, no seas injusta» me dije, «reacciona con coherencia. Tú misma has reconocido que no erais una familia». Levanté la vista y me encontré con la angustia de mi padre que aguardaba mi reacción y con la mirada entrecerrada de mi abuela, quien intentaba penetrar en mí.

—Es cierto que he reconocido que no somos una familia, pero lo atribuí a razones egoístas por vuestra parte; nunca imaginé que se debiera a que hubiera formado una nueva familia sin contar conmigo. ¿Por eso quería casarme a toda costa con alguno de sus rancios amigos? ¿Tanto le molestaba?

No pude evitarlo y el dolor por el abandono y el desamor brotó como un volcán en erupción: incontenible, incandescente y palpitante sobre la herida del corazón.

—Te asiste el derecho a hacerme todos los reproches del mundo, pero nunca pienses que no te he querido o que haya dejado de quererte, aunque la culpa de esa percepción es mía. Tu abuela ha acertado en una cosa: tu madre me asusta. Es demasiado fuerte e inteligente para mí. Siempre he temido que me descubriera, no por mí, sino por ellos, son inocentes, bastante sufren las consecuencias de la bastardía. Cuando Lucía me planteó que debíamos conseguirte un buen partido, no me atreví a desdecirla para que no sospechase, aunque rezaba para que encontraras a alguien afín.

—Así que no existe la incongruencia de carácter —dedujo la abuela—. Se trataba de decir a todo amén para que no se revolviere contra ti, aunque fuera sacrificando a Alba. Tu acción no habla muy bien a tu favor.

—Tenía la esperanza de que Lucía encontrara un amor también —alegó mi padre.

—Y seguramente lo tenga —aseveró la abuela—, pero no es tan estúpida como para renunciar a una fortuna. —Se detuvo pensativa—. Incluso, me atrevo a decir que está enterada de lo tuyo, pero no le conviene levantar la

liebre mientras seas discreto. ¿Han venido a Santander? ¿Quién es ella? ¿Cuántos hijos habéis engendrado?

La abuela realizó las preguntas que más me dolían y llevaban impregnado el sabor de la traición.

—Sonsoles García. Su padre es dueño de unos almacenes en el barrio de Salamanca. Es la cuarta de seis hijos. Es educada y trabajaba en la tienda cuando la conocí. Fue un flechazo. Nunca le mentí y ella no dudó en enfrentarse a los suyos por mí. Procuero compensarla para que no le falte de nada. Tenemos dos hijos: Almudena, la mayor, tiene siete años y Camilo sólo dos. Nunca los he llevado de vacaciones. Son comunidades pequeñas y la gente está demasiado ociosa como para que pasen desapercibidos.

Mientras hablaba, me quedé mirando la alfombra con sentimientos encontrados de ira y compasión, de rencor y comprensión. Intentaba ser justa por encima de mis necesidades y carencias durante veintitrés años, pero el impacto de la confesión persistía más fuerte que mi voluntad. Me ahogaba.

—Te diré lo que harás: escribirás una carta y los invitarás a venir. —La energía y la orden de la abuela me sorprendieron—. Se quedarán en la casa que he adquirido en Santander para pasar el invierno, de esta manera podré conocer a mis nietos y Alba a sus hermanos. —Levanté la cabeza bruscamente, pero la mirada de la anciana cortó cualquier atisbo de protesta—. Milo, te mantendrás al margen. Escucha, es importante: intentaré librarte de esa arpía, pero necesito que mantengas la fachada de respetabilidad.

—¿Cómo va a lograrlo?

—Esperando a que llueva, no, por supuesto, para algo existen las regaderas —contestó la abuela enigmática.

—Madre, esto no es Cuba. Manténgase al margen. Es mi problema, no el suyo.

—Te aseguro que soy muy consciente de que no estoy en Cuba. Imposible olvidarlo con este clima tan desapacible. Y es mi problema más de lo que piensas porque no soporto a tu esposa y no me apetece que reciba un céntimo más de mi dinero. Lo siento, Alba, no olvido que es tu madre, pero el aprecio que te tengo me impide entretejer mentiras entre nosotras.

Demasiadas verdades en una sola tarde, demasiadas revelaciones, demasiados secretos. Me limitaba a asentir o a negar con la cabeza, sumergida en la confusión de sentimientos. Pero no podía juzgar, pues yo misma guardaba mis engaños. Decidí que no habría mejor momento que aquel.

—Estoy matriculada en la Escuela de Comercio —solté sin venir a cuento con la conversación que nos ocupaba, pero al hilo de mis pensamientos.

La abuela abrió los ojos pasmada y mi padre se pasó la mano por el pelo con gesto incrédulo.

—Intuía que una mujer como tú no se mantendría de brazos cruzados. Cada vez siento más interés por conocer a esa doña Amparo —expresó su apoyo la buena mujer.

—Lamento haberme perdido tu educación. Me rindo ante la evidencia, mi familia es una fuente de secretos y mentiras. ¿Cómo lo has conseguido sin que Lucía lo sospeche?

—Eso no ha sido lo difícil. Igual que usted, no me presta atención. Ella cree que estoy acudiendo a clases de pintura. Lo complicado fue que me aceptaran. Confieso que he falsificado su permiso.

—No te preocupes por eso. Si hubiera alguna duda, confirmaré lo que sea necesario —aseguró mi padre—. ¿En qué curso estás? ¿Es el primero?

—Empezaré el segundo en octubre.

—Imagino que con buenos resultados.

—Los mejores —respondí orgullosa y sonrojada de satisfacción.

—Me alegro. Espero que aceptes mis disculpas por lo ciego que he estado para ti. Prometo enmendar la falta en adelante.

—¿Le puedo pedir un favor?

—No lo dudes nunca —replicó mi padre conmovido.

—No me presente a más aspirantes a mi mano.

Nos quedamos mirándonos, libres de mentiras y unidos por la sinceridad, por la sangre, por los lazos familiares bien tejidos de los Ansorena, ésos que, si un tiempo deshilachados, ahora habían sido reforzados por la voluntad de la matriarca, quien sonreía sentada sobre el trono de azúcar.

Mi padre se fue y nos quedamos la abuela y yo mano a mano, esquivándonos pensativas. Había mucho sobre lo que meditar. Mi familia, ésa que no soportaba, había cobrado una nueva realidad: tenía dos hermanos pequeños. Ese era el secreto de mi padre, ¿cuál sería el de mi madre? La abuela estaba segura de que era infiel.

—Tómame unos días para reflexionar —rompió el silencio la abuela—. Nunca decidas en caliente o bajo el influjo de una noticia o revelación. La palabra dicha no se retira por muchas disculpas que pidas, siempre queda el

poso. No me has defraudado, eres una mujer con recursos y valiente. Estoy orgullosa y tu padre también, aunque se le ha olvidado decírtelo. ¡Hombres!

Sonreímos las dos, unidas por los secretos desvelados, por la paz interior y el entendimiento.

La semana transcurrió con la suavidad propia del verano. Leo y yo nos entregamos al tenis, cuyo torneo comenzaba ese fin de semana. Necesitaba mucho ejercicio para caer rendida en la cama y no pensar y arrastré a Leo en mi cruzada. Nos impusimos una vida sana, sin excursiones ni bailes que nos restaran fuerzas. Estábamos determinados a optar por los primeros puestos ante la decepción de Ruth, que no pudo contar con nosotros para salir. Me sirvió de excusa para no regresar a la playa ni presentarme en el Casino. De mi madre no tuve noticias, debía de andar muy ocupada entre sus amigos, de cena en cena y de invitación en invitación: alternar socialmente lo llamaba, como si fuera un trabajo retribuido. El conde de Amurrio me envió un ramo de flores con una nota en la que me daba ánimos. Imaginé que Ruth lo había informado de nuestras intenciones. La abuela se ausentó un par de días para ir a ver a María Ángeles. No quería que pensara que se había olvidado de ella y, de paso, la ponía al corriente de los chismes familiares.

Los reyes acudieron al Club de Tenis para iniciar el torneo. Las gradas que habían levantado con motivo de la ocasión estaban llenas. Era un deporte que ganaba cada vez más adeptos. El conde de Amurrio se significó ostensiblemente y hube de corresponder por educación.

Descubrí a Eduardo Arias entre los asistentes, pero se mantuvo apartado junto a sus amigos, entre los que reconocí a Bienvenido, a Raimundo y su señora y a Virgilio. No se me iba de la cabeza el feo asunto del asesinato, a pesar de que la sensatez me empujaba a creer en la justicia que lo había liberado de los cargos. Era curioso cómo respondía a semejante revelación: mi odio iba dirigido contra el mensajero, el entrometido Álvaro Goicoechea. Cuanto más lo odiaba, más le sonreía por temor a que descubriera mis malas vibraciones. Así que mi persona rezumó cinismo durante el campeonato.

Ganamos los partidos de clasificación y llegamos a semifinales. Aunque ese día no nos tocaba, pues jugaban los individuales, nos personamos en el club para mezclarnos entre el público, disfrutar del espectáculo y conocer el juego de nuestros contrincantes. En uno de los descansos nos acercamos a la barra para beber una limonada con menta.

—Hemos conseguido el apoyo del público —me comunicó Leo en un

susurro—. Nos desean suerte y nos consideran los mejores. Este año es el definitivo.

—Crucemos los dedos —respondí ilusionada.

—¿Te dejo sola con él?

Álvaro Goicoechea se dirigía hacia nosotros.

—¡Ni se te ocurra! Perderé el partido adrede —lo amenacé.

—Está bien. No te pega el dramatismo. Creí que te iba el estirado.

—Hola. Sois la sensación de la temporada —saludó sonriente.

—Nos gusta jugar —restó importancia Leo—, y lo hacemos bien —añadió guiñando un ojo. Se movía mejor que yo socialmente, aunque para eso no hacía falta mucho.

—Os he seguido a diario y tenéis el favor del público. —No destacaba por brillantez en las ideas. Ruth nos informaba puntualmente de sus idas y venidas con sus amigas y el conde.

—Me alegro de que nos consideren unos rivales fuertes —aceptó Leo—, aunque de ahí a que ganemos media un trecho.

—Es usted muy humilde. ¿No dice nada, señorita Ansorena?

—Cuando hablan los hombres, callan las mujeres —sentencié y Leo me miró interrogativamente.

—No me perdonará mi intervención en el baile —confirmó Álvaro algo molesto.

—Lamento haberlo defraudado. Ahora comprenderá por qué sigo soltera para desesperación de mis padres.

—Creo que usted disfruta con ese comportamiento de niña mala —Sonrió burlón—. Junto a usted es imposible aburrirse.

Había oído esa misma percepción en labios del señor Arias. Si realmente ofrecía esa imagen, resultaba bastante patética, pues no tenía edad para sufrir una patalata cada vez que alguien no actuaba de acuerdo con mi criterio.

—Mi reacción se debe a la exagerada alarma que ha generado un baile, ¿no le parece?

—No se muestre tan dura conmigo. Me he disculpado y tiene usted razón, no me importa nada lo que haga el señor Arias, es que últimamente me lo encuentro por todas partes.

—El Sardinero es pequeño, acudimos a los mismos lugares. No es nada sorprendente —contemporicé.

—De cualquier manera, deduzco que su soltería es más una decisión suya

que una imposición de las circunstancias y que no le importa llevarla hasta las últimas consecuencias —analizó muy acertadamente el conde.

—Alba tiene el sentido de la independencia muy arraigado —confirmó Leo—, como yo. Sólo perderíamos nuestra soltería por amor.

—Son unos románticos poco prácticos. Me hace una seña el director del club. Espero que se reincorporen a las actividades sociales cuando finalice el torneo.

Álvaro Goicoechea se retiró hacia la persona que lo requería.

—Una afirmación que ha quedado sin respuesta. Me intriga lo que se esconde tras esa declaración de independencia —susurró Eduardo a mi espalda.

Me volví e inicié una conversación encriptada para los presentes en voz alta.

—Buenos días, señor Arias, muy agradecida por sus deseos de que triunfemos en la pista. ¿Le gusta el espectáculo?

Sus ojos se achicaron y se fijaron en los míos con una intensidad que me hizo temblar de ansiedad. Hacía más de dos semanas desde el incidente en el Casino. Él era consciente de que lo había evitado.

—Mucho, aunque lo disfrutaría más desde la pista, resulta tedioso en las gradas.

—Pero más seguro, no arriesga —lo reté.

—¿Me invita a bajar?

—¿Necesita invitación? Le creía más valiente.

—A mí no me importaría otra derrota con contrincantes tan importantes —intervino Bienvenido, quien, como los demás, no había captado el doble sentido.

—Hecho. Cuando termine el torneo —aceptó Leo.

—No confunda la prudencia con la cobardía. La he visto cómo aprovecha las debilidades del contrincante. Primero, estudia al adversario y, luego, ataca. Me parece una táctica inteligente. Es usted una gran estratega —prosiguió Eduardo.

—Y usted un rival a quien no debo menospreciar —repliqué.

—El mero hecho de que me tenga en cuenta ya es un honor —reconoció Eduardo.

—Sí que lo es —corroboró Bienvenido, todavía subido al guindo—. Ya estoy impaciente por encontrarnos sobre el terreno de juego.

—¿Les parece que reservemos pista para cuando termine el torneo? Levanta pasión entre los aficionados y se tiran a la pista como si fueran campeones tras la competición —explicó Leo.

—Eso se debe a que les parece fácil al verlos a ustedes. Después de una semana, se rinden ante la evidencia. Sucede todos los años —intervino Eduardo—. Me encargaré yo de la pista si me lo permiten.

—Muchas gracias. Deje el recado de la fecha y hora al gerente. Ya ha comenzado la segunda parte —me avisó Leo—. Que tengan un buen día.

Me entretuve apurando el refresco y cogiendo el bolsillo, momento que aproveché para murmurar mi pregunta:

—¿Descubrió la razón de la diferencia de precio del cuadro?

—Para mi vergüenza, no. Y debo confesarle que resulta muy frustrante.

—Bienvenido a mi mundo. Me he pasado toda la vida frustrada.

Me retiré tras la estela de mi primo, quien se abría paso entre los conocidos que se acercaban para felicitarnos y animarnos ante el partido del día siguiente. No miré atrás. Llevaba en la retina, grabada a luz, la imagen de Eduardo, su mirada divertida ante el reto, el reconocimiento de mi audacia para sortear las dificultades. No era guapa, pero el que alguien reconociera mi talento y se prestara a seguirme el juego no era habitual. El señor Arias debía aburrirse mucho en el ostracismo para fijarse en mí. No me importaba, yo también me divertía, aunque me podría costar un disgusto, ya que el señor Arias resultaba demasiado atractivo para mi tranquilidad: varonil, inteligente, apuesto. ¿Qué más se podía desear?

*F*ue una auténtica locura. Superamos la semifinal y llegamos a la final. Los reyes acudieron al club para presenciar los partidos y realizar la entrega de trofeos a los vencedores. No había mucho mérito ya que el torneo se dirimía entre los socios, pero la emoción era la misma que si fuera de ámbito nacional. Las familias de los participantes y los amigos acudieron en apoyo de los suyos. Leo estaba exultante de alegría y derrochaba confianza. Yo, a duras penas, conservaba la cabeza en el sitio y sopesaba las posibilidades.

Nuestros contrincantes eran una pareja del lugar que había ganado el torneo en otras dos ocasiones, unos veteranos que no habían entrado en la veintena frente a unos veinteañeros. Aun así, entramos en la pista llenos de ilusión. Los había estudiado a fondo y lo teníamos difícil, aunque no imposible según el optimismo de Leo.

La familia al completo ocupaba una bancada en la grada, hasta mi madre se había dignado venir. Había resonado tanto mi nombre entre sus amigos que no pudo ignorarme. La abuela, a pesar de su corta estatura, destacaba con el vestido marfil y un elegante sombrero de ala ancha que la protegía del sol. Sonreía a los que la rodeaban e inclinaba la cabeza correspondiendo a los saludos, apoyada sobre su sombrilla de caña y mango con incrustaciones de carey. Disfrutaba con que sus nietos fueran el centro de atención.

Me sentía a gusto con la ropa deportiva, libre de costuras estúpidas por muy de moda que estuvieran. Revisé las cuerdas con aire entendido mientras, de reojo, buscaba a Eduardo Arias. Lo encontré en la grada del campo contrario, que nos correspondería en la segunda parte. Era muy amable por su parte la fe que depositaba en nosotros al confiar en que llegaríamos al segundo juego. El conde de Amurrio se mantuvo entretenido con sus amigos y no me saludó. Imaginé que sería para no desconcentrarme, ya que había llegado otro ramo de rosas por la mañana deseándome suerte.

—¿Nerviosa? —preguntó Leo en voz baja.

—¿Tú no? Han venido para vernos ganar.

—Para apoyarnos. Relájate, Alba.

—Ya me gustaría tener tu tranquilidad. Te aviso que no voy a ponérselo fácil a esos chiquillos por mucho que superen nuestro juego.

—Lo sospechaba —suspiró resignado—. Has convertido el juego en una cruzada personal para demostrar ¿qué?

—Nuestra valía. ¿Qué gloria hay en vencer a un contrincante débil? ¿Qué honor le queda al vencido sino el de haber luchado hasta el último aliento?

—¿Estás relejendo *Trafalgar*?

Reí con ganas la salida de mi primo para aliviar la tensión. Quería demostrarle a la abuela que era su sangre la que corría por mis venas y no la de la familia de mi madre.

Comenzó el partido. No éramos los únicos nerviosos. La pareja de hermanos falló unas cuantas bolas fáciles. La experiencia me indicaba que pasados los primeros peloteos, los jugadores entraban mentalmente en la pista y se olvidaban de las gradas, de los aplausos y de los gritos de ánimo. Y así sucedió. El partido se calentó a causa de la igualdad: íbamos parejos en los juegos, unas veces ellos y otras nosotros. La tensión y la emoción se extendieron a las gradas, desde donde lo seguían con interés. Vací mi mente y me alejé del cansancio, del calor y del sudor que retenía la cinta: sólo la bola.

Perdimos, pero con la cabeza bien alta, tanto fue así que nos aplaudieron como si hubiéramos ganado.

—¿No te lo dije? Se puede perder con honores.

—Eres increíble, Alba —meneó la sudorosa cabeza—. No voy a poder levantarme en una semana, estoy hecho polvo.

—Sonríe. Nos queda saludar a los reyes y, luego, la familia.

El ritual de la entrega de trofeos se prolongó un poco. El rey Alfonso XIII y la reina Victoria Eugenia nos felicitaron calurosamente por nuestra participación. En cuanto sus majestades se retiraron de la pista, bajaron de las gradas los familiares y amigos. A lo lejos, divisé a la abuela que hablaba con el grupo de amigos que rodeaba a Eduardo Arias. ¿Qué hacía la abuela con esa gente?

—¡Alba! —gritó mi padre, abriéndose paso entre el gentío, y me distrajo de mi inquietud—. ¡Has estado magnífica! ¡Qué brío! ¡Vaya golpes de raqueta! Ya quisieran muchos.

—Ahora será más difícil encontrar un marido —sentenció mi madre—,

después de esta demostración de fortaleza.

—Lucía, no sé qué haces aquí si no tienes una palabra amable para tu hija —la reprendió mi padre.

Mi madre lo miró estupefacta. No solía llevarle la contraria en público.

—A los hombres os nubla el juicio el deporte —concluyó.

Se alejó para recibir los parabienes de las amistades presentes con una falsa sonrisa en los labios.

—Padre, sea más discreto —susurré—. La abuela...

—Lo sé, lo sé, pero es tu madre. Podía mostrarse un poco más orgullosa.

—No compartimos los mismos criterios: lo que para mí es orgullo para ella es decepción. No intente cambiarlo, me resultaría raro al cabo de tantos años.

—Nuevamente me haces sentir culpable.

—No es mi intención, padre. Sólo le recomiendo que no corrija lo incorregible. Ya estoy acostumbrada y la falta de apoyo no ha sido causa de desaliento para mí. Y ahora que cuento con usted y con la abuela, menos que nunca.

Mi padre me abrazó por primera vez en mucho tiempo y se me hizo un nudo en la garganta. No añadió nada más y dejó paso a la abuela.

—Cariño, has estado formidable. Se hablará de este partido el resto del verano.

Intercambiamos los besos de rigor y sonreí.

—No exagere, abuela.

—Leo, aunque seas un hombre, no me escatimes un abrazo —exigió doña Brígida—. Mis sinceras felicitaciones. Ha sido un buen trabajo en equipo.

—Con Alba es fácil —restó importancia, con la caballerosidad que caracterizaba a Leo.

Entre el tumulto de personas en la pista, pasó a mi lado el señor Arias. No lo vi, pero lo olí de lo cerca que estaba y lo escuché.

—Es usted la mujer más apasionada y fuerte que he conocido. ¿Está segura de que no hay un hombre que esté a su altura?

Me volví para replicar, pero sólo divisé su espalda. El pulso se me había acelerado y respiraba con ansiedad. No había olvidado mis palabras de independencia del día anterior.

—Vamos, Alba —acució mi padre—, todavía estás alterada por el partido. La abuela quiere celebrarlo.

—Si hemos perdido —objeté.

—Con todos los honores —contradijo Leo—. ¿No era eso lo que deseabas, mi idealista prima?

Como siempre, la abuela conseguía lo imposible: una mesa nos aguardaba en el Gran Hotel, donde nos reunimos en una comida familiar. El tío Leonardo, flotando en la ignorancia de lo que se le avecinaba, se mostraba satisfecho con el progreso deportivo de su heredero. Ruth disfrutaba con la atención que acaparó entre los jóvenes por ser la hermana de Leo. Mi madre, con el secreto de su vida tras la fachada de sus modales, presenciaba mi éxito con reticencia. Mi padre... me miraba; me miraba y me veía, y yo le sonreí y él me devolvió la sonrisa. Estaba allí, conmigo. ¡Cómo había cambiado nuestra relación! Una vez más la abuela había acertado. Deseaba conocer a Sonsoles y a mis hermanos, quienes me lo habían arrebatado y me lo habían devuelto sin saberlo.

La sobremesa se prolongó hasta media tarde, cuando la abuela decidió retirarse. Leo y yo la acompañamos, pues notábamos el cansancio, tanto del esfuerzo como de la tensión que habíamos soportado.

—Si no le importa, abuela, tomaré un baño y cenaré algo de fruta en la habitación. Estoy agotada y me acostaré temprano —anuncié mientras subíamos por la escalera.

—Me apunto a ese plan —dijo Leo.

—Estáis disculpados. La comida se ha alargado demasiado y no he podido echar la siesta —alegó ella con una sonrisa.

—La vi con Eduardo Arias. —La miré para que no me eludiera. Leo se había perdido con la criada que le iba a preparar el baño.

—No voy a saciar tu curiosidad, no, hasta que haya satisfecho la mía —concluyó enigmática.

Y así me quedé, con la intriga alojada en los huesos.

Tras el baño, me puse el camisón, aunque no me iba a acostar todavía. Estaba demasiado alterada para dormir. Tomé mi tabla y fijé una lámina, la mojé y esperé, con la mirada perdida en la ventana, a que seicara. Reunía en mi mente los rasgos de Eduardo, los matices de expresión, las sombras y las luces. Hinchida por el halago de aquella mañana, empecé a esbozar su imagen; inquieta por la revelación del escándalo que le rodeaba, tracé sus rasgos. Sin darme cuenta, dejaba constancia de mis dudas sobre la lámina, así como de algo más profundo, más escondido, que aguardaba dormido a que tomara consciencia de ello.

Doña Amparo estrenó el mes de agosto; llegó con el calor extremeño prendido en el equipaje. Me acerqué a la estación en el coche de la abuela, quien se quedó en casa para dejarnos un rato de privacidad. Aunque manteníamos una correspondencia, no había vuelto a verla y me impresionó. A sus cuarenta y seis años, parecía mayor que doña Brígida: los cabellos entrecanos, las ropas baratas y oscuras como la noche, el baúl raído. El sueldo de una maestra de provincias no permitía grandes alegrías. Su porte erguido y sus maneras enérgicas dejaban entrever que todavía le quedaban fuerzas en ese cuerpo enteco. La abracé emocionada y sentí sus huesos, la miré a los ojos y descubrí su amor.

—Mi querida niña, ¡cuánto tiempo! Pero ¿qué digo? Es ya una mujer hecha y derecha.

—Usted está igual que siempre. —Mentí con el alma en la boca, con el deseo de que me creyera.

—No diga tonterías. Los años no pasan en balde. Así que su abuela se ha dignado venir a España.

En cuanto el mozo de cuerda se hizo cargo del baúl, echamos a andar hacia la salida de la estación.

—Tengo mucho que contarle, doña Amparo: es una mujer con unas ideas muy próximas a las tuyas. Estoy segura de que harán muy buena amistad si deja los prejuicios a un lado.

—¿Prejuicios? Estás hablando conmigo, jovencita —advirtió seria para dejar paso después a una sonrisa—. Estoy deseando conocerla. Me decía de unos primos.

—¿Recuerda a Ruth y a Leo?

—Sí, unos críos muy mal educados, como todos los de su clase.

—Leo es un hombre magnífico. Es a Ruth, a la que la abuela desea enderezar, si es posible. Pero dejemos eso para más adelante. Hábleme de usted y de su labor en Cáceres.

En el trayecto de vuelta me desgranó una vida de dedicación, privaciones y problemas con la mente cerrada de una sociedad de miras estrechas.

—No hay forma de que permitan educarse a sus hijas. Lo que no les genera beneficio, no les interesa. Las hijas son el sustento de la vejez, o las madres postizas de sus hermanos y, cuando se casan, dejan de ser problema económico para ellos y allá se las compongan con su esposo. Es muy triste y

frustrante hablar con las piedras. Llegué con muchas ideas y tropecé con el analfabetismo más recalcitrante.

—¡Doña Amparo! ¡Cómo me entristece escucharla! Espero que su estancia en Santander le permita recuperar la fe en la gente y en la educación. La abuela conoce a personas muy interesantes.

—No he traído vestidos que me permitan alternar. Habré de disculparme.

Sonreí ante el apuro de la mujer. Estaba segura de que doña Brígida se haría cargo de esos detalles. Llegamos y nos recibió el mayordomo, Ramón, que indicó al lacayo adónde debía llevar el baúl. Acompañé a doña Amparo para mostrarle la habitación que habían dispuesto para ella en el ala de la abuela, al final del pasillo. La habitación era amplia, luminosa y daba al pinar que había detrás de la casa, más tranquila que las habitaciones delanteras que daban al camino de entrada.

La dejé para que se acomodara y quedé con ella poco antes de la comida para enseñarle la casa y el jardín. Tal y como había pensado, la abuela se hizo cargo de la situación al momento. Era una mujer de mundo y, con mucho tacto, persuadió a doña Amparo para que la acompañase esa misma tarde a la modista.

—Se encontrará más cómoda con ropa apropiada —explicaba doña Brígida—. Así estará lista para la reunión más importante de la semana que viene: industriales que buscan fondos para las hidroeléctricas.

—¡Qué me dice! —se alteró doña Amparo—. En Extremadura se habla mucho de ese ambicioso proyecto sobre el Duero.

—¿Qué proyecto? ¿Qué industriales? —inquirí desorientada.

—¡Ay, querida! Has estado tan concentrada en los entrenamientos para el torneo que no has leído los periódicos —criticó la abuela—. Justamente me enteré a poco de llegar. El tres de julio se constituyó la Sociedad Hispano-Portuguesa de Transportes Eléctricos. He conseguido que tan importantes capitalistas se reúnan en mi casa la semana que viene. Es el acontecimiento del año en los círculos económicos.

—¿Y me entero ahora? —reproché a mi abuela.

—Cariño, no te conocía ni sospechaba tus inclinaciones —se disculpó.

—No importa, Alba, disponemos de una semana para ponernos al corriente y no hacer el ridículo ¿de acuerdo? —propuso doña Amparo con el brillo de sus ojos ya recuperado—. Había olvidado lo que significa moverse entre gente con dinero y expectativas.

—¿Tan mal está Cáceres? —se interesó la abuela.

—La fruta y la verdura de las huertas propias no faltan, pero lo demás... Los bienes de primera necesidad como el pan, la leche, la sal, han subido un sesenta por ciento de su precio en sólo un año: una catástrofe para los más humildes. Pero es igual en el resto de España.

El corazón se me achicó. Ahora comprendía la delgadez y la penuria de mi antigua maestra. Preocupada en mí misma y en mi familia, había eludido la realidad de la guerra: unos se beneficiaban y otros la sufrían. Vivía en el limbo, pasando el verano junto a la Corte y la burguesía adinerada, donde no llegaba el eco del resto de los españoles. Retomé la conversación en el momento en que la abuela la ponía al corriente de las noticias más importantes del año.

—Antonio Maura llegó seis días antes que usted —decía mi abuela— y, que recuerde ahora mismo, le puedo informar también de que Claude Debussy falleció en marzo.

—Hay un submarino alemán en la bahía —recordé—. Ha venido para hacer reparaciones.

—¡Ah, sí! —confirmó la abuela—. Y está aquí el embajador de Alemania, el príncipe de Ratibor, con su familia.

—¿Estamos a favor de los alemanes? —Se escandalizó doña Amparo.

—En teoría somos neutrales y nos obliga ante ambos bandos.

—Me parece impúdico. Mientras se están matando en los campos de Francia que venga a veranear el embajador con la familia, como si no sucediera nada.

—Así es el mundo: una contradicción. Yo ya no me altero por nada. He visto demasiadas injusticias. —Se resignó doña Brígida.

—Hablemos de cosas más alegres —propuse—. El mes pasado ha tocado la lotería en Santander, así que he adquirido un billete de camino a la estación. Se lo regalo, doña Amparo, el sorteo es mañana. Le deseo suerte.

—¡Vaya forma de tirar el dinero! ¿Cuándo la he enseñado a creer en estas tonterías? El único dinero que llegará a mi vida es el que gane con el sudor de mi frente.

—No sea pesimista —reproché—. También me enseñó a tener esperanza.

—La lotería fomenta falsas expectativas mientras vacía el bolsillo —siguió en sus trece—, pero lo aceptaré de buen grado como regalo suyo.

Los días siguientes acompañé a las dos mujeres a la modista y a conocer la ciudad. La abuela nos llevó a la recién adquirida casa en la plaza de la Libertad, que estaba amueblando para la familia de mi padre. ¡Qué raro me resultaba! ¡Como si yo no fuera parte de su familia! Sin embargo, me sentía más próxima a él de lo que nunca había estado.

Por las noches, el Casino se abarrotaba por lo que era habitual encontrar tertulias en los alrededores del edificio. Algunas fondas habían aprovechado y sacaban sillas y veladores a la calle para los que huían del hacinamiento y que no deseaban perderse el saludar a los amigos y el enterarse de las nuevas presencias o, simplemente, codearse con lo más granado de la sociedad, de la economía o de la política.

La abuela y doña Amparo consiguieron una de esas mesas bajo la tenue iluminación de una farola, situada cerca del acceso al Casino para controlar quién entraba y quién salía; la envidia de un buen reportero.

Yo entré con mis primos, pues no nos importaba el abigarramiento con tal de encontrarnos con los amigos. Ricardo y Luis ya charlaban con Rosa y Elvira. Me uní a ellos mientras oteaba discretamente el salón en busca de Eduardo. Por desgracia, quien me encontró fue Álvaro Goicoechea.

—¡Vaya partidazo! —exclamó junto a mí.

Al tiempo que lo decía, deslizó una mano por mi cintura.

—Perdone, caballero, el que me envíe rosas no le da derecho a ciertas licencias. —Le recordé con la mejor de mis sonrisas.

—¿No es demasiado rígida con los convencionalismos sociales?

—Esos convencionalismos los inventaron ustedes, a mí no me pida cuentas.

—Le gustan los debates y no pierde la ocasión; sin embargo, un baile es algo más banal y menos filosófico.

—¿Se bate en retirada?

—Es usted mucho más inteligente que yo en esas cuestiones.

—¡Oh! Me cede la victoria como a una niña.

—No lo tome a mal. ¿Cerramos la beligerancia con un baile?

—Una idea magnífica para firmar un armisticio —alabé a Álvaro.

Nos unimos a la corriente de bailarines y continuamos la conversación entre vuelta y vuelta.

—Es usted muy inteligente; juntos llegaríamos muy lejos. ¿Tengo alguna posibilidad de llegar a su corazón o estoy perdiendo el tiempo? —aventuró el conde.

—Está perdiendo el tiempo. La edad no me espanta y el matrimonio a cualquier precio no es mi meta. ¿Creyó que mentía?

—Más que mentir... ¿Entiende lo que en el juego se considera un farol?

—Perfectamente, pero no soy jugadora —objeté.

—Y yo le agradezco su sinceridad. Resulta bastante insólito encontrar a una mujer que desista de jugar con el corazón de un hombre.

—Creo que seremos buenos amigos —vaticiné antes de separarnos.

Iba a retirarse cuando fue interceptado por mi prima, quien andaba al quite. El gesto de Álvaro cambió a la más amplia sonrisa. Había hallado una nueva presa y mis alarmas se dispararon: ¿Qué buscaba un hombre tan solicitado en una jovencita inexperta? ¿De verdad se interesaba en el matrimonio?

Decidí alejarme del escenario y salí del Casino para reunirme con mis dos abuelas, como las había bautizado mentalmente, una real y otra postiza. Las hallé en buena compañía: Josefa Trasgallo y una mujer de mi edad que se apresuraron a presentarme.

—Alba, la señora de Haro. Es de Pasajes. Anda muy perdida porque su marido no ha podido acompañarla y no conoce Santander.

Nos saludamos y me senté junto a ella. Vestía de forma discreta y con mucha elegancia: un vestido recto en seda con cuello redondo adornado con piedras en color bronce, un chal de Cachemira béis la resguardaba del rocío nocturno. Pasajes quedaba muy cerca de la frontera francesa y en Biarritz había tiendas con lo último de París.

—¿Tiene casa o se hospeda en alguna fonda?

—En el Gran Hotel. En principio, como mi esposo no podía tomarse el descanso, iba a quedarme con él, pero mi hermano se puso pesado para que lo acompañara y Ramiro, mi marido, me animó. Me ha prometido que se escaparía una semana para estar con nosotros.

—Perdone si le resulto demasiado curiosa: ¿Qué trabajo lo puede retener

cuando el país entero está de veraneo?

—Es ingeniero naval y en verano es cuando más movimiento hay en el puerto.

—Cierto, discúlpeme. Siempre hay una razón lógica.

—La comprendo. Me siento como si fuera la mujer de un médico, no existe calendario para ciertas actividades, pero tiene sus compensaciones: antes de la guerra viajábamos a algún balneario centroeuropeo en pleno invierno. Era divertido, aunque, cuando finalice la contienda, no sé si quedará algo en pie.

—Es terrible lo que sucede en Europa. No se habla de otra cosa en el Casino, en los círculos de los caballeros. La última gran contienda de la que se tiene memoria fue la napoleónica.

—Hay algo que no entiendo: ¿Es cierto que veranea aquí el embajador alemán con su familia? —Asentí—. Entonces, estamos en un avispero de espionaje. ¿Se ha dado cuenta de que se encuentra aquí el Gobierno español con don Antonio Maura al frente?

Era una mujer informada y sin pelos en la lengua, con una conversación interesante, culta y de mundo. Resultaba atractiva y estaba enamorada de su Ramiro, tal y como me confesó se trataba de un matrimonio por amor. Se había casado con tan solo diecisiete años y era un año mayor que yo. En seis años no había conseguido concebir, pero lejos de angustiarse, lo llevaba bien gracias a la comprensión y el apoyo de Ramiro. Le revelé mis escapadas matinales a la playa y que me dedicaba a cobrar por los retratos que realizaba. En lugar de escandalizarse, me preguntó por la razón. Sí, era fácil congeniar con ella y me sentí feliz de hallar una amiga.

Había llegado a Santander, renuente y enfadada contra el mundo y contra mi familia, sin sospechar el rumbo inesperado que tomaría mi vida. Estaba siendo el verano más importante, en el que se disipaban las dudas y se resolvería mi futuro. Por una vez, las cosas encajaban como en un rompecabezas, había un lugar para mí, no era rara ni exasperante; sino que no había conocido a las personas afines.

Miré a doña Amparo, quien debatía algún punto importante con la abuela y doña Josefa. Ella también había hallado a las personas adecuadas y sus ojos brillaban de satisfacción. El mundo de mi madre estaba muerto, vivían embalsamados en una época que ya no tenía razón de ser.

Amaneció un día radiante y con él mi ánimo. Tomé el maletín y salí hacia San Roque. No necesitaba esconderme, pues ya era del dominio público a qué

me dedicaba, aunque a mi madre no le debía de haber llegado la noticia. Leo se pasaba por las tardes a verme terminar los retratos mientras intercambiábamos chismes sobre sus amigos. Era mi periódico particular.

Descendí hacia las rocas, todavía húmedas a causa de la reciente bajada de marea, y no había terminado de instalarme cuando descubrí a un cliente aguardando.

—Buenos días. ¿Es usted la retratista? —preguntó educadamente.

—¿Le parece que he bajado a lavar la ropa? —retruqué señalando el maletín de pinturas.

Eran preguntas que no podía evitar contestar con humor. Había quienes lo entendían y había quienes se ofendían. Éste lo comprendió y sonrió.

—La costumbre de estar sujeto a la educación. Si analizáramos la cantidad de frases innecesarias que pronunciamos al finalizar el día, nos asustaríamos.

—Le agradezco que no haya salido corriendo. La mayor parte de la gente me califica de arisca y malcriada.

—¡Qué triste carecer de humor!

—Siéntese sobre la toalla que hay encima de la roca. Es el sitio idóneo para evitar la incidencia directa del sol.

—Lo tiene todo calculado —observó el hombre.

—No queda bien el retrato con una cara arrugada y unos ojos cerrados para evitar el deslumbramiento —comenté colocando la lámina al abrigo de la sombrilla.

—¿Hace mucho que se dedica a esto?

—¿A pintar o a cobrar por los retratos que realizo?

—A ambos. Creo que tenemos un rato por delante.

Era simpático, bien vestido, educado y divertido. Físicamente, no decía nada, ni feo ni guapo, de mediana estatura y rubio tirando a pelirrojo. Pero tenía algo que resultaba atractivo, que invitaba a confiarse. Charlamos de naderías mientras estudiaba su rostro, sus expresiones y tics. Era importante familiarizarme con los rasgos para reflejar la esencia que encierra cada persona, lo que nos define como diferentes y no copias de otros. En cuanto se secó la lámina, tracé con el lápiz duro el esbozo, situé los tubos de color cerca y el vaso de agua a mano y, con el trapo en la cintura del mandil para absorber el exceso, procedí a realizar la primera aguada que me permitiría colorear más fuerte sobre ella en mi habitación. El retrato requería una ejecución más lenta que un mero paisaje, destreza y dominio de la intensidad de los colores

para modelar las facciones con rápidos trazos. La acuarela no permitía equivocaciones porque no admitía retoques posteriores. Era una habilidad que no adquirí, la llevaba dentro.

—¿Para quién es el retrato? ¿Para su madre o para su esposa?

—¿Es importante o se trata de una forma sutil de indagar mi estado civil?

—Para una madre el retrato debe ser formal, para una esposa se puede añadir algún toque más pícaro, más íntimo entre enamorados.

—¿No me diga? Disculpe mi desconfianza, no lo había observado de esa forma. Elija usted, es la artista.

—No me ha contestado respecto a su estado civil, luego está casado —deduje con una sonrisa.

—Es una aspiración de mi madre que no he podido cumplir —replicó con otra sonrisa.

—¡Ah! Un retrato formal —decidí.

—Me asusta. ¿No resultará demasiado serio? Prefiero la otra opción: no me imagino con cara de fauno.

Solté una carcajada bajo la impresión de la imagen. Calló durante un rato, respetando la labor creadora de la pintora, aunque era consciente del escrutinio que realizaba sobre mi persona. Me sentí halagada de merecer su atención, me había caído bien. Finalicé y así se lo dije en tanto limpiaba los pinceles.

—Me alegro de haberla conocido. Hasta esta tarde.

—¿No es muy presuntuoso de su parte dar por hecho una cita? —reprendí con suavidad.

Siempre conservaba las formas en el primer tirón de orejas que daba a un hombre, si éste se mantenía en sus trece o resultaba agresivo, pasaba a palabras más contundentes.

—Lamento el malentendido, pensé que había intuido quién era yo.

—Me da igual su importancia, a las personas las elijo por otras razones y los presuntuosos no entran en mi círculo.

—Le alabo el gusto —replicó sin sentirse ofendido—. Me llamo Rodrigo Quijano. ¿No le dijo Eva que vendría?

—¡Oh! Soy yo quien debe disculparse. Me olvidé completamente. Usted es el juez. Es un placer, aunque sea tarde para rectificar.

—El placer ha sido mío. Ha resultado divertido el encuentro.

—Me alegro de que lo vea con humor. Su hermana es encantadora,

congeniamos anoche. En ese caso, le confirmo la cita. Daremos una vuelta antes de sentarnos a merendar en la horchatería del Casino. Ahora que lo sé, no encuentro el parecido.

—Mi hermana sale a la familia de mi padre y yo a la de mi madre, que es francesa. Espero que eso no sea un impedimento para conocernos mejor.

—En absoluto. El apellido lo exime de cualquier sospecha: Quijano, muy cervantino.

—Eva no se ha equivocado: es aguda y divertida. Hasta esta tarde.

«Así que éste es el joven juez que no disponía de tiempo para buscar esposa a causa de su meteórica carrera», pensé mientras lo veía alejarse evitando llenarse los zapatos de arena. Mi nueva amiga tenía un hermano muy agradable. La abuela había demostrado una especial perspicacia para rodearse de personas interesantes.

Los hermanos Quijano trastocaron la semana al convertirse en acompañantes asiduos en el Casino, por lo que yo me aficioné a asistir. De lejos observaba el cortejo de Álvaro Goicoechea a mi prima y al grupo juvenil con el que había compartido el mes de julio. El problema surgió cuando Leo me comunicó que el gerente del Lawn Tennis le había avisado de la reserva de pista de parte del señor Arias. Rodrigo Quijano era juez, ¿estaría informado del escándalo? ¿Cómo explicaría la relación? Hasta ese momento no me había preocupado lo que pensara la gente; sin embargo, ahora me afectaba, ¿por qué? Porque me importaba su opinión, porque me encontraba a gusto en su compañía y deseaba fervientemente que coincidieran sus criterios con los míos o, al menos, que los respetaran lo suficiente como para no criticarme y aceptarlos.

Doña Amparo y la abuela no dudaron en ayudarme cuando las consulté.

—Es complicado el tema de las relaciones —comentó doña Brígida—. Hay personas a las que no debes mezclar, aunque congenien contigo. Si eres una persona de miras amplias, puedes encontrarte en ese dilema; no obstante, las amistades más íntimas te conocen y no puedes mentirles, es decir, si esa persona es importante, deberán aceptarla por deferencia hacia ti. Y tú procederás de la misma forma con esas amistades.

—La cuestión está en diferenciar las amistades íntimas, que son muy pocas, de los conocidos. Las amistades más estrechas se mantienen a través de los años y de la distancia; mientras que las demás no soportan la lejanía —contribuyó doña Amparo.

—Pues no me habéis sacado del atolladero. Estas amistades son tan recientes que temo que sean demasiado endebles todavía.

—Te importan —constató la abuela—, en caso contrario no nos preguntarías. Mi consejo es que te muestres como eres y actúes con naturalidad. Es la única forma de saber si serán amistades con las que puedas contar en un futuro. Si estás pendiente de complacerlas, no serán de verdad, sino de circunstancias.

—Gracias, abuela. Deseadme suerte. Voy a enfrentarme a esa prueba de fuego.

*E*duardo y Bienvenido nos aguardaban sentados en el bar. Charlaban animadamente y Eduardo soltó una carcajada, abierta, sincera, con ganas. Era la segunda vez que no lo hallaba tenso, con ese gesto serio y adusto que le caracterizaba. Se le habían bronceado los brazos y la cara y me resultó más atractivo de lo habitual. ¿Sería porque lo había echado de menos? Esas frases ingeniosas susurradas de paso, esas casualidades clandestinas y conversaciones cifradas. Yo también había adquirido un tono dorado, para disgusto de mi madre, durante el torneo. Lo que en mí era un inconveniente en él suponía una ventaja muy favorecedora, pues la camisa crema resaltaba sus rasgos.

—¿Nerviosos? —preguntó Leo a modo de saludo cuando nos acercamos—. Procuraremos portarnos bien con unos *amateurs*.

—Hemos entrenado —advirtió Bienvenido sonriente.

—Seguiremos el ejemplo de los primos Ansorena: lucharemos hasta el último aliento, aunque lo tengamos perdido —dictaminó Eduardo.

—El mérito es de Alba. Ha desarrollado la extraña habilidad de trastocar una derrota en victoria —corrigió mi primo.

Se levantaron y salimos al exterior. De camino hacia las pistas me fijé en las gradas, pero no habían llegado los hermanos Quijano.

—Será muy afortunado el hombre que conquiste su corazón —murmuró Eduardo a mi lado.

—¡Cómo corren las noticias!

—No me fio de los chismes. Prefiero usar los ojos y he observado que frecuenta la compañía de su prima.

—Sí, no parece muy constante en sus preferencias. Me pregunto qué busca una persona tan apreciada socialmente.

—Dinero.

—No lo creo. Tiene un título y lleva la gerencia de las minas de arrabio que posee la familia —rebatí con aire entendido. Me había puesto al día en economía junto a doña Amparo y la abuela; nos preparábamos para la famosa reunión de industriales.

—Nadie mejor que usted para saber cómo se crea una fachada la gente. —Eduardo me lanzó una mirada cómplice.

Me estremecí y recordé el día del hipódromo. ¿Sería posible que estuviera arruinado a causa de las apuestas?

Llegamos a la pista y la conversación quedó interrumpida, como ya era habitual, en el punto más interesante. Echamos a suertes el terreno y el inicio y ocupamos nuestros puestos. Los hermanos llegaban en ese momento, Eva abrió la sombrilla y Rodrigo se sentó a su vera. Los saludé con la mano y noté cómo Eduardo se fijaba en ellos.

Cumplieron su palabra y vendieron caro el pellejo. Nosotros comenzamos relajados, confiados en nuestras fuerzas; sin embargo, nos dimos cuenta de que no podíamos dormirnos o perderíamos el aura del torneo. A los hermanos Quijano se unieron algunas personas atraídas por nuestra presencia. Al cabo de una hora, con una ajustada victoria, felicitamos a los vencidos.

—Permítanme invitarlos a un refresco en el bar —ofreció Leo.

—¿No son los perdedores los que pagan? —recordó jovial Bienvenido.

—La ronda anterior corrió a cargo de su bolsillo, nos corresponde ésta —intervine—. Además, quiero presentarles a unos amigos.

Hice una seña hacia la grada y Eva y Rodrigo se levantaron para unirse al grupo en el salón social. Por el camino atendí saludos de personas que no conocía por lo que me retrasé. Eduardo aguardó mientras Leo y Bienvenido se adelantaban.

—El precio de la fama —constató Eduardo.

—No me gusta ser el centro de las miradas y de los cotilleos de la gente, resta intimidad. Prefiero conservar el incógnito.

—Y cobrar por pintar retratos —concluyó Eduardo—. Comprendo su filosofía. En más de una ocasión me hubiera gustado ser invisible.

Era un tema resbaladizo que no me sentía con ánimo de abordar, no en el instante en que iba a tantear el valor de una amistad incipiente. Leo y Bienvenido se habían acodado en la barra y los hermanos Quijano aguardaban discretamente a su lado a que los presentara.

—Disculpen la demora: continúa la resaca del torneo —expliqué.

Pasé a realizar las presentaciones y Leo encargó los refrescos además de unas rabas de pulpo y unas quisquillas. Nos quedamos junto a la barra, pues las mesas estaban ocupadas. Bienvenido y Leo llevaban la voz cantante mientras que Eduardo permaneció en un segundo plano. Fue Rodrigo quien dio el primer paso y descubrió algo que yo ignoraba.

—Dígame, señor Arias, ¿Echevarrieta y su grupo conseguirá sortear el monopolio del Banco de Vizcaya?

—¿Desde cuándo un juez está tan bien informado sobre inversiones? —replicó Eduardo.

¿Se conocían? Mi expresión de asombro no les pasó desapercibida.

—El nombre del señor Arias sale frecuentemente en la prensa asociado a las hidroeléctricas —aclaró Rodrigo.

—El señor Quijano es muy conocido por ser el magistrado más joven de España —remató Eduardo.

—¡Oh! Lamento mucho no estar a la altura de las circunstancias, caballeros, pero a mí sólo me echan en falta en mi casa a la hora de comer.

Las sonrisas afloraron entre los presentes.

—Ya somos dos —se agregó Bienvenido, guiñándome un ojo.

—No sea modesta. Acaba de reconocer que le han retrasado los saludos de desconocidos por su fama como tenista —añadió Eva.

—Esa fama no sale de este club, se lo aseguro.

Cogí una raba y llené la boca. Me interesaba más escuchar que hablar. Era la primera vez que se hablaba del trabajo del señor Arias. ¿Inversor? ¿Era rico?

—Veremos a ver qué sucede ahora que tienen el apoyo del Banco de Bilbao.

—No es tan fuerte y el Banco de Vizcaya lleva tiempo en el sector: ha conseguido unir la Hidroeléctrica Ibérica vasca con la Electra de Viesgo pasiega.

—Señores, no cansemos a las damas con cuestiones económicas. —Leo había decidido privarme de la diversión, pero no se lo iba a permitir.

—¿Usted se aburre, Eva? —pregunté.

—En absoluto. Desconocía que hubieran obtenido el apoyo del Banco de Bilbao —confesó interesada.

—El tres de julio se firmó ante notario la constitución de la Sociedad Hispano-portuguesa de Transportes Eléctricos —informó Eduardo.

—¡Cómo me alegro! Nuestra familia es amiga del señor Echevarrieta y por

eso estamos al tanto de los avances sobre los derechos del Duero —explicó Eva ante mi nuevo asombro.

—Dentro de unos días se desplazará a Santander. Es el impulsor de la idea ya que posee los derechos sobre el caudal del Duero en Braganza y sobre las propiedades colindantes a su paso por Zamora y Salamanca. Sin él, nada de esto sería posible.

—La electricidad es el futuro —constató Rodrigo—, aunque son muchos los riesgos.

—El mundo está cambiando muy rápidamente y la electricidad es la nueva forma de mover las máquinas y la base sobre la que se asientan las nuevas comunicaciones. En Estados Unidos es una realidad —afirmó Eduardo.

—Yo creo que falta mucho hasta que seamos capaces de aprovechar todo el potencial que nos ofrece la electricidad. Ahí entran ustedes, los ingenieros e inversores —alabó Rodrigo.

El tema derivó hacia los sectores más favorecidos por la guerra europea y que, en cuanto ésta concluyera, caerían en picado. Los más avisados se apeñarían del tren antes de que descarrilara y los más torpes se hundirían con el barco. Me pareció fascinante el mundo de la economía y cómo se hablaba de cifras exorbitantes como si fuera calderilla. Eva estaba mucho mejor informada que yo y siguió la conversación con facilidad. Yo escuchaba aturdida por mi ignorancia. A mis dos adorables abuelas y a mí nos quedaba un largo camino para ponernos al día.

Llegó la hora de la comida y me despedí de los hermanos hasta la tarde.

—¿Les apetece unirse a nosotros? —invitó Rodrigo a los demás—. Hemos quedado en el Club de Tiro, la señorita Ansorena nos enseñará a disparar con arco.

—Tengan cuidado —advirtió Leo—, mi prima es muy competitiva.

—Se le puede perdonar ese defecto si sonrío cada vez que hace diana —observó Rodrigo galante.

Noté cómo el rubor se adueñaba de mi cara y sorprendí una mirada afilada en Eduardo, aunque duró un segundo.

—¿Qué dice, Eduardo? ¿Nos apuntamos? —animó Bienvenido.

—Si no somos una molestia en sus planes —replicó el aludido.

—Acudiré con mis amigos —se agregó Leo.

—¿Vendrá Ruth con sus amigas? —indagué.

—No sé qué decirte, Ruth anda alterada por las atenciones del conde y no

me agrada la idea —se sinceró Leo.

—¿De qué conde hablan? —se interesó Eva.

—De Álvaro Goicoechea —contesté.

Noté que Rodrigo abría los ojos y volvía la mirada hacia Eduardo. Sin embargo, fue su hermana quien habló.

—Hace bien en preocuparse. A mí también me pone nerviosa su cercanía.

—¿Ha sucedido algo que no sepa? —se inquietó Rodrigo.

—Tranquilo, hermano, soy una mujer casada. Creo que le corresponde a Ramiro defender mi honor —le reprochó con voz ligera y los hombres sonrieron.

No me cupo la menor duda de que algo se me escapaba. Hasta ese momento había permanecido ignorante porque no me interesaba la sociedad ni nada de lo que ocurriera en ella, pero la situación había cambiado si quería conservar esas amistades y adentrarme en ese mundo financiero tan atractivo. Y la mejor persona para introducirme en él resultaba ser el enigmático señor Arias.

Bienvenido y Eduardo se quedaron a comer en el club y, mientras nos retirábamos en busca de los coches que nos aguardaban, entablé una breve conversación con mi flamante amiga.

—¿Conocían al señor Arias?

—Sí, por supuesto, ¿quién, no? Es una persona muy destacada en el mundo industrial. Su padre es consignatario de buques, pero él cursó los estudios de ingeniería. Aunque es unos años mayor que nosotros, coincidimos en algunas fiestas. Su esposa era de nuestra edad, por aquel entonces.

—¿La conoció? —Se me escapó sin querer.

—Sí, pero no me pregunte más. No me gusta hablar de los muertos ni tampoco de asuntos que no me atañen. El señor Arias sufrió mucho y, en cuanto se le eximió de los cargos, se trasladó a Estados Unidos con su hijo para alejarlo del escándalo y ahora reside en Plymouth. Lo extraño es que todavía circulen unos oscuros rumores sobre su culpabilidad y que las buenas familias, aunque lo traten en los negocios, eviten introducirlo en sus casas, sobre todo si tienen mujeres casaderas. Hay personas muy torticeras y que son incapaces de dejar vivir a los demás.

—Estoy de acuerdo con usted. No les di crédito cuando me lo contaron. ¿Cómo se atreven a cuestionar a un tribunal?

—La ignorancia y el malsano interés por el escándalo. Una pena. Rodrigo era estudiante por aquel entonces, pero siguió el caso con interés. Siempre le

he oído decir que no había pruebas contra el señor Arias y que la razón por la que llegó ante un tribunal fue la presión social: llenó los periódicos.

—¡Qué mala suerte!

—Mi querida amiga, ¿está interesada en ese hombre?

—No, no, aunque no negaré que es muy atractivo —concedí acalorada—. Al igual que a ustedes, lo he conocido este verano y hemos coincidido aquí y allá.

—Sí, el Sardinero es pequeño y frecuentamos los mismos sitios —confirmó sonriente—. Y lo de atractivo no se lo niego ahora que no me oye Ramiro.

La reunión en el Club de Tiro fue un éxito. Leo consiguió convencer a Ruth y a sus amigas y él acudió con Ricardo y Luis, sus sombras. Eduardo llegó con Bienvenido y Virgilio. Pasamos una tarde agradable entre retos y bromas. Yo me relajé cuando comprobé que los hermanos no sólo estaban informados del pasado de Eduardo, sino que lo aceptaban. Era una delicia estar rodeada de personas afines. Deseé que el verano no terminara. Esa noche quedamos en el salón de baile del Casino.

Salí con mis adorables abuelas y mis primos. Doña Brígida y doña Amparo se habían convertido en inseparables e incansables conversadoras. Me sonreí al pensar que había venido para estar conmigo y que nuestros encuentros se habían limitado a las horas de comedor, pero no parecía echarme de menos. Yo era feliz si ella se sentía a gusto y con eso me bastaba. Ruth y Leo se habían sumido en una de esas conversaciones privadas sobre su compromiso con Vergara y las atenciones de Goicoechea que no me interesaban en absoluto, así que me entremetí en medio de las dos señoras.

—¿Qué tal fue el encuentro entre tus nuevas amistades? —se interesó doña Amparo.

—Muy bien. Ya se conocían. Eva me avanzó algo más sobre el caso de Arias. Parece ser que no había caso contra él, fue más la presión popular la que lo llevó ante un tribunal.

—¡Qué desagradable! —La abuela meneó la cabeza negativamente—. El pueblo cegado es peligroso. No me gustan esos brotes espontáneos con ánimos violentos.

—Esto fue más de prensa que una algarada callejera, abuela —señalé.

—Es lo mismo. Menos sangre, pero un linchamiento público —insistió.

—Aquello ya pasó —intervino doña Amparo conciliadora—, lo importante es que han congeniado ambas partes, querida. Sus temores se han convertido en agua de borrajas.

—Sí. Estoy sorprendida de lo fácil que ha resultado y muy contenta.

—Se te nota. Antes bajabas al Casino como un reo al patíbulo y hoy nos llevas a rastras —constató la abuela con una sonrisa.

Andaba a paso ligero sin haberme dado cuenta, me disculpé y se rieron. Se alegraban de mi cambio. La señora Trasgallo ya ocupaba un velador con otras dos mujeres. Se sucedieron las presentaciones y allí las dejé entretenidas con

su tertulia. Me retiré con mis primos en busca de la nuestra en el salón de baile.

Luis y Ricardo ya habían llegado y tomado posiciones en el salón. Ruth se alejó para saludar a unos amigos de la familia y Leo se hizo cargo de las bebidas. Me quedé a un lado, observando a la gente que llegaba, pero las palabras de los amigos de Leo me llegaron claramente, sin apercibirse de que habían elevado la voz en medio de la discusión que mantenían.

—No me interesan tus conquistas —rechazaba Ricardo de malhumor.

—¡Qué mojigato eres! Las mujeres están para complacernos. ¿Qué mal hay en unos besos y calentarse entre sus pechos? Están trabajando todo el día y agradecen que alguien las mire —se defendía Luis.

—Eso es aprovecharse de esas pobres. Prometes lo que no piensas darles —le reprochó Ricardo.

—Son mentiras que ellas no se creen. Tendrían que ser tontas de capirote si esperan algo más de un caballero —se empecinó Luis.

—Pues a mí no me aires tus dotes de seductor: me parecen deleznable y en absoluto propias de un caballero —atacó Ricardo.

El tono comenzaba a llamar la atención así que decidí intervenir.

—Llegan las señoritas Domench y Ladrón de Guevara —anuncié acercándome, como si no hubiera escuchado nada, aunque, desde ese instante, Luis me cayó mal mientras que Ricardo ganó en mi estima.

A Rosa y Elisa las siguieron los hermanos Quijano. Ruth, bajo la excusa de la llegada de sus amigas, se despidió de los conocidos de sus padres y Leo se aproximó con las bebidas prometidas. Empezó la música y Eduardo y Bienvenido no habían aparecido así que arranqué el baile en brazos de Rodrigo.

—Creo que me voy a aficionar al tiro con arco —dijo Rodrigo sonriéndome —. Es un reto que engancha.

—No puedo opinar al respecto, según Leo soy adicta a los retos.

—Se desenvuelve muy bien: pintura, tenis, tiro con arco... ¿hay algo que se le resista?

—Si pregunta a mi madre, le hará una lista interminable de mis defectos.

—Me alegro, lo perfecto es muy aburrido. —Me reí, no era la primera vez que oía tal afirmación—. Este verano está resultando sorprendente. Confieso que no venía muy convencido, pero mi madre amenazó con retirarme la

palabra si no hacía las maletas y, por si hubiera alguna duda, empujó a mi hermana para que dejara a su marido y me acompañara.

—Intuyo un ultimátum para su estado de soltero.

—¡Mujeres! ¿Qué me pierdo con ustedes?

—Conexión —dije—. Es un término muy en boga con la huelga de Telégrafos.

—Sí, eso debe de ser. Baila muy bien.

—Entre amigos sobran las cortesías. Suena como a no tener nada que decir. ¿Hablamos del tiempo y de lo concurrido que está el Sardinero en agosto?

—¿Amigos? Qué poco esperanzador ha sonado eso.

—No se agobie por el ultimátum de su madre y deje que las cosas sucedan. Cuando se las busca, no se las encuentra, se lo dice una experta.

—Imagino que por ser mujer habrá sufrido más la presión; sin embargo, sigue soltera. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Mostrando un genio endiablado y una lengua afilada. No hay hombre que soporte eso en una mujer.

Ahora rió Rodrigo con ganas.

—No descubra sus armas, podría hacerme un escudo contra ellas.

—Lo respeto demasiado para convertirlo en blanco de mis disparos. Lo prefiero como aliado que como enemigo.

—Amigo, aliado. Cuida mucho su lenguaje.

—Sólo un juez capta el significado de las palabras en su amplio sentido.

Acababa de limitarlo en sus expectativas. Había sido una forma delicada de mostrar intenciones sin herir sentimientos ni orgullos. Desde que mencionó a su madre, me temí lo peor, pero era un hombre inteligente y sensible. No deseaba perderlo como amigo y mucho menos a su hermana.

Cuando regresamos de bailar, ya se habían unido Eduardo y Bienvenido.

—Es el momento idóneo para aprovechar el salón, dentro de media hora estará insoportable y será cuando bajemos a la horchatería a refrescarnos —dictaminó Leo—. ¿Sería tan amable de concederme este baile? —le pidió a Rosa.

Los demás se animaron y sacaron a bailar a Ruth y a María, Rodrigo invitó a Eva, así que me quedé mano a mano frente a Eduardo, pues Bienvenido se había distraído con un conocido con el que hablaba emocionado.

—¿Soy la Cenicienta? —insinué.

—¿Se atreve de nuevo? No terminó muy bien en la otra ocasión.

—No me atribuya supuestos suyos.

Eduardo alargó la mano y yo le cedí la mía. Nos incorporamos a los bailarines. Recordé la primera vez y encajé entre sus brazos. Nos deslizamos por la pista con la complicidad de la música. Había sido un placer bailar con Rodrigo, pero con Eduardo había algo diferente, una tensión, una consciencia de su presencia, de sus ojos, de sus palabras, un hormigueo por las venas, como si despertaran de un prolongado sueño. Nada era igual a pesar de ser lo mismo.

El vals fue demasiado corto, o me lo pareció a mí. No llegué al grupo porque mi madre nos interceptó por el camino.

—Alba, hija, acompáñame que desean conocerte unos amigos.

Según lo dijo, adiviné la mentira. Me volví para presentarle a Eduardo.

—Te presento...

—En otra ocasión —cortó mi madre un tanto ruda—. El caballero se hará cargo, ¿verdad? Muy amable.

No me dio tiempo a disculpar la falta de delicadeza de mi madre ya que tiraba de mí. Nerviosa porque no deseaba que se montara una desagradable escena, cedí, lanzando una mirada de resignación al señor Arias, quien se quedó, por segunda vez, con el ceño fruncido y sin la pareja de baile. Aquello comenzaba a lindar con lo inusitado. Me sacó del salón y me acorraló en un rincón del amplio vestíbulo.

—¿No te advirtió tu padre de que no debías aceptar bailes con ese señor?

—Y usted, ¿cómo se ha enterado? No estaba en el salón.

—Luego admites que has desobedecido a sabiendas.

—Tengo veintitrés años, no soy ninguna niña.

—Efectivamente, y vamos a cerrar tu compromiso esta semana.

—Usted verá a lo que se expone porque no voy a aceptarlo.

—No sé lo que te ha contado la vieja, pero te aseguro que no puede hacer nada por ti. El que estés pasando unos días con ella, no le permite disponer de tu persona. La patria potestad pertenece a tu padre y tendrás que obedecer si no quieres vivir bajo un puente.

—Eso es lo que le ciega a usted, madre, el dinero. Cifra la vida en el dinero.

—Eres una idealista. Sin dinero no eres nadie. Lo hago por tu bien, créeme. Debimos casarte antes, cada vez estás más rebelde.

—No confunda la rebeldía con la madurez. Tengo muy claras las ideas y lo

que espero de la vida y no coinciden con sus planes.

—¿Las puedo ayudar? Están tan enfrascadas en su discusión que no se dan cuenta de que atraen la atención de quienes pasan.

El conde de Amurrio, quien había acudido a mi rescate, sonreía distendidamente.

—¿Me permite el siguiente baile, señorita Ansorena?

—Imposible. Eso levantaría más habladurías ya que mi madre mintió descaradamente para sacarme del salón.

—¡Alba! —exclamó mi madre alarmada.

—En ese caso, acompáñenme las dos —invitó ofreciéndonos un brazo a cada una—. Seguro que encontrarán interesante la tertulia del marqués de Cifuentes.

—¡Oh, sí! Aunque no es un hombre tan ingenioso como usted. —Se animó mi madre zalamera, como si pensara que de esa forma inclinaría el favor del conde hacia mí.

Sin embargo, entre los dos me fastidieron la noche. El marqués carecía de gracia y sus chistes siempre eran a costa de otros. El conde de Amurrio no se separó de mi vera, intentando que sonriera y olvidara la discusión. Le agradecí la atención, pero no pasó de ahí mi entusiasmo. Desde lejos, vislumbré a mis amigos que abandonaban el salón, camino de la horchatería me imaginé. Según avanzaban los minutos, mi cara de funeral fue siendo más evidente.

—Alba, me retiro, ¿me acompañas a casa?

La voz de mi abuela sonó a música celestial. Mi madre, como buena actriz, se excusó para despedirnos.

—Haga el favor de no llenar la cabeza de Alba de ideas tontas. Esta tarde ha dado otro espectáculo.

—Por lo que tengo entendido, el espectáculo lo ha dado usted, querida. Al menos, es lo que ha llegado a mis oídos mientras estaba sentada ahí fuera. ¿Quién lo iba a decir? Nunca hubiera sospechado de ti esa falta de elegancia.

La abuela no aguardó a que le contestara mi madre, aturdida por cómo se había vuelto contra ella su lema, y se retiró solemne hacia la salida sin esperarme.

—La vieja le ha ganado la mano. Está perdiendo reflejos, madre —susurré con el rostro serio. Sólo los ojos me traicionaban.

Dejé a mi madre del brazo del conde de Amurrio y salí detrás de la abuela,

quien se dirigió a la mesa donde la aguardaba doña Amparo. Era noche cerrada y había refrescado.

—¿Quieres ir con tus amigos? —me ofreció la abuela.

—Estoy demasiado avergonzada por el comportamiento de mi madre. Se ha negado a que le presentara al señor Arias en su propia cara. ¡Por favor!

—No te angusties por eso, niña. Si está interesado en conseguir tu mano...

—¡Abuela! Yo no he dicho eso.

—¡Ah! Me pareció ante tu preocupación para que les cayera bien a tus amigos y por el tiempo que compartís.

—Sólo como amigos y siempre acompañados —corregí.

Doña Brígida y doña Amparo se despidieron de las mujeres de la tertulia y echamos a andar hacia casa.

—El que vayáis en grupo no encubre la verdadera intención. Así se han cimentado los amores: rodeados de amigos. La estrategia es más antigua que yo.

—Nuestra conversación nunca ha traspasado los límites del pudor.

—Porque es un caballero y es consciente de los rumores que pesan sobre él y no desea involucrar tu nombre en ellos.

—¿Usted cree? No lo conoce. ¿Cómo puede hablar de algo tan serio con tanta seguridad?

—Los años sirven para algo —intervino doña Amparo.

—Mañana es el gran día. —La abuela cambió de tema—. Dejaremos las puertas de la planta baja abiertas para que los invitados se puedan mover por diferentes espacios. Lo tengo todo pensado para que sea un éxito.

Estaba tan ocupada con mis asuntos que había olvidado la reunión de la abuela con los industriales. Aun así, no pude concentrarme en ello, la idea de que Eduardo Arias pretendiera algo más serio conmigo me cogió desprevenida. Era cierto que coincidíamos con frecuencia y que no había rechazado ninguna invitación para pasar la tarde en grupo a pesar de la diferencia de edad entre Leo y sus amigos con él, aunque ahora, con la presencia de Rodrigo y de Eva, se había equilibrado la situación. No podía negar que empleaba a mis primos como enlaces sociales, ¿pero de qué otra forma habría podido moverme? ¿Con los amigos de mis padres? ¿Del brazo de mi madre? Me entraron escalofríos al recordar esa noche. Debía ser sincera conmigo misma y admitir que Eduardo me atraía más de lo que deseaba reconocer. ¿Pero yo a él? Le resultaba divertida y era la única mujer que no lo

rechazaba, pero no me hacía ilusiones, y menos después de este día. ¡Qué bochorno!

A la mañana siguiente, la casa se hallaba en estado de alarma con los preparativos para la tarde. Leo bajó con la noticia de que el número de lotería premiado el día dos, al que le correspondían veinte mil pesetas, no había aparecido.

—Doña Amparo, ¿miró el número que le regalé? —pregunté sirviéndome el chocolate que la abuela encargaba en el famoso Horno de San José de Torrelavega. Lo regentaba un matrimonio con mucha iniciativa y doña Brígida los apoyaba.

—No, se me ha olvidado, pero nunca toca —aclaró con una tostada con miel en la mano.

—¿Compraste un número? —Se admiró Leo.

—Fue una locura. Vi al vendedor y recordé que había tocado en Santander, en junio, una cantidad nada despreciable...

—Ciento veinte mil pesetas. ¡Cómo para olvidarlo! —exclamó la abuela—. No me extraña que tenga tanto éxito ese juego.

—...y luego se lo regalé a doña Amparo —concluí.

—Si ha tocado, te lo devuelvo —afirmó seria doña Amparo—. Es demasiado como regalo.

—Esa no era la idea, doña Amparo. Se lo he regalado con la esperanza de que le tocara.

—¡Qué generosa es usted! —Suspiró doña Amparo conmovida.

—¿Cómo se puede ser generosa si no se sabe si ha tocado? —reflexionó Leo.

—Cierto. Ya me ha entrado la curiosidad. Voy a buscar el billete.

Seguimos con el desayuno y con las noticias de la guerra hasta que regresó la buena señora.

—Tenga, joven. ¿Puede averiguar si es el número premiado?

Leo se hizo cargo del billete y marchó al salón a revisar la prensa. No tardamos en oír sus gritos:

—¡Ha tocado! ¡Es el premiado! ¡El 31.438!

Doña Amparo empalideció y se mareó un poco ante la impresión. Veinte mil pesetas era más dinero del que nunca había soñado. Suponía la solución para la vejez y el final de depender de las limosnas de los demás que tanto menoscababan su orgullo, aunque simulara que no le afectaba.

—Leo, te encargo el cuidado de doña Amparo. Ahora mismo avisáis al mecánico y vais a Santander. Te daré la dirección de mi abogado. Él os aconsejará sobre la forma de cobrarlo y os ayudará a abrir una cuenta bancaria. ¿Serás capaz de ello?

—Por supuesto, abuela. He acompañado a mi padre al banco y sé cómo funciona; además, estoy acostumbrado al lenguaje financiero y legal, estudio economía —le recordó orgulloso.

—Perfecto. Un asunto arreglado. Yo tengo mucho trabajo aquí.

—Yo la ayudaré, abuela —me ofrecí.

Así que esa mañana estuvimos bastante atareados. Comimos pronto, para echar una siesta antes de recibir a los invitados. Mis primos, reacios a formar parte de las tediosas reuniones de la abuela, se marcharon con sus amigos.

*L*a reunión era a media tarde por lo que elegí un vestido discreto y elegante: de cuello redondo en el que destacaba una cenefa bordada con bisutería, manga corta, talle alto, abullonado en las caderas y estrecho por las piernas. El tono era crema y lo combiné con un echarpe de cachemira en varios tonos de verdes musgo. La doncella de la abuela me recogió el pelo en un moño bajo trenzado. Cualquier cosa que me pusiera resaltaba el tono dorado que había adquirido mi piel por lo que el maquillaje se limitó a un poco de sombra de ojos y pintalabios, no era amiga de abusar de la máscara de pestañas porque endurecía la mirada de mis ojos castaños.

Doña Amparo aguardaba en la sala, se familiarizaba con la nueva colocación de los muebles y con las mesas preparadas para el ágape que se tomaría en el sitio.

—¡Divina! Está muy elegante, Alba. No sé cómo agradecerle su regalo.

—Leo comentó que todo fue como la seda.

—Sí, sí. ¡Qué buen muchacho su primo!

—Ahora no tiene por qué seguir trabajando —le recordé.

—No sé estar mano sobre mano, aunque su abuela no me ha dado un momento de respiro. ¡Qué energía la suya!

—Resulta sorprendente lo activa que es una persona con imaginación, así lo llama ella. Los que se aburren es porque carecen de iniciativa.

—Estoy familiarizada con esa filosofía porque la comparto plenamente —aseveró doña Amparo—. Dispongo de un mes para decidir qué voy a hacer.

—Es libre de hacer lo que desee, yo no voy a contradecirle.

Sonó la campana de la entrada en el momento en que la abuela descendía la escalera.

—Ramón, deje la puerta abierta y anuncie desde el vestíbulo a las personas según lleguen —ordenó la abuela.

Un lacayo aguardaba en un segundo plano para hacerse cargo de la ropa que quisieran confiarle. Las doncellas, con sus uniformes oscuros y los blancos delantales y cofias impolutas y bien almidonadas, surgieron de la puerta del servicio para formar junto a las mesas.

Los invitados, acostumbrados a las reuniones de empresa, fueron puntuales por lo que la abuela quedó atrapada en el vestíbulo en un largo saludo, mientras que fuera los coches a gasolina buscaban dónde aparcar. Excepto en Madrid, según la ocasión, no recordaba haber visto tanto coche junto, pues no resultaban asequibles y se necesitaba a un mecánico que los manejara, un lujo al alcance de muy pocos bolsillos.

Algunas caras me eran familiares de las reuniones de indianos, como Juan Madrazo, antiguo dueño de la Electra del Asón, con la que había alumbrado el valle de Ruesga y Arredondo, o la presencia del periodista del Boletín de Comercio, Alfredo Corpas, y de don Antonio Fernández Baladrón, dueño de la empresa cafetera El Dromedario. La grata sorpresa me la reservaron los hermanos Quijano.

—¿Ustedes aquí? No me lo había comentado la abuela. —Me alegré, aliviada de encontrar caras amigas entre tanto formalismo.

—Nos invitó ayer —explicó Eva—. No se sonroje, se disculpó por la mala educación de su nuera y nos animó a venir, consciente del bochorno que había pasado usted.

—Es un detalle que todavía me consideren su amiga, no así el señor Arias, quien sufrió la mayor afrenta.

—Por Eduardo no se preocupe, es un hombre muy comprensivo —añadió Rodrigo— y usted no se angustie por algo de lo que no es responsable.

—¡Oh! Rodrigo, ahí está Horacio Echevarrieta —advirtió Eva—. Venga, le presentaremos al empresario más arriesgado de Bilbao. Es el impulsor de los saltos del Duero.

Me sumergí en un mar de presentaciones y de conversaciones técnicas sobre hidroeléctricas, energía, concesiones y capital, pues en nuestro círculo debatían el director del Banco de Bilbao y el del Banco de Vizcaya. El tema era apasionante y no me percaté de la presencia de Eduardo Arias hasta que, por azar, eché un vistazo por el resto del salón. Se hallaba rodeado de señores que conversaban con mis adorables abuelas. Nuestras miradas se encontraron, por breves segundos, pues él desvió la suya y se concentró en la conversación en la que participaba. Me dolió, pero comprendí que él había sufrido un

desprecio difícil de ignorar. Las dos veces que había bailado conmigo le habían tirado de las orejas, lo suficiente para que permaneciera alejado de mi persona. Ante esa realidad, la tarde perdió parte del encanto.

Mantuve el tipo durante un rato, mientras discutían la novedad del cambio de horario en verano y la conveniencia y rentabilidad energética real que pretendían los gobiernos, pero al final me excusé y abandoné el salón. Salí al jardín, donde atardecía y llegaba el rumor de las olas. No era la única, había algunos señores que habían tenido la misma idea, bien porque mantenían una conversación no apta para todos los oídos; o bien, porque se refrescaban del calor del interior, a pesar de que todas las ventanas estaban abiertas y los visillos ondeaban al paso del aire.

—Es usted demasiado joven para estar tan triste.

Me volví hacia mi interlocutor, un hombre entrado en canas, sesentón y bien plantado. Lo había visto en uno de los salones y su cara me resultaba familiar, pero no recordaba su nombre, había escuchado tantos que me había sido imposible retenerlos.

—Disculpe, no recuerdo su nombre —confesé.

—Dámaso Arias —contestó con una mirada traviesa.

—¡Oh! ¿Es usted...

—El abuelo de Miguel —interrumpió abruptamente—. Tenía ganas de conocerla, sentía curiosidad por una pintora tan intuitiva. Los retratos de Miguel son soberbios.

—Uno de ellos es un paisaje, la figura del niño podría ser cualquiera —resté mérito.

—No me refería a ése; sino al doble retrato del padre y del hijo. —Me sacó de mi error.

—¡Ah! Al final lo descubrió.

—¿Eduardo? ¡Qué va! Está ciego mirándose a sí mismo. —Sonrió Dámaso—. Le fastidió que yo diera con la solución y me prohibió que se lo revelara. Se ha convertido en una cuestión de amor propio. Es muy orgulloso.

—¿Y quién no?

—¿Ésa es la razón de su tristeza? Quien se puso en evidencia fue su madre, no usted.

—¿Se lo contó? —Me afligí. Todo el mundo estaba al tanto del incidente.

—Nos llevamos bien. Perdí a mi mujer hace quince años y mi relación con mi único hijo se estrechó. Ahora me siento muy solo en Bilbao con ellos en

Plymouth, pero, mientras no cesen las habladurías, Eduardo no quiere volver por Miguel.

—¡Qué cruel puede llegar a ser la gente! Lamento su situación.

—Es usted muy amable. Me he alojado con ellos para aprovechar su estancia en España y disfrutar de mi nieto; sin embargo, mi hijo está muy inquieto. Al principio pensé que era la preocupación por el futuro: no desea regresar a Inglaterra, un país que ya acusa problemas de abastecimiento en todos los campos y que sufrirá una dura posguerra. Está convencido de que tiene los días contados el conflicto europeo, son demasiados años y los ejércitos acusan el desgaste. Igual regresa a Estados Unidos donde acaba de firmar un contrato con una empresa muy fuerte. Si le pregunto por la causa del desasosiego, me contesta invariablemente que todo va sobre ruedas. No le gusta que me inquiete por él.

Sonrió el hombre de talante afable. Había un parecido innegable con el hijo, aunque les diferenciaba la mirada: cálida y confiada la de Dámaso y dura y defensiva la de Eduardo.

—Yo no puedo ayudarlo. No creo que su hijo se arriesgue a acercarse a mí después de dos desagradables incidentes con mis padres.

—¡Hum! ¿Y eso no le dice nada?

—Que es muy prudente.

El hombre rió abiertamente.

—Es usted igual que Eduardo cuando busca qué más hay que ver en el cuadro: sólo se ve a sí mismo. Me hace una seña Orbegozo para que me reúna con él. Ha sido un placer charlar con usted.

Se alejó al encuentro de uno de los ingenieros invitados. Entré de nuevo en el salón y me acerqué a una de las mesas para servirme un plato.

—¿Dónde se había metido? —inquirió Eva a mi lado—. Estoy entusiasmada con la reunión. Es un éxito, ¿no cree?

—¿En qué basa su afirmación? —pregunté incómoda por mi ignorancia.

—Se están cerrando tratos, por eso hay apartes entre algunos caballeros.

—He estado fuera y, efectivamente, hablaban con mucho sigilo.

—Para eso se realizan estos encuentros y por esa razón había mucha expectación por éste que ha realizado su abuela. Los indianos poseen el capital necesario para los emprendedores.

—Resumiendo: unos venden ideas y otros compran, como si fuera un mercado.

—Eso es —confirmó Eva—. ¿Habló con Eduardo?

—No, me evita. He conocido a su padre, un caballero muy amable.

—Igual que Eduardo antes de verse envuelto en el escándalo.

Había olvidado que lo habían conocido cuando aún vivía su esposa. Era inquietante la idea de que una mujer se quitara la vida cuando se iniciaba otra en su vientre.

—Su hermano también parece animado —informé al verlo enfrascado en una discusión.

—Sí. Ha picado. No ha podido resistirse a invertir unos ahorrillos en el Banco de Vizcaya. Espero que le vaya bien. ¡Qué pena que se lo haya perdido Ramiro!

Cayó la noche y las mesas se llenaron con nuevos bocados de salmón, paté francés, jamón serrano, quesos variados de la región, todo ello regado con vinos de la zona de Logroño y de Valladolid. La abuela, con un movimiento de la mano o con una mirada a la encargada del servicio, se ocupaba de que los invitados estuvieran debidamente atendidos y, al mismo tiempo, participaba en complicadas conversaciones entre los caballeros. En ningún instante dio muestras de desfallecimiento o de que la desbordara la situación; por el contrario, derrochaba experiencia en ese tipo de tertulias. La admiré en su papel de anfitriona e imaginé la de veces que habría desempeñado ese papel en Cuba. Mi madre, por envidia o por estúpido desprecio de clase, no la valoraba correctamente y eso me había llevado a hacerme una idea falsa sobre doña Brígida.

En varias ocasiones crucé la mirada con Eduardo, me observaba a distancia como yo a él. Cuando sorprendí a la abuela en un aparte atenta a las explicaciones de Eduardo, sentí ganas de acercarme, pero desistí por orgullo: si me evitaba, no iba a imponerle mi presencia. Aun así, me quedé con la intriga sobre el tema de la conversación que mantenían en voz baja.

Antes de la medianoche, comenzaron a despedirse gradualmente y los coches irrumpieron delante de la casa para recoger a sus dueños. Las despedidas se prolongaron con agradecimientos a la anfitriona, felicitaciones por la organización y promesas de futuros encuentros. Permanecí cerca de la entrada para asistir a mi abuela en lo que fuera necesario cuando impartía una de sus veladas órdenes.

—Deberían prohibirle salir de su habitación —susurró Eduardo a mi lado y noté su aliento sobre mi hombro, donde nacía el cuello, ¿o fue el roce de sus

labios?, y se me erizó el pelo y el corazón latió desacompañado.

Me volví como si me hubiera picado una avispa, con la furia en los ojos y la respuesta a semejante agravio en la punta de la lengua.

—No he podido concentrarme en mi trabajo por culpa de lo bien que le sienta ese vestido. —Se adelantó con los ojos entrecerrados por la diversión que ocultaban.

El paso de mi expresión ofendida al de la sorpresa fue tan transparente que casi le arrancó una carcajada. No dejó lugar a una réplica porque, cuando reaccioné, ya había salido de la casa. Me costó reponerme a pesar de que el monólogo había sucedido en unos segundos. ¿Me había piropeado al estilo chulapo madrileño? ¿Intentaba compensarme de su falta de atención?

—Querida, está usted un poco ausente.

Eva y Rodrigo estaban a mi lado para despedirse.

—Ha sido un día largo y lleno de emociones y nuevas experiencias. He descubierto que para ustedes es más común.

—Para Eva, ya que mi cuñado se mueve en el mundo empresarial. Mi círculo es demasiado sobrio y aburrido. A nadie le atraen las leyes —se lamentó Rodrigo.

—Ha sido un buen bautismo, se lo aseguro —felicité Eva—. Descanse, por la tarde quedamos en la horchatería del Español, ¿le parece?

—Perfecto.

En cuanto nos quedamos solas, organizamos la recogida de comida y de vajilla, de tal forma que quedara para la mañana la limpieza de los salones y la recolocación de muebles. Las tres, junto con el servicio, nos remangamos y ayudamos para terminar antes. A mi abuela no se le caían los anillos por ello.

—¿Llegaron los señoritos? —preguntó la abuela a Ramón.

—Sí, se han retirado a sus habitaciones.

—Mañana tienen permiso para levantarse dos horas más tarde —dijo a la servidumbre—. Ramón, transmita mis felicitaciones a la señora Engracia: ha sido un éxito la cocina. Comeremos las sobras del ágape para que disponga del día libre.

—¿Has aprendido algo? —preguntó la abuela en la escalera.

—Ahora mismo, tanta información me sobrepasa, pero ha sido una gran experiencia. Me gusta este mundillo, podría aficionarme a él. Eva se desenvuelve muy bien.

—Es una buena amistad. Me agradan los dos hermanos.

—¿Qué les contaba el señor Arias que tanta atención le prestaron?

No pude evitar que la curiosidad aflorara y desvelara mi inquietud.

—La electricidad será el motor del futuro que sustituirá al carbón y al gas. Los bancos son quienes llevan el peso de las inversiones y la lucha por las concesiones sobre los tramos de los ríos caudalosos para construir grandes presas o saltos. Parece ser que las pequeñas empresas se han limitado a pequeños caudales con desniveles significativos pero no pueden cubrir una creciente demanda. De momento, la electricidad se limita a la iluminación pública y la privada en ciudades o núcleos urbanos grandes y a los tranvías, pero se extenderá a la industria, que absorberá el mayor consumo. Y aquí entra el avisado señor Arias: le ha contratado la General Electric, una empresa norteamericana, para que sea el distribuidor y representante de la firma en España.

—¿Por qué es importante esa empresa? ¿Qué relación guarda con las hidroeléctricas?

—Maquinaria: turbinas, cables, baterías, transformadores de corriente, todo lo necesario para construir la central hidroeléctrica. Será el competidor del señor Grasset, quien representa a la Brown-Bovery.

—Un gran partido ese hombre, querida —añadió doña Amparo—, si piensa en el dinero que ha ganado en Plymouth como importador durante la guerra, un negocio de lo mejor remunerado.

—No se haga ilusiones, doña Amparo —rechacé amablemente.

—Ni tú te desinflés demasiado pronto. Un escollo no es un impedimento. Lo fundamental es: ¿te atrae ese hombre? —cuestionó mi abuela.

—Sí —reconocí—, pero me siento muy confusa. No estoy segura de nada.

Las dos mujeres se retiraron satisfechas y yo entré en la habitación en medio de un mar de dudas. Eduardo era un lince en los negocios, había ganado dinero y el futuro se le presentaba halagüeño. Hablaba el inglés y estaba pensando volver a Estados Unidos. Aquello quedaba muy lejos. Si decidía marcharse, no habría posibilidad de continuar una relación. ¿Qué relación? Las dos señoras lo daban por hecho, pero no existía ninguna relación entre nosotros. Esa tarde había escuchado el primer halago de su boca sobre mi persona y me había cogido de sorpresa. ¿Jugaba conmigo? ¿Y no había iniciado yo ese juego porque me parecía divertido? ¿Qué había cambiado? Aparentemente, nada. Yo estaba modificando las reglas del juego, no él, e interpretaba su comportamiento según esa nueva norma de la que no lo había informado. Él

seguía como siempre, era yo la que me hacía ilusiones sin ninguna base. No me asistía ningún derecho a reprocharle su actitud ni a tenérsela en cuenta. Siempre había actuado correctamente.

Resoplé frustrada y cansada. Me desnudé y me vi reflejada en el espejo del tocador: veintitrés años y mi níveo cuerpo no conocía la caricia de una mano masculina. Algo en mí había cambiado y reclamaba atención.

*M*e desperté entrada la mañana. El silencio era absoluto en la casa. Yo me encontraba en paz conmigo misma. Cuando la noche anterior fui sincera y reconocí mi error, me tranquilicé. Todo era producto de una mente febril alimentada por los buenos deseos de las personas que me apreciaban. Abrí las contraventanas y entró el sol. Giré la falleba y abrí la ventana para que entrara el aire, el ronco sonido del mar y el graznido de las gaviotas. ¡Qué diferencia con Madrid! Echaría de menos el Sardinero, la naturaleza en estado salvaje.

Me asee en el palanganero y me puse ropa corriente para ayudar a poner orden en la casa. Fue el trabajo más duro: limpiar y correr muebles. Leo, como un caballero, prestó su ayuda a Ramón, el mayordomo, en las faenas más pesadas, mientras el lacayo barría los excrementos de caballo en el exterior, de los escasos carruajes que se acercaron. La limpieza de las calzadas sería una de las ventajas de los coches a gasolina, además de la velocidad. Ruth desayunó en la habitación y desapareció a media mañana, con la cabeza bien alta para mostrar su desacuerdo con las labores propias del servicio. A doña Amparo y a doña Brígida las envié a la cocina a secar la vajilla y la cristalería y yo, al frente de las tres doncellas, limpié y recuperé el comedor y el salón habituales.

Comimos tarde y echamos la siesta, así que me quedó el tiempo justo para arreglarme y acudir a la cita con los hermanos en la horchatería. El día se había debatido entre nubes y ratos de sol. En ese momento ganaban las nubes, por lo que el calor ofrecía una agradable tregua. Con la sombrilla cerrada, avancé hacia la mesa que ocupaban mis amigos en animada conversación a juzgar por las expresiones de sus rostros.

—¿Interrumpo algo importante? —pregunté a la vez que Rodrigo se levantaba, pero no le di tiempo a más porque tomé asiento y él regresó a su postura habitual con las piernas cruzadas.

—Una noticia terrible, Alba —tomó la palabra Eva—. Una de las criadas del hotel París se ha suicidado. —Levanté las cejas asombrada, pero sin abrir la boca a la espera de más detalles—. Estaba embarazada y los patrones la iban a poner en la calle al final del verano, así que escribió a la familia y no han querido saber nada de ella y de su desagradable situación.

—¡Qué horror! —exclamé furiosa—. ¿Cómo se puede rechazar a una hija? El espíritu cristiano se queda dentro de las paredes de la iglesia, porque fuera de ellas no se practica mucho la compasión entre las personas —critiqué.

—Cierto, aun así muchas mujeres en esa circunstancia recurren a una incluso —comentó Rodrigo— en lugar de quitarse la vida. Hay algo más.

—¿Tú crees? —interrogó Eva a su hermano—. ¿En qué te basas para tal afirmación?

—Pasaba por delante del hotel esta mañana, justo en el instante en que llegaba el juez instructor, al que conocía, y me invitó a echar un vistazo. Ambos coincidimos en una puesta en escena. Estaba todo demasiado colocado, una de las compañeras echó de menos un retrato y los agentes descubrieron el jarro del aguamanil hecho trizas en un basurero cercano al hotel.

—¡La asesinaron! —Mi asombro crecía por momentos. Nunca imaginé un acto tan violento cercano a mi vida recubierta de algodón.

—Es pronto para decirlo, pero sí, la investigación llevará esa dirección si el médico forense no ofrece otra pista —declaró Rodrigo.

—Es la comidilla del Sardinero. Ahora todo el mundo la conocía y se realizan las elucubraciones más extrañas en torno al caso. Un suceso así remueve el morbo de las personas —sentenció Eva molesta.

Iba a añadir algo más al comentario de mi amiga, cuando Rodrigo me interrumpió:

—Se acerca el señor Arias. ¡Chitón!

Caí en la cuenta de la similitud con el suicidio de su esposa y me turbé. El arte del disimulo no era mi fuerte. Miré en la dirección adecuada y distinguí a Eduardo, quien había sido abordado por un hombre corriente, pues nada destacaba en él, excepto la mirada inquieta que echaba alrededor mientras hablaba. Se despidieron y siguió el camino hasta nuestra mesa.

—Buenas tardes. No esperaba verla por aquí —me dijo.

—Tome asiento, Eduardo —invitó Eva.

—¿Debería estar encerrada en mi habitación? —Me había puesto la

respuesta en la boca y no se quedó dentro a causa de mi carácter impulsivo.

—En absoluto. No ignoraba que semejante insinuación no sería desatendida por usted, fiel a su carácter rebelde. Esta mañana me acerqué a la estación para despedir a unos caballeros, que vinieron exclusivamente para asistir a la reunión de su abuela, y su padre se hallaba allí, recibiendo a unos familiares. Así que deduje que estaría ocupada.

Intenté mantener la compostura a pesar de los nervios. Eduardo había sorprendido la llegada de la querida de mi padre y de mis hermanastros. Seguramente, la abuela le había permitido que los recibiera y los instalara en la casa del centro, aunque no podría verlos durante el resto del mes para evitar habladurías en un sitio tan pequeño. Expliqué la situación tal y como habíamos acordado.

—Lo había olvidado con el asunto de la reunión. Es una invitación de la abuela; de hecho, se quedan en la ciudad, en el piso que ha adquirido para pasar el invierno. Con toda la faena que había, delegó en mi padre el recibirlos y acomodarlos.

—Su abuela es una auténtica mecenas —comentó Rodrigo—. Doña Amparo nos confesó que se encontraba aquí como invitada suya.

—Y ahora no hay quien las separe. ¡Vaya pareja! —Reí ante el recuerdo—. Interiormente, las llamo mis abuelas.

—Son adorables —convino Eva.

—¿No os habéis enterado del suicidio o calláis porque estoy presente? —irrumpió Eduardo de forma tan abrupta e inesperada que casi me atraganto con el sorbo de horchata.

—¿Desde cuándo la delicadeza no forma parte de la educación? —reprendió Rodrigo.

—Desde que falta a mi alrededor. Se ha convertido en un hábito de defensa. Pero vosotros no debéis andaros con paños calientes conmigo —replicó con franqueza y sin rastro de amargura en la declaración.

—Y no lo hacemos, Eduardo. Nos limitamos a dejar que sea el primero en introducir el tema.

—Muy sutil, Eva. Ya lo he introducido. Creo que se baraja la posibilidad de que sea un asesinato.

—¿Cómo se ha enterado tan rápido? —se alarmó Rodrigo—. Es una teoría.

—¿Alguien se atreve a hacer un cálculo sobre los habitantes que veranean este mes en el Sardinero? —retrucó Eduardo.

—No llegamos a pueblo, nos quedamos en aldea —contesté—. Es terrible sentirse examinado por cientos de ojos.

Y no lo dije por decir, sino considerando la posición de mi padre con su querida y los niños en Santander. No bastaba con ser discretos para mantener un secreto así. ¿Qué haría mi madre si se enterase de la infidelidad de mi padre? No creía el supuesto de la abuela de que lo sabría. Yo no podría convivir con un hombre que rehiciera su vida con otra familia como si no sucediera nada, pero mi madre y yo éramos como el agua y el aceite, ni siquiera pensábamos igual.

—Ha debido de haber una filtración en la policía. Es inaudito que los preliminares de la investigación sean *vox populi* —se lamentó Rodrigo.

—¿Estaba presente durante la investigación?

—Por casualidad. Conozco al juez instructor del caso y ambos llegamos a la conclusión de que se trata de un asesinato, pero falta demostrarlo y reconstruir el crimen.

—Entiendo. Me resulta familiar el procedimiento.

—¿Cómo consigue hablar tan desapasionadamente de algo que ha padecido?
—Según realicé la pregunta me arrepentí y me sonrojé por la indiscreción. Sin embargo, Eduardo no pareció molestarse y me miró con la amabilidad en los ojos y ¿algo más?

—Porque han transcurrido cinco años. Es verdad que el tiempo permite una nueva perspectiva y que lo cura todo.

—Deduzco, por el embarazo, que debió de amenazar al padre —alegó Eva.

—Para sentirse amenazado un hombre tiene que ser de buena posición social —siguió el hilo deductivo Eduardo.

—O casado y con mucho que perder —añadió Rodrigo.

La sociedad olía mal, estaba podrida, comenzando por mi familia. Esa aristocracia y la alta burguesía con sus matrimonios de conveniencia generaban esta violencia y dolor. Sólo se miraban el ombligo y los demás eran meros accidentes.

—Menos mal que no me casaré —dije inconscientemente, continuando mi razonamiento silencioso.

—Alba, ¿a qué viene tan triste afirmación? —inquirió Eva con preocupación.

—A que la mayor parte de los matrimonios que conozco son de conveniencia y no hay amor en ellos, lo que conduce a la infidelidad y a

sucesos despreciables.

—Eso no es del todo cierto, existen matices, mi querida amiga. Le aseguro que yo me casé con Ramiro por amor y que nos va admirablemente a pesar de que no hayamos sido bendecidos con hijos.

—Siempre hay excepciones, pero encuentro eso del amor como algo fuera de mis posibilidades.

—¿Lo dice por la edad? —intervino Rodrigo.

Sentía la mirada de Eduardo durante la conversación como si intentara traspasar mi mente. Entraba en mi campo visual y no había movido un músculo ni se había adelantado a rebatirme la afirmación. Tan sólo escuchaba con los ojos fijos en mi persona, lo suficiente como para alterarme la respiración.

—Lo digo porque no he reconocido el amor en mi entorno —confesé—. Les debo de parecer una loca.

—¡Oh! No es usted la única que desespera por encontrar su media naranja, yo también me planteo en ocasiones si el amor existe o si es un espejismo —replicó Rodrigo comprensivo—, pero no renuncio de forma tan tajante.

—Los hombres lo tenéis más fácil; a las mujeres, la fertilidad nos marca un tiempo límite.

—En eso le doy la razón —aceptó Rodrigo.

—He ido a comprobar el estado del barco y me han dicho que habrá buen tiempo a lo largo de la semana. ¿Qué les parece un paseo por la bahía?

Eduardo cambió bruscamente el tema de la conversación y yo se lo agradecí en mi fuero interno. Me afligía esa seguridad que mostraban algunas personas en que encontraría el amor, cuando no era tan fácil. ¿Y si ya estaba casado tal y como le había sucedido a la amante de mi padre? ¿Sería capaz de llevarlo al extremo que lo había llevado ella? ¿Sería tan valiente o tan estúpida? ¿Y esa chica a la que habían asesinado? ¿Pensó que se había enamorado? El amor era algo muy complejo y cuanta más idea me formaba sobre él, menos lo deseaba. Complicaba la vida hasta extremos insospechados.

—¿Ha traído el barco? —preguntó Rodrigo. Y levantó la mano para avisar al camarero.

—Lo he alquilado. El mío lo vendí cuando me fui a Estados Unidos.

—Será un placer aceptar su invitación —agregó Eva mirándome.

—Mañana no puedo. Un deber ineludible con mi abuela: esas visitas de las que hablé antes.

—Entonces, pasado mañana —cerró Eduardo.

—¿Adónde hay que ir? —pregunté.

—Está anclado en Puertochico —informó Eduardo animado—. Los recogeré en el coche. Me encargo yo de todo, incluida la comida. Ustedes llevarán ropa cómoda y de abrigo. En el mar no hace el mismo calor que en tierra.

—¡Qué emocionante! ¡Una excursión! —exclamó Eva ilusionada—. Me han dicho que la visión de la ciudad desde el mar es muy diferente.

Concluyó la tarde con la más absoluta indiferencia por parte de Eduardo, lo que me reafirmó en mi creencia de que nada había cambiado en nuestra relación, que eran imaginaciones mías que no debía alimentar si no deseaba salir mal parada.

Llegó el temido día. La abuela y yo nos excusamos con el resto de los residentes de la casa. Doña Brígida elaboró una mentira para dejar fuera de la excursión a la ciudad tanto a doña Amparo como a mis primos. La comida se me atragantó un poco por la incertidumbre y la ansiedad me obligó a visitar el retrete. Ni la acuarela logró que me sosegara. Llegó la hora y el coche nos aguardaba en la calle. Esperé a la abuela en el vestíbulo y admiré el dominio que ejercía sobre las emociones. Al igual que yo, se había vestido como una tarde cualquiera, sin pretensiones, habíamos coincidido en mostrarnos sencillas para facilitar la entrevista. Aceptó la ayuda del mecánico para subir al coche y yo la seguí. La cabina, aislada del asiento delantero donde iba el mecánico, resguardaba la intimidad de las conversaciones.

—No me siento capaz de afrontar la situación, abuela. Me surgen un montón de preguntas sobre esa mujer muy poco sutiles. ¡Y mis hermanos! Aún no me he hecho a la idea de que tengo hermanos.

—Todos estamos alterados, Alba. Se trata de un encuentro trascendental, del que dependerá nuestra futura relación con esa nueva familia. Piensa que Sonsoles tiene muchas más razones que nosotras para estar nerviosa. Es ella quien pasa el examen de la familia de su amante y no nosotras, que no perdemos nada en esto.

—¿Ya la llama Sonsoles?

—Es la mejor forma de hacerse a la idea: familiarizarse con el nombre. Deberías practicar. Almudena y Camilo —recordó—. Me ha escrito María Ángeles y me ha remitido una carta de la dirección del sanatorio.

—¿Ha sucedido algo grave?

—Al contrario. Son buenas noticias. Se ha portado muy bien y ya está limpia, aunque deberá tener cuidado con la reincidencia. El médico que la lleva se muestra optimista por la colaboración que ha mostrado, no ha sido una

paciente díscola, lo que habla a favor de ella y de que la envíen a casa la semana que viene.

—¡Cuánto me alegro!

—Yo también. Creo que la idea de un interesante futuro fuera de Madrid ha sido un factor decisivo. Aquella sociedad le consumía la fuerza.

—No lo sabe usted bien. Ahora comprendo mucho mejor a la tía.

—Con la diferencia de que tú lo has afrontado con inteligencia y ella se ha hundido. ¿Por qué mis hijos han desarrollado un carácter tan débil? —se lamentó la abuela.

—¿Es la casa? —pregunté. No la recordaba bien de la anterior visita.

El carruaje se detuvo ante un portal de la calle Hernán Cortés, detrás de las casas del muelle. Era una zona amplia, soleada y tranquila, muy adecuada para pasar el invierno.

—¿No será pequeña para usted? —insistí mientras descendía y me volvía para ayudarla.

—He comprado la planta entera, unos cuatrocientos metros cuadrados. No habrá escaleras interiores, excepto las de acceso al piso. Lo suficiente para una mujer como yo y el servicio. Si, por alguna circunstancia, organizo una reunión tan multitudinaria como la del otro día, dispongo de la villa en el Sardinero, aunque no será necesario. Por lo que me han contado, en invierno, es una ciudad con escaso movimiento. Regrese a las ocho, por favor —indicó al mecánico.

—¿Por qué ha elegido Santander? Puede vivir en cualquier parte del mundo.

Subíamos las escaleras y yo necesitaba tranquilizarme con una conversación que me entretuviera.

—¿Por qué no? Es una villa muy bonita y yo busco sosiego. Comprendo que eres joven y necesitas ver mundo, pero yo, en cuanto solucione la situación de mis hijos, quiero paz.

Llegamos ante la pesada y oscura puerta labrada en la que brillaba un puño cerrado como aldaba sobre una ventanilla de latón dorado. La abuela se recompuso, respiró fuerte y golpeó con la aldaba.

—No la imagino en medio de un remanso de paz. Usted es una mujer de acción —rebatí antes de que se abriera la ventanilla.

Los ojos de una mujer nos observaron al otro lado y cerró la ventanilla. Oímos cómo se deslizaba el pasador de la cerradura y la puerta se abrió. Una doncella uniformada nos invitó a pasar. Tras cerrar la puerta, nos condujo

hacia el salón principal. La decoración era, sin duda, de la abuela: una mezcla de muebles coloniales con telas y alfombras de moda en tonos pasteles, cálidos y luminosos. Todavía se percibía, a pesar del tiempo transcurrido, el penetrante olor de la pintura mezclada con el de la cera que abrillantaba el suelo.

La mujer se hallaba de pie, junto a la chimenea. Era delgada, de pelo castaño y ojos grises, de mi estatura, un poco más joven que mi madre, pero una mujer hecha y derecha, ninguna niña, con lo que mi padre se ganó mi respeto por no buscarse una amante de mi edad. Cruzaba y descruzaba las manos delante del regazo con evidente nerviosismo y no era para menos, se enfrentaba a la madre y a la hija de su compañero. Me compadecí de ella. Vestía una sencilla camisa de encajes y una falda del mismo tono, se notaba la calidad y el gusto, no en vano había trabajado en los almacenes de moda de su familia.

—Buenas tardes, tomen asiento, por favor. ¿Desean tomar algo? He dispuesto...

—Más adelante. Dejemos los convencionalismos a un lado —interrumpió la abuela con una sonrisa para suavizar la acción—. Si le parece, primero deberíamos conocernos y relajarnos un poco. No sé usted, pero nosotras estamos bastante nerviosas.

La delicadeza de la abuela era proverbial y me alegré de que ella llevara la batuta en este concierto porque yo habría sido la nota discordante. Por de pronto, no nos habíamos besado ni dado la mano, sino que manteníamos la distancia a la expectativa. Sonsoles agradeció el gesto con una distendida sonrisa e hizo un gesto a la criada, quien, al retirarse, cerró la puerta del salón. La discreción sobre lo que se iba a hablar allí ante todo, nadie ignoraba lo chismoso que resultaba el servicio, y más uno contratado con prisas y por unas semanas, pues la abuela se trasladaría con el que disponía en el Sardinero, más de su confianza por haber sido seleccionado con más detenimiento.

—Mi hijo Milo parece muy feliz a su lado. Imagino que le habrá puesto en antecedentes sobre lo que nos ha contado y que ésa es la razón por la que se encuentra usted aquí. —Retomó la palabra la abuela a la vez que nos sentábamos—. Sin embargo, no todo son alegrías en su vida, no debe de resultar fácil vivir en la sombra.

—Hace ocho años tomé una decisión, consciente de lo que supondría vivir

al margen y no me arrepiento de nada. Milo nunca me engañó sobre él ni sobre su familia.

El tono era cálido y seguro y sin connotaciones amargas o recriminatorias, lo que me agradó de entrada.

—Muy valiente de su parte, he de admitirlo —alabó la abuela—. ¿Ha tenido algún contacto con su familia?

—Mi padre me expulsó de casa y, al principio, he de reconocer que no resultó agradable, pero yo estaba muy enamorada de Milo. Cuando lo conocí era un hombre solitario y triste y, poco a poco, su expresión fue cambiando. Él nunca se atrevió a proponerme relaciones, aunque nos veíamos con frecuencia, porque no ignoraba lo que supondría algo así para mí.

—Luego me confirma que fue usted la valiente —redundó la abuela satisfecha.

Con esa frase tuve la certeza de que ya la había ganado, al igual que yo, era una mujer con carácter, a pesar de su apariencia de fragilidad, y eso a doña Brígida le trastornaba.

—Mentiría si dijera que no me afectó el despego de mi familia, fue... es duro que los tuyos te nieguen el saludo o el participar en sus éxitos o fracasos. Hará unos tres años mi hermana Irene me sorprendió en la calle. Se había enterado de dónde vivía y me puso al corriente sobre la familia. Desde entonces, hemos mantenido la comunicación, pero a escondidas. Adora a los niños.

—¿Cómo vela mi hijo por ustedes? ¿Qué sucedería si él faltase? —Miré a mi abuela sorprendida—. No pongas esa cara, Alba. Sin ayuda familiar, ¿cómo sobrevivirían?

—Adquirió una casa en Madrid, que puso a mi nombre, y ha nombrado un tutor para los niños, a los que les ha abierto una cuenta en el banco para cubrir sus necesidades.

—Me alegra comprobar que eduqué bien a mi hijo y que es un padre responsable. —Bufé y la abuela se volvió hacia mí sonriente—. Alba no está de acuerdo conmigo, se siente traicionada.

—Abuela, no me convierta en la mala de la novela —la reprendí con una ceja alzada y otra fruncida.

—Hablo de responsabilidad, no de que sea un padre perfecto. Ni yo puedo decirlo de mí misma, como bien sabes. Equivocarse es de humanos y reconocerlo de personas responsables.

Sentí la mirada de Sonsoles clavada en mi persona, sin duda aguardaba una palabra por mi parte o un gesto que le indicara si la aceptaba o no. Había dejado el peso de la conversación a la abuela y yo me había limitado a asistir como observadora, pero ahora se me exigía salir al ruedo, pronunciarme.

—Estoy de acuerdo con mi abuela: es usted muy valiente, como mujer admiro la decisión que tomó en su día; sin embargo, espero que no lo considere como algo negativo, pero es demasiado pronto para predecir que seremos buenas amigas. Soy una persona sincera y no me gusta alentar lo que ignoro si podré ofrecer.

—Es como su padre la describió. Gracias por lo de valiente, pero sentía verdadero pavor por su reacción cuando nos conociéramos. Sus palabras, por sinceras, son un alivio para mí, cualquier otra valoración habría resultado falsa y nos hallaríamos como al principio. Al menos, queda abierta una puerta a futuros encuentros.

—Perfecto. Superada la primera batalla, vayamos a por la segunda. ¿Dónde están esos nietos que han surgido en mi vida de la noche a la mañana? —inquirió en tono alegre doña Brígida.

Sonsoles, más tranquila, se dirigió a la puerta y dio aviso para que los llevaran a la sala. Almudena entró la primera, bien peinada y vestida para la visita. El gesto, entre serio y temeroso, me recordó a mí a su edad cuando mis padres me presentaban a las empingorotadas amistades.

—¡Vaya suerte que has tenido! —exclamé—. Te pareces a tu madre, porque si llegas a salir tan fea como yo...

Sonsoles y la abuela me miraron extrañadas.

—¿Es usted fea? —preguntó Almudena interesada.

—Eso dicen porque no me he casado, pero yo me veo guapa. ¿Cómo te ves tú?

—No sé, dicen que soy guapa.

—Lo que digan los demás no debe importarte, sino lo que creas tú de ti misma —aleccioné.

—Yo soy guapa —declaró con una sonrisa.

—Entonces lo eres —intervino la abuela—. Ven a darme un abrazo. Soy tu abuela, la madre de Milo.

La niña no se acercó y se quedó observando interrogativa a doña Brígida.

—Nosotros no tenemos familia.

La declaración de Almudena nos dejó estupefactas.

—Almudena, cariño, te dije eso porque la abuela vivía en Cuba, muy lejos.
—Sonsoles nos miró con la culpabilidad y la angustia en los ojos.

—Pero ya he venido y para quedarme —se adelantó la abuela consciente de las dificultades por las que había pasado Sonsoles para explicar la ausencia de familiares—; así que a partir de hoy tienes una abuela y una hermana mayor.

Los ojos de Almudena se abrieron asombrados, mientras que los de su madre se cubrieron de lágrimas. La llegada del niño de la mano de la tata interrumpió la escena.

—Y este niño, ¿quién es?

Era una pregunta retórica de doña Brígida, pero Almudena la tomó al pie de la letra.

—Es mi hermano, Milín.

—¡Qué guapo! Y es un tragón a juzgar por lo regordete que está. ¡Ay, cuánto se parece a su padre!

La abuela se enterneció con los recuerdos de sus hijos. Abrazó al tragoncete, quien sólo se fijó en el largo collar de su abuela. Sentí no haber llevado mis pinturas para retratarlos y entonces se me ocurrió la forma de conocerlos mejor.

—¿Os gustaría que os retratara?

—¿Retratar? —preguntó Almudena a su madre.

—Pintar. Quiere pintaros —explicó todavía conmovida por el recibimiento que habían tenido sus hijos.

—¿Podemos?

—Claro que sí. Papá dice que es muy buena con las acuarelas —añadió Sonsoles.

—¿Les ha hablado de mí? —Me extrañé y me emocioné al mismo tiempo.

—A los niños, no; pero a mí, muchas veces. Me alegro de que podamos hablar sin secretos de ahora en adelante.

—¡Uy! No le aseguro nada. Los secretos son la especialidad de esta familia.

—Alba, no seas sarcástica. Estamos enmendándonos.

Con el ambiente más distendido, Sonsoles encargó la merienda y nos sentamos a la mesa con Almudena presente. A Milín se lo llevaron porque era demasiado pequeño e inquieto. Sonsoles nos habló de la vida que hacían en Madrid y de cómo echaba de menos trabajar ahora que los niños estaban más

crecidos, pero no se atrevía por las circunstancias. La abuela escuchó y su mente práctica se hizo cargo del problema.

—No desfallezca. Al igual que Alba, no soy de prometer lo que no tengo seguridad de cumplir, pero me satisface que sea una mujer emprendedora. Si lo que me propongo sale bien, espero cumplir su sueño.

—Si doña Brígida está en ello, seguro que saldrá bien —apoyé.

—Me halaga tu confianza, pero no soy Dios —matizó con una afectuosa sonrisa.

Había oscurecido cuando nos retiramos. Yo prometí regresar para realizar los retratos. El coche ya nos aguardaba en la calle y subimos contentas.

—Ha ido mejor de lo que esperaba —confesó la abuela cuando se cerró la puerta. El rugido del motor y un suave tirón nos informó de que nos poníamos en marcha—. Estuvo muy bien por tu parte ofrecerte a retratarlos.

—Me dejará tiempo para conocerlos mejor y acostumbrarme a mi papel de hermana mayor.

—Bien pensado. Estoy orgullosa. Sin ningún rubor confieso que eres mi nieta preferida.

—¡Que no se entere Ruth! —Sonreí.

—¡Ay, Ruth! ¡Cuánto tiene que aprender y madurar! Pero cada cosa a su tiempo. María Ángeles está a punto de regresar y hay que solucionar su situación si no quiero perderla de nuevo. He hecho muchas promesas y llega el momento de cumplirlas. Cruza los dedos, Alba, y reza para que todo salga bien.

*E*l verano avanzaba inexorable. Mi fama como retratista se había extendido y no me faltaban los encargos. De vez en cuando coincidía con Miguel y su abuelo, quienes me saludaban a lo lejos. Esa mañana sólo recogí un encargo, pues debía estar preparada a las once en la cancela de la casa. Subí el primer tramo de la cuesta hasta la casa, pues el camino, muy empinado, llegaba hasta la casa de los Arias. Miguel me había descrito con todo lujo de detalles la casa que habían alquilado, desde la cual se divisaba tanto la bahía como el mar abierto del Sardinero. Era muy bonita por lo que podía adivinar desde abajo ya que no me había atrevido a subir. ¿Cómo justificaría mi presencia si me sorprendieran?

Me vestí el atuendo deportivo que empleaba para el tenis de falda más corta y lo completé con un chaquetón y un sombrero de ala ancha, con un largo lazo para amarrarlo bajo el mentón: frío y sol.

—¿Te vas con tus amigos? —preguntó Leo desde el salón cuando me vio pasar como una exhalación.

—Sí, salimos a navegar —expliqué regresando sobre mis pasos hasta el umbral.

—¡Qué suerte! ¿Ya no vamos a jugar más al tenis?

—¡Claro que sí! Avísame cuando reserves pista.

—¡Vete! —presionó Leo—. Acaba de llegar un coche.

No hizo falta que me lo repitiera y lo dejé solo sin ningún remordimiento. El coche lo ocupaban los hermanos Quijano.

—Nos lo ha enviado por delante. Ahora lo recogeremos a él —anunció Rodrigo, muy apuesto con su ropa deportiva de color claro.

—¡Qué guapos estáis vestidos tan informales!

—Me encuentro rara —confesó Eva—; sin embargo, usted parece en su salsa.

—Y lo estoy —admití—. Cuando me visto así, se me levanta el ánimo y siento que soy capaz de cualquier hazaña. ¡Qué suerte tienen los hombres! ¿Por qué es tan incómoda la moda femenina?

—Y eso que nos hemos liberado de los corsés de nuestras madres —añadió Eva—, aunque me he dado cuenta de que algunas los llevan todavía en los actos sociales.

—No quiero ni pensar en ello. ¡Qué horror! O cuando las faldas llegaban hasta el suelo. ¡Vaya problema para caminar!

—Estoy a favor de la modernidad si ello nos permite que nos mostréis vuestros encantos —comentó Rodrigo en un tono banal.

El coche se detuvo ante la casa de los Arias. Me asomé para echar un vistazo y me quedé maravillada. Era una construcción con el nuevo estilo que designaban como montañés. Una torre cuadrada, rematada por un tejado con un alero artesonado muy desarrollado, servía de eje para las dos alas en las que se dividía el conjunto. Cada ala lucía una solana con la veranda de hierro forjado y pintado de negro que contrastaba con el blanco del edificio. Al pie de la torre, unas escaleras de acceso a unos arcos que antecedian a la entrada. Era precioso.

—Intuyo que le gusta lo que ve. —La voz de Eduardo me sacó de mi abstracción—. Una tarde las invitaré, a usted y a sus abuelas, para enseñarles el nuevo estilo que se está imponiendo en el norte. Es obra de Rucabado.

Abrió la puerta y me retiré para dejarle sitio. Subió de un salto con agilidad y cerró. El coche arrancó hacia el hotel Real para descender por el camino viejo que une el alto de Miranda con Puertochico.

—Aunque lo mío sea la pintura, no soy inmune a la belleza de otras manifestaciones artísticas.

—Ya me gustaría a mí destacar en algo —envidió Eva—. Ese arquitecto ha construido todas las casas de la avenida Indauchu en Bilbao. Son originales con esa mezcla entre alemana y tradicional, aunque ésta, en concreto, carece del carácter alemán a favor del estilo montañés.

—Si todos fuéramos artistas, faltaría público para apreciar el esfuerzo —objetó Rodrigo—. Estoy satisfecho con el disfrute. Por cierto, ha llegado a mis oídos que el uno de octubre expondrá en Bilbao por primera vez Ignacio Zuloaga.

—¡Oh! Eso sí que es una primicia. —Aplaudió Eva satisfecha.

—Para entonces, yo estaré muy ocupada. No lo había comentado, pero estoy

estudiando comercio.

Los hermanos no ocultaron su asombro y procuré contestar sus preguntas con sinceridad. Eduardo permaneció callado, pero no apartó la mirada de mi persona en lo que quedó de trayecto. Llegamos a Puertochico y bajamos del coche. Cuando me llegó el turno, Eduardo me tendió la mano y susurró:

—Cada vez me lo pone más difícil, señorita rebelde.

No me dio tiempo a preguntar a qué se refería porque comenzó a impartir órdenes:

—Rodrigo, usted coja las cestas más pesadas; Eva, la maleta de mimbre; Alba, haga el favor de aguardar aquí a la pastelera, ya está pagada. ¡Andando!

Los observé esquivar las redes tendidas al sol y descender por la amplia rampa llena de verdín. El velero se hallaba abarloado y sujeto a un noray de hierro. Un marinero aguardaba a la sombra del palo.

—Mire, doña Blanca, ¿no es ése el hombre acusado de asesinato?

Dos mujeres con una jovencita del brazo se habían detenido para contemplar la bahía. La cruel presentación de Eduardo hizo que me hirviera la sangre, pero me contuve, pues sólo conseguiría fomentar las habladurías si me proclamase defensora de su honor.

—Sí, tiene usted razón, es él. ¡Qué pena! ¡Con lo guapo que es!

—No parece un asesino —agregó la jovencita.

—Los que dan palizas a sus mujeres nunca lo parecen. Dicen que la mujer acabó loca por ello y se tiró por la ventana.

Se santiguaron para ahuyentar al diablo y siguieron con el paseo. Estuve por decirles que el diablo lo llevaban dentro y que sobraban los gestos piadosos. Afortunadamente, llegó la pastelera y me distrajo. Bajé con cuidado de no resbalar por la rampa de adoquín a la vez que sostenía la bandeja con la tarta.

—¡Vaya dispendio! ¿Qué celebramos? —indagó Eva, sentada sobre la colchoneta del banco de babor.

Estaba tan acostumbrada a que no me faltara de nada que se me olvidaba la guerra y la carestía que sufrían las personas menos pudientes ante el disparate de precios que habían alcanzado los alimentos de primera necesidad.

—Nada. Es un capricho que me doy. En Inglaterra, ni con dinero puedes permitirte estos lujos —respondió Eduardo, quien, una vez acomodadas las cestas en la cabina, extendía los brazos para hacerse cargo de la tarta. Nuestras manos se rozaron en el intercambio y me estremecí.

—A eso se llama hambre de cosas ricas —matizó Rodrigo detrás de mí— y

se agudiza más cuando no hay acceso a ellas.

—¡Qué bien lo describes! ¿Cuántas noches fuiste a la cama sin cenar? —
Eva sonreía a su hermano desde el asiento.

—Teníamos un padre muy severo —explicó Rodrigo. Me tendió una mano para facilitarme el equilibrio y no me soltó hasta que me senté al lado de Eva —. El postre era lo que más dolía.

—Era general, creo recordar —intervino Eduardo.

—Sí, murió joven y la casa cambió. Nuestra madre combinó la rigidez de una educación con el cariño y el respeto. Creo que sacó más provecho de mí del que hubiera obtenido mi padre, quien deseaba que entrara en la milicia.

—¡De buena se libró! —intervine—. No lo imagino empuñando un fusil después de tan terrible puntería como mostró en el club de Tiro.

Rieron mi gracia y nos acomodamos listos para abandonar el muelle. Eduardo se hizo cargo de la caña y el marinero izó la mayor. Rodrigo se encargó de soltar la amarra y saltó al balandro. El viento hinchó la vela y Eduardo orzó para abandonar el resguardo del puerto hacia la bahía. Me emocioné al sentir la brisa que amenazaba con arrancarme el sombrero.

—Déjeme que le ate más fuerte el lazo. Las alas deben estar pegadas a la cabeza para que no se opongan al viento.

Me fijé en cómo Eva llevaba el suyo y se movía mucho menos que el mío, así que la dejé hacer.

—No es la primera vez que navega —afirmé.

—Tenemos casa en Guecho y muchos amigos aficionados a la vela. ¿No me diga que es la primera vez que sube a un barco?

—Espero no marearme. —Sonreí esperanzada.

—No se preocupe, no saldremos de la bahía y el río Cubas es una balsa de aceite. Lo remontaremos aprovechando la marea alta —intervino Eduardo, quien nos había prestado atención en medio de la organización.

—Ya hemos encontrado la celebración: su bautismo de mar —concluyó alegre Rodrigo—, así no le pesará en la conciencia, Eduardo.

Guardamos silencio durante un rato, sumidos en la contemplación de la ciudad desde la bahía y acariciados por el sol y la brisa. De vez en cuando, las órdenes de Eduardo al marinero nos recordaban que no estábamos solos. El balandro se deslizaba sobre las aguas cristalinas en las que contemplábamos los bancos de pececillos que se movían como los estorninos:

todos a una, imitando a una nube que se desplazaba con la misma rapidez que cambiaba de forma.

Regresaron a mi mente las crueles palabras de la mujer en el muelle. Habían pasado cinco años y todavía lo señalaban. ¿Cómo habría sido entonces? Debí de sufrir lo indecible y el estómago se me encogió por la angustia. Se había exiliado por su hijo, lo que aumentaba la desdicha, pero no había conseguido nada con ello. Tarde o temprano, a Miguel le saltaría a la cara el pasado aciago de sus padres. ¿Por qué me importaba? Una cosa era llevar la contraria a tus padres, enfrentarse con la sociedad por algo en lo que crees, porque el camino ha sido elegido y no impuesto. Además, estaba sola y mis decisiones no afectaban a nadie. Ahora comprendía la advertencia de Marta en el Lawn Tennis y por qué lo evitaban las mujeres: era peligroso, pero no en el sentido en el que lo decían, sino porque había que soportar la presión de la sociedad y para ello, debía ser una mujer fuerte y muy enamorada, como Sonsoles.

Lo observé con disimulo. Se había remangado la camisa de algodón y los brazos, morenos, mostraban el esfuerzo de mantener la caña en el rumbo; el cuerpo, elástico y fibroso a la vez, se inclinaba hacia abajo para evitar la botavara con la gracia de un felino. Entrecerraba los ojos y se le formaban un millar de arrugas alrededor de ellos: arrugas sabias, interesantes, que lo anunciaban como un hombre que dejado atrás la adolescencia. Como si hubiera sido llamado por mi admiración, se volvió hacia mí y me sorprendió. Me sonrojé y perdí la mirada en el horizonte con la respiración agitada y el estómago raro.

Me centré en las barcas de los pescadores que nos rodeaban y en el graznido de las gaviotas que disputaban la gusana que echaban al mar. Rebasamos la flecha de arena, que nos protegía del mar abierto, y nos adentramos en la ría.

—Hay un prado de fácil acceso en el que desembarcaremos para comer — anunció Eduardo.

—¿Es hierba lo que distingo? —preguntó Eva inclinada sobre la borda, inspeccionando el fondo de la ría.

—Son algas, muy similares a la hierba, una pradera sumergida —puntualizó Eduardo.

Al cabo de un rato, aproximó el balandro a la orilla de un prado y el marinero saltó con la maroma en la mano. Se dirigió al árbol más próximo y la anudó al tronco. Mientras tanto, Eduardo terminaba de recoger la vela y la aferraba a la botavara.

—No me siento capaz de saltar a la orilla —confesó Eva afligida.

—Me alegro, así no tendré que mojarme para rescatarla del río —replicó Eduardo de broma—. Hay un tablón. Un poco de paciencia, señoritas.

Rodrigo lo ayudó a sacarlo del suelo y a fijar uno de los extremos en la borda y del otro se ocupó el marino desde tierra. Eduardo comprobó la estabilidad con una cesta en un brazo y Rodrigo le fue pasando las colchonetas y las mantas. En pocos minutos los hombres montaron el campamento a la sombra de uno de los árboles. Finalmente, nos ayudaron a desembarcar. Antes de comer, estiramos las piernas en un breve paseo de reconocimiento del lugar: las mujeres delante y los señores detrás, así que sentí un cosquilleo en la nuca. Unos patos salvajes que volaban en formación de flecha me proporcionaron la disculpa de volver la mirada y tropecé con los verdes ojos de Eduardo. Eran más verdes de lo habitual, transparentes por el exceso de luz. Y, como una pedrada, me vino el recuerdo de las palabras de la mujer en el muelle. Turbada, me centré en las palabras de Eva y me desentendí de los compañeros que iban a la zaga. Esas palabras me habían herido y limitaban cualquier pensamiento. Me enfadé conmigo misma por mi debilidad; siempre había defendido mi independencia y criterio frente a los rumores y la maledicencia de los intransigentes. Por primera vez, fui consciente de lo que calaban unas palabras, del daño que producían y me estremecí.

Comimos apaciblemente a la sombra, contemplando el balandro y el río. Me sentí culpable por lo afortunada que era: en medio de una guerra europea donde morían miles de jóvenes y de una crisis económica que dejaba hambrienta a media España, yo disfrutaba de mi posición.

—Se ha quedado muy callada —acusó Eduardo con la copa de vino en la mano.

—Soy una persona con una imaginación muy activa. Romperían el encanto de esta excursión las ideas que perturban mi mente en este instante.

—Hoy está particularmente ausente —observó Eduardo—. En otras ocasiones está muy centrada, sobre todo cuando hay un deporte de por medio.

Sonreí ante lo atinado de su apreciación.

—Porque es algo que requiere destreza con alguna parte del cuerpo y no de la mente. Me distrae, que no es poco.

—¿Y qué es eso que tanto le agobia? —indagó Rodrigo.

—Las desigualdades, la guerra.

—Es absurdo sentirse culpable por haber nacido con suerte —declaró

Rodrigo.

—Luego no soy la única. Muy rápido ha captado el fondo de mi preocupación —acusé a Rodrigo.

—He vivido prácticamente toda la guerra en Plymouth —intervino Eduardo serio— y créame si la animo a aprovechar lo que tiene. La vida, tarde o temprano, pasará a cobrar. Un escándalo sería no disfrutarlo. ¿Se imagina la vida en la Edad Media? Siempre con el temor de Dios, con las guerras, las pestes y las hambrunas, viviendo sin vivir. Esto no quiere decir que sea amante del desorden moral, para todo hay un término medio.

—Pero se preocupan —concluí.

—Por supuesto, somos sensibles, pero no esclavos de esos sentimientos —aseveró Rodrigo—. Las mujeres sois las madres del mundo y tendéis a dejaros llevar por ellos.

—Porque traemos al mundo a los hombres que luchan en el frente. ¿Cómo podríamos desentendernos? Y eso que no he experimentado la maternidad, prefiero no pensar en ello —defendió Eva la postura femenina.

—¿Qué hará cuando termine sus estudios de comercio, mi rebelde amiga? —Eduardo dio un giro inesperado a la conversación y me cogió por sorpresa.

—No lo sé todavía. Lo he llevado tan en secreto y con tanta dificultad que no me he planteado el futuro más allá de unos meses —reconocí perpleja.

—¿Qué ha cambiado ahora? —se interesó Eva.

—La presencia de mi abuela. Con ella, mi vida ha cambiado en todo. No sé cómo explicarlo: es la mujer más asombrosa que he conocido y me apoya incondicionalmente. A su lado me he fortalecido y he conseguido una confianza en mí misma de la que carecía.

—¿Fortalecido? ¿Confianza? Mi querida amiga —dijo Eva—, no se menosprecie. Usted sola trazó el camino, su abuela simplemente se lo ha allanado.

—Sí, pero llena de dudas y de temores. Y, sinceramente, con una ingenuidad y desconocimiento propios de una adolescente. Comienzo a darme cuenta de la locura de mis planteamientos.

—Aun así, siguió adelante. Muy valiente por su parte —ahondó Rodrigo.

—Con ustedes por amigos sí que he tenido suerte. Llegué a pensar que no había personas como yo.

Me tiraron con las servilletas y me abuchearon por hacerles la pelota entre risas y bromas. En cuanto el marinero nos alertó del descenso de la marea,

recogimos el campamento y lo subimos al barco. Empezamos el regreso a un mundo socialmente cruel. Y yo, partida en dos: deseaba que Eduardo se insinuara y dejara de mirarme tanto y me aterraba la idea de que lo hiciera porque no estaba segura de ser la persona indicada para cargar con la lacra que lo perseguía.

*D*urante la cena, doña Brígida y doña Amparo se enzarzaron en una discusión sobre la guerra europea. Hablaban de la batalla de Amiens y de la caída del frente occidental, sobre cuánto más duraría la guerra y el estado en el que quedarían las naciones afectadas. Luego, con esa inconstancia propia de las mujeres de edad, pasaron a analizar las ventajas del cambio de horario, del supuesto ahorro. El que Alemania, a causa de la falta de carbón, hubiera realizado el primer cambio de horario en 1916 no había supuesto ningún problema para imitarla al resto de los países, entre ellos España. Particularmente, no me había afectado en nada; por el contrario, me había alegrado que las tardes se prolongaran. Leo, por su parte, me comunicó el Campeonato Montañés de Tiro en el que participaría su majestad Alfonso XIII, un tema más ligero que el de mis queridas abuelas. En algo acertaba Rodrigo, no tenía objeto sufrir por lo que estaba fuera de tu alcance, y la guerra era una de esas cosas. Así que me sumé al baile del Casino ante el asombro de Leo.

—Tu padre no ha dicho nada, pero tu madre ha preguntado varias veces por ti —me informó de camino al Casino—. Ruth se prestó a darle todo tipo de explicaciones acerca de las personas con las que sales. Disculpa a mi hermana, está muy influenciada por ese conde de Amurrio.

—No te gusta —confirmé.

—Es muy simpático, sonriente, saluda a todo el mundo y lo tienen en alta consideración, pero no dejo de preguntarme qué ha visto en mi hermana un hombre de mundo como él.

—¡Qué poco sabemos del amor, Leo! Yo también desconfío cuando me hablan de él. ¿Tan raros somos?

—Eso parece. Me alegro de que estés conmigo.

Entramos y dejé en el guardarropa el chal. Nos abrimos paso hasta el salón de baile y en ese momento me arrepentí de mi impulso. Había aceptado para olvidarme de mi inquietud, para distraerme, pero había equivocado el medio.

Ruth y sus amigas rodeaban a Álvaro de Goicoechea, quien retenía su atención con un relato muy divertido a juzgar por las risas. Los amigos de Leo, Luis y Ricardo, nos recibieron con la cara larga.

—Estoy de ese tipo hasta el sombrero —dijo Luis.

—Es envidia —denunció Ricardo—. Te gana en conquistas.

—En lugar de lamentaros, ¿por qué no buscáis otras chicas? —propuse—. Seguro que habrá mujeres más interesantes y menos proclives a caer en los brazos de un seductor.

—Es usted una dama y no deseo escandalizarla con los gustos de mi amigo, pero las prefiere casquivanas —acusó Ricardo con sorna.

—¿Y yo que creí que le caía en gracia a Rosa? —suspiró Leo sin hacer caso de la conversación de sus amigos—. Me persigue y se hace la simpática cuando no está cerca el conde. Ahí está el señor Arias.

Me giré y vislumbré a Eduardo con su padre, buscaban a alguien. No había comentado nada en el barco, seguramente porque ya habría quedado. El blanco del frac resaltaba el moreno de la piel y estaba muy atractivo.

—Voy a ver si encuentro a mi madre para que me vea y no reniegue de mi existencia —guiñé un ojo a Leo, quien me impartió su bendición como si me diera la extremaunción.

Sujetando el bolsillo en una mano, me dirigí al salón de las tertulias. Divisé el grupo de mi madre, pero ella no estaba. Quien se adelantó a saludarme fue mi padre, que me estrujó en un abrazo muy emotivo.

—Gracias —susurró feliz.

—No tiene por qué darlas. Los niños son muy agradables y ella... es pronto para decir nada, pero la primera impresión ha sido buena. Pero ha desobedecido a la abuela —lo reprendí.

—Estaba muy nerviosa. He sido discreto —dijo en voz baja.

—No vuelva a visitarlos. La abuela cree que mi madre lo sabe. No me pregunte, padre, pero sea precavido. Ignoro los planes de la abuela, pero si ella le ha pedido que se mantenga alejado de ellos será por algo.

—Sí, sí, lo entiendo, pero es tan difícil. ¿Has quedado con el señor Arias?

—No. He pasado la tarde con él y los hermanos Quijano en su balandro. Me ha encantado el paseo.

—Pues no deja de observarte. Creo que has hecho una conquista, aunque me inquieta lo que escucho sobre él.

—Somos amigos —resté importancia.

—¿No has oído que no es posible la amistad entre un hombre y una mujer? Por lo menos uno de los dos abrigará intenciones.

—Creí que había declinado el oficio de casamentero. —Lo miré divertida y con un reto en el tono de voz.

—De acuerdo, me mantendré al margen; pero ten cuidado, por favor.

En cuanto mi padre se separó, me encaminé al salón de baile. Eduardo se excusó en el círculo de señores en el que estaba y me siguió hasta el vestíbulo, igual de concurrido que los salones.

—¿Han venido también los hermanos Quijano? —preguntó.

—No. He acompañado a Leo.

—No creo que su primo necesite compañía —se burló con una sonrisa.

—Necesitaba salir —confesé—, aunque me he arrepentido. No bailo, no charlo, ni saludo a nadie. Esperaba encontrar a mi madre y, sin embargo, me alegro de que no esté. Soy una contradicción con piernas.

—Me gustan las contradicciones y, si además tienen piernas...

—¡Ah! Señorita Ansorena, un placer para la vista. —Se acercó el padre de Eduardo y me salvó del sofoco del piropo y de buscar una réplica a la altura—. Un mujer maravillosa su abuela. Consiguió reunir a lo más granado en inversiones hidroeléctricas, que no es fácil por los intereses y los celos que despiertan entre ellos.

Entró más gente y nos encontramos rodeados.

—Buenas noches. Son incansables ustedes —saludó Rodrigo—. Eva se ha quedado en el hotel y yo me he acercado a saludar a un colega que se halla de paso hacia San Vicente, aunque ya me retiro.

—Son unos endebles los de su generación —declaró Dámaso Arias—, en cuanto les da un poco el aire se asfixian.

—Moriremos asfixiados de verdad si no salimos de aquí —vaticinó Eduardo.

No obstante, algo sucedía en la entrada por lo que no pudimos llevar a cabo nuestras intenciones. El silencio era absoluto en el vestíbulo y se oía la orquesta del salón de baile y las voces de los grupos que conversaban en el otro salón. De las salas de juego, que se encontraban en la primera planta para que no los molestase el trajín de la gente entrando y saliendo, no llegaba ni un rumor.

—¿Qué sucede? —pregunté a Rodrigo, que era el más alto.

—No estoy muy seguro. Creo que está la policía.

—¿Un robo? —aventuró Dámaso Arias.

Me fijé en Eduardo, quien permanecía callado y con gesto serio. Algo dijo el policía y se escucharon algunos gemidos y exclamaciones de las señoras presentes. Las miradas se volvieron hacia nosotros y la gente se apartó para facilitar el paso a una muchacha menuda y vestida con el uniforme de criada, a quien acompañaban un hombre mayor y otro mucho más joven.

—El comisario Leandro Cuesta y el inspector Daniel Valle, toda una promesa de quien dicen que será el sucesor de Cuesta —susurró Rodrigo—. La muchacha, al parecer, es un testigo y debe reconocer a alguien —explicó, más habituado al procedimiento judicial.

Lo que me sorprendió fue que las miradas se volvieran hacia nosotros y cuchichearan mientras la chica observaba con detenimiento a los varones. Paso a paso, los grupos se fueron alejando y nos dejaron aislados, por lo que resaltaba más nuestra presencia. Cuando comprendí lo que estaba sucediendo, me quedé sin aire. Me giré hacia Eduardo que permanecía tenso, pálido y con la furia en los ojos. La chica, pese al prejuicio de los presentes, pasó de largo hacia el salón de baile.

Asustada, pero con una determinación que surgió en mí de la nada, puse mi mano sobre la de Eduardo y lo miré procurando que no hubiera rastro de compasión en mi actitud, sino de apoyo.

—¿Siempre al lado de las causas perdidas? —formuló Eduardo en voz baja con acritud.

—No. Siempre al lado de los amigos —murmuré.

—¡Lástima! Pero valoro su sinceridad. —Y volviéndose a los demás—. Será mejor que me retire. Creo que no les favorece en nada mi compañía esta noche.

—No diga tonterías, Eduardo —se revolvió ofendido Rodrigo—. ¿Eso piensa de mí?

—En absoluto. Lo tengo por un amigo y, porque aprecio esa amistad, soy consciente de cuándo no hago ningún favor con mi presencia. Quedamos para asistir a ese campeonato de tiro en La Albericia.

Realizó una venia ante mí y se retiró junto a su padre sin mirarme a los ojos. Noté el estómago tenso de los nervios. Había sentido la afrenta como si fuera propia. Mi primera experiencia y no había sido agradable. Me fijé que enfrente se encontraba el hombre que abordó a Eduardo hacía días. Destacaba porque no vestía frac y observé que salía detrás de Eduardo.

—¡Es increíble! La sociedad es insaciable cuando se trata de engullir a alguien —declaró con amargura Rodrigo a mi lado—. ¿Se encuentra bien? —Asentí con la cabeza—. Voy a encontrarme con mi amigo juez y a ver si me entero de algo más sobre el caso de la criada.

Me quedé sola y resolví buscar a mi primo con la sensación de que no pertenecía a ese mundo. Me vino a la mente Sonsoles, la amante de mi padre, y me identifiqué tanto con ella que decidí prestarle todo mi apoyo. ¿Cómo tenían el valor de considerarse cristianos y condenar de forma tan inhumana al prójimo? Hasta ese verano me había tenido por una persona madura y resuelta; pero había despertado de forma abrupta a las miserias del alma humana y aprendía a marchas forzadas.

Lo encontré rodeado de sus amigos y de las chicas. El baile se había interrumpido a causa de la inspección y no se había restablecido porque los asistentes estaban entusiasmados mostrando su escándalo y lanzando las hipótesis más variopintas y disparatadas sobre el asesinato de la criada de la fonda. Se había corrido como la pólvora y ya no había secreto sobre ello.

—¡Alba! ¿Te has enterado? —La abordó Leo—. Han buscado al asesino entre los habituales del Casino.

—Lo sé. ¿Ha reconocido a alguien? —Recé para que así fuera por puro egoísmo, para que se levantara la losa sobre Eduardo, para mirar de frente y con reproche a aquellos que lo habían señalado tácitamente.

—No, pero más de uno estaba más pálido que la fachada del Casino. Poca conciencia tranquila.

—¿Qué quieres decir?

—¡Oh, vamos! Eres una mujer inteligente. Hasta Luis ha estado a punto de desmayarse y mira que lo hemos reprendido por asediar a las criadas —acusó Leo.

—¿Y el conde de Amurrio? —Cambié de tema—. ¿Lo habéis desbancado? —Señalé con un gesto a las chicas.

—No lo sé ni me importa. Vuelve la música.

La juventud inconstante olvidó el incidente y se entregó a los compases del vals que sonaba. Leo abordó a Rosa, quien lo recibió como si fuera el último hombre en la tierra, así de cínicas eran las mujeres interesadas. Consideré que mi velada había terminado allí mismo y me despedí ante Ricardo.

—¿No espera a su primo?

—No deseo destrozarle la noche ahora que ha conseguido lo que venía

buscando —Sonreí para restar importancia a mi fuga—. Son sólo cuatro pasos hasta casa.

Me abrí paso entre los grupos hasta el exterior, donde no quedaba una mesa libre. Cuando llegué a la altura de la horchatería El Español, me detuvo Rodrigo.

—¿Regresa sola?

—No he querido molestar a mi primo y tampoco es para tanto. Hay mucha gente en los alrededores del Casino.

—Cierto, aunque en una semana terminará la temporada fuerte. Permítame que la acompañe, así le cuento lo que he descubierto.

—Es muy amable, pero si le soy sincera mi único interés en el caso es que se resuelva pronto. Creo que la similitud con el asunto de nuestro amigo no lo beneficia en absoluto.

—A mí tampoco me ha gustado. Ha sido bastante molesto y, si nosotros nos hemos sentido así, no quiero pensar en cómo le habrá sentado a Eduardo.

—Hasta que no lo he presenciado, no había imaginado la magnitud del daño. Comprendo que se mantenga lejos de España.

—Esperemos que no se replantee hacer las maletas de nuevo. No me lo explico: han pasado cinco años y la gente lo recuerda con pelos y señales.

—La memoria de la gente no está en nuestras manos. ¿Qué ha descubierto? —le recordé.

—La testigo es una compañera de la víctima. Recuerda la foto de un caballero, apuesto y bien trajeado, en la alcoba, retrato que no ha aparecido. La policía está segura de que el criminal se lo ha llevado. Aunque la muchacha nunca desveló el nombre de su amante, sí compartió con su compañera la proximidad de una boda y de una nueva vida por encima de las posibilidades de una criada, incluso le mostró un anillo muy caro, que tampoco ha sido hallado entre las pertenencias de la finada, pero que la testigo ha descrito con precisión.

—Lo imagino. Un anillo es muy importante: la seguridad de un amor correspondido —intervine.

—En este caso, de una seducción en toda regla. Ese hombre se cuidó mucho de asomar la nariz por allí y se llevó todo objeto que lo incriminase. El que la compañera de trabajo haya visto el retrato y se haya fijado en él ha sido casualidad. El caso es que no le resulta desconocido el caballero porque es un veraneante habitual. Ya sabe, esto es tan pequeño que acabamos comiendo en

todas las fondas para variar de sitio y, si acostumbramos a venir todos los años, con mayor razón.

—Sin embargo, entró en la fonda y en la alcoba de la criada para asesinarla. ¿Nadie oyó nada?

—No. Imagino que ella misma le facilitó la entrada y, en un momento que le dio la espalda, el individuo aprovechó para romperle el jarro de cerámica en la cabeza. Una vez sin sentido, lo demás fue fácil.

—¡Qué horror! —exclamé escalofriada.

—No dejo de analizar la forma de actuar del caballero en cuestión: un seductor con experiencia, a juzgar por la puesta en escena ante la víctima, quien lo creyó a pies juntillas; un hombre frío, dispuesto a asesinar si se le torcía el asunto, como ha debido de suceder a consecuencia del embarazo y del rechazo de la familia de ella; inteligente, aunque no ha conseguido encubrir el asesinato, pero lo ha intentado.

—Ha dejado cabos sueltos: el retrato y la compañera de trabajo —aporté a la reflexión.

—Pero él no lo sabía. No hay crimen perfecto. La cuestión es si seguirá en Santander o habrá levantado el vuelo. Si así fuera, quedará impune el delito —sentenció Rodrigo.

—¿Qué puede haberlo retenido aquí cuando hay una investigación por medio? Es *vox populi* que ha sido asesinada y, después de la batida en su busca en pleno baile en el Casino, estará al tanto de la testigo.

—Cierto. He de avisar a la policía. La testigo no debe regresar a su trabajo en la fonda. Su vida corre peligro —razonó Rodrigo alterado—. La familia lo retiene, creemos que es un hombre casado, de ahí su desesperación, tiene mucho que perder.

—Ya hemos llegado. Le agradezco la compañía y dese prisa en la investigación. No me gustaría ser responsable de una nueva muerte —lo apremié.

Levantó levemente la chistera a modo de saludo y se alejó alargando los pasos. Me encaminé hacia la puerta principal, donde el farol de hierro forjado iluminaba la entrada. Me detuve antes de entrar y dirigí la mirada arriba de la cuesta, donde se hallaba la casa de los Arias, pero no distinguí nada, aparte de la sombra de los árboles. Eso tenía la noche: acercaba la luz y el sonido que se perdían durante el día en la distancia. Me sobrecogí al pensar en lo injusto que era el mundo.

A la mañana siguiente, relaté a mis dos abuelas los sucesos en el Casino y les confesé mi desasosiego con respecto al señor Arias. A pesar de haber conciliado el sueño, me levanté con la misma angustia que con la que me acosté.

—Eso se debe a que sigues bajo la impresión que te causó semejante falta de delicadeza. Eres una persona sensible y no hay nada de lo que avergonzarse —explicó doña Amparo.

—No me avergüenzo, me incomoda y no sé cómo deberé abordarlo la próxima vez que nos encontremos —puntalicé.

—Con naturalidad, hija, él mismo marcará la pauta. Es un hombre muy cabal y creo que le interesas —opinó la abuela.

—No me haga concebir esperanzas, abuela. Nada en las formas del señor Arias revela algún interés en particular fuera de la amistad y de pasar el verano lo mejor posible, como todos —rebatí.

—¿Concebir esperanzas? Luego no te es indiferente —aseveró doña Brígida con la sonrisa en los ojos.

—¡Oh! Es usted imposible. No diga lo que yo no he dicho. Lo único que consigue en confundirme más de lo que ya estoy.

—¡Mira! Esa es la única verdad en todo el discurso. De acuerdo, no te acosaré, pero si se cumple la predicción del señor Quijano, tendrás que decidir antes de lo que crees.

Quien realmente debía tomar una determinación era el señor Arias y yo no lo había visto por la labor. Y lo comprendía. Pero, en el hipotético caso de que se insinuara, ¿cuál sería mi respuesta? Estaba hecha un lío, necesitaba tiempo.

—Me voy a acercar esta tarde a retratar a... mis hermanos.

No se me había atragantado la palabra, sino que me sonaba rara, desacostumbrada.

—Me parece bien que no dilates el estrechar lazos con esos niños —aprobó la abuela—. Esa familia no es un capricho de tu padre y habla en tu favor que des el primer paso.

—¿Se podrá arreglar la situación? Con la demostración ostracista de ayer en el Casino, ya he tenido suficiente. Comprendo lo difícil que es la posición de Sonsoles.

—Está muy enamorada —reflexionó la abuela—, por esa razón haré lo que esté en mi mano para librarla de la sombra de tu madre. Puede destrozarles la vida en un abrir y cerrar de ojos.

Me estremecí. Era mi madre, pero sabía que doña Brígida no dramatizaba ni un ápice, se había limitado a verbalizar la verdad.

—Se ha ganado su admiración —afirmé sin sombra de duda.

—Desde el instante en que comprobé que no era el interés el que la movía. Ha perdido mucho más de lo que ha conseguido.

—Según como se mire —intervino doña Amparo—. Es obvio que a ella le compensa el amor y están los hijos.

Me llevó el mecánico de la abuela y quedó en recogerme antes del anochecer. Subí las escaleras con mis bártulos y me abrió la puerta la sirvienta. Sorprendí a Sonsoles cosiendo.

—¡Qué apañada! Yo no sé coser ni un botón.

Se levantó nerviosa para recibirme.

—No pensé que sería tan pronto su visita —confesó azorada.

—¿Por qué no? Si no tiene inconveniente.

—No, por supuesto que no —se apresuró a rebatir.

—¿Y esos niños? ¿Dónde puedo ponerme? —No le dejé replicar, a mí también me ganaban los nervios—. Aquí hay muy buena luz. Mientras usted cose yo pinto ¿qué le parece?

—Perfecto, si está cómoda.

—¿Puede encargarse a la criada una sábana? No quisiera que la alfombra se manchara por un accidente.

Sonsoles salió del salón para dar las instrucciones pertinentes y yo me acerqué a su labor en la máquina de coser. Seguía un patrón de una revista para confeccionar un vestido a Almudena con bastante arte. Entró la criada y extendió la sábana sobre la alfombra y yo abrí el maletín para disponerlo a mi gusto. Elegí el lugar en el que se sentarían los niños. Debían estar cómodos

para que se movieran lo menos posible, algo bastante difícil, como ya sabía por experiencia: recordé a Miguel.

Entraron de la mano de Sonsoles y los animé a que se acercaran y participaran en la preparación. Almudena, una vez rota la timidez inicial, no dejó de preguntar por todo. Milín permanecía en silencio pero echaba mano a lo que se pusiera a su alcance. Requerí la presencia de la niñera para que mantuviera bajo control al terremoto y seguí estrechando la confianza con Almudena, a quien expliqué cada paso que daba para preparar el grueso pliego de cuarenta por sesenta. Llegó el momento de sentarlos y buscar la posición idónea. La niñera engatusó a Milín con una cuchara con azúcar caramelizada. Aunque se estaba poniendo perdido, me permitió el tiempo necesario para trazar el esbozo y estudiar las expresiones.

Los niños tan pequeños carecían de rasgos definidos y resultaban más difíciles de retratar: mofletudos, sudorosos, ojos grandes, boca babeante de labios muy rojos. La nariz y las orejas así como el nacimiento del pelo solían ser los rasgos distintivos por los que se los reconocían. En las personas mayores, por el contrario, los ojos, los labios y la nariz nos diferenciaban y, si no se captaban bien, el retrato resultaba un desastre. En cuanto tuve la imagen del niño, le rogué a la niñera que se lo llevara.

El resto de la tarde lo pasé charlando con Almudena, quien, a sus siete años, se mostraba espabilada y curiosa. De vez en cuando intervenía Sonsoles para aclarar algunas afirmaciones de su hija sobre la vida que llevaban en Madrid. Comprobé que no les faltaba nada, excepto una familia.

Vivían en las afueras de Madrid, en una casa amplia con establos, por lo que acostumbraban a montar a caballo. Habían contratado una institutriz para Almudena y una niñera para Milín. Sonsoles, a falta de un trabajo y de una vida social, se había refugiado en la costura y en la equitación. Mi padre los visitaba casi a diario. Ahora comprendía lo mucho que había mentido pues no pasaba tanto tiempo con sus amigos ni en el trabajo. ¡Qué engañada había estado! ¿Y mi madre?

—Me gustaría llevarlos a la playa, pero no me atrevo a acercarme al Sardinero. No han visto el mar —me confesó Sonsoles en cuanto Almudena se retiró para cenar y yo recogía los bártulos.

—Mis padres van a la primera playa. Le diré a la abuela que os envíe el coche y os lleve a la segunda playa. Sería un crimen que no disfrutaran del mar.

En cuanto se lo conté a la abuela, aplaudió mi iniciativa y, al final, nos unimos para disfrutar de los niños en un día de playa. Sonsoles ganó confianza y comenzó a compartir sus temores y sus alegrías, lo que nos permitió conocerla un poco más. Doña Brígida correspondió y le contó cosas sobre la familia y sobre la vida en Cuba, aunque no aireó los trapos sucios, para eso ya habría tiempo.

La semana transcurrió plácidamente y el día de la competición de tiro se acercaba. No olvidaba la cita con Eduardo y los hermanos Quijano, quienes se hallaban de excursión en Comillas, aprovechando que había venido Ramiro, el marido de Eva. Durante su ausencia no volví al Casino, disgustada con la sociedad, aunque no dejé de bajar por las mañanas a la sombra de la ermita de San Roque para continuar con los retratos. Me ayudaban a evadirme y a recuperar el gusto por la vida y los colores. En más de una ocasión me saludaron de lejos Miguel y su abuelo, Dámaso, pero no volví a ver a Eduardo.

Llegó el ansiado día del Campeonato Montañés de Tiro en el que participaría el rey. La abuela nos dejó el coche y recogimos a los hermanos Quijano y al ingeniero Ramiro Haro, el marido de Eva. Descubrí que Ruth se mostraba tímida ante las personas mayores, así que Leo cubría los silencios. Hablamos durante el trayecto hasta La Albericia de temas banales cuando me moría por tener noticias del señor Arias. El mecánico buscó un sitio reconocible para estacionar, entre otros coches de caballos y de motor, y que lo pudiéramos localizar sin dificultad en el inmenso prado. El recorrido hasta el acceso al recinto lo realizamos a pie, junto a más personas que llegaban de forma fluida, atraídas por la presencia de los reyes.

Ruth y Leo se separaron en busca de sus amistades y nos dejaron a nuestro acomodo. Rodrigo tomó la iniciativa y nos condujo a una especie de improvisado palco en la parte baja de las gradas. Había más sillas de los que éramos pero no pregunté por si habían invitado a alguien más. Abrí mi sombrilla y tomé asiento junto a Eva.

—Quedaos aquí —ordenó solícito Ramiro—. Mientras cotilleáis los modelos de las rivales, nosotros vamos a buscar algo de beber para soportar el calor.

—Lo de esperaros dependerá de si nos aborda un buen partido —coqueteó Eva con su marido.

—No se me escapa que lo de encontraros en un campo de tiro os ha

desbocado vuestras fantasías sobre un duelo de honor. Afortunadamente no te casaste con un caballero de pacotilla, sino con un hombre cabal, enamorado y que confía en el amor de su esposa.

—Si empezáis así, me escapo con la señorita Ansorena —terció Rodrigo con los ojos subidos al cielo—. ¡Qué forma tan descarada y complicada de echarse piropos!

Reí con ganas ante la desenfadada situación y, por primera vez en esa tarde, me concentré en lo que me rodeaba, dispuesta a disfrutar de la compañía de mis amigos. Con los binoculares de teatro en la mano y sin ningún recato, Eva y yo nos sumergimos en la inspección de las personas que iban llenando las gradas. Comentamos los modelos y quién era quién y a qué se dedicaba. No éramos las únicas, pues era una tradición bastante extendida: la gente acudía para que la vieran y para relacionarse, por lo que nos topamos con otros binoculares enfocados hacia nuestras personas.

Regresaron los caballeros con las horchatas y tomaron asiento.

—Creímos que no regresábamos. ¡Cuánta gente conocida! —exclamó Ramiro.

—Te lo he dicho. Es aquí donde se realizan los negocios, no en los despachos —replicó Eva con una sonrisa condescendiente.

—Lo tendré presente el año que viene y me traeré el puerto de Bilbao aquí —contestó Ramiro guiñándome un ojo.

—¿No hay algún subalterno novato al que le puedas asignar como suplente? —medió Rodrigo.

—Si terminara la guerra... Mientras tanto los puertos están bajo supervisión férrea y no se puede delegar en bisoños, demasiada responsabilidad.

Los reyes llegaron y la gente ocupó sus puestos ante el inminente inicio del campeonato. Eva y yo permanecemos con los binoculares en los ojos pendientes de las evoluciones de sus majestades.

—La reina Victoria Eugenia, elegantísima, como siempre. ¡Qué mujer! Se nota que ha sido educada en una Corte con mucha tradición —comentó Eva.

—Lo cierto es que el rey deslucе un poco a su lado —susurré.

—Tampoco es mi tipo pero dicen que es un empedernido don Juan. Algo tendrá cuando las enamora —contestó Eva en voz baja.

—Se le atribuyen varios hijos por ahí —añadió en voz baja una voz masculina.

Estaba tan entretenida que no me percaté de la llegada de Eduardo, así que

sus palabras, musitadas junto a mi oreja, me produjeron un agradable placer y una sorpresa que liberó una sonrisa de mis labios.

—Buenas tardes, señor Arias, lo hemos echado de menos —se adelantó Eva. Al parecer estaba más informada que yo sobre sus actividades.

—Mentirosa —acusó Eduardo en tono de chanza—. Un pajarito me ha contado que se lo han pasado muy bien en Comillas.

—También hablaba por la señorita Ansorena que se ha quedado aquí sola —remachó Eva, a quien me volví con una ceja levantada.

—A mí no me menciones como excusa —reivindiqué—. Sé valerme por mí misma.

—La señorita Ansorena no necesita de ningún hombre que la entretenga. Tiene una amiga muy independiente, señora de Haro.

¿Había resentimiento en su observación? Ante la duda, preferí tomarlo a broma.

—Detecto admiración en su tono —remarqué la ironía.

Fue tan obvia la treta que arranqué las risas del resto de los presentes.

—No podría ser de otro modo. Usted nunca aburre —se rindió Eduardo.

—Debe reconocer, Eduardo, que es un buen método para mantener a los admiradores a raya —intervino Rodrigo.

—Sólo a los faltos de humor —alegué en mi defensa—. Volviendo al tema que llevábamos, me ratifico en lo poco convenientes que son los matrimonios de conveniencia.

—Creo que los caballeros aquí presentes corroboramos esa afirmación, señorita Ansorena —dijo Ramiro.

—La novedad, mi querido amigo, es que lo ha limitado a los matrimonios de conveniencia —puntualizó Eduardo—. Hace poco escuché de sus labios algo más extensivo, al matrimonio en general.

—Flaca memoria, señor Arias, dije que no me casaría sin amor y, como Cupido es harto esquivo con mi corazón, me quedaré soltera —corregí.

—Una auténtica victoria para sus pretendientes —alegó Rodrigo—. Mal de muchos, consuelo de pocos. No será tan humillante la derrota si nadie triunfa.

—¿De verdad lo ve así o trata de tirarme de la oreja por mal comportamiento? —Lo miré con una ceja arqueada y una sonrisa—. Usted habla de la posición del pretendiente de cara a la sociedad. Hace tiempo que no me fijo en la sociedad, me parece injusta y cruel.

—El triunfo de la individualidad. Tenga cuidado, es una idea muy peligrosa

—recomendó Eva—. Lo queramos o no, dependemos del colectivo. La filosofía ha llegado a la conclusión de que el hombre es un ser social.

—El que tengamos nuestras discrepancias con algún sector de la sociedad, no debe empujarnos a rechazar al resto del colectivo.

La afirmación de Eduardo me obligó a volver la cabeza y mirarlo a los ojos. Estaba serio y sostuvo mi escrutinio sin revelar ningún sentimiento. ¿Cómo era posible que no despotricara contra aquellos que lo crucificaban a diario? Perpleja, guardé silencio y la advertencia de Ramiro concentró mi atención en la pista. Comenzaba la competición.

El rey ganó la Copa de los Senadores y Diputados por Santander, además del título de Campeón. Nos levantamos para abandonar la grada y los señores criticaron discretamente cómo le habían permitido ganar al monarca. Eva me tomó del brazo y los seguimos a la zaga.

—Querida Alba, no sea tan vehemente en sus afirmaciones, deja al descubierto sus sentimientos.

—¿A qué se refiere? ¿A la conversación sobre la sociedad? —Ante el asentimiento de ella, continué—: Cuando llegué a Santander, ya venía enfadada con el mundo, con mi familia, con su estilo de vida y, concretamente, con la decisión de buscarme un matrimonio de conveniencia. Me resulta vergonzosa semejante propuesta ante los nefastos resultados que me presentan como ejemplo.

—No se haga la tonta conmigo. En un principio, seguramente sería así, pero ahora usted abogaba por el señor Arias. Si no piensa atender una propuesta del caballero, no lo aliente, aunque su pensamiento coincida. Todos estamos en desacuerdo con el trato que recibe, pero no arremetemos contra toda la sociedad.

—¡Oh! ¿De verdad ha parecido una defensa particular?

—¿Y no lo ha sido? Reconozca que está pendiente del caballero.

La gente, arremolinada en la salida, nos había separado de los señores que iban más adelante.

—Sinceramente, Eva, no sé lo que siento. Me importa el señor Arias, pero la palabra «enamorada» me parece demasiado...

—La comprendo. A mí me sucedió cuando conocí a Ramiro: era muy joven e inexperta. Pero no desfallezca, al final, lo sabrá. Si me permite una observación, creo que entre ustedes hay un entendimiento tácito. Es cuestión de tiempo que despierten a la realidad.

—Según su hermano, justamente lo que no hay es tiempo. Sospecha que el señor Arias está planteándose regresar a Estados Unidos en cuanto termine la guerra.

—¡La guerra! He oído que el triunfo de Amiens ha abierto la puerta a la esperanza de que termine pronto el conflicto. Los alemanes han pasado de la ofensiva a la defensa.

—¿Qué hacen dos preciosidades hablando de guerra? —cuestionó Ramiro.

Habíamos llegado al lugar donde nos aguardaban y escucharon nuestras últimas palabras.

—¿Acaso pensáis que charlamos todo el día sobre la moda en sombreros? —retrucó Eva.

—El empuje de las tropas australianas y canadienses ha sido decisivo para cambiar la marcha de la guerra. No sólo han detenido a las tropas alemanas, sino que han recuperado bastante territorio invadido —precisó Eduardo.

—Está usted muy bien informado —constató Ramiro.

—Plymouth es un centro naval militar y conservo mis contactos, aunque la prensa inglesa infla mucho las noticias para mantener la moral de las tropas.

—En esta ocasión no les ha hecho falta —ratificó Rodrigo—. ¿Adónde vamos?

El señor Arias propuso que viajáramos en su coche. Dejamos aviso al mecánico de la abuela para que mis primos no nos esperasen y nos detuvimos en una fonda de la calle Alta a cenar. La velada transcurrió de forma agradable, criticando la agenda cultural de la villa mientras decidíamos qué nos apetecía más: ¿zarzuela o teatro?

*E*n la primera semana de septiembre la abuela se fue a buscar a la tía María Ángeles. Me quedé a solas con doña Amparo, quien estaba poniendo orden en su vida.

—Todavía me siento culpable por el premio de la lotería. Es como si hubiera perpetrado un robo.

—No sea ridícula. Es consciente de que mi abuela cubrirá mis necesidades. Por el contrario, yo me alegro de que pueda mejorar su vida. Ha trabajado y soportado muchas necesidades e imperativos desagradables en el camino. Es justo que ahora encuentre un poco de paz. ¿Ha decidido dónde va a vivir? ¿Qué va a hacer este invierno?

—Espero que no se enfade. ¿Sabe lo que es la vocación?

—¿Cómo la afición por la pintura?

—Podría ser. He escuchado a los amigos de su abuela que hablan sobre la necesidad de maestras para cubrir los puestos en las escuelas que están construyendo.

—¿Va a seguir ejerciendo? —Me sorprendí.

—Sí, aunque confieso que las circunstancias han cambiado porque ahora no me acucia un sueldo ni una vejez desprovista y ya he escrito renunciando a mi puesto en Extremadura. Me atrae el verde de la Montaña, me gustan estas gentes y creo que hay aquí más vida intelectual y más ganas de hacer algo. No he decidido dónde ejerceré ni dónde viviré. Doña Brígida me ha ofrecido refugio hasta que aclare mi situación y también se ha ofrecido a abogar por mí ante su amigo el marqués de Valdecilla, don Ramón Pelayo. Es una gran mujer y deseo que estrechemos esta incipiente amistad.

—La admiración es mutua, no les resultará difícil —vaticiné.

En la ermita de San Roque siempre había alguien aguardándome con algún encargo. Era consciente de que Eduardo conocía mi rutina porque muchas veces se detenían a saludarme Miguel y Damián, cargados con los artilugios

de pesca. No hacía falta ser un genio para comprender que el señor Arias evitaba el encuentro fuera del grupo. Yo, en mi incongruente cabeza, unas veces aplaudía su discreción y otras renegaba de su cobardía; o bien, me alegraba de su ausencia porque no me obligaba a tomar una decisión o me entristecía por la escasa atención que me prodigaba y me conducía a plantearme si no eran imaginaciones mías el que hubiera posibilidad de algo más. ¿Algo más? Me resistía a ponerle nombre.

El regreso de la tía abrió la caja de Pandora familiar. En la reunión de la cena semanal cada cuál ocupó los asientos como si hubieran sido asignados a perpetuidad desde el primer día. Doña Amparo se sentó frente a Ruth, la que había quedado desparejada. Una vez rota la incertidumbre de la presencia de doña Brígida en España, las cenas se habían convertido en una rutina. Se guardaban las apariencias y se realizaban comentarios banales, cada vez menos frecuentes, conscientes los comensales de las diferencias de intereses entre ellos: mi madre compartía chismes sociales con el tío Leonardo y la prima Ruth, mi padre charlaba de deportes con Leo y yo participaba en la conversación de mis dos abuelas.

Pero esa noche se había producido un cambio sustancial en uno de los miembros: la tía María Ángeles había vuelto sobria y decidida a cambiar la marcha de su vida.

Mis padres llegaron juntos, acostumbrados a encubrir sus vidas separadas. A ambos se los veía radiantes, el verano les sentaba bien. Comprendía la secreta alegría de mi padre, aunque no pudiera compartirla con su amante, pero el saber que disfrutaban de mi atención y de la playa lo rejuvenecía. El cambio de mi madre, aunque sutil, era evidente por la sonrisa tonta y la falta de interés en lo que sucedía a su alrededor. Lo más llamativo era que había cejado en mi acoso y urgencia por casarme.

—¿Qué tal por Ontaneda? —se interesó mi madre.

—Tan bien como aquí. El balneario funciona de maravilla y muchas familias optan por el veraneo en Alceda y Ontaneda. Se respira tranquilidad.

—Muy apropiada para matrimonios con niños pequeños y gente mayor. Prefiero el trasiego de la Corte y el mar —desestimó Lucía, como una gran entendida en diversiones.

—Estaría bien cambiar el año que viene el mar por la montaña —comentó mi padre distraído.

Las cejas de mi madre se dispararon hacia el nacimiento del pelo.

—¿No me digas que has sucumbido a los encantos del alcohol como tu hermana? ¡Vaya familia!

La mirada de sorpresa de mi padre no fue nada en comparación con la de odio de María Ángeles. La abuela, más rápida de reflejos, intervino para reconducir la conversación por una vereda más conveniente.

—Su opinión sobre esta familia no es relevante para mí —atajó doña Brígida—. No voy a negar que mi hija cayó en un feo vicio, pero, hoy por hoy, me siento orgullosa de ella porque ha conseguido superar la adicción y se ha replanteado su vida.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo has conseguido, querida? —preguntó con sorna el mofletudo de su marido—. ¿Y qué es eso de que te has replanteado tu vida? ¿Te vas a dedicar a actos benéficos?

—Me alegro de que te encuentres de buen humor, querido —subrayó con retintín—, porque quiero que me dejes la administración del patrimonio de los Arjona, ya que tú lo has conducido a la bancarrota.

El silencio se extendió por la mesa. A Leo se le quedó la cara paralizada del asombro y a Ruth se le levantó una ceja de incompreensión. El tío Leonardo se quedó mudo, lento en digerir las palabras y el reproche de su esposa.

—Temo disentir de su apreciación, doña Brígida, pero María Ángeles está ebria, como siempre.

—Está muy sobria —rebatió la abuela— y yo la apoyo. Es usted un pésimo administrador, perdón, no lo es porque lo deja en manos de un anciano que no sabe ni lo que firma.

—El cómo lleve los negocios no es de su incumbencia, señora —reprendió en tono agrio y con visos de enfado, ya que no podía tildarla de ignorante después de dirigir en solitario un imperio durante dieciocho años—. Ese patrimonio mantiene a mi familia holgadamente.

—No seas grosero con mi madre, Leonardo. Y eso no es cierto, es el dinero de mi madre quien nos mantiene, pero no voy a discutir eso ahora —cortó María Ángeles la réplica de su marido—. Madre, creo que ya es hora de que deje de pasarnos una renta. Tal y como dice Leonardo, nos acomodaremos a la renta del patrimonio de los Arjona.

—¿Te has vuelto loca? —prorrumpió como la grana el conde de Saldaña—. ¿Y pretendes administrar mis tierras?

—Cálmese, don Leonardo —contemporizó la abuela—. Con gritos no vamos a ninguna parte. Le propongo que concierte una reunión con su

administrador y ponga los asuntos al día. Yo, por mi parte, suspenderé desde este mes la asignación a María Ángeles. Me parece muy loable por su parte que desee mantener a la familia sin interferencias de otras personas.

—¿Qué? ¿Cómo? —balbuceó desolado el tío Leonardo—. Aquí hay un malentendido.

—A mí no me lo parece —declaró la oportunista de mi madre—. Usted, Leonardo, acaba de manifestar que puede mantener a su familia y doña Brígida le ha tomado la palabra.

A mi tío, lívido, no le quedó más remedio que tragarse la protesta y apechugar con las consecuencias de su orgullo. La tía María Ángeles simulaba indiferencia, pero no se me escapó el brillo de triunfo en sus ojos: el ratón había caído en la trampa. Ahora sólo quedaba esperar a que evaluara el alcance del desastre y se plegara a las condiciones que le impusiera.

Mis primos, aunque no comprendiesen qué estaba sucediendo, no se atrevían a respirar y observaban alternativamente a sus padres. Yo aguardaba el siguiente movimiento de la matriarca del clan, pero no se produjo. Debió de pensar que era suficiente para un día.

—Bien. ¿Os parece que pasemos a tomar el café en el salón? Estaremos más cómodos.

—Si no le molesta, nosotros preferimos retirarnos —se excusó el tío Leonardo.

—Yo me quedo —contradijo su esposa—. Estoy pasando una velada muy agradable.

—Creo que tenemos una conversación pendiente. Y los niños se vuelven a casa, ya han disfrutado suficientemente de la generosidad de su abuela —dijo con intención.

—No hay nada sobre lo que hablar, ya he expresado mi deseo. Y los niños...

—Los niños no son tan niños —interrumpió la abuela— y pueden decidir ellos mismos lo que harán, pero antes yo me pregunto para qué quiere llevarlos a casa si va a emprender un viaje.

—¿Emprender un viaje? ¿Ahora? —repitió atónito.

—Imagino que tendrá que reunirse con el administrador para poner las finanzas al día y conocer de qué fondos dispone para hacer frente a los gastos del invierno —enunció la abuela, como si le hubiera sugerido que bajase a la playa a tomar un baño.

Boqueó sin sonido y cerró la boca al tiempo que volvían a subirle los colores. Miró a su indiferente esposa y al primogénito, quien estaba tan aturdido como él. Me compadecí de Leo, quien ignoraba a qué cuento venía todo aquello y qué debía hacer. De nuevo, fue la abuela quien resolvió.

—Leo, Ruth, seguiréis aquí hasta el regreso de vuestro padre. María Ángeles, ¿qué harás?

—Estoy considerando la posibilidad de acompañar a mi marido. Tú, ¿qué dices?

Esta vez, el tío Leonardo no picó el anzuelo. Entrecerró desconfiado los ojos y negó con la cabeza antes de abrir la boca.

—Prefiero ir solo. Son asuntos que no te incumben.

Abandonó el comedor antes que los demás y lo oímos bajar los peldaños de acceso a la entrada de la casa. Mientras nos espabilábamos de la perplejidad en la que estábamos sumidos, oí a la tía murmurar:

—Por el momento. Sólo por el momento no me incumben.

Cruzábamos el vestíbulo hacia el salón y vi cómo mi madre tiraba de mi padre hacia puerta abierta al exterior.

—Necesito tomar el aire un momento —se excusó.

—Nosotros nos retiramos —anunció Leo tímidamente.

—Por supuesto —accedió su madre—. Tendréis que cambiar impresiones. Enseguida subiré yo para aclararos las dudas. He de hablar muy seriamente con vosotros.

Entramos en la sala y tomamos asiento. Una doncella entró con la bandeja del servicio y, a una indicación de la abuela, se retiró. No habíamos comenzado a hablar cuando oímos claramente las voces de mis padres en el jardín. Noté que las ventanas del mirador redondo que daban a la entrada estaban abiertas, disimuladas tras el ligero visillo que impedía la vista al interior.

—Ahora que la tonta de tu hermana ha renunciado a cualquier tipo de ayuda económica, tocamos a más. ¿Y es así sobria? Pues borracha parecía más inteligente.

Noté el golpe de calor en las mejillas y sentí la mano de doña Amparo que estrechaba la mía en mudo apoyo moral. La tía se mantenía indiferente, aunque no perdía una coma de lo que se hablaba fuera, igual que su madre.

—Te recuerdo que estás hablando de mi familia. —La voz de mi padre sonó potente, mientras que la de mi madre llegaba como un susurro—. Convendrás

conmigo en que Leonardo es un saco de carne sin cerebro, ignora hasta lo más básico de una administración.

—Ahí entras tú, querido. Le exigirás un aumento de la asignación por llevar la pesada carga de la administración de los bienes de tu querida hermana y los de doña Brígida, eres el cabeza de familia. Y a mí me aumentarás la asignación, ya va siendo hora que vivamos a lo grande ¿no te parece?

—Ya vives a lo grande —le reprochó mi padre—. ¿Para qué quieres un aumento?

—Camilo, no te pongas difícil. ¿Acaso yo te pregunto por tus asuntos?

—¿Qué asuntos? ¿A qué te refieres?

—¿Tan tonta me crees? Hace años que no entro en tu cama. ¿Qué hombre no mantiene asuntos fuera de casa?

—Así que tú tienes asuntos —confirmó mi padre y yo cerré los ojos, allí, en el salón desde el que escuchábamos esas intimidades.

—Flirteos, devaneos, nada serio. Soy una dama y sé cuál es mi sitio, pero los hombres no sabéis vivir con la bragueta cerrada.

—Meras deducciones tuyas. Así que necesitas más dinero. —Mi padre regresó al meollo de la discusión para esquivar lo que parecía obvio.

—Confío en ti, querido, eres el favorito de tu madre. ¡Ah! Y está Alba. Se lleva bien con ella. A pesar de su rebeldía y desarreglo, al final, va a ser la más beneficiada. Habrá que reconsiderar el asunto de la boda. No sería correcto que se lo llevara todo un cazafortunas.

—¿Ahora piensas en ello? Eras tú quien tenía unas prisas tremendas por casarla.

—Pero si la niña no quiere, no vamos a obligarla —decidió mi madre.

Abrí los ojos y los clavé en la abuela, quien a su vez me contemplaba triste. Se levantó y se acercó.

—Arriba ese ánimo. No ignorabas el egoísmo de tu madre.

—No, pero es duro escucharlo, mucho más que imaginarlo —confesé.

—Rápido, las tazas —ordenó cuando se hizo el silencio en el jardín—. Que no sospechen que los hemos oído.

María Ángeles se levantó con una agilidad desacostumbrada para la indolencia que siempre mostraba, y se apoderó de la cafetera; doña Amparo ayudó con el azúcar. Mis padres entraron y nos sorprendieron en plena conversación sobre los tipos de café. Mi madre, con una sonrisa de

satisfacción aceptó la taza de manos de su suegra y mi padre se acercó a mí revolviendo su café.

—¿Le hago un sitio? —pregunté a la vez que me apretaba contra doña Amparo.

Aceptó y se sentó en el borde para molestar lo menos posible. Hasta que mi madre no participó en la conversación sobre la moda de los cafés, no me habló.

—¿Habéis escuchado la conversación? —murmuró.

Me volví sonrojada y asustada. ¿Cómo lo había sabido? Mi padre sonrió y miró hacia la ventana para volver a mirarme a mí.

—Noté que estaba abierta y la empujé hacia ahí. Procuré que se me oyera pero no estaba seguro de que escuchaseis a Lucía —susurró.

—Perfectamente —admití.

—¿Crees que lo sabe?

—Sí. Ha sido inteligente y lo ha dejado en suposición. Tiene razón la abuela, no lo soltará hasta que consiga su parte del botín.

—¡Qué intuitiva es mi madre!

—Lo más duro ha sido escuchar su opinión sobre mí. —Se me escapó mi angustia en la afirmación.

—Te quiero con toda mi alma, aunque reconozco que no me he portado bien contigo. En cuanto a tu madre... ignoro si tiene corazón. Cada vez que hablo con ella, siento el frío que la rodea.

La tía María Ángeles mantuvo una conversación con sus hijos, aunque Leo, tal y como me confesó más tarde, se sentía aturdido y había decidido tomarse un tiempo antes de pronunciarse a favor o en contra de la decisión de su madre. Ruth se había quedado sin habla y reaccionó como si nada hubiera sucedido, es decir, optó por hacer el avestruz.

Al día siguiente, María Ángeles vino a comer frotándose las manos con la noticia: Leonardo había enviado un telegrama al administrador y había cogido el tren a Madrid.

—¿Está segura de lo que encontrará? —indagó doña Amparo—. Igual reacciona y consigue seguir adelante con menos presupuesto.

—Cuando los cerdos vuelen, mi marido cambiará de costumbres. Y estoy segura de lo que no encontrará: dinero, ni un centavo. No permanecí inactiva en Ontaneda. Una vez que tomé la decisión, telegrafíé a un administrador de fincas muy competente que me recomendó un extremeño que conocí en el sanatorio. Le prometí una buena paga si elaboraba un informe lo más fiel posible, teniendo en cuenta que no podía acceder a los libros ni a las cuentas. Aun así, accedió a los libros por incompetencia del administrador de los Arjona, demasiado mayor para semejante carga. Está mal que me alegre, pero la ruina a causa del abandono es total. Lo único saneado es la casa palacio en la que residimos en Madrid y gracias a nosotros. El muy vago se ha limitado a vivir del dinero fácil que llegaba sin preocuparse de su patrimonio.

—Por cómo lo defendía, entendí que había posibilidades —alegó doña Amparo asombrada.

—Se atrincheraba en lo que le quedaba de orgullo —opinó la abuela.

Levanté la cabeza y descubrí a Leo en el umbral de la puerta. Lo había escuchado sin lugar a duda y aguardé a que se decidiera a entrar. La abuela, avisada por mi actitud, se volvió hacia la puerta.

—Acércate, Leo, no hablamos a tu espalda —invitó doña Brígida.

María Ángeles sonrió a su hijo y le hizo una seña. Leo entró como un reo camino del cadalso: pálido y con el gesto hosco.

—Mientras tu madre sanea las finanzas de los Arjona, tú terminarás los estudios sobre administración y economía en la universidad, te prepararás para sustituirla y llevar las riendas —ordenó más que sugirió doña Brígida.

—¿No le parece que se adelanta a los acontecimientos, abuela? Confío en el honor de mi padre.

—Nadie ha puesto en duda su honor —corrigió doña Brígida—, sino su capacidad y preparación para el trabajo. En cuanto regrese y os ceda la administración, creo que sería conveniente que adelantaseis el regreso y supervisaras junto a tu madre el estado de las propiedades y el capital que generan, por escueto que sea, para plantearos las directrices a seguir para recuperar la explotación.

—Buena idea, madre. Hijo, he llevado a cabo mis averiguaciones y sé cómo está aquello de abandonado, pero tiene razón la abuela, será mejor que lo comprobemos *in situ*.

—¿Vais a separaros?

—Hace tiempo que no compartimos habitación. —Se sinceró María Ángeles.

—Creí que era lo decente. Muchos padres de mis amigos duermen en habitaciones comunicadas.

—Un sistema muy elegante para ocultar las desavenencias matrimoniales, bastante frecuentes en los enlaces de conveniencia —contribuí con mi granito a abrirle los ojos a mi primo.

Me incomodaba profundamente verlo alicaído, perdido, sin comprender de dónde le llegaba el golpe. Había vivido entre algodones, ignorando la realidad, como Ruth, y la madurez le había caído como una pesada losa e ignoraba cómo desprenderse de ella. Le propuse un paseo por la playa para abrirle mi corazón.

Aceptó y salimos. Le revelé cómo había sido mi niñez y cómo había crecido sin los cuidados de una madre como María Ángeles. Porque ella comenzó a beber después, cuando ya estaban crecidos y dejaron de necesitarla, entonces perdió su refugio. Le confesé mis planes de estudio y de independencia y mis extrañas ideas de valerme por mí misma, aunque ese verano había descubierto que me faltaba mucho camino para cumplir mis deseos. Leo escuchó

pacientemente, con el asombro en la mirada, como si me viera por primera vez.

—Por esa razón, te adoro —concluí—. Siempre había una palabra amable, siempre pensabas en mí, me defendías ante los demás a pesar de mis rarezas.

—No te conocía. ¿Cómo he podido estar tan ciego? Cada vez que lo pienso y repaso mi vida, reconozco los síntomas, los avisos, pero no hacía caso. Mi padre me hablaba del honor de la familia y del comportamiento caballeroso, así como de los logros de la familia y el orgullo de pertenecer a ella.

—Y así debe ser. Leo eres el hombre más generoso y noble que conozco, te viene de sangre, no lo pierdas. La vagancia no se hereda, así que demuestra lo que vales. El que tus padres se separen no es el fin del mundo, tampoco tienes que pregonarlo. Si alguien te pregunta, contestas que cada uno hace su vida, queda muy moderno. Es lo que hago yo. Tus amigos no ahondarán en tu situación familiar, sabrán lo que tú deseas y, si se enteran de algo más por otro conducto, no te lo dirán para no ponerte en un aprieto.

—Eso es no reconocer la realidad —objetó con resquemor.

—No. Creo que lo llaman educación. Si son tus amigos, lo serán a pesar de las circunstancias. No te agobies. Cuento contigo, no me falles.

—Procuraré mantenerme a la altura. ¿Cuál es el papel de la abuela en todo esto?

—Ha venido al rescate de sus hijos y de nosotros, sus nietos. Es ella la que está limpiando debajo de la alfombra. Yo me alegro, porque no sé qué hubiera sido de mí por el camino que había tomado en solitario, imposible para una mujer como yo, inquieta y con deseos de emprender algo. Estoy como tú, aprendiendo y haciéndome a la idea de cómo es el mundo en realidad: muy duro, te lo aseguro, y sólo me he asomado un poco en las tertulias de la abuela.

—Eres muy valiente. Si pierdo el rumbo, dame un coscorrón, por favor.

—No lo dudes. Ahí estaré.

Reímos y volvimos sobre nuestros pasos, camino de casa de la abuela y de la realidad. El verano no había resultado tan tedioso como esperaba y se había convertido en la escuela de la vida: un antes y un después, porque nada sería igual ya que los alumnos habíamos cambiado; ahora, quedaba el graduarse con honores.

Ramiro regresó a Bilbao y los hermanos Quijano me enviaron recado para que me acercase a la terraza del Hotel Real. Dejé los livianos chales y escogí uno de lanilla. Se notaba la entrada de septiembre y el declive del sol, aunque

a mediodía se llegase o se superasen las temperaturas de julio y agosto si soplaban el viento del sur. Me sorprendió el cambio de escenario y me entusiasmó porque, a pesar de vivir cerca, sólo lo conocía de oídas. Había sido inaugurado el anterior verano y, a causa de haber estado ocupado por personajes de la Corte y por el gobierno en pleno, no nos habíamos acercado a conocerlo. Mis amigos habían decidido que había llegado el momento antes de que cerrara por considerar que había terminado la temporada, a finales de septiembre.

Protegida por la sombrilla, ascendí hacia el reciente paseo que conducía al Alto de Miranda. No había muchos árboles y el camino era de tierra. Por esa zona habían comenzado a construir porque, al estar en alto, se dominaba tanto la bahía como el Sardinero: las vistas eran espectaculares, como pude comprobar. Cada paso me acercaba a la casa de Arias. La torre se erguía orgullosa y destacaba contra el cielo azul, el blanco de la fachada resaltaba los aleros de madera oscura y trabajada. Llegué hasta la misma verja de acceso que hacía chaflán entre la calle que subía y la nueva del Hotel Real. La zona era una novedad para mí, acostumbrada al paseo Reina Victoria o al Camino Viejo, que comunicaba el Alto de Miranda con Puertochico.

—¡Hola!

El saludo de Miguel, a través de la verja, me cogió desprevenida.

—Hola. Vives en una casa muy bonita.

—¿Quiere pasar? Desde lo alto de la torre se ve todo —informó entusiasmado el chiquillo.

—Muchas gracias por la invitación pero me es imposible. He quedado en el Hotel Real con unos amigos —expliqué apurada. No me cabía duda de que Miguel contaría en casa que me había visto allí.

—He estado con el abuelo. Es enorme y hay que portarse muy bien.

—¡Qué suerte! Es la primera vez que voy, así que no me descubras sus secretos.

—Hay una gran terraza donde podría pintar los retratos.

—Lo investigaré. Saludos a la familia.

—Se los transmitiré esta noche. Mi padre regresa de Bilbao.

—¡Ah! Le habrá molestado ausentarse por motivos de trabajo y dejaros solos a ti y al abuelo.

—El trabajo lo realiza desde aquí. He oído algo de la policía y de un tribunal. No sé, está muy inquieto desde que ha habido un crimen.

Se me heló la sonrisa, la sangre y el alma. ¿Lo habían relacionado con el crimen? No me lo podía creer. Recuperé el aplomo y me despedí de Miguel. El plácido paseo se trocó en un ansioso caminar para llegar antes. Rodrigo estaría perfectamente informado sobre el asunto y me urgía salir de dudas.

El hotel era majestuoso y se divisaba desde lejos. Llegué al muro de piedra y hierro y anduve hasta localizar la cancela de acceso a un jardín muy cuidado y en cuesta. El edificio había sido construido en la zona más alta. Al igual que la casa de los Arias, destacaba la blancura inmaculada de la fachada contra el firmamento. Accedí al interior por una enorme puerta de cristal con remates dorados y un botones se me acercó. Le pregunté por el salón de té y me precedió hasta allí. La altura de los techos decorados con molduras de escayola, las alfombras mullidas y el silencio casi religioso contribuían a que el cliente se sintiera cómodo en medio del lujo. El salón se hallaba vacío pero comprobé que las ventanas francesas estaban abiertas y llegaba de la terraza el rumor de las conversaciones. Fue tal la impresión cuando salí que no busqué a mis amigos sino que me dirigí, atraída por la espléndida vista de la bahía santanderina que se extendía a mis pies, a la balaustrada de piedra. Allí me quedé durante un rato, deslumbrada por el fulgor del sol sobre el agua y con el alma encogida ante la belleza natural. Cuando me saqué, me volví y distinguí la mano alzada de Eva que reclamaba mi atención.

—Me he quedado impresionada —me excusé cuando llegué a la mesa que ocupaban.

—Hemos sido conscientes del efecto que le ha causado. —Sonrió Rodrigo comprensivo—. Nos sucedió lo mismo. Nadie está libre del hechizo que lanza la bahía.

—No sospeché que tuviera tantas habitaciones. Es el más grande de la ciudad —expresé mi admiración en voz baja, dejando que el tono supliera la exclamación.

—Lo ha construido un jovencísimo Javier González de Riancho, quien también está construyendo el palacete de piedra de al lado. Es un seguidor del camino que ha abierto Leonardo Rucabado —contó Eva.

—Están bien informados —corroboré al tiempo que hacía una seña al camarero.

Pedimos tres servicios de té completos para celebrarlo.

—Hemos hablado con el director, el señor Marquet, y es quien nos ha puesto al corriente sobre las características arquitectónicas. Se le notaba que

lo había repetido muchas veces a lo largo del verano —desveló el misterio Rodrigo y luego imitó al director engolando la elocución—: tiene referencias neofrancesas mezcladas con elementos de la arquitectura regional montañesa.

—Lo realmente apreciables —añadió Eva— son el tamaño, el lujo y las vistas.

—Estoy de acuerdo —ratifiqué.

—Nos ha mostrado una habitación de la esquina con cuarto de baño, calefacción y un salón particular. Nosotros, que estábamos tan ufanos de nuestro Gran Hotel, ahora se nos antoja pequeño —se quejó en broma Eva.

Callamos ante la presencia del camarero mientras depositaba la merienda. Allí no existía la restricción de ningún producto. El servicio incluyó bocadillos de pan de trigo, mermelada y azúcar, todo un lujo en tiempos de guerra, aunque España se hubiera mantenido neutral.

—Al pasar por delante de la casa del señor Arias, me saludó su hijo, Miguel. Lo conozco de la playa —expliqué cuando se retiró el camarero—. Me comentó, con su inocencia, que su padre se hallaba en Bilbao por un asunto con la policía. Lo cuento, no como cotilleo, sino con honda preocupación por los sucesos recientes y me preguntaba si usted, Rodrigo, sabía algo al respecto.

—No, es la primera noticia y también me inquieta. Puedo comentaros que, en la pesquisa por encontrar al asesino, ha habido más mujeres que han denunciado el acoso de caballeros. La policía se ha encontrado desbordada con una serie de denuncias de otras criadas de los hoteles y fondas de la zona y han elaborado una lista de clientes licenciosos con la esperanza de hallar al asesino.

—¡Puf! Una situación muy delicada —opinó Eva con desagrado—. Saldrán a la luz los trapos sucios de los señores y señoritos con mano larga y el subsiguiente escándalo si se trata de padres de familia.

—El tema es muy desagradable y la gente, en general, está nerviosa. Quien más o quien menos ha intentado algo con el servicio —afirmó Rodrigo.

—¿De verdad? ¿Tan extendido está? Perdonad si parezco una ignorante —Recordé la discusión entre Ricardo y Luis, los amigos de Leo. Ricardo reprochaba a Luis que abusara de las pobres criadas del hotel.

—Lo extraño sería que usted estuviera curtida en semejantes temas —aseveró Eva—. Mi situación es diferente, formo parte de una asociación que se hace cargo de las consecuencias de los deslices de esos caballeros.

Ayudamos a esas infelices a traerlos al mundo y gestionamos la adopción o la ayuda necesaria en caso de que quieran quedarse con el niño. Precisamente, intentamos evitar lo que le ha sucedido a esta pobre.

—En este caso ha sido un asesinato, no un suicidio, Eva —corrigió su hermano.

—Y yo que presumía de estar enterada de la vida —reconocí desolada.

No es que desconociera el tema, pero sí que fuera moneda corriente y que mi amiga se hubiera involucrado en algo tan serio. Era muy valiente y su marido un santo adorable.

—Se ha quedado pensativo —noté a Rodrigo.

—No dejo de pensar en la razón que le asiste a la policía para requerir la presencia o la declaración de Eduardo. No me ha comentado nada, igual hubiera podido servirle de ayuda, como tampoco lo he notado inquieto cuando se ha dado a conocer el asesinato.

—¡Por Dios, Rodrigo! ¿Acaso crees que es culpable? —se horrorizó Eva.

—No, en absoluto. La inquietud puede venir del conocimiento de algo circunstancial como que conociera a la víctima, o que se hallara presente en un sitio determinado a la hora adecuada. Hay personas que, a pesar de ser inocentes, les molesta que los relacionen con algo tan escandaloso. Es un auténtico suplicio para la policía localizarlos y conseguir su declaración.

—Lamento haber revelado algo que el chiquillo, sin duda, dijo de forma natural —me arrepentí.

—Los niños oyen y, a veces, cambian el mensaje por no comprenderlo. Nos hemos inquietado, probablemente, sin razón. Lo mejor será dejarlo estar y el propio Eduardo nos sacará de dudas cuando regrese —recomendó Rodrigo prudentemente.

Y esa noche regresó tal y como supe a la mañana siguiente. El mes de septiembre estaba siendo particularmente caluroso, la ausencia de lluvia amarilleaba los prados, aunque los lugareños lo celebraban, pues el invierno resultaba demasiado largo si llegaba pronto. Los encargos de retratos disminuyeron al mismo ritmo que la gradual partida de los veraneantes. Ahora se encontraba mesa en cualquier fonda, incluso habitaciones. Aun así, la temporada estival se prolongaba a lo largo del mes. La hallé mucho más satisfactoria ante la ausencia de la Corte y de los altos funcionarios que rondaban a la sombra. Menos ruido, más tranquilidad, menos agobio y mejor disfrute.

Regresé a mi actividad inicial de pintar marinas. Tapizaría con ellas la pared de mi habitación en Madrid con la esperanza de que me transmitieran el olor a yodo, el sonido de las olas y la inmensidad del mar y del cielo.

—Han llegado las vacas flacas. El negocio no marcha —constató Eduardo a mi espalda.

Sonreí como una tonta, ilusionada por su regreso. Me resistí a volverme para que no notara mi reacción.

—La fama es efímera, contaba con ello cuando empecé.

—¿Regresará pronto a Madrid?

La pregunta era muy directa, pero contesté con naturalidad.

—Nos quedamos todo el mes. Hasta octubre no comienzan las clases.

—Pero sus padres ignoran ese detalle, ¿verdad, señorita Rebelde?

—No sabría decirle, señor Mordaz.

—¿Sabe que estoy desesperado?

Las alarmas se me dispararon ante semejante confesión y me volví con rapidez para mirarlo a la cara. El sombrero sombreaba los ojos, pero la forma de ladear la cabeza y el alzado de la comisura de la boca me reveló que le extrañaba mi súbita reacción.

—No consigo descubrir lo que escondió en el retrato y mi padre y mi hijo se burlan de mí. ¡Qué humillante resulta!

—¡Ah! —Respiré con alivio—. Eso no es culpa de la artista sino del cliente. ¿No pretenderá reclamarme las dos pesetas de más que le cobré?

—En ningún momento se me había ocurrido; sin embargo, usted esperaba otra declaración.

Me había pillado, pero no había tanta confianza como para desvelarle mi preocupación.

—¿Otra declaración? ¿Acaso cree que a mi edad y sin una belleza mítica se me acercan los caballeros a pares?

—Lo que unos desprecian, otros aprecian. Es lo bonito de la vida. He venido a agradecerle su interés por mi bienestar. —Ante mi gesto interrogativo, aclaró—: He estado con Rodrigo y me transmitió la preocupación de ustedes.

—Me alegro de que no se ofenda. El chismorreó no tiene lugar entre amigos.

—¡Amigos! Qué buena palabra cuando se quiere evitar otras. —Iba a replicar la ironía pero no me lo permitió—. Dentro de un par de semanas los hermanos Quijano regresarán a Bilbao. Hemos quedado en reservar una mesa

en el Hotel Real para cerrar la temporada y despedirnos. Espero contar con su presencia. Le comunicarán el día y la hora.

—No faltaré —prometí.

Se llevó la mano al sombrero a modo de saludo y se retiró. De espaldas era más atractivo e inofensivo que de frente, cuando me taladraba con esa mirada verde y me acosaba con la boca retadora. Amigos. ¿Qué había querido decir con eso de evitar otras palabras? ¿Me había llamado mentirosa tan sutilmente que no me había dado cuenta? Pero lo más importante, lo que me estrujó el estómago fue la realidad de que el verano llegaba a su fin y de que regresaríamos, tras un paréntesis, a nuestras vidas.

Doña Brígida y doña Amparo no anduvieron ociosas esos días. Las visitas y reuniones para despedirse de las amistades de ultramar se multiplicaron así como una escapada al puerto para acompañar a los viajeros del vapor a La Habana. Doña Amparo aceptó un puesto en las prestigiosas Escuelas de Valdecilla, creadas bajo el patrocinio del marqués, don Ramón Pelayo, y punteras en cuanto a pedagogía y a infraestructuras tanto para docentes como para los alumnos. Así que se ausentó durante una semana para solventar los asuntos referentes a su nueva ocupación.

Leo y yo nos volcamos en el tenis, donde mi primo descargaba la ira y la impotencia que lo invadían. Ruth siguió asistiendo al teatro y a los bailes del Casino con las amigas, apurando, como todos, el ocio y la diversión.

María Ángeles llegó con la noticia a la hora de comer. El tío Leonardo le había teleografiado que regresaba en el tren del día siguiente. Excitada, elaboró un montón de suposiciones sobre si se avendría a aceptar las condiciones y nos volvió locas. La abuela la dejó desahogarse y le recomendó que desapareciera hasta que se fijara la hora de la entrevista, pues no sería conveniente que se enfrascaran en una disputa que cerraría las posibilidades de llegar a un entendimiento. Sería doña Brígida, con el temple más frío, quien cerrara el acuerdo. No tardó Leonardo Arjona en solicitar una entrevista con su suegra cuando le fue imposible localizar a su esposa.

Ruth se desentendió del asunto, una vez que se aseguró de que no le afectaría económicamente fuera cual fuera la decisión de sus padres y que se llevaría a cabo la separación con discreción, a nadie le interesaba un escándalo. Por el contrario, Leo me rogó que lo acompañara ya que deseaba estar presente en algo que le afectaba tan de lleno.

Lo vimos llegar con paso lento, meditabundo y gesto grave. A mí me pareció un reo que llegaba al tribunal para conocer la sentencia del juez. La abuela había preparado meticulosamente el escenario: había colocado una silla de

brazos de espaldas a la ventana para que su cara quedara en sombra y la del yerno frente a la luz. De esta forma, quedarían desvelados sus pensamientos más ocultos, explicó.

—Los negocios son pura psicología, Alba. Si sientes que eres inferior a tu interlocutor, así será. Debes afrontar las situaciones con seguridad, la cabeza alta y la mente despejada de cualquier pensamiento negativo. He visto a los grandes hombres de negocios y nunca me he achicado ante ellos. Por el hecho de ser mujer, había de ser más fuerte y la fe en mí misma suponía la diferencia entre el éxito y el fracaso.

Nunca perdía la ocasión de aleccionarme sobre las dificultades de una mujer independiente, intentaba transmitirme su experiencia y yo respondía como si fuera una alumna aventajada, aunque lo que había aprendido no era tanto: había que dejar al azar lo menos posible, el cálculo y la anticipación eran claves cuando tendías una trampa y la abuela estaba cazando.

—Buenas tardes, doña Brígida, muy amable por recibirme —Se volvió a María Ángeles—: ¡Ah! Aquí te escondes, entre las faldas de tu madre.

—No te evito, pero reconoce que el dinero es de ella y debemos ajustarnos a su opinión.

—Algo que a ti te conviene —remachó el tío con tono cansino.

Creo que se daba cuenta de que de nada le valía entablar una lucha verbal que no llevaría a ninguna parte; además, estábamos Leo y yo presentes y, si había algo de admirable en su forma de ser, era el decoro y el orgullo que transmitía a su hijo presente y no le iba dejar una mala imagen.

La abuela se sentó y el tío Leonardo optó por la que había preparada, más cercana a doña Brígida. Leo y yo compartimos el sofá.

—Sea pues —concedió el tío Leonardo resignado—. María Ángeles has estado husmeando en las cuentas por lo que me ha contado el administrador, don Eugenio Casado, quien me presentó los libros y también su renuncia al puesto. Desea retirarse y vivir lo que le resta de vida en familia. No me acordaba de lo mayor que es.

—¿No se acordaba? —se extrañó Leo—. ¿Desde cuándo no lo ve, padre?

—Bueno, yo... —carraspeó—. Me enviaba las liquidaciones por correo para que no tuviera que desplazarme. El caso es que don Eugenio se ha limitado a llevar los asuntos como siempre y no se ha amoldado a los nuevos tiempos.

—Con eso quiere decir que los campos están abandonados y no se ha

introducido ninguna mejora para su aprovechamiento —resumió Leo, decepcionado al comprobar que su madre y su abuela no se habían equivocado en su juicio.

Leo admiraba a su padre, quien había sido un buen padre y se había preocupado por sus asuntos y en educarlos, pero debía admitir que era pésimo en las cuestiones de gestionar y administrar, más inclinado a la buena vida y a despreocuparse de todo aquello que le contrariara o supusiera un esfuerzo.

—Sí —admitió el conde—, es una forma cruda de decirlo, pero es la realidad. Por lo tanto, creo que lo más conveniente es que nos pleguemos —incluyó a su hijo— a las exigencias de tu madre y te traspase la administración del patrimonio ya que el título sólo lo dejaré a mi muerte. Eso era lo que usted deseaba ¿no? —preguntó como si su esposa no contara y no erraba el juicio. Hasta que no había intervenido la abuela, nadie se había planteado cómo salir del atolladero.

Y esa simple pregunta me condujo a un nuevo análisis sobre la abuela: ¿por qué no había regresado antes si ya conocía la situación de sus hijos? La excusa de que los negocios la retenían era sólo eso, una excusa. Desde que hablaba con los indios me enteré de que éstos iban y venían sin desatender sus obligaciones.

—Lo expresa como si yo fuera la culpable de su negligencia, Leonardo —se defendió la abuela—. Usted ha cuidado a sus hijos y los quiere, no me cabe la menor duda, aunque haya descuidado a mi hija, pero María Ángeles es adulta y no le voy a responsabilizar de sus actos. Por esta razón, le pasaré la mitad de la asignación que he venido aportando. Podrá vivir cómodamente en el palacete de Madrid, que seguiré manteniendo durante un año, igual que el palacio de Cáceres, donde residirán madre e hija. Leo debe estudiar en Madrid y vivirá con usted. Al cabo de un año, dejaré de hacerlo y tendréis que apañaros con las rentas que mi hija haya conseguido que genere el patrimonio. A Leo y a Ruth les abriré sendas cuentas para su manutención, tendrán una asignación mensual que deberán economizar. Leo, deberás explicarle a tu hermana que cuando se termine, se terminó, y que no habrá más hasta el mes siguiente, así aprenderéis el valor del dinero y a priorizar vuestras necesidades de lo superfluo. Más adelante, fijaremos hasta qué edad os pasaré la asignación. ¿Alguna pregunta?

—Deduzco que María Ángeles vivirá su vida independientemente de mí y que yo soy libre de disponer de la mía, siempre y cuando se mantenga la

discreción.

—No entiendo eso de la discreción, al final se convierte en un cotilleo — replicó la abuela—, pero sí, ésa es la idea. Al vivir en diferentes ciudades, creo que será bastante fácil para ambos y para vuestros hijos. Mañana por la mañana nos espera un notario, amigo mío, quien me lleva los asuntos, pero si prefiere otro de su confianza...

—No, no será necesario. A pesar del golpe que ha deparado a mi orgullo, confío en su honradez. Es una mujer que va de frente.

—Me alegro de que nos entendamos. Leo, coge la tarjeta que hay encima del escritorio y entrégasela a tu padre: es la dirección del notario. María Ángeles y Leo estarán a las nueve en punto en el despacho para realizar las diligencias pertinentes. Yo no asistiré pues es el día de la cena. Confío en que sabréis comportaros como un matrimonio que se separa de común acuerdo por el bien de vuestros hijos.

—Si reaccioné mal el primer día, fue por la sorpresa y por la vergüenza pública que me hicieron pasar. Conozco las reglas de urbanidad mejor que nadie para que me aleccionen —refutó con resquemor.

—Las de urbanidad, no lo discuto; pero las humanas dejan que desear. Mi hija ha sido ninguneada en su sociedad y usted no hizo nada para suavizar el golpe. Pero será mejor que olvidemos nuestras rencillas en favor de la convivencia.

—No habrá tal —negó el conde poniéndose de pie—. Tras la visita al notario, subiré al tren de Madrid. No creo que se vuelvan a cruzar nuestros caminos, señora. Sólo me queda agradecerle la consideración que guarda con mi familia.

—Leonardo —llamó María Ángeles—, pasaremos por Madrid a recoger nuestras cosas. Creo deberíamos mantener una conversación, ya más calmados, sobre cómo obraremos por el bien de todos. Quedan muchas decisiones que tomar.

—Me parece bien, María Ángeles. Leo, ¿me acompañas a la puerta?

Abandonaron la estancia padre e hijo. El tío Leonardo, rígido y serio, abría el camino que seguía Leo obedientemente. A través de los visillos atisbé las dos figuras en el pórtico. Leo asentía tranquilo a lo que le decía el padre. Finalmente, el conde se puso el sombrero y se encaminó hacia la verja y Leo regresó.

—Estudiaré y trabajaré. Le devolveré hasta el último céntimo, abuela.

—Leo, no has comprendido nada. No es una cuestión de dinero.

—A mí me ha parecido que es lo que se ha mencionado en todo momento —contradijo Leo con el ceño fruncido.

—Porque es lo único que le importaba a tu padre: seguir con el nivel de vida que ha llevado siempre. La finalidad de asignaros una paga es que aprendáis a economizar, a no gastar por encima de vuestras posibilidades y, en cuanto a las rentas, ahorrar e invertir. La vida no es sólo gasto. El dinero no es eterno, hay que seguir generando riqueza. Tu padre no lo hizo y ha pasado a depender de la asignación que yo le paso. ¿Así deseas vivir en un futuro? ¿Dependiendo de la fortuna de una mujer?

—No, por supuesto que no —afirmó con vehemencia.

—Lo que gastéis, si te remuerde la conciencia, considéralo un adelanto de la herencia. No me devolveréis nada, pero en el plazo de un año vuestras rentas tienen que llegar para manteneros. Tu madre es muy capaz. La has visto en sus horas bajas, pero la conozco bien y saldréis adelante.

—Gracias, madre, por tu confianza. Espero no naufragar —contestó María Ángeles.

A la mañana siguiente, madre e hijo se desplazaron a la ciudad; mientras tanto la abuela y yo organizamos la cena semanal de la familia. Mis padres llegaron juntos y a mi madre le faltó tiempo para indagar qué había pasado con Leonardo. Fue Ruth, quien le informó del traspaso del patrimonio a su hermano. María Ángeles le explicó que había firmado un poder por el cual la habilitaba para la administración del mismo en ausencia de Leo, quien seguiría con sus estudios en Madrid.

—¿Así que se ha quedado sin asignación? —Era lo que le interesaba y que nadie había comentado: el dinero.

—No. La conserva, querida, aunque más mermada. —La abuela satisfizo la curiosidad—. Se ha portado haciendo gala de la buena sangre que corre por sus venas y no ha puesto dificultades. Imagino que usted habría sido más luchadora por unos inexistentes derechos.

—No le quepa la menor duda —replicó mi madre, frunciendo el ceño para endurecer la expresión—. Y no son inexistentes en un tribunal.

—¿Y ahora cuál es mi posición? —interrumpió Ruth—. ¿A quién tengo que obedecer?

—A ambos, aunque vivirás conmigo —respondió María Ángeles.

—¿Y quién decide sobre el asunto de mi compromiso? Si a ustedes les fue

tan mal, ¿no pretenderán que mantenga la palabra con el hijo de los Vergara?

—Por supuesto que no. —Zanjó su madre cualquier atisbo de duda—. Si ése no es tu deseo, no te casarás con él.

—Me alegro porque no deseo esa boda ni me iré a vivir a ese pueblo con usted, madre, porque voy a casarme con el dueño de mi corazón.

El silencio irrumpió abruptamente en la sala hasta que la risilla de mi madre lo rompió.

—Son las consecuencias de la anarquía y la ruptura con las buenas formas —justificó Lucía con aire de suficiencia.

—No hable muy alto, madre —intervine molesta—. He cobrado durante todo el verano los retratos que he realizado a los turistas y estoy estudiando Comercio en la escuela de Madrid.

Tras la parrafada, expulsada sin detenerme, respiré hondo, liberada de la mentira. Mi madre me miraba atónita, como si le costase entender mis palabras.

—Vayamos por orden, Alba, ahora estamos con tu prima Ruth —se impuso la abuela—. Ruth, eso de casarte, ¿es una ilusión o el caballero en cuestión se ha pronunciado de alguna manera?

—No son imaginaciones mías —se revolvió ofendida—, incluso me había propuesto fugarnos, pero yo me he negado hasta saber cómo se resolvía la situación entre mis padres.

—¿Fugaros? —saltó alarmada María Ángeles.

—¿Quién es ese individuo? —inquirió enfadado Leo—. No puedes amar a alguien que te propone echar lodo sobre tu nombre.

—No es un individuo, sino un caballero, tiene título, no hay nada deshonroso, nos amamos —defendió ardientemente Ruth ante el ataque de su hermano.

—Por mucho título que tenga, no es un caballero quien realiza semejante propuesta —contribuyó mi madre con una chispa de diversión en los ojos.

Estaba muy claro para mí que mi madre disfrutaba con el embrollo, a pesar de que yo había contravenido sus deseos. Había quedado relegada a un segundo plano, como siempre, prefería ignorarme a llevarse una rabieta por mis alocadas decisiones. Estaba segura de que por su mente se habría deslizado alguna idea con tarta nupcial para atajar mis pretensiones, incluso tendría al candidato idóneo; en caso contrario, ¿a qué había venido el

presentarme a tanto aburrido? Para que, al final, viera con buenos ojos al elegido, como mal menor.

—Se equivoca, tía Lucía, todos ustedes lo conocen y es bien recibido en cualquier casa de bien.

—¿No te referirás al conde de Amurrio, verdad? Últimamente os veis mucho —indagó Leo molesto.

—Pues, sí. Es él, un hombre hecho y derecho quien se ha fijado en mí ya que Alba no le hizo ningún caso.

—¿Quién?! —exclamó mi madre pálida. En una fracción de segundo, recompuso el gesto e informó—: Es un picaflor, un hombre con mucha vida y poco fiable. ¿Qué puede querer de una niña como tú? —La descripción y el tono despectivo con el que se refería a Ruth destilaban veneno.

—¿Cómo se atreve? —balbució Ruth al borde del llanto—. ¿Por qué es tan difícil de creer? Que sea joven no es impedimento para que se enamoren de mí.

—¿Ese imbécil enamorado? Pero si revolotea con todas las mujeres del Casino —intervino Leo—. Dinero es lo que busca, por eso quiere que te fugues con él: a lo hecho, pecho.

—¡Orden, orden! —La abuela se puso de pie para imponerse sobre los demás—. Lo mejor será conocer las intenciones del caballero antes de condenarlo. —Ruth se esponjó con la decisión de la abuela—. Le dirás que se entrevistaste con nosotras, tu madre y yo, para establecer los términos de la dote y de la boda. ¿No querrás casarte de cualquier modo? Podrían correr chismorreos que pongan tu honra en tela de juicio.

—¡Oh! Gracias, abuela. Es la única que me comprende. Lamento el distanciamiento entre nosotras, no la conocía lo suficiente.

—Ahora estoy al frente del Condado de Saldaña y creo que me asiste el derecho a opinar sobre el futuro de mi hermana —alegó Leo muy serio, estrenando la responsabilidad traspasada.

—Cierto, Leo, estarás presente también. —Era obvio que mi primo no se refería a eso, por lo que no reaccionó ante la sorpresa—. ¿Por qué no le envías una nota emplazándolo mañana por la tarde, Ruth? Ahí tienes el escritorio. Un criado se la llevará a su casa esta misma noche.

—¿De verdad vais a recibir a un impresentable que ha propuesto una fuga sin ningún decoro ni cuidado por la reputación de Ruth? —se indignó mi madre, de pronto interesada. ¿Qué le iba a ella la situación de Ruth?

Me sorprendió que se lo tomara tan en serio. No ignoraba que eran tal para cual, por lo que solían congeniar tía y sobrina, pero no como para preocuparse por ella más que por su hija. Eso dolió.

—Sí, Lucía. Eso es lo que desea Ruth y es lo que haremos —declaró doña Brígida—. ¿Pasamos a cenar? Tengo hambre. Se ha alargado mucho esto.

De camino al comedor, escuché que la tía le preguntaba a su madre en voz baja: «¿Está segura de lo que hace?». «Segurísima —replicó la abuela—, ¿o prefieres que Ruth se fugue con él ante nuestra negativa? Mano izquierda, hija, mano izquierda».

A la mañana siguiente, me extrañó encontrarme en el vestíbulo con la abuela, quien llegaba de la calle.

—Mucho ha madrugado. ¿Alguna nueva despedida?

—¿Cómo? ¡Ah, sí! —confirmó distraída mientras dejaba en manos del mayordomo la esclavina y el paraguas—. Lamento alterar tu rutina pictórica, pero tienes que acompañarme a la ciudad.

—No es ningún sacrificio, está lloviendo. ¿Qué se le ha perdido allí?

—Nada. Es por ti. Doña Amparo y yo nos hemos tomado la libertad de procurarte un vestido nuevo. No lo rechaces, comprende que doña Amparo se siente en deuda contigo y le hacía ilusión regalártelo.

—No lo haré, no soy tan mal educada, por favor. ¿Un vestido?

—Tu ropero no es muy amplio que digamos y predominan vestidos camiseros y ropa cómoda, muy apropiada para el campo y la playa, pero has descuidado los vestidos para recibir y para los bailes. Noche tras noche, repites los mismos.

—Mi intención era pasar un verano entre pinturas, playa, tenis y paseos. No contaba con... —iba a mencionar a mis nuevas amistades, pero había otra la razón más importante por la que el verano había sido inesperado— ... conocerla a usted.

La abuela esbozó una agradable sonrisa que alcanzó a su mirada, en la que volcó todo el amor que guardaba para la familia. Era la matriarca que había regresado para quedarse y velar por nosotros.

—Robé uno de tus vestidos para calcular las medidas; aun así, es necesario ajustártelo en persona si queremos que te sienta como un guante y puedas estrenarlo el día del baile en el Hotel Real.

—¿Un vestido de baile? ¡Qué atenta, doña Amparo! Las noticias corren por el Sardinero, imagino que han saludado a los hermanos Quijano y les han informado de nuestros planes.

La abuela no contestó sino que se fijó en Leo, quien bajaba por la escalera en ese instante.

—Buenos días, ¿has descansado bien? —se interesó doña Brígida.

—Creo que sí. Me costó dormirme —reconoció mi primo—, me abrumba tanta responsabilidad.

—Nadie te exige más de lo que puedas dar; aun así, tienes veinte años. Vuestros padres os han criado entre algodones, no se lo reprocho; pero debéis espabilar, ya no sois unos niños.

—Este verano he madurado de golpe —confesó Leo a la abuela—. Mi familia se ha roto y se han terminado mis días de juegos. —Se volvió hacia mí—. ¿Cómo has podido sobrellevar tus estudios en silencio y a espaldas de todos, Alba? Eres muy decidida, siempre lo has sido, mucho más que yo.

—No te arrugues, Leo, tómatelo como un partido de tenis: concentración, entrenamiento y, al final, la meta. Así es como yo lo veo y no me permito flaquear por temor a que las cosas no salgan bien.

—Buena filosofía —aprobó la abuela—. De todas formas, mientras yo viva, podéis contar conmigo para lo que necesitéis y no me refiero a dinero. Me gustaría que me reconocierais como vuestra abuela, receptora de vuestras alegrías y tristezas.

En ese momento se me ocurrió. Nunca he comprendido de dónde surgen las ideas ni por qué, pero se me apareció el retrato de la abuela tan nítido y magnífico que parecía que ya estaba pintado.

—Gracias. A pesar de las circunstancias, me alegro de que haya venido a España. Esta vez, se lo digo con conocimiento.

Doña Brígida se emocionó ante las sinceras palabras de Leo. Una vez más, mi primo mostraba el maravilloso fondo como persona que habitaba en él. Desempeñaría su función de conde como, en mucho tiempo, ninguno de sus ancestros lo había logrado.

—Desayunad. Alba, te espero aquí a las diez.

Doña Brígida se perdió en el salón para leer la prensa y nosotros entramos en el comedor.

—Tengo hambre —apremió Leo—. Ayer ni me enteré de que había cenado de tan impresionado como estaba. Últimamente las cenas familiares son como para generar infartos y dolores de estómago. ¿Habrás más sorpresas? No sé en qué va a acabar todo esto.

—Ahora lo importante es tu hermana —le recordé.

—Esta tarde, no lo olvido. ¿Te das cuenta de que he pasado a ser el cabeza de familia? ¿Qué se espera de mí? Sólo pienso en divertirme y me han cargado con un montón de responsabilidades.

—Leo, no dramatices. Eres un chico sano, inteligente, con principios recios. Tu prioridad es terminar los estudios para después gestionar el patrimonio del condado junto a tu madre, ella te ayudará. En cuanto a tu hermana... ya veremos. Confía en la abuela.

—No me gusta el conde y la abuela lo va recibir.

—Yo creo que pretende que a tu hermana se le caiga la venda de los ojos y eso no lo logrará si se opone de frente. Doña Brígida es muy ladina para manejar este tipo de situaciones.

—Eso es lo que me agobia. ¿Seré capaz de dirigir con la misma inteligencia que ella?

—No te compares con nadie, siempre saldrás perdiendo, sé tú mismo. Lo cierto es que no da puntada sin hilo y eso me produce un escalofrío. Tampoco estoy a su altura si te consuela. Los años vividos son cruciales para obtener esa sabiduría, pero estamos en el buen camino con semejante maestra.

Esa mañana se me pasó en un suspiro. Cuando salimos de la modista, había dejado de llover así que realizamos unas compras en las calles de la Blanca y de San Francisco. Al mismo ritmo que el Sardinero se despoblaba, el centro de la villa santanderina cobraba vida.

—¿Cuándo se trasladará aquí?

—No hay una fecha decidida. Quedan muchos asuntos pendientes antes de recogerme para pasar el invierno y uno de ellos es el de tus padres. Debo resolverlo antes de que Sonsoles y los niños regresen a Madrid. Y, cuando me dejen el piso libre, ya veremos, no hay prisa.

—El Sardinero debe de ser muy deprimente tan solitario y con mal tiempo.

—A veces, la soledad guarda su encanto, nos obliga a reflexionar. La fecha límite será cuando cierren los hoteles y las fondas y creo que siguen a lo largo de octubre ya que se dedican a limpiar y a recoger al finalizar la temporada.

No fuimos las únicas que aprovechamos el mal tiempo para acercarnos a la ciudad pues saludamos a algunas vecinas del Sardinero. Regresamos en el coche de la abuela cuando arreciaba la lluvia de nuevo. La comida transcurrió tranquila, cada uno sumido en sus asuntos. Era una de las cosas buenas de la abuela, no obligaba a hablar y, si no tenía nada interesante que aportar, no

obligaba a un diálogo lleno de banalidades. La más inquieta era Ruth, aunque no era para menos ya que esa tarde se dilucidaba su futuro.

Nos retiramos a descansar y yo, como acostumbraba, saqué mis pinturas y me situé en el mirador redondo: intentaría plasmar la visión fugaz que había tenido sobre la matriarca de los Ansorena. El proyecto era ambicioso pues pretendía realizarlo de memoria. Antes de decidirme, pasé un buen rato contemplando la blancura en un alarde de cálculo. Suspiré y decidí trazar un esbozo lo más completo posible en otra lámina, para que luego me permitiera ejecutarla con más rapidez. Aquello me iba a llevar más tiempo de lo que había pensado.

Fue una llamada en la puerta principal la que me recordó la tragedia que se avecinaba, pues nadie de la familia sentía la menor inclinación a aceptar un pretendiente jugador y mujeriego, cuando doña Brígida estaba realizando limpieza de parásitos familiares.

Distinguí abajo a la tía María Ángeles, que llegaba con antelación. Me quité el mandil lleno de lamparones de pintura, me lavé las manos y me atusé los pelos. No me cambié de vestido y pensé en el disgusto de mi madre si me viera con el mismo vestido todo el día. En el rellano coincidí con Leo, perfectamente trajeado y repeinado.

—Muy elegante, primo.

—Intento no parecer un imberbe ante Goicoechea. ¿Tendré que romperle las narices? —consideró la opción preocupado.

—No. La abuela es más sutil.

—Ya. Y demoledora. Mi padre se fue muy abatido.

—¿Y qué me dices de tu madre?

—Está muy bien. Se mantiene sobria por primera vez en mucho tiempo y ha perdido esa melancolía en su expresión.

—Han cambiado los papeles.

—Hubiera preferido unos padres felices.

Habíamos llegado al vestíbulo y dejamos la conversación al entrar en el salón. Ruth ya se encontraba allí, hecha un manojo de nervios y muy peripuesta con un delicioso vestido que le sentaba como un guante. Reparé en que la abuela había dispuesto el escenario otra vez, aunque de forma diferente: el señor Goicoechea quedaba de espaldas a la puerta y a las ventanas. Habían encendido la lámpara de araña a causa de la oscuridad exterior, persistían la lluvia y el cielo encapotado. Cuando iba a tomar asiento, la abuela me detuvo.

—Vosotros tres ahí, en el sofá. Permaneceréis un poco aparte ya que el peso de la conversación recaerá en nosotras —indicó a su hija—. Sois testigos mudos.

No había terminado de decirlo cuando sonó la aldaba de la entrada. El mayordomo, que estaba sobre aviso, abrió. Oímos la conversación sobre la lluvia que mantuvieron mientras Ramón se hacía con el paraguas y el capote del conde. Después de unos minutos, lo anunció y dio paso a Álvaro de Goicoechea, quien se deshizo en saludos y reverencias a las señoras de más edad. Después del revuelo, se sentó donde le indicó la abuela, y se hizo el silencio.

—Ahora que lo tengo delante, comprendo que mi nieta haya caído rendida a sus pies. —La abuela había decidido romper la incomodidad con una conversación banal.

—Y yo soy el mayor admirador de los méritos de su nieta, que son muchos —correspondió galante.

—¿Los méritos o el dinero? —preguntó abruptamente la abuela sin descomponer el gesto amable.

Tal fue la salida de tono y la impasibilidad de doña Brígida que comprendí el aturdimiento de Álvaro Goicoechea, quien no reaccionó ante semejante acusación.

—¿Señora? Indudablemente los méritos —contestó muy digno y tieso—. Precisamente, acudo a usted para pedirle la mano de la señorita Arjona y a comentarle el origen de la fortuna de mi familia, así como del título que nos pertenece desde generaciones.

—El título es lo de menos, hábleme de esa fortuna con la que piensa mantener a mi nieta.

Para mí no hubo equívoco en las palabras empleadas por la abuela, pero Álvaro Goicoechea, nervioso y confundido fuera de las formas cortesanias, no se percató y siguió adelante.

—Poseemos minas de arrabio en los montes de Triano.

—Sí, pero he oído que a causa de la presencia de un submarino alemán en el cantábrico ustedes no pueden transportar el mineral hasta Inglaterra, así que están estancados. Por otra parte, las grandes siderurgias europeas no estarán en condiciones de comprar por falta de dinero. Buscarán una aleación más barata para salir adelante, así que sus minas están a punto de cerrar ante la imposibilidad de vender.

—Ignoro quién le ha informado en esos términos tan negativos. En economía no se puede adivinar el futuro —refutó el conde entre sorprendido y ofendido por el atrevido y preciso análisis de la abuela.

—Claro que se puede si se está bien asesorado, pero claro, usted pasa más tiempo entre las piernas de las mujeres que al frente de las minas.

Una exclamación de estupor surgió de las gargantas de los presentes, mientras que el señor Goicoechea palideció ante el grosero agravio.

—Porque usted es una señora, en caso contrario tendría que hacer frente a semejante ofensa.

Se levantó violentamente y yo agarré a Ruth para que no hiciera lo mismo y se situara junto al conde.

—Si no me cree merecedor de la mano de su nieta, no es necesario que me insulte, me basta con una negativa.

—No, no le basta ya que su intención es fugarse con ella. Como verá estoy al cabo de la calle de sus manejos.

Unos fuertes aldabonazos en la puerta de la entrada nos calmaron a todos, pues Ruth luchaba por soltarse de mi custodia y de la de Leo. Con los sombreros y las capas chorreando agua, se abrieron paso dos caballeros que ocuparon la puerta y parte del mirador redondo que quedaban a la espalda de los reunidos.

—Buenas tardes, señoras, señores... Soy el comisario Leandro Cuesta y mi ayudante el inspector Daniel Valle.

Aquello me cogió por sorpresa, como a los demás, excepto a la abuela, como pude comprobar de reojo, quien se adelantó a saludar.

—Buenas tardes, señores. ¿Qué les trae a mi casa?

Demasiado formal, demasiado estudiado para ser natural. Doña Brígida se traía algo entre manos.

—Llevamos varios días buscando al señor Álvaro Goicoechea. Pusimos vigilancia a su casa, pero no se ha presentado a dormir. Tampoco ha regresado a su residencia en Bilbao así que hemos vigilado la zona y el agente de turno nos indicó que lo había visto entrar aquí —explicó el comisario.

—Estoy en casa de un amigo. No entiendo para qué me requieren y por qué se han tomado tantas molestias.

Para quien no lo conociera aparentaba tranquilidad; sin embargo, sus ojos rodaban por la sala en busca de otra salida, abría y cerraba la mano muy deprisa y la palidez se había acentuado así como la rigidez del cuerpo. Los

policías, habituados a estas situaciones, se percataron de la intención del conde.

—La casa está rodeada por los agentes. Le rogamos que nos acompañe y no cometa una imprudencia —advirtió el más joven.

—¿Me llevan detenido? ¿De qué se me acusa? Señora, necesito el teléfono para informar a mi abogado.

—Dispondrá de teléfono en la comisaría y se le acusa del asesinato de María García. Hay un testigo que lo ha identificado como su amante y padre de la criatura que esperaba. Además, hemos tenido la inmensa fortuna de contar con la ayuda de un detective que seguía sus pasos —informó el comisario.

—¡Eso es una infamia! Alguien se ha tomado mucho trabajo para calumniarme y ya imagino quién es, el desgraciado de Eduardo Arias. ¿Cómo pueden fiar de la palabra de un hombre que está bajo la sospecha de haber asesinado a su mujer?

La mención de Eduardo me trajo a la memoria su visita por el juzgado de Bilbao y la del detective, la imagen del hombre fuera del contexto social que abordó a Eduardo.

—Tenga cuidado con lo que dice —recomendó el policía más joven mientras mostraba las esposas—, puede ser utilizado como confesión. Por favor, no complique más las cosas.

—¡No hace falta que me humillen con ese artilugio! —rechazó furioso una vez superada la sorpresa—. Saldré por mi propio pie.

Los policías no confiaron en su palabra y lo sujetaron cada uno de un brazo. El mayor inclinó la cabeza en dirección de la abuela y salieron del salón llevándose en volandas al conde de Amurrio, seductor de mujeres.

En cuanto escuchamos que la puerta se cerraba, corrimos a las ventanas del mirador redondo para presenciar la ignominia del señor Goicoechea hasta el final. Había un furgón cerrado, con una puerta de hierro y custodiado por dos agentes al que subieron al conde. En otro coche, lo siguieron el resto de los policías. Hasta que no se perdieron cuesta arriba hacia el Hotel Real para tomar el Camino Viejo del alto de Miranda, no nos percatamos del coche de la abuela, que permanecía apartado y por cuya ventanilla asomaba la cabeza de mi padre. En cuanto quedó la entrada despejada, entró el coche y se apearon mis padres.

Nos retiramos de las ventanas y Ruth, impresionada por lo que había

presenciado, rompió a llorar desconsoladamente. La tía María Ángeles acudió a su lado y la abrazó.

—Mi niña, mi pobre niña. De buena te has librado con ese libertino —susurraba—. Ya pasó todo.

—¡No! ¡No ha pasado! Me he pavoneado ante mis amigas de la pedida de mano.

—¿Qué ha sucedido? —indagó mi madre demudada desde el umbral de la puerta.

Por primera vez contemplé a mi madre afectada, pálida y nerviosa. No era para menos ya que todos habíamos compartido tertulias, bailes e invitaciones con el conde y ella se llevaba especialmente bien con Goicoechea. Seguramente, esa misma noche, el Casino sería un hervidero de habladorías y gestos horrorizados ante la depravación del ameno, divertido y apuesto conde de Amurrio. ¡Quién lo iba a decir! Hasta yo estaba atónita ante la acusación de los policías.

—Lo importante ahora no es el orgullo, sino el corazón, Ruth —contravino la abuela—. Es el momento oportuno de realizar un viaje a una zona más cálida. Creo que os vendría muy bien a madre e hija un recorrido por Granada, Málaga, Cádiz y Sevilla. Si hubiera terminado la guerra, os habría invitado a Italia.

—¿Ahora? Tenía planeado instalarme en Cáceres. Habrá que ver en qué condiciones está aquel caserón —se quejó María Ángeles, ansiosa por tomar posesión de su nueva vida.

—¿Quién sabe cuándo tendrás otra ocasión? Mañana sacas los billetes a Madrid para dentro de dos días. Allí organizáis el traslado de vuestras pertenencias a Cáceres y, mientras os las llevan, recorréis Andalucía. El plan es perfecto.

—¿Qué te parece? —preguntó la tía a su hija.

—Bien, con tal de desaparecer de aquí —asintió llorosa Ruth.

Al igual que la abuela, me inclinaba más por un orgullo herido que por un corazón roto. Se le pasaría pronto con el cambio de aires.

—¿Por qué nos ha convocado, madre? —inquirió mi padre.

—Te he convocado, en singular. Ramón debió de entenderme mal. Lamento la equivocación. Necesitaba de tu opinión para una inversión que tengo planeada.

Algo en el gesto de mi abuela o mi intuición me avisaron de que era una

frágil excusa para que mis padres estuvieran presentes durante la visita del conde. Lo que se me escapaba era la finalidad, pues aquello no iba con ellos.

Tal y como había imaginado, la noticia resultó ser una bomba en medio de la sociedad veraniega. Aunque la prensa no había ofrecido un artículo en condiciones, sí se cebó con la detención del conde acusado del asesinato, pero nada se decía de lo que habían revelado los policías en casa de la abuela, por lo que dedujimos que no había trascendido toda la historia hasta que no se verificaran las declaraciones y reconocimiento, cara a cara, por parte de la testigo.

A mediodía regresó doña Amparo tras tomar posesión en la nueva residencia habilitada para los maestros de la Escuela de Valdecilla. Llegó exultante y no paraba de hablar sobre los avances higiénicos y sobre los nuevos métodos de enseñanza. Había participado en tertulias con otros compañeros de profesión tan entusiastas como ella.

—¡Ay, Alba! Cuánto poder tiene el dinero bien empleado —me decía con ojos de niña y cuerpo de mujer madura.

Al caer la tarde dimos una vuelta por el Casino para comprobar en primera persona los estragos de la noticia de la detención, mientras que Ruth, que no se atrevía a aparecer en público, y Leo se quedaban en casa rumiando cómo hacer frente al futuro. Ya no se trataba de rumores ni de elucubraciones sino de certezas por lo que se hablaba abiertamente de ello en los grupos. Fue suficiente para que me hiciera una idea de cómo debió de ser el escándalo al que tuvo que hacer frente Eduardo en su día. Álvaro Goicoechea había sido bien recibido en todas las casas, las mujeres se derretían a su paso y los padres de familia lo consideraban un buen partido; sin embargo, esas mismas personas no mostraron ninguna compasión con el caído y lo crucificaron sin rubor, incluso aderezando las narraciones con historias de cosecha propia, como si hubiera poco para que la leña prendiera.

Regresamos en silencio, bastante habíamos escuchado. Antes de retirarme a mi cuarto, detuve a la abuela.

—Usted sabía que la policía vendría. ¿Por eso salió pronto por la mañana?

—Eres muy perspicaz. No ignoraba los apuros económicos del conde ni que rondaba a mis nietas, por lo que lo investigué. Sí, no niegues que lo intentó. El recibirlo ayer por la tarde fue la trampa de la policía, que lo buscaba por el crimen desde hacía un par de días. Él debía intuirlo y no regresó a casa; sin embargo, necesitaba el dinero del enlace y deduje que no desaprovecharía la ocasión de obtenerlo, aunque ignoro cómo pensaba obligarme a soltarlo antes de tiempo. —La abuela meneó la cabeza incrédula—. Imagino que la desesperación empuja a trazar planes atrevidos. No me preguntes cómo la policía lo ha descubierto, no fue de mi interés, mi preocupación era Ruth. Reconozco que ha sido duro para ella, que se siente mortificada, pero es joven y, si adquiere un poco de cordura y con María Ángeles a su lado, saldrá adelante y encontrará un buen marido, alguien que valore sus cualidades y no su bolsillo.

—Lo intentó y yo lo permití, pero no por interés de mi parte, sino por ondear su título ante mi madre y que me dejara en paz. Cuando usted me presentó a la señora de Haro y conté con el apoyo de mi padre, lo aparté. A diferencia de esas personas en el Casino, mantengo que era un amigo divertido y correcto. Personalmente, no abrigo ninguna queja contra él, aunque sí me disgustó su perseverancia en desprestigiar al señor Arias.

—Nunca consideré que estuvieras en peligro, sobre todo cuando me enseñaste el retrato del señor Arias, pero Ruth es demasiado inocente.

—Me preocupan mis primos. Se ha roto su familia, Leo se siente desbordado por la responsabilidad y, ahora, Ruth, con el orgullo por el suelo.

—Así es la escuela de la vida y pueden darse con un canto en los dientes por haber salido indemnes. En esta ocasión, a Ruth le ha salvado que no estaba enamorada. A la chica de la fonda le costó la vida. Ciertos errores se pagan.

—En cuanto a mis sentimientos sobre el señor Arias, no dé nada por sentado. Tiemblo como una hoja ante el pensamiento de que me diga algo porque no sabría qué contestarle. Por su parte, dudo que llegue a proponerme algo.

Nos despedimos y cerré la puerta con las últimas palabras de la abuela resonando en mi cabeza. «Sí, —pensé—, hemos tenido suerte porque estabas aquí, con nosotros».

Para ser sincera, cuando hubiera terminado mis estudios, ¿cómo habría salido adelante? Planes no me faltaban, pero, hasta ese verano, no fui

consciente de las dificultades que entrañaba la independencia: el ser pasto de hombres sin escrúpulos, el escaso salario que percibía una mujer, tal y como había descubierto a través de doña Amparo. Siempre en la cuerda floja y sin una vejez asegurada. Había despreciado alegremente el dinero de la familia. ¡Qué equivocada estaba! ¡Cuántas cosas se podían hacer con dinero! Había madurado y había cambiado mi forma de ver la vida.

Me desvestí y pensé en el baile del día siguiente: ¿qué iba a ser de mi vida? Sí, continuar con mi formación, pero... ya nada sería igual. También había cambiado mi percepción sobre el matrimonio desde que conocí a Eva. Mi mente había cobrado vida propia y volaba libre por un terreno lleno de imágenes y sensaciones eróticas que tomaban la forma de Eduardo: sus manos, su voz acariciadora, sus ojos retadores, la sonrisa sarcástica o el gesto serio. Todo me gustaba y se confabulaba para no dejarme un instante de reposo. Me puse el camisón, deshice el peinado escudriñando en el espejo a la mujer que se miraba en él y no se reconocía. Suspiré indecisa, ahíta y hueca a la vez, perdida en deseos y sensaciones que me esquivaban y no se definían. ¿Qué me pasaba? Me deslicé entre las sábanas y busqué la complicidad del sueño para evadirme de esa mujer desconocida a la que le faltaba decisión. Madurar dolía. ¿Cuándo le había dicho eso mismo a Leo?

El día del baile lo pasé acicalándome para la noche. Mis dos abuelas me persiguieron con potingues para suavizar y abrillantar el cabello, con sales de esto y de lo otro para la piel, que si el collar de perlas o mejor una gargantilla de oro. A la hora de la comida ya estaba bañada, perfumada, con la manicura reciente y lista para el último esfuerzo, después de una buena siesta para que no me quedaran ojeras. Me sentí como una muñeca en sus manos, pero no me atreví a defraudarlas con el empeño y la ilusión que pusieron.

Sospechaba que esperaban que sucediera algo esa noche, pero yo no lo creía. ¿Y si sucedía lo inesperado? ¿Qué deseaba yo? Se me cortaba la respiración ante la posibilidad de tomar una determinación. Me gustaba Eduardo, pero ¿seguirlo a un país extranjero? Era un giro radical en mi provinciana vida. Intuía que faltaba algo, no conseguía esclarecer el qué, me faltaba confianza, empuje, decisión, me ahogaba en un mar de dudas y tensión. Se acababa el tiempo.

A las seis y media regresaron doña Brígida y doña Amparo armadas con cepillos y adornos para el pelo. Me lo peinaron siguiendo la moda griega: el cabello partido en dos y recogido en un moño bajo, sujeto con cintas doradas.

El vestido, suave como un suspiro, se adaptó a mi figura. El cuerpo, recamado en hilos dorados y fina pedrería sobre la seda cruda, terminaba en una banda anudada a la cintura del mismo tono, cuyos extremos caían por encima de la cadera. La falda llegaba hasta un poco más abajo del tobillo y se veían las zapatillas, bordadas y con un poco de tacón. Los guantes hasta el codo habían sido confeccionados con la misma tela. Sobre el vestido, una fina gasa de color tabaco a modo de chaqueta, un poco más corta que el vestido, completaba el elegante atuendo.

—Llévate mi capa ribeteada de piel de marta —ofreció la abuela.

Nos hallábamos en el vestíbulo, aguardando el coche que había ido a recoger a los hermanos Quijano primero.

—Gracias. No sé quién está más nerviosa, si ustedes o yo.

—Nos ha encantado dedicarle el día. —Sonrió doña Amparo—. Siempre la he considerado como alguien muy cercano.

—Bueno, bueno, no vayamos a ponernos sentimentales —cortó doña Brígida—. Ahí llega el coche. Diviértete, hija, y no pienses tanto, lo importante es lo que guardas aquí. —Señaló con un golpe de mano sobre el corazón.

Lo que ignoraba la abuela es que yo desconocía el interior de mi corazón.

El mayordomo me precedió para ayudarme a subir. En el interior se mezclaban el perfume de Eva con el aroma de la loción de Rodrigo y de Ramiro, quien había regresado para ayudar en el traslado a su esposa. Me saludaron muy efusivos y alegres ante la perspectiva de una noche agradable. Al finalizar la cuesta, subió Eduardo, impecable con la chistera de raso y una capa española que dejaba entrever el frac.

Hablamos de la próxima partida de los hermanos y de la incorporación a la rutina invernal. Aquel era el broche al verano y prometimos mantener una fluida correspondencia. Antes de que decayera el ánimo, llegamos a la entrada del hotel, iluminado como si fuera de día. Pasamos por el guardarropa y de allí al comedor donde el *maître* nos condujo hasta nuestra mesa. A juzgar por las reservas, la noche iba a estar concurrida. Nos esperaban sentados Bienvenido, el matrimonio al que realicé el retrato un tanto atrevido y el juez que llevaba la investigación con su mujer. Una vez que nos tomaron nota, quedamos libres para hablar.

—En cuanto llegue a casa retomo mis clases de piano. Necesito dedicarme a una actividad relajante —anunció Eva.

—Lo dices todos los años y nunca dispones de tiempo para cumplir tu sueño

—reconvino Rodrigo.

—¿Qué es lo que le ocupa todo el día como para no poder dedicarle un rato a la música? —inquirí preocupada, según formulaba la pregunta, por si le molestaba la alusión a la falta de hijos.

—Formo parte de una asociación de mujeres que nos dedicamos a atender las necesidades de las familias obreras: asistencia médica, socorro en épocas de frío, atención a los más pequeños que quedan desprotegidos si trabajan ambos progenitores. Es mucho trabajo porque para mantener esta asistencia necesitamos dinero bien obtenido de actos benéficos, o bien, de donaciones, por lo que hay que organizar las fiestas y hay que llamar a las puertas adecuadas.

—Dicho con otras palabras: su oficio es el de pedigüeña —ilustró bromeando su hermano—. Si llama a vuestra puerta, no abráis, os encontraréis con el bolsillo vacío.

—Es una labor muy noble y desinteresada. Y no hay nada indigno en pedir para los demás —replicó la mujer de Raimundo, el marido enamorado.

A pesar de hallarse el juez instructor de la causa que andaba en boca de medio Santander, nadie sacó a relucir el tema. La tertulia transcurrió agradablemente entre recomendaciones teatrales y las posibilidades de que llegase el armisticio en Europa.

Para mi tranquilidad, Eduardo quedaba fuera de mi órbita, entre la esposa del juez y la señora de Raimundo; aun así, de vez en cuando, nuestras miradas se cruzaban y el pulso se me aceleraba. En esas ocasiones, centraba mi mirada en lo que había en el plato para recuperarme y me obligaba a centrarme de nuevo en la conversación más cercana.

Cuando llegamos a los postres, la orquesta había tomado posiciones y templaba los instrumentos para comenzar el baile. El estómago fue el primero en manifestar la ansiedad que me invadía ante la perspectiva de bailar con Eduardo, si éste se atrevía a intentarlo de nuevo. La cercanía, la intimidad que proporcionaba fuera del alcance de oídos indiscretos podrían propiciar lo que me inquietaba, si es que se producía. Me di cuenta de lo estúpidos que resultaban mis planteamientos: lo deseaba y lo rechazaba a la vez. Ese estado de indecisión me mataba.

Abrimos el baile con las parejas cambiadas y en el segundo cambiamos de nuevo, de forma que bailé con Raimundo y después con Rodrigo. En el tercer

baile no hubo escape posible y me encontré en los ansiados y temidos brazos de Eduardo, quien atrapó mi mirada y me escrutó como si leyera en ella.

—Esta noche ha resultado usted particularmente esquiva —arrancó Eduardo sin morderse la lengua.

—¿Esquiva? Deje las apreciaciones a la pintora, por favor, el término exacto es apesadumbrada. Ha sido un verano inesperado y me entristece que termine.

—Inesperado no me dice nada. ¿Para bien o para mal?

—Para muy bien, mejor de lo que habría esperado en cualquiera de mis sueños. He conocido a mi abuela, ha venido mi vieja institutriz, he aprendido que hay un mundo muy diferente al que estoy acostumbrada y he ganado unos amigos auténticos.

—¡Uf! Amigos. Esa palabra se me indigesta últimamente —se quejó Eduardo con la sonrisa bailando en la verde mirada.

—A mí me encanta —rebatí prestamente—. Sinceramente, no me había dado cuenta de lo solitaria que era mi vida hasta este verano.

—Es una consecuencia de la rebeldía contra lo que le rodea.

—¿Sugiere que tendría que haberme adaptado? —Fingí que me indignaba.

—No, en absoluto. Hubiera perdido esa esencia que envuelve todo lo dice y hace y que lo convierte en algo tan personal.

—Eso me ha sonado a halago, inusual en usted.

—Su memoria deja mucho que desear, he pasado la mayor parte del verano regalándole los oídos.

Se acercó más de lo debido para deslizar esas palabras y su aliento resbaló por mi cuello produciéndome un escalofrío. La conversación se volvía demasiado íntima para mi seguridad, así que di un giro inesperado y fuera de lógica.

—Le doy la razón, mi memoria es pésima. Cuando detuvieron al conde, éste vertió una acusación contra usted a pesar de que lleva ausente cinco años de España. Perdome mi curiosidad: ¿cuál es la causa de tanta inquina? Me intriga por encima de lo que dicta la buena educación.

—No hay nada que perdonar. Es la primera vez que se interesa por mí y me complacerá ofrecerle una explicación. Será larga. ¿Terminamos el baile en otro momento y salimos a respirar aire fresco?

Por una de las ventanas francesas accedimos a la gran terraza. La habían dividido en compartimentos con grandes maceteros alargados para ofrecer un

poco de intimidad a los grupos. La luna iluminaba las oscuras aguas de la bahía que se extendían a nuestros pies. El paisaje era el mismo y diferente, antes de día y ahora de noche. Me empujó suavemente con una mano en la espalda hacia un lado más apartado y menos concurrido, aunque igual de iluminado que el resto de la terraza.

—Si le incomoda lo que vaya contarme, no tiene por qué seguir adelante. — Me arrepentía de mi indiscreción.

—No lo estropee ahora con un falso pudor. Aprecio su sinceridad y no se preocupe porque pueda tacharla de chismosa, me consta que no lo es, por esa razón me alegro de que haya dado este paso.

—Cada vez que abre la boca me deja más intrigada.

—Lo que voy a revelar no me deja en buen lugar; sin embargo, creo que es necesario que conozca la parte menos agradable de mi carácter. Las personas no somos perfectas aunque así deseemos parecerlo ante los *amigos*. —La última palabra la pronunció con retintín y acompañada con una mirada burlona.

Esbocé una sonrisa que enseguida torné en un gesto serio, pues no era tan necia como para no adivinar que me iba a revelar algo grave.

—Cuando quedé liberado de los cargos por la muerte de Adela, mi esposa, y antes de partir a los Estados Unidos, contraté un detective. La realidad fue que Adela se suicidó, pero no por mi reacción, sino por el abandono de su amante. Ella se había enamorado perdidamente de ese hombre, como me confesó en medio de la disputa. A la policía y al tribunal les pareció irrelevante buscar al hombre que causó la acción por no considerarlo responsable del acto de una mujer desequilibrada. No era la primera persona que se suicidaba por amor y no se considera culpable al objeto que lo ha generado. Hasta ahí, correcto. Pero, durante el proceso, las amigas de Adela me inculparon y se ofrecieron como testigos para enlodar mi reputación. Mejor no repetir lo que se dijo allí. No obstante, me llamó la atención la inquina que demostraron en las afirmaciones que realizaron y transmitieron como confesiones o confidencias que Adela realizó sobre mí. La única persona consciente de la mentira era yo. Adela y yo no nos queríamos, pero me respetaba, como yo a ella. De hecho, le había ofrecido la posibilidad de anular el matrimonio, aunque le dejé claro que se marcharía sin Miguel. Esa fue la verdadera causa de la discusión, la custodia del niño. Como verá, no es razón para tirarse por la ventana cuando se está encinta.

—Entonces, ¿por qué se suicidó?

—Tras la discusión, me encerré en la biblioteca y, en el entretanto, llegó una nota que no se encontró posteriormente. La declaración de la doncella fue decisiva para librarme de la acusación. Se la subió y regresó a la cocina. Poco después, se arrojaba por la ventana y la nota no apareció. Se deshizo la habitación en busca de escondrijos sin resultado.

—Si había un testigo, no comprendo por qué lo acusaron.

—La policía consideró que, mientras la doncella estaba en la cocina, yo podría haber subido, empujarla y bajar de nuevo y, aunque el margen de tiempo era razonable, si no llega a ser por las declaraciones de las amigas, no hubiera habido caso. El juez era un buen hombre, desestimó los chismorreos y se atuvo a los hechos, así que me liberó de los cargos por falta de pruebas.

Eduardo se interrumpió y me miró a los ojos con esa sonrisa ladeada, con la que avisa que va a atacar.

—Le brillan los ojos. ¿Fascinada con el relato de mis tribulaciones?

El rubor me subió de golpe y abrí la boca sin saber qué responder, porque comprendí al instante que, dijera lo que dijera, sonaría a la mentira que era.

—Pues sí —balbuceé—. Lo siento, no...

—No, por favor, no se disculpe, es un auténtico folletín. Una pena que no abrigue el alma de un escritor.

Sonreí ante su indiferencia o sentido del humor ante un revés tan traumático. Me percaté de que había perdido la rigidez con la que lo conocí, como si se sintiera aliviado y liberado a la vez.

—Como le iba diciendo, contraté un detective. Sólo le costó una semana averiguar quién era el amante y cuál era el piso en el que se encontraban. Adela no había sido muy cuidadosa y, tras salir en la prensa, enseguida la reconoció la portera del edificio, así como al amante. Tampoco fue difícil averiguar de quien partió la idea de culparme, ya que las amigas de Adela eran bastante locuaces y el conde de Amurrio, el amante, las frecuentaba. Y aquí comienza la parte menos atractiva y más humana de mi persona: planeé la caída de Goicoechea. Durante estos cinco años, el detective ha ido recabando información y pruebas que lo incriminen, mientras yo atacaba el negocio familiar desde Inglaterra. Entre la ruina de las minas de arrabio y el endeudamiento por el juego y las apuestas, el señor Goicoechea se halla en la mendicidad; si a esto le añadimos la acusación por asesinato, a la cual he

aportado los informes que el detective ha recabado, el conde lo tiene muy difícil para salir airoso.

Lejos de juzgarlo por la venganza, volví la vista hacia la oscura bahía, analicé lo que había escuchado y me interesé por los cabos sueltos de la historia.

—No comprendo cuál era el interés del conde en acusarlo de la muerte de su esposa.

La falta de respuesta me obligó a mirarlo. Sus ojos brillaban como si fueran de cristal, anegados de lágrimas sin derramar. La distancia entre los dos desapareció con el acercamiento de Eduardo, quien me tomó la cara entre las manos y me besó largamente o eso me pareció. No reaccioné por la sorpresa, pero sentí el calor y la humedad de sus labios sobre los míos, el corazón acelerado y la respiración contenida. Cuando se separó, mis pulmones liberaron el aire y yo, incapaz de moverme, me apoyé en su mirada.

—Yo tampoco. Por cómo se desarrolló el asunto, imagino que temía que la nota apareciera y se adelantó a crear un culpable. Seguramente, habría preparado alguna justificación que encajara. He de reconocer que tuvo mucha suerte y la nota quedó en un misterio sin resolver. ¿La quemó? No se encontró ceniza. ¿Se la tragó? Me parece algo impensable. La única opción razonable es que se tiró con ella en la mano y se la llevó el aire en la caída.

Para mí, las razones del conde habían perdido importancia y mi mente volaba en un vano intento de digerir lo que acababa de suceder: me había besado.

—Tranquilícese. Hoy no le voy a preguntar nada. ¿Regresamos?

—¿Tan transparente resulto? Hoy, no, pero es evidente que tiene alguna intención.

—No voy a entrar en ese juego de las medias palabras. Cuando sea el momento, hablaré. ¿Nos incorporamos al baile? —insistió.

Habíamos entrado en el salón, nos enlazamos y giramos al ritmo de la música, en silencio, arropados por el calor del otro, con las miradas cruzadas y los labios palpitantes, con el deseo insatisfecho y sin atrevernos a llegar más allá.

Cedió su puesto a Rodrigo, quien me procuró un poco de distracción, por lo que no me percaté de lo que sucedía en el otro extremo hasta que se armó un revuelo. Uno de los camareros se desmayó y el estrépito de la bandeja contra el suelo detuvo el baile. Cuando nos aproximamos, Eduardo se hallaba junto al hombre desvanecido e intentaba devolverle la consciencia, mientras otro, que se identificó como médico, le tomaba el pulso.

—Este hombre está gravemente enfermo —declaró el doctor—. Le consume la fiebre y por las manchas caoba de su rostro deduzco que debe de ser gripe lo que le aqueja.

—Le dolía el cuerpo —confirmó un compañero de trabajo.

Como si hubiera mentado al diablo, los curiosos se apartaron del infectado y las exclamaciones de pánico de las señoras llenaron el salón. Algunas personas se apresuraron a abonar la cena y a retirarse, otras menos alarmistas continuaron de charla; mientras tanto, la orquesta retomó los acordes por indicación del *maître*, quien se esforzaba para que se recuperase el ambiente festivo. Se llevaron al enfermo, pero las ganas de diversión habían terminado.

—¡Vaya despedida! —se dolió Eva—. Con lo bien que nos lo estábamos pasando.

—Lo prudente será que nos retiremos también —propuso el juez—. Me habían dicho que hay un nuevo brote de gripe y que en los hospitales de San Rafael y de Morales no quedan camas.

—Mañana sin falta partimos hacia Bilbao —decidió Ramiro y Rodrigo no contradijo a su cuñado.

—Nos despedimos aquí, querida amiga. —Se volvió Eva hacia mí.

—Nos queda el consuelo del correo, aunque no será lo mismo —contesté con la congoja instalada en la garganta. ¡Qué triste es despedirse de las personas a las que queremos!

Los señores se rezagaron para hablar con el *maître* y nosotras nos encaminamos al guardarropa para recuperar las prendas de abrigo. En el vestíbulo del hotel volvimos a despedirnos y a repetir las promesas de mantenernos informadas. Raimundo y su señora, que habían alquilado un coche, se marcharon con los Quijano y Bienvenido, el juez partió con su esposa y nos quedamos solos Eduardo y yo. Subimos al coche de mi abuela y Eduardo, en lugar de sentarse enfrente, como manda la buena costumbre, se situó a mi lado y me cogió la mano para, sin pronunciar una palabra, acariciarme la parte interna de la muñeca. Nunca pensé que algo tan sencillo procurara tanto placer. Reprimí un gemido y me recompuse lo mejor que pude sin retirarla. Alcé la vista y descubrí que me observaba, aguardaba mi reacción.

—No parece que la paciencia sea su fuerte —acusé.

Suspiró profundamente, pero no me soltó. Echó una ojeada por la ventanilla en el momento en que el mecánico detenía el auto.

—Afortunadamente el trayecto es corto. Le deseo felices sueños —dijo antes de abrir la puerta y saltar al exterior. La noche lo engulló en cuanto cerró la verja y el coche inició el descenso hacia casa. ¿Qué había querido decir con que por suerte el camino era corto? ¿Habría sucedido algo más en caso contrario?

Aunque habían dejado el farol de la puerta encendido, la casa estaba en silencio. Subí sigilosamente y me perdí en el interior de mi habitación a revivir el beso y la caricia de Eduardo, mientras el hormigqueo perduraba en mi piel. ¡Qué noche tan extraña! Había sucedido todo y nada a la vez; la sensación de irrealidad flotaba a mi alrededor, aunque los sentidos permanecían despiertos.

A la mañana siguiente, bajé un poco tarde a desayunar. Mis primos habían salido y mi abuela y doña Amparo se habían demorado, aparentemente, para comentar las noticias de la prensa. Tras los saludos, dejaron que me sirviera mientras ellas continuaban con su charla.

—El periódico se muestra cauto —opinó doña Amparo—, habla de bastantes recuperaciones, pero la realidad es que la población está mal nutrida por el encarecimiento de los alimentos y quien pasa hambre es presa fácil para la enfermedad.

—Estoy de acuerdo. Será un invierno duro haya paz o siga la guerra, pero si la gripe se convierte de nuevo en epidemia, Dios nos coja confesados —

convino doña Brígida.

—Es una epidemia, como esta primavera —ratificó doña Amparo pesarosa—. La cuestión será la virulencia con la que se desate, en caso contrario no habrían aplazado la apertura de las escuelas. ¡Con la ilusión que me hacía incorporarme a mi nueva etapa como maestra!

—Anoche, en el Hotel Real, uno de los camareros se desmayó. Un médico que se hallaba presente diagnosticó que era gripe. Se habló sobre ello y comentaron que el hospital de San Rafael estaba saturado de casos —intervine.

Doña Amparo se santiguó como si se hubiera confirmado su presagio.

—¿Eso es lo más relevante que sucedió en el baile?

La abuela no estaba dispuesta a que la gripe la desviara de su finalidad.

—Pues sí, ya que la gente se puso nerviosa y dio por terminada la velada —contesté reacia a satisfacer la curiosidad de mis dos abuelas, quienes me escrutaban de tal forma que me sentí transparente.

—¿Y antes de tan nefasto suceso? Cuéntenos algo —insistió la abuela que ya presentía algo.

—El Hotel Real es muy diferente del Casino. Son dos edificios imponentes, con mucha clase y estilo, pero el refinamiento en el servicio y el trato es mejor en el hotel. En las mesas destacaban unos centros florales preciosos y distintos en cada una, los platos estaban exquisitos y...

—¿Y el señor Arias? ¿Cómo estaba el señor Arias? —interrumpió doña Brígida con una sonrisa maliciosa.

—Muy elegante, abuela —respondí concisamente, pero el rubor que invadió mis mejillas traicionó mi aparente indolencia.

Doña Amparo rio sin disimulo, moviendo la cabeza repetidamente como si negara algo.

—Vamos, que sigues sin decidirte —concluyó la abuela con un suspiro.

—Es él quien tiene que dar el primer paso —me defendí—, siempre y cuando realmente sienta algo por mí.

—No lo dará mientras tú no le envíes una señal. Está esperándote —aclaró doña Brígida como quien habla a un niño.

Recordé el sarcasmo con el que Eduardo pronunciaba la palabra *amigos* cada vez que yo lo decía. ¿Esa era la razón por la que no se arriesgaba?

—Lo cierto es que sí hubo algo nuevo. Me contó toda la historia sobre la muerte de su esposa y el papel que jugó el conde de Amurrio en ello.

—¡Ah! —exclamó satisfecha la abuela—. Entonces sí ha habido un avance. ¿Y qué opinas al respecto?

—¿Usted ya lo sabía? —recelé de la falta de curiosidad. Le importaba más mi opinión que desvelar la verdad.

—Mi querida nieta, ¿qué crees que fue lo primero que hizo un hombre de su posición, responsable y al que todo hijo de vecino lo señala con el dedo, en cuanto se fijó en ti? Tras los dos intentos de tus progenitores de alejarlo, en una de tus ausencias se presentó para hacerme partícipe de sus intenciones y me contó su historia. Por esa razón contraté el mismo detective que tenía él, un hombre experto y que, además, resultó un acierto. Creo que estaba de la mano de Dios que se impartiera justicia.

—No se sienta violenta —intentó calmarme doña Amparo—. Es un hombre de principios y actuó según su conciencia. Con esa reputación, sintió que su deber era poner en antecedentes a la familia y contar con su aprobación.

—¿Y por qué no acudió a mi padre? ¿No sería lo más lógico?

—Lo recibí a los dos días de la reunión con los ingenieros —explicó doña Brígida—, y tu padre se hallaba presente. En ningún momento se me ocurriría ningunear a Milo, no olvido que eres su hija y que, desde que ha descubierto cómo te has defendido sola, siente una gran admiración por tu iniciativa y un gran deseo en que la vida te muestre su cara más favorable. Hablamos con el señor Arias y nos convenció a los dos y Milo le dio su aprobación, aunque dejó muy claro que la decisión dependía exclusivamente de ti.

Así que se valieron de mi rutina de bajar a pintar a la playa para confabularse y decidir mi futuro, observé perpleja y con cierto resquemor por sentirme como una marioneta.

—Escucho tus pensamientos y no van bien encauzados —interrumpió la abuela meneando la cabeza.

—¿Y cómo deben ir? Creo que para bailar hacen falta dos y a mí nadie me ha solicitado —repliqué dolida.

—Nadie ha decidido por ti, nadie ha respondido por ti. El señor Arias aguarda a que tomes tu decisión y los demás hacemos lo mismo. No tienes por qué sentirte cohibida, nadie te ha apremiado ni exigido nada. El matrimonio y el amor son dos temas muy serios de los que depende la felicidad de uno. Cuando me has preguntado o me has confiado tus dudas, he procurado aconsejarte pero sin interferir, sin inclinarme por una de las partes. El señor Arias arrastra una mancha sobre su honor y, como hombre responsable y que

no oculta nada, se ha dirigido a la familia para dejar patente la honorabilidad de sus intenciones. Ha actuado correctamente, no se lo puedes reprochar, no es un conde de Amurrio, por suerte.

No, no lo era, ni siquiera se le parecía y por eso me atraía. No era un advenedizo ni buscaba mi fortuna; era un hombre, hecho y derecho con la fama destrozada, pero decidido a levantarse e iniciar una nueva vida, a arriesgarse en un nuevo matrimonio y ofrecerle una familia a su hijo.

Una vez que admití que su conducta había sido intachable, me volví hacia mis abuelas para responderles la pregunta que había originado la discusión.

—Dejó su alma al desnudo y reconoció que no era perfecto, que había actuado movido por la venganza. Ignoro qué esperaba de mí cuando terminó la confesión porque, cuando le pregunté por los cabos sueltos de su relato, me besó.

Bajé la cabeza ligeramente avergonzada por revelar algo tan íntimo; sin embargo, mis abuelas no pensaron lo mismo.

—Doña Amparo, me pongo a sus pies. Su labor con mi nieta ha sido encomiable.

—¡Oh! No me atribuya lo que no es mío, doña Brígida, me limité a pulir un diamante en bruto.

—¿De qué habláis? —indagué desorientada.

—De tu corazón —aclaró la abuela—, de tu comprensión y de tu amabilidad. No me extraña que el señor Arias haya perdido la cabeza por ti. Otra mujer le habría reprochado ese sentimiento bajo y vengativo y habría exigido garantías de la veracidad de su historia; o bien, lo hubiera empleado como excusa para alejarse de un hombre marcado, pero tú le preguntaste por los detalles. ¡Increíble!

Las dos me contemplaban sonrientes y felices y yo las observaba atónita. Mi ingenuidad debía rayar el límite porque seguía sin comprender qué razón habría para que Eduardo me mintiera en una confesión que nunca le había pedido.

—¿Y qué te pareció el beso?

—¡Abuela! ¿Es decoroso hablar de ello? —me escandalicé.

—Camilo besaba como los ángeles —continuó, haciendo oídos sordos.

—Sentí un cosquilleo —afirmé—, me agradó notar sus labios...

—¿Notar sus labios? ¿Sólo los posó sobre los tuyos? —inquirió doña Brígida con los ojos como platos.

—Pues eso es un beso ¿no? ¿Qué había entendido usted?

—A este hombre le importas demasiado, camina de puntillas en lo que ti se refiere. En cuanto tenga oportunidad, le daré un tirón de orejas.

—Por favor, no interfiera, abuela. En el coche me cogió la mano.

Nada más decirlo la miré de reojo a la espera de la carcajada, pero en su lugar soltó un bufido.

—Cariño, lo que necesitas es un buen revolcón, por vulgar que suene, que despierte todos esos sentidos adormecidos. Entonces se terminarán tus dudas, te lo aseguro.

La crudeza de su observación causó el mismo efecto que el supuesto revolcón. Los colores se me subieron, el estómago mariposeó y la imaginación se me disparó. ¿Me había mostrado demasiado ingenua ante un hombre que ya conocía los secretos del lecho? ¿Qué habría pensado de una mujer que pretendía ser independiente y que desconocía lo más elemental sobre las relaciones entre un hombre y una mujer?

—Recuerdo la primera vez que Camilo me hizo el amor. —El sexto sentido de doña Brígida funcionaba certeramente a pesar de la edad—. Para una mujer es una ocasión muy importante, y un hombre experimentado y enamorado puede hacer que alcances el cielo. Cuando llegue el momento, déjate llevar, él te mostrará el camino. El amor es como aprender a andar, algo innato y necesario, lo llevamos dentro.

Mis primos irrumpieron en el vestíbulo y entraron en el comedor.

—No pueden irse —anunció Leo preocupado.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? —se interesó la abuela.

—Ha enviado un cable mi padre: la gripe se ha recrudecido en Madrid. No me parece prudente que se dediquen a viajar en esas condiciones, podrían infectarse.

Ruth nos miraba angustiada.

—Cierto, no es buena idea —corroboró doña Brígida—. Vayamos al salón para que puedan recoger la mesa.

Cambiamos de escenario y nos acomodamos para escuchar a la abuela.

—El Sardinero es un buen sitio para hacer frente a la epidemia. Las casas se hallan aisladas y quedaremos muy pocos en unos días, es final de mes. Habrá que posponer cualquier desplazamiento.

—Sonsoles y los niños —interrumpí a la abuela.

—Habrá que hacerles sitio aquí —decidió sin pensarlo dos veces.

—Mi madre está sola. No es necesario que permanezcamos aquí —señaló Leo.

—Gracias, Leo, creo que aceptaré vuestro ofrecimiento. Doña Amparo, ¿podría hablar con la cocinera para que haga acopio de carne, verduras y frutas. Si se corta el abastecimiento, tendremos que estar prevenidos.

—¿Vuestros amigos siguen aquí o se han ido ya? —me interesé.

Ruth se encogió de hombros para indicar que no lo sabía ni le importaba, su principal preocupación era desaparecer, que se olvidaran de ella.

—Ricardo se marchó en cuanto estalló el escándalo. Te habrás enterado de que Luis está en boca de todos porque lo señalaron algunas de las criadas a las que había seducido.

—Por desgracia, es una costumbre muy extendida entre los hombres de buena posición: aprovecharse de las pobres crédulas y necesitadas —criticó doña Amparo mientras salía hacia la cocina.

—Nosotros hacemos el equipaje y nos vamos. ¿Podemos disponer del coche? —preguntó Leo.

—Por supuesto.

Subieron arriba y nos quedamos solas.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Avisa a tus padres. Diles que vengán. He de poner punto final a ese desgraciado matrimonio antes de que tu padre y su familia sufran la ira de tu madre.

—¿Por qué ahora después de tantos años? Sí está enterada, ha tenido tiempo de poner a mi padre en su sitio —cuestioné.

—La avaricia, Alba, la avaricia que todo lo impregna. Pero ahora algo ha cambiado: hay dolor y envidia. Hay que darse prisa, ve a buscarlos.

La abuela no iba a desvelarme el significado de sus palabras por lo que me apresuré a coger una chaqueta gruesa, el bolsillo y la sombrilla. No hacía falta ser adivino para presagiar un ajuste de cuentas como el que presencié con el tío Leonardo. El traslado de Sonsoles y los niños a casa de la abuela era la causa que precipitaba el desenlace.

*R*egresé con mis padres y por el camino comprobamos que muchas casas habían cerrado y que en las fondas y en los hoteles quedaban algunos rezagados. El rumor de las olas era constante, como el graznido de las gaviotas, pero ahora, sin el ruido de los coches, de los carruajes, del tranvía o de las voces humanas, tomaban mayor protagonismo y acentuaban la soledad en la que quedaba sumida la zona de veraneo. Mi madre mantenía la mirada perdida en el horizonte, sin brillo, ignorando lo que la rodeaba, a pesar de que hacía un buen día y el sol nos obsequiaba con su abrazo. Mi padre, por el contrario, observaba el Sardinero como si quisiera retenerlo para recordarlo cuando regresara a Madrid.

—A causa de la epidemia de gripe la tía María Ángeles ha suspendido el viaje. Parece ser que los tres se quedarán hasta que remita el peligro — comenté al aire pues no me respondieron.

—Y tú ¿qué vas a hacer? —preguntó mi padre al cabo de un rato.

—¿Yo? Lo mismo que tú —replicó extrañada mi madre, con la voz rota, como si hubiera recibido una mala noticia.

—No he decidido nada. Imagino que la razón de la llamada será para proponernos algo.

Caminamos en silencio hasta que entramos en el salón, donde nos aguardaba la abuela con el escenario preparado. Nos sentamos como ella había dispuesto, aunque no dio ninguna indicación, así que pareció que había sido elección de cada uno.

—Hoy es un día complicado para mí, pues debo tomar muchas decisiones para protegernos de la gripe, así que iré al grano. Cuando llegasteis a veranear, contraté los servicios de un detective, como ya os revelé, pero mentí sobre la razón. No fue por causa del conde de Amurrio y mi preocupación por mis nietas, aunque, más adelante, cuando descubrí los trapicheos de dicho señor con Ruth, también abarqué al conde.

—¿Y cuál fue la causa? —Ahora el interesado en la historia era mi padre.

—Una mujer aburrida con un lecho vacío. ¿Cuánto dinero le ha costado el amante, querida?

Mi padre y yo nos volvimos hacia mi madre, quien observaba a doña Brígida con los dientes apretados y la mirada fría. La rudeza de la acusación de la abuela no la descompuso. Odiaba con elegancia, sin despeinarse, con una sonrisa displicente.

—¿Qué amante? —repetí tontamente—. ¿Está insinuando que Álvaro de Goicoechea se acostaba con mi madre? —Mi escándalo había llegado al límite. El conde me rondaba a la vez que se acostaba con mi madre y seducía a mi prima. La depravación superaba mi cándida imaginación.

—No lo insinúo, Alba —replicó la abuela y señaló una carpeta marrón que había encima de la mesa.

Mi padre se dobló para llegar a ella y la cogió. Echó un vistazo a una serie de fotos que había en el interior junto con unos pliegos escritos a máquina que supuse que serían los detalles.

—Ha llegado la hora de enseñar las cartas por lo que veo; pero yo no soy Leonardo. Yo también tengo mis informes acerca de la familia que ha creado su hijo extramatrimonialmente. Estamos empatados. Creo que lo más civilizado sería llegar a un acuerdo y evitar un escándalo que a nadie beneficiaría.

Aunque algo así ya me temía, no era lo mismo que te lo ratificaran de forma tan cruda. Y ahora mi madre sacaba las uñas que había afilado previamente.

—Se equivoca, querida, he esperado al desenlace del asunto del conde de Amurrio por una razón. Quiero la nulidad del matrimonio para que Camilo y Sonsoles arreglen sus vidas y las de sus hijos.

La carcajada de mi madre rompió la armonía con la que se llevaba una conversación tan delicada. Pero yo la conocía bien y fue una risa nerviosa, propia de una persona que era consciente de que le había llegado la hora de luchar por lo que tanto tiempo había suspirado. La abuela se mantenía imperturbable y esa serenidad desarmaba al contrincante porque implicaba seguridad en el resultado. Pero ambas conservaban las formas, hasta ese instante, cualquier persona, ajena al drama que se desarrollaba, las habría tomado por dos mujeres que charlaban sobre la última obra de teatro.

—Eso es inaceptable para la gente de mi clase. Mi propuesta es otra — intentó negociar mi madre.

—No necesito escucharla, tengo una imaginación muy viva. Quién no ha reparado en el alcance de las consecuencias de haber mantenido relaciones extramatrimoniales con un asesino es usted.

—El asesino es él, no yo —rebatí mi madre pálida.

—Querida Lucía —aunque fue obvio el sarcasmo, la abuela no se molestó en acompañarlo con el tono al uso—, su talón de Aquiles es su imagen, el buen nombre, la reputación, su elevada dignidad y clase social. La policía tiene los nombres de las mujeres que han sido seducidas y extorsionadas por el conde de Amurrio, tanto de baja extracción social como de muy alta, nombres facilitados por el detective contratado por el señor Arias, quien venía investigándolo desde hacía cinco años y al que yo contraté este verano, por su recomendación, para que te siguiera. Yo he disfrutado del honor de hojear esa carpeta. Por esa circunstancia, se hallan en mi poder fotos, lugares, horarios, testigos, etc. sobre vuestros encuentros. Esa información, que, en cualquier momento, puedo restituir a su lugar, será el precio de la anulación del matrimonio; en caso contrario, arrastraré su nombre por el fango. —Mi madre hizo ademán de contestar, pero la abuela, con un gesto de la mano, lo impidió—. No he terminado —aclaró—. Me amenazará con hacer lo mismo con Camilo y su familia, lo cual muestra la cortedad de miras de la gente de su inestimable clase. Camilo y su familia pueden instalarse en Chile o en California o donde les plazca porque tienen dinero y el apoyo, en cualquier parte del mundo, de mis amigos, esos que llaman indianos, e iniciar una nueva vida; mientras que usted dependerá de la caridad de la gente de su elevada clase, si es que la reciben. Ya ha sido testigo de cómo han despellejado a su amante y harán lo mismo con todo aquel que haya tenido roce con él y, si a esto le añade el escándalo de Camilo, su marido, dudo que la admitan en esos conservadores círculos. Es el momento de abandonar a Camilo de la forma más discreta posible y reanudar su vacía existencia entre los suyos. Siempre le quedará la invención sobre las maldades de un marido esquivo. También es la hora de negar cualquier simpatía que hubiera habido en el pasado y desligarse de un hombre que huele a carne de horca.

—No estamos en América —recordó mi padre.

—Para el caso es lo mismo —replicó la abuela.

—No lo hará por Alba —replicó mi madre trémula, pero sin abandonar la lucha.

—Alba quedará fuera de su alcance y del fango que la cubra. No la he

olvidado como usted acostumbra a hacer, que sólo se acuerda de ella cuando la necesita. Pero esa es otra historia en la que no voy a entrar ahora. Esto es lo que hay y no cederé un palmo. Usted decide.

El silencio reinó en la sala. Noté la mano de mi padre sobre la mía, lo miré y me sonrió confiado. Yo no estaba muy segura de cómo acabarían nuestras vidas. Pendían de la tela de araña que tejían las dos mujeres que se enfrentaban, tras años de desprecio. Me pregunté si sentía pena por mi madre o algún otro tipo de sentimiento honorable propio de una hija y no lo hallé. Mi madre no me había criado ni educado, eso quedó en manos de doña Amparo, y, cuando comprobó que no me parecía a ella ni me interesaba su mundo, que no podía alardear ante los amigos de una hija, cortó el sencillo hilo de afecto y respeto que nos unía.

Al mirar atrás, sólo recordaba la calidez de la sonrisa de mi padre, las palabras de aliento a escondidas, los abrazos por los cumpleaños y poco más porque no paraba en casa: otra familia lo reclamaba. Pero algo debía haber entre él y yo porque el afecto se había restablecido con una facilidad pasmosa, sin rencor, unidos en el infortunio que llevaba el nombre de Lucía.

Mi abuela dejó pasar unos minutos para que buscara y rebuscara una salida digna que no iba a encontrar; debió de considerar que era un pequeño reconocimiento ante el contrincante caído. Doña Brígida no sería tan elegante como mi madre; pero tenía muchísimo más estilo.

—¿Cuáles son sus condiciones?

Los suspiros de alivio de mi padre y mío se escucharon en el salón. La abuela mantuvo la seriedad en el rostro, pero la traicionaron los ojos, el reflejo del alma, como dicen los poetas.

—Camilo alegrará el incumplimiento de los deberes conyugales tras el parto de su única hija por lo que no lo podrá colmar de más hijos, como exige la doctrina eclesiástica. Usted alegrará frigidez, no se preocupe por el informe médico. Lo he consultado con un abogado canónico y es lo más habitual, aparte del adulterio. Pero la segunda opción resulta escandalosa, mientras que la primera se lleva con discreción. Éste será el precio de la carpeta.

—¿Qué asignación me quedaría? —preguntó mi madre manteniendo la compostura.

—Ésa es otra negociación. Con la anulación del matrimonio quedará libre para contraer nuevas nupcias y, por tanto, Alba perdería la ocasión de llevar el título de Marquesa de Lucientes. Al igual que Leonardo, le cederá el título a

su hija a cambio de esa renta que le permitirá vivir hasta que encuentre a un incauto. Cuando eso suceda, perderá la renta, no pienso mantener a un montón de haraganes. La justificación de la cesión del título ante sus amistades se la dejo a usted.

—En el caso de que no volviera a casarme, la renta será vitalicia —puntualizó Lucía.

—No hay problema —aseguró doña Brígida.

—¿De qué cantidad estamos hablando? —No se me escapó el brillo de los ojos codiciosos.

—La justa para proveer sus necesidades: mantenimiento de la casa, un vestido por mes, coche de caballos y gastos de alimentación y bolsillo. Estoy bien informada por Milo de los costes. Si la vida se encarece, tendrá que administrarse o apresurarse a buscar otro proveedor.

—¿Es una broma? Un título vale mucho más —objetó mi madre molesta.

—Para mí no vale nada. Es más, puedo cambiar de opinión y prescindir del título y ahorrarme la pensión que le pasaría a cambio. Si le he ofrecido esta opción es en consideración a mi nieta. Es tarde para evitar que sea su madre.

—Leonardo se ha ido con bastante más de lo que me deja a mí. —La amargura brotó entre las palabras.

—Leonardo no ha puesto dificultades y es un buen padre. No tiene la culpa de ser como es, tan aristocrático y dejado, en realidad representa el paradigma de la vacua educación de su clase. Pero usted... No hay palabras para definir el interés que la mueve en la vida.

—No somos tan distintas, a mí no me engaña con ese desmesurado interés en el futuro de sus nietos. ¿Cuándo me dará esa carpeta?

—Cuando la Iglesia declare la nulidad del matrimonio, es decir, en cuanto abandonemos el despacho del Arzobispo con el papel en la mano. Y por favor, no se atreva a compararse conmigo.

Los ojos de la abuela centellearon de ira. Mi madre hizo caso omiso y siguió puntualizando sobre sus intereses.

—Quiero que esté en depósito.

—Cree el ladrón que todos son de su condición —sentenció la abuela—. Se lo dejaré al notario, si le parece bien, pero sabe que no es necesario.

Mi madre se tomó su tiempo para levantarse y recomponer la maltrecha dignidad. Se alisó el vestido y recogió el bolsillo.

—A partir de ahora nos comunicaremos a través de los abogados. Le

enviaré los datos del mío —le dijo a doña Brígida. Luego se volvió hacia nosotros—. Aquí termina nuestra farsa de familia. Enhorabuena, Camilo, has salido ganando. En cuanto a ti —se dirigió a mí y me miró a los ojos con una advertencia—: si crees que eres libre para escoger tu camino, te equivocas, ya lo han trazado por ti.

Entendí el ataque velado hacia la abuela y no respondí. Observé que mi madre abandonaba la sala como una reina, erguida, con ademanes pausados y caminando sin prisa, como si el mundo estuviera a sus pies. La admiré. Esa sería una lección que nunca olvidaría.

—Gracias, madre. Nunca lo habría logrado sin su intervención.

Las palabras de mi padre me devolvieron al salón y me centré en mi nueva situación. ¿Quién sería yo a partir de ese momento?

—Todavía no me las des, hay mucho papeleo de por medio y mucho sacrificio. No eres libre hasta que se pronuncie la Iglesia. Procuraré mostrarme generosa para que el proceso se acelere, pero hasta entonces, por si acaso, te mantendrás alejado de Sonsoles y los niños. No se le ha ocurrido contratar a un detective, si hubiera contado con fotos, la negociación habría sido otra; pero aún está a tiempo de conseguirlos. Hasta que no esté finalizado el asunto, no descansaré. Estoy pensando que deberían quedarse conmigo en Santander, a pasar el invierno fuera del alcance de Lucía: ojos que no ven, corazón que no siente. Aunque me he mostrado desdeñosa con la sociedad, ésta es importante porque vivimos en ella y hay que respetar las reglas. En ese sentido, estoy de acuerdo con Lucía: hay que ser discretos. Si no la dejamos en evidencia, será más razonable en sus demandas. Seguirás en Madrid, pero te aconsejo que busques otra ciudad para trasladar el negocio y empezar una nueva vida con Sonsoles en cuanto concluya el proceso.

—¿Y qué ha planeado para mí? —Mi voz sonó retadora, aunque no lo pretendí, pues no había razón.

—Nada. Lo único que me preocupaba sobre mis nietos era la educación y el derecho al título. Tus primos están encarrilados, mientras que contigo... no ha sido necesaria mi intervención, pues esa labor ya la habías realizado tú. Ha sido una agradable sorpresa el descubrirte. Mi única contribución ha consistido en asegurarte el título. No ignoro que no te importa mucho, pero me dolía que el sacrificio de mis hijos, al contraer esos nefandos matrimonios, no recibiera su recompensa. Has demostrado ser perfectamente capaz y

responsable para elegir tu forma de vida. Vuela, Alba, vuela alto y no permitas que nada ni nadie entorpezca ese vuelo.

El discurso de mi abuela me llegó hondo y pestañeé repetidas veces para evitar el derramamiento de lágrimas. Mi padre me rodeó los hombros con el brazo y me estrechó contra él.

—Siempre estaré disponible para ti y en mi casa tendrás un sitio. No quiero perderte ahora que nos hemos encontrado.

Mi padre se quedó a comer y después lo acompañé a casa, aunque no me lo pidió. En mi ánimo no estaba servir de amortiguación entre mis padres, sino más bien averiguar, en un último intento, qué me unía a mi madre. Una disculpa como otra cualquiera para tranquilizar mi conciencia.

La casa estaba en plena ebullición y el servicio, alterado, seguía las órdenes de mi madre, a la que encontramos en el dormitorio con su doncella personal, quien doblaba los vestidos y los acomodaba en el baúl.

—Me voy —anunció en cuanto nos vio—. Me llevo el servicio que hemos traído de Madrid ya que tu madre te proveerá de todo lo que necesites. Se queda el ayuda de cámara por decisión de él, no quiere dejarte.

A pesar de la tranquilidad, el tono y el mensaje destilaban la frustración que la invadía. Era la primera vez que no medía las palabras delante del servicio.

—Quiero vuestras cosas fuera de mi casa en Madrid. ¿Adónde las envió? ¿A la residencia de tu querida?

—¿Tanta prisa te corre? ¿No puedes esperar a que vaya yo? —se quejó mi padre.

—No quiero volver a veros en mi vida. Cualquier cosa que necesites comunicarme, a través de mi abogado.

—Irás contigo mi ayuda de cámara. Él se encargará del nuevo alojamiento y de realizar el traslado.

—Esa afirmación tan tajante ¿me incluye? —indagué trémula.

Aunque no nos uniera nada, tampoco esperaba un rechazo tan drástico. Por lo menos, ya que era su hija, vernos de vez en cuando.

—Lamento romperte el corazón, Alba, pero eres una Ansorena de pies a cabeza. En cuanto me di cuenta, me llevé una decepción. Por supuesto que te incluye, no quiero volver a oír de los Ansorena en mi vida.

No me rompió el corazón y eso me asustó mucho más que cualquier otra cosa porque me ponía al mismo nivel que mi madre: una mujer sin alma.

—No descargues con Alba. En realidad la envidias porque tendrá todo lo que tú ansiabas. —La voz serena de mi padre deshelo esa percepción y la compadecí—. Será mejor que te vayas. Mañana me pasaré a comer con vosotras.

Aguardé un instante en el umbral de la puerta a que mi madre se acercara a despedirse, pero ella siguió sacando los complementos de la cómoda y los arrojaba en uno de los cajones del baúl sin dirigirme una mirada, como si no existiera. La doncella levantó la cabeza cohibida y me sonrió con tristeza, le devolví la sonrisa, eran muchos años, y me marché con el paso sereno, la conciencia tranquila y el sentimiento de orfandad y vacío más acentuado.

Por el camino de vuelta analicé los radicales cambios que se habían producido en la familia desde la aparición de la abuela. Como un huracán, había barrido hasta los cimientos dos matrimonios infelices y se proponía ayudar a sus hijos a empezar de cero, a enderezar esas vidas que se habían torcido por el camino. Era una luchadora en el amplio sentido de la palabra y, a su edad, no le asustaba nada. Sin embargo, a pesar de la malicia de mi madre, algo en mi interior me advertía de que llevaba razón sobre la abuela. ¿Qué sabía de ella? Lo que había querido contarme: una quinceañera que se casó con un hombre dieciocho años mayor. Doña Brígida aseguraba que había sido por amor, un flechazo. Si eso fuera cierto, ¿habría dejado a su suerte a sus hijos en la península? Ella había comentado que tanto María Ángeles como mi padre se sintieron atraídos por el mundo aristocrático y la buena vida, pero nadie había mencionado en algún momento el amor. La conclusión más lógica era que la abuela había comprado unos títulos que le vinieron muy bien para relacionarse en otros niveles en Cuba. Cuando falleció el abuelo se acordó de mi padre, pero cuando éste no respondió a su llamada, tampoco insistió. En realidad, no le habíamos importado los nietos. Hasta ahora. ¿Por qué? Fue el gran interrogante de mi madre cuando llegamos y, en el presente, lo había convertido en mío.

Seguí con el repaso de las consecuencias del paso de doña Brígida: doña Amparo había realizado su sueño y aguardaba ilusionada la etapa que se presentaba ante ella, María Ángeles había salido del hoyo y bullía en planes, mis primos reorganizaban su vida bajo unas premisas más responsables, mi padre había conseguido una familia... ¿Y yo? ¿Cuál era mi deseo insatisfecho? ¿Cuál era mi meta en la vida? Los secretos se habían desvelado, mis estudios

seguirían adelante, la libertad tenía el límite que yo le quisiera poner. ¿Por qué me sentía incompleta, preocupada, expectante?

Los gritos de Almudena y Milo en el jardín de la casa de la abuela atrajeron mi atención: mi nueva familia había llegado para instalarse. El aya que los cuidaba hizo ademán de llamarlos para que me saludaran pero rechacé su intención con un gesto de la mano. Antes de llegar a la escalera de la entrada, salió doña Amparo presurosa con un maletín en la mano.

—¿Adónde va con tanta prisa?

Con la cara pálida y la voz compungida, que intentó recomponer, me dijo sin detenerse.

—Me han avisado para que vaya a Solares. Al final, parece que abren la escuela. Ya nos veremos, querida.

—¡Que tenga buen viaje! —grite a su espalda. Meneó la mano y subió al coche que la esperaba. Aguardé hasta que partió hacia arriba, para llegar al Alto de Miranda por el nuevo paseo del Hotel Real.

Entré y, en el vestíbulo, me atendió una doncella que se llevó mi esclavina de entretiem po y me indicó que doña Brígida me aguardaba en el salón. A quien no esperaba era a Miguel, pálido, con los ojos llenos de miedo y expectantes.

—Buenas tardes, Miguel. ¿Qué sucede?

En lugar de contestar, miró a la abuela, quien le sonrió amablemente, como para infundirle confianza.

—Va a pasar unos días con nosotros —anunció doña Brígida.

Reparé en la maleta que había dejado a un lado del sofá.

—¿Hemos abierto una guardería? —bromeé—. ¿Ha tenido que ausentarse de nuevo tu padre? ¿Y tu abuelo?

—El señor Arias, abuelo, regresó hace días a Bilbao a reincorporarse al trabajo, así que alojaremos al señor Arias, nieto. —Volvió a responder doña Brígida en lugar de Miguel, quien soportaba mudo mi interrogatorio.

—¡Cuánta confianza por parte del señor Arias, padre! —continué con la parodia en un intento de romper la timidez de Miguel—. Parece que ustedes han compartido algo más que un detective.

Miguel persistía en no apartar la mirada de la abuela por lo que empecé a barruntar de sucedía algo anómalo.

—Ya puedes hablar, Miguel, ya ha tenido tiempo de llegar —dijo doña Brígida con el gesto serio.

—La gripe —soltó asustado y compungido.

—¿Cómo? —A mi cerebro le costó reaccionar—. ¿Quién? —indagué más alarmada.

—Mi padre. Está enfermo y me ha dicho que venga aquí.

Miguel aguantó las lágrimas como pudo, pero la angustia que observó en mi rostro no contribuyó a serenarlo y rompió a llorar.

—¡Dios mío! ¡Le contagió el camarero! —Me asusté—. Tengo que ir, abuela.

—¡Espera! —La orden de la abuela detuvo incluso el pánico que se había desatado en mi mente—. Ya ha ido doña Amparo y no te abrirá, así que es en vano que te acerques.

—¿Doña Amparo?

—Sí. Ella se ha ofrecido, yo no he intervenido. En cuanto nos contó Miguel lo que sucedía sospeché cuál sería tu reacción y tomó la determinación de ser ella quien cuidaría del señor Arias. El servicio dejó la casa con Miguel.

—¿Lo dejaron solo?

El corazón se me encogió al pensar en la soledad en la que se encontraría Eduardo, sin nadie que lo asistiera ni preparara la comida. Las noticias del periódico me inundaron la mente con las indicaciones sobre la enfermedad: mucha fiebre, dolor, vómitos y diarrea, dificultad para respirar, manchas violáceas, hemorragias internas y la muerte. Tres días como mucho duraba el calvario y sin cura ni paliativos.

—No puedes culparlos. El miedo es humano —sentenció la abuela, que se había acercado—. Alba, he avisado al médico, aunque me dijeron que estaba muy atareado y que acudiría en cuanto pudiera. Ramón, el mayordomo, se acercará cada dos horas para ver cómo están.

—¿Y doña Amparo? —repetí con el dolor instalado en cada bocanada de aire.

—Ella se ofreció. Ayudó en el dispensario del pueblo en el que ejercía de maestra esta primavera, cuando surgió el primer brote, y sabe cómo precaverse, dentro de lo que cabe.

—Iré yo en lugar de Ramón. ¿Qué tengo que hacer?

—Todavía nada. Dejemos un tiempo prudencial para que doña Amparo reconozca la casa y averigüe el estado del señor Arias. Así, cuando subas, sabrá qué es lo que tenemos que proporcionarle.

Miguel nos observaba acongojado desde el sillón en el que se hallaba

sentado. Me acerqué y me agaché frente a él. Con una mano le cogí la suya y con la otra le limpié las lágrimas.

—¿Se va a morir?

—No lo sé, cariño. Confío en que no, sería muy injusto y yo no podría soportarlo.

Me abracé al cuerpo del niño como si fuera mi tabla de salvación y noté sus menudas manos que enlazaban el mío a la vez que se abandonaba al llanto. Oí el suspiro de la abuela junto a la ventana. Ignoro cuánto tiempo pasó hasta que entró Sonsoles, que bajaba tras haber acomodado las dos habitaciones que ocuparían.

—Vamos, Alba —llamó mi atención y me separó de Miguel—. Necesita cariño y también que le infundan confianza.

Sus palabras me obligaron a reconocer la realidad: estaba enamorada de Eduardo. Y la muerte, por segunda vez, venía a arrebatarme la persona que me importaba, con la que podría compartir mi vida. Pero había algo que diferenciaba la muerte de Raúl de la probable de Eduardo: el dolor. La falta de Raúl me dejó triste, me apené por él, pero no por mí; pero la posibilidad de que Eduardo falleciera me producía dolor y me apenaba por mí, así de egoísta era el amor.

Antes de la comida, subí por la cuesta con el corazón en un puño. Llegué a la verja y la traspasé. Cogí la aldaba, golpeé con fuerza y rompí el silencio de la calle. Aguardé un buen rato, consciente de la falta de servicio. Por fin, se abrió el ventanuco de la puerta y el rostro, cubierto con una mascarilla de tela blanca de doña Amparo, asomó.

—Doña Amparo, ¿qué locura es esta? Soy yo la que tendría que estar ahí dentro.

—Déjese de reproches, niña, usted no sabe nada de enfermos, y escuche: el médico no ha venido, pero tampoco hace falta. Me apaño bien de momento, pero necesitamos comida. Sería un alivio que me la subieran ya preparada. Yo comeré lo que sea, pero el señor necesita caldos nutritivos y mucha agua.

—A su juicio, ¿cómo está?

—Es pronto para decirlo y no le oculto nada. La presencia de la hemorragia es decisiva, pero se presenta más adelante, si es que la hubiera. No seamos pesimistas. Vamos, váyase.

Antes de que cerrara el ventanuco, me arriesgué. Aunque fuera tarde, deseaba que lo supiera.

—¡Espere! Por favor, dígale que ya no lo considero un amigo.

Asintió con la cabeza e intuí una sonrisa detrás de la máscara por la estrechez de los ojos. Era lo único que tenía para darle: una razón para vivir aunque fuera tarde. Recé para que mis abuelas estuvieran en lo cierto sobre los sentimientos de Eduardo.

Mi padre se acercó a comer y se encontró con la sorpresa de que Sonsoles y los niños estuvieran con nosotras y lamentó la noticia sobre la enfermedad del señor Arias. A pesar de mi angustia, disfruté del amor que destilaba mi padre, un hombre completamente diferente al que había conocido. Miguel no se despegó del lado de la abuela y permanecía tan callado, para lo inquieto que era habitualmente, que me olvidaba de su presencia. Antes de la siesta, subí con una cesta llena de las viandas exigidas y volví a llamar.

—¿Cómo está?

—Sigue igual. Deje la cesta y aléjese. La vacío y se la devuelvo.

Obedecí y observé cómo abría la puerta y la cerraba. Al cabo de un rato, volvió a abrir, dejó la cesta vacía y, cuando iba a cerrar, recordó algo, se irguió y dijo en voz alta:

—Pregunta que qué ha hecho para perder su amistad.

—Ganar puestos en mi estima —respondí a la vez que me ruborizaba.

Doña Amparo se perdió en el interior y la puerta se cerró. Me acerqué, recogí la cesta y bajé a casa más ligera de ánimo, como si me hubiera liberado de un secreto.

Entró octubre y el tiempo, revuelto, alternaba la lluvia y el sol, el calor y el frío. Los precios siguieron en alza y la carencia aumentaba por semanas por lo que se presentaba un invierno duro para las clases más necesitadas. Llegó un barco desde Argentina con maíz, pero resultó insuficiente. Sin embargo, yo no me enteraba de nada. Vivía para el siguiente paseo hasta la casa de la torre y, cuando regresaba, comenzaba la cuenta atrás hasta el siguiente paseo. Cargaba con la cesta y con el paraguas, pues era tan corto el recorrido que resultaba innecesario sacar el coche.

—Milo, en cuanto mejore la situación, quiero que vayas a Barcelona y te compres un coche de motor —ordenó doña Brígida a su hijo.

—¿No será demasiado ostentoso?

—No seas ridículo. Han estado el rey y el gobierno paseándose en sus coches durante el verano de la ceca a la meca. Necesitas un coche, ahora que

Lucía se quedará con el de caballos, cada vez más costosos, sucios y se tarda en uncirlos al carruaje. El de motor sólo hay que arrancarlo.

—Será un problema encontrar un mecánico, pocos saben cómo manejar esos trastos.

—Pues te llevas a Sonsoles para que aprenda a manejarlo. Yo me quedo con los niños.

—¿Yo? —Sonsoles abrió los ojos asustada.

—No me diga que tiene miedo de un volante, querida, en Inglaterra y en Francia conducen las mujeres.

—Pero están en guerra, madre —apoyó mi padre a su... Me disgustaba el término de amante, porque la palabra sugería algo denostado por la sociedad, pero tampoco podía designarla como su esposa.

—¡Tonterías! Es una mujer inteligente y moderna. Ya la imagino sentada al volante y los hombres poniéndola de vuelta y media porque realiza una labor reservada al género masculino.

—Acabáramos. Usted disfruta contraviniendo las normas —suspiró mi padre—. Pero no es aconsejable que Sonsoles llame la atención.

—¿Y debe hacer calceta hasta que se marchite su vida? A ti lo que te molesta es que se lo pase bien mientras estás a kilómetros de aquí.

Mi padre se rindió levantando las manos.

—Usted gana. Sonsoles no sabes dónde te has metido. Mi madre es muy terca.

—Aprender a conducir. No se me había ocurrido —reflexioné en voz alta.

—De tal palo, tal astilla —sonrió Sonsoles.

Esa tarde hice dos recorridos más hasta la casa de la torre, tan blanca y bonita, y que ahora se me antojaba siniestra, habitada por la gripe y asediada por la muerte. El discurso de doña Amparo se mantenía igual. Ante mi desesperación, me aseguró que esas eran las mejores noticias: si seguía así y no se presentaban las manchas violáceas ni la hemorragia, tardaría entre quince y veinte días en recuperarse. A la mañana siguiente, encontré a la abuela en el salón rodeada de periódicos.

—Es más grave que en primavera —informó en cuanto me vio—. En Madrid caen como moscas y falta personal para enterrarlos. Comentan que en los frentes europeos es peor, pero es imposible obtener cifras ya que lo llevan en secreto para que las tropas no se desmoralicen. Me parece indecente.

—Es terrible. Voy a la cocina para llevar la cesta y enterarme de cómo han

pasado la noche. Me parece demasiada responsabilidad para una mujer de su edad.

—Ya ha ido Ramón, pero si quieres hablar con doña Amparo, al menos desayuna primero. Todo sigue igual. Recemos para que siga así. Aquí, en este diario, un médico habla sobre la gripe y los síntomas, entre otras cosas dice que, excepto en los frentes europeos a causa de la mala alimentación y pésimas condiciones de higiene, son los niños y los viejos los de mayor riesgo y que los hombres jóvenes suelen recuperarse.

—Eduardo está bien alimentado y es fuerte, luego tiene posibilidades —resumí esperanzada.

—No deseo fomentar falsas expectativas —puntualizó la abuela—. No deja de ser una opinión, por muy médico que sea. Desayuna —advirtió de nuevo— y después, pinta. Es la mejor manera de que el tiempo transcurra rápido. Sólo podemos esperar y confiar en que salga adelante.

En el comedor Sonsoles vigilaba el desayuno de sus hijos y de Miguel, a quien había adoptado con naturalidad. Le acariciaba el pelo cuando pasaba junto a ella, siempre tenía una frase para él, vigilaba su higiene como la de sus hijos y se aseguraba de que comiera correctamente. Yo la observaba porque, si Eduardo salía adelante y me proponía una relación seria, me convertiría en su madrastra y no sabía nada de niños. Era estúpido pero, desde que surgió la posibilidad de perderlo, mi mente trazaba planes junto a él de forma descontrolada.

La abuela entró en el comedor y Sonsoles se volvió hacia ella.

—No sé cómo agradecerle todo lo que ha hecho por nosotros.

—Haciendo feliz a mi hijo, y no es una tarea fácil. Este invierno cubriré sus gastos en Santander. Habrá que buscar colegios para los niños y encargar ropa, esta señorita está creciendo muy deprisa. —Le guiñó un ojo a Almudena.

*R*etomé el olvidado retrato de la abuela que aguardaba sobre el atril, bajo una sábana vieja. No reconocí a la mujer del esbozo a lápiz. Era la imagen de doña Brígida, idealizada por la admiración que sentía por ella, pero no era la real, la que había caído del pedestal, la humana, la de carne y hueso, la que dominaba por el dinero, la que decidía por la familia y movía los hilos como si fuéramos marionetas, la mujer fría que medía sus pasos y estudiaba las poses, la que no conocía límites para la ambición; y su antítesis, la mujer que había sangrado y se había sacrificado para salir adelante en un mundo cruel, la que se había erigido en salvadora de los valores familiares, la sonriente, la que animaba hasta el último aliento, la que reconocía y alababa los logros de los hijos y nietos, la profesora, la guardiana del espíritu familiar.

Fue un acierto la sugerencia de pintar porque las horas pasaron en un suspiro. Mi padre regresó a la hora de la comida y se quedó hasta después de cenar, jugando con los niños en el jardín y esbozando planes con Sonsoles. La abuela se entrevistó con el detective que había contratado para que vigilara el entorno de Sonsoles y los niños y le advirtiera si descubría a algún colega tomando nota de sus movimientos. No dejaba ningún cabo al azar cuando había tanto en juego.

Los dos paseos de la tarde cuesta arriba los di yo pues la lluvia nos ofreció un respiro. Me alegraba adivinar el rostro animoso de doña Amparo tras la mascarilla de algodón.

—Sigue con dolores, embotamiento de la cabeza y fiebre nada más.

—¿Nada más? —Me afligí.

—Y que siga así, querida niña. Esperamos que éstos remitan con el frasco de aspirinas que nos ha dejado el médico. A ver esos caldos.

Dejé la cesta y repetimos el proceso aprendido. Cuando sacó la cesta vacía, se detuvo y me miró.

—Me ha pedido que le diga a la señorita Rebelde que *amigos* y *estima* son dos términos muy parecidos y ambiguos. Yo le he dado la razón.

—¡Oh, doña Amparo! No me traicione. Dígale al señor Mordaz que, ya que domina el lenguaje, proponga una palabra más de su gusto.

—Bien dicho. Eso lo mantendrá entretenido un rato y así me dejará descansar. Me tiene de charla todo el día.

—¿De charla? ¿Y de qué hablan? —Las alarmas saltaron.

—¡Oh! De nada importante, de esto y de aquello —expiré de alivio—, aunque su tema favorito es usted de niña.

—¿Qué?! —exclamé consternada, pero doña Amparo entró y cerró la puerta con rapidez.

Cuesta abajo, mis pensamientos fueron variando y comprendí que si a Eduardo le quedaban fuerzas para bromear era porque no se sentía al borde de la muerte. Había oído que los moribundos la sentían llegar o eso me decía a mí misma para levantar el ánimo. La esperanza es lo último que se pierde y nos aferramos a cualquier indicio por endeble que parezca. Y así había transcurrido el segundo día y se situaba en el ecuador de la enfermedad: si resistía un día más, habría ganado la batalla.

Las noticias que nos llegaban de la ciudad por los empleados de los hoteles y los proveedores de las granjas cercanas no eran muy halagüeñas, lo mismo que las nacionales. Consideraban a la gripe como una pandemia a causa de la virulencia que había alcanzado el brote. Al fallecer las víctimas en tres días, se suponía que era muy breve la exposición al contagio; sin embargo, se propagaba como el fuego. Las escuelas, los mercados, los teatros y los sitios públicos se habían cerrado y las calles permanecían solitarias. Nadie se atrevía a asomar la nariz fuera de casa si no era necesario.

Cuando el tiempo lo permitía, los niños jugaban en el jardín pues no vivía nadie alrededor y no había peligro. El enfermo más cercano se hallaba recluido en la casa de la torre.

Esa noche me mantuve en vela, nerviosa y pendiente de los ruidos, por si llegaba doña Amparo con la mala noticia. No fui la única. Sobre las tres de la madrugada sentí ruido en la puerta y me asomé: Ramón subía la cuesta con un farol en la mano. Estaba segura de que la abuela lo enviaba. Aguardé sentada en el mirador redondo el regreso del mayordomo que no se hizo esperar. El paso tranquilo me dijo lo que deseaba saber: todo seguía igual. El tibio sol del amanecer de octubre me sorprendió abrazada a uno de los cojines. Me dolía el

cuerpo por la incómoda postura, me desperecé y me levanté para cambiarme el vestido y lavarme. No quería que la abuela sospechara mi vigilia y se preocupara.

Tercer día. Salí de la silenciosa casa y traspasé la verja. Aunque el retumbar sordo de las olas me llamaba desde la playa, subí la cuesta y llegué a la blanca mansión de estilo montañés, golpeé con la aldaba sin piedad ni preocupación por si estuvieran dormidos, no era justo que descansaran si yo no lo había hecho. Era tal mi estado nervioso que no me permitía ser imparcial ni comprensiva. Doña Amparo abrió el ventanuco.

—¿Cómo está?

—¡Vaya horas, niña! Espera.

Doña Amparo se retiró del ventanuco y la oí moverse por el interior. Aguardé extrañada hasta que asomó de nuevo y sacó entre las rejas una hoja plegada.

—Toma y no vuelvas hasta el mediodía —rezongó desabrida. La había despertado y andaba con malas pulgas.

Cogí el papel, pedí disculpas y, agitando la nota, prometí que les traería el pedido.

—No prometas lo que no puedas cumplir —replicó enigmática doña Amparo.

Hasta que no traspuse la verja no desplegué el papel. Mis ojos resbalaron sobre la cuidada escritura: no era la conocida letra de doña Amparo.

*Quando en la noche me envuelven
las alas de tul del sueño
y mis tendidas pestañas
semejan arcos de ébano,
por escuchar los latidos
de tu corazón inquieto
y reclinar tu dormida
cabeza sobre mi pecho,
diera, alma mía,
cuanto poseo,
¡la luz, el aire
y el pensamiento!*

Me quedé parada a medio camino, sin atreverme a respirar ni a pensar, con los ojos clavados en el texto que recorrían ávidos una y otra vez. Ese era el

lenguaje que él quería, el que entendían dos enamorados, el que esperaba de mí. Arranqué a paso vivo, cuesta abajo, pasé por delante de la cancela de casa de la abuela y llegué a la playa, donde el mar rugía y ofrecía el espectáculo de su fuerza contra la playa, el balneario y la vieja ermita de San Roque. No pude discernir qué me sobrecogió más, si el mar o mi primera nota de amor, ya que ambas me alteraron el pulso y me arrebolaron el rostro. Allí, con la nota contra el pecho y la mirada perdida en las olas, me armé de valor para contestar el reto de Bécquer.

Regresé cabizbaja y pensativa, sopesando lo que supondría una respuesta adecuada para mi futuro y, aunque sabía lo que debía hacer, no me decidía. Fue la voz de doña Brígida desde el salón la que me obligó a salir del caparazón de mi mente.

—¿Qué ha sucedido? Te he visto bajar como una exhalación y regresar al paso de una tortuga.

—Todo y nada, abuela. Estoy hecha un lío.

—Ven aquí, siéntate a mi lado y cuéntame.

—No hay nada que contar. He de responder a esto. —Le tendí la hoja ruborizada.

—¡Bécquer! ¡Qué hombre tan sensible! ¿Y por qué esa cara de funeral? Si tiene el humor de escribir es buena señal.

—No es él, soy yo. Estoy asustada. Intento adivinar el futuro y es imposible.

—No recuerdo a ninguna vidente en la familia. ¿De qué tienes miedo? ¿De la vida? ¿Del amor? ¿Qué te preocupa tanto?

—Nunca he tomado una decisión tan importante. Abuela, soy pura fachada, parezco fuerte e independiente pero soy un fraude. Nunca he salido del ámbito familiar y menos del país. No sé hablar inglés, no he viajado en barco y hay una guerra ahí fuera. Y luego... —me detuve avergonzada de otro de mis temores, pero no me decidí y desvié la atención— está Miguel. Estos días he observado lo cariñosa que es Sonsoles, cómo sabe consolar a Miguel y lo que necesita. Yo no tengo ni idea.

—Bien, ya era hora de que echaras todo eso fuera, no es bueno guardárselo. Lo primero que debes entender es que la vida es un camino con cuestas hacia arriba y hacia abajo, unas partes llanas y lisas y otras con hoyos. Eso es lo interesante de vivir, la falta de homogeneidad. Leo ha tenido que salir del cascarón, ahora te toca a ti. Vivir significa no estar muerto, la felicidad es un instante seguido de otro triste para poder apreciar la diferencia. Si te quedaras

en el cascarón sería como estar muerta porque no sentirías nada. No debes temer a lo desconocido ni a sufrir ni a amar, aunque no salga bien o todo lo bien que tú creyeras. Planifica cuando puedas y deja a la aventura y disfruta cuando no puedas. Eduardo Arias es el hombre perfecto, como muestra la paciencia y la delicadeza que despliega contigo. —Sonrió—. Camilo también lo fue y recogió su fruto. En una ocasión te recomendé que volases, Alba, y te lo repito. No te quedes anclada por miedo, confía en él, dale la mano y despliega las alas. En cuanto a los temas entre un hombre y una mujer... cuando media el amor... es como el azúcar.

La última frase la pronunció en un suspiro y perdida en dulces y lejanos recuerdos.

—Cualquier campesina sabe más que tú de esto, criada entre algodones en la ciudad. No tengas miedo, mi niña, respóndele con el corazón en la mano — insistió.

—La poesía no es mi fuerte.

—Tampoco el suyo, copió a Bécquer. Pregunta a Sonsoles, es lectora.

Sonsoles llevaba consigo las poesías y las leyendas de Bécquer, se había confesado una romántica empedernida que suspiraba cuando mi padre leía en alto alguno de sus versos cargados de intención. El que hablara tan abiertamente de sus intimidades me violentó y me enfadé conmigo misma por ello. No estaba acostumbrada porque en casa nunca había habido amor, pero era algo natural y debía superar ese pudor infantil. Eva y Ramiro no escatimaban frases, miradas y sonrisas. Yo misma había pintado a Raimundo y su esposa sorprendidos en una íntima mirada. ¿Por qué me escandalizaba cuando se refería a mis sentimientos? ¿o a los de alguien cercano? Ellos lo vivían como natural y yo deseaba vivirlo de la misma forma.

Con los versos de Bécquer en la mano me refugié en mi habitación para buscar los adecuados. Descubrí que Eduardo había modificado los posesivos en los suyos, así que yo también me podía tomar ciertas libertades.

*Cuando el sol en mi ventana
rojo brilla a la mañana
y mi amor tu sombra evoca,
si en mi boca de otra boca
sentir creo la impresión;
dime: ¿es que ciega deliro
o que un beso en un suspiro*

me envía tu corazón?

La clara referencia al beso en la terraza del Hotel Real me sonrojé por atrevida. En cuanto terminé de comer, subí alborozada la cesta y entregué la respuesta a doña Amparo, quien asintió satisfecha.

—Creo que está surgiendo una complicidad peligrosa para mi salud entre ustedes —acusé con una cínica sonrisa.

—¿Celosa? —replicó doña Amparo, calibrándome desde lo alto de la escalera, sobre la que dejaba la cesta vacía—. No se preocupe, sólo piensa en usted.

—Pues que mal padre —ataqué.

—No se vaya por las ramas, cobarde. —Rio abiertamente tras la mascarilla.

—Me alegro de que se encuentre bien y no se haya contagiado. La abuela la echa de menos.

—Ya queda poco. En una semana habrá pasado el peligro.

—Creí que hoy era el día clave. —Se me encogió el corazón ante el largo plazo.

—Sí, y una semana para evitar el contagio. Después, la convalecencia que será larga.

Bajé por la cuesta con el alma ligera hasta que descubrí un coche de alquiler en la puerta de casa. En la entrada alicatada de doble arco me tropecé con un baúl, la puerta del salón estaba cerrada y Miguel con las mejillas húmedas esperaba apoyado contra la pared.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién ha venido?

—El abuelo. ¿Está peor papá? —preguntó asustado.

—No, no, está bien. Sigue igual y eso es bueno. Mañana habrá pasado el peligro y los síntomas de que lo superará son halagüenos.

En ese momento se abrió la puerta y asomó Dámaso, con el rostro grave, seguido de la abuela.

—Alba, el señor Arias se alojará en la casa de tu padre. Miguel se queda aquí, está mejor con los hijos de Sonsoles.

—¿Está listo? —preguntó mi padre descendiendo por la escalera—. Aprovecharemos el coche de alquiler, madre, y luego nos acercaremos a cenar.

—¿Viene de la casa de arriba? —indagó el señor Arias.

—Sí, sigue igual y eso son buenas noticias.

—Sí que lo son. Gracias por ocuparse de mi familia —dijo a todos—. Ve a jugar con los nuevos amigos, Miguel, ya estoy aquí. Luego vuelvo.

El chiquillo se abrazó a su abuelo y asintió serio. Era consciente de la gravedad, pero la presencia de alguien familiar aliviaba la carga. Sonrió valientemente y salió a buscar a Almudena. Los caballeros también se fueron y nos quedamos la abuela y yo solas.

—No he preguntado por doña Amparo, pero deduzco que se encuentra bien.
—La abuela regresó al salón y se dejó caer en la primera silla con brazos que encontró.

—¿Ha dormido bien?

Con la preocupación por Eduardo no me había fijado en que la abuela parecía haber mermado y las ojeras adornaban la tierna y vivaracha mirada.

—A mi edad, o se duerme mucho o no se duerme nada. Son temporadas. El verano ha sido muy intenso, más de lo que esperaba, aunque estoy satisfecha de cómo se ha desarrollado todo. Pero no he terminado, sólo he hilvanado lo que he venido a remendar. Cerró los ojos y suspiró.

—Ha cargado sobre sus hombros el peso de la familia. Cometió un error, pero ya está reparado.

—He sido una estúpida, inconsciente y prepotente. Mis pecados son muchos, entre ellos el poder. Dirigir durante dieciocho años la plantación, la licorera y el ingenio ha supuesto un placer mayor de lo que había imaginado. El entrar en los sitios reservados a los hombres, el hablar de tú a tú, el que me escucharan, el estar por encima de las demás mujeres y de sus mediocres vidas... No me mires así, Alba, no he sido buena, pero entiendo a los hombres. Es maravilloso sentirse así, con tanto poder y tanta decisión. El mundo se convierte en un juego donde se lucha por ganar. Los perdedores no tienen cabida. Yo soy una ganadora.

Ignoraba qué le había sucedido a la abuela para permitirme verla sin la máscara. Mostraba a la mujer despiadada que se había forjado para formar parte del mundo masculino. No podía juzgarla porque desconocía a lo que se había enfrentado para que no la engulleran. Pero era cierto que había perdido el alma en algún recodo de ese camino que había descrito lleno de hoyos y ahora, vaya usted a saber por qué, había sentido remordimientos y había decidido retirarse y recuperar la familia, que había olvidado bajo los títulos de valor o letras de cambio que enviaba.

—¿Por qué ha vuelto?

La pregunta se deslizó entre mis labios sin permiso, obedeciendo a mi mente confusa. La mirada marrón de doña Brígida me contempló absorta, como sopesando la contestación o si sería merecedora de ella.

—Eres una mujer perspicaz, valiente en medio de tus dudas, recta en tus creencias, gracias a la idealista de doña Amparo, de carácter amable y confiado, herencia de tu padre. Te miro y me pregunto ¿qué hay de mí en ti? Es mi gran interrogante. Espero llegar a descubrirlo porque te admiro, te admiro mucho, Alba, porque conseguirás todo aquello que ni tu madre ni yo alcanzamos.

Asombrada fui a replicar, pero me rechazó con un movimiento de la mano.

—No me arrepiento de nada. Mi vida ha sido maravillosa, pero he tenido que hacerme y rehacerme muchas veces. He vivido intensamente, y tú también vivirás y llegarás a ser una abuela con mucha sabiduría, pero con muchas menos cicatrices que yo. Tu alma llegará impoluta, sin remiendos ni reproches. Me alegro por ti.

—Dijo que no había videntes en la familia. —Negué con la cabeza, todavía bajo el impacto de la confesión de la abuela.

—Lo mío es deducción: analizas y sopesas los elementos y sacas la conclusión. No hay que ser un lince para ello. Y así será, siempre y cuando no falle la base primordial: Eduardo Arias.

—Mucho confía en él.

—Son pocos los hombres con empuje, con las ideas claras y sin un afán desmesurado por el poder. Es un hombre inteligente, Alba, con unos valores sólidos. Sois tal para cual. Seréis felices porque conseguiréis triunfar en vuestras destrezas: tú destacarás en el arte; y él, en las inversiones.

—Mi madre tenía razón: mi futuro ya estaba trazado.

—No seas tonta. El amor no se puede planear ni la destreza que muestras en los retratos. Me limito a resumir lo que veo y me gusta el resultado.

Llegó el cuarto día, soleado y con el olor a yodo más pronunciado, y, aunque las noticias sobre la gripe en la ciudad y en el resto del país no resultaban nada buenas, sí lo eran en la casa de arriba. A pesar de la presencia de don Dámaso, yo seguí subiendo con la cesta de abastecimiento y bromeando con doña Amparo, quien se aburría de tantas horas de confinamiento.

—Ahora sólo queda mejorar. Si todo va bien, a final de semana lo dejo salir a tomar el sol a mediodía —anunció satisfecha.

Regresé con el corazón rebosando alegría de vivir, en cada hoja, en cada árbol, en el azul del cielo y del mar encontraba una razón. Las ganas de plasmar aquello me desbordaban, cargué con mis pinturas y bajé a la playa, al amparo de la sombra de la ermita, cada vez más larga por la inclinación del sol. La percepción del transcurso del tiempo cambió: las horas pasaban más rápidas y los días más lentos. ¿Cómo era posible? Continuó el buen tiempo, aunque las temperaturas por la noche bajaban y el rocío humedecía como si fuera lluvia.

Llegó el ansiado día en el que doña Amparo ayudó a Eduardo a instalarse, bien abrigado, en el jardín. Así lo encontré, en un recogido rincón, sentado en un sillón de mimbre con una buena manta que le subía hasta el pecho, bien vestido y bien afeitado, aunque pálido, ojeroso y más delgado. A su vera, otra silla con buenos cojines y enfrente una de hierro, más pesada y fría en la que decidí sentarme para no quitarle el suyo a doña Amparo.

—¡No! Ahí, no; aquí —señaló Eduardo la silla de doña Amparo a su lado.

—Pero...

—Tiene que hacer, saldrá más tarde —explicó el convaleciente.

Obedecí, aunque más envarada que un ciprés. Me sentía incómoda, tan cerca y sin saber qué decir, cómo iniciar la conversación. Cualquier cosa me parecía banal: «¿Qué tal estás?». No necesitaba preguntarlo, había seguido cada minuto de su recuperación. Me quedé como una boba prendada en su mirada,

en silencio. Él tampoco se mostró parlanchín y correspondió mostrando una dulzura en los ojos que desconocía. No dijimos nada y lo confesamos todo, en medio de un silente entendimiento. Extendió su mano con la palma hacia arriba y yo la acepté con un emotivo apretón y sentí cómo nos uníamos sin una palabra. No hacía falta. Mis ojos se empañaron y, avergonzada, rompí el encanto del encuentro. Acudió a mi mente el recuerdo del intercambio de notas y de absurdos mensajes verbales. Ahora se me antojaban tonterías propias de adolescentes y, en el cara a cara, el pudor me venció. Me decanté por una conversación insustancial.

—Miguel está deseando echarle los brazos al cuello.

—Yo también. Figúrese que, en los momentos más febriles, cada vez que contemplaba el retrato que me hizo, me parecía verlo.

Lo miré perpleja y tanto el alzado de la comisura de los labios como sus ojos entornados me desvelaron su sentido del humor. Sonreí más relajada, más en nuestro elemento común, fuera de la fuerte emoción que nos había embargado unos minutos antes.

—¿Qué le pareció? —seguí la senda que me brindó. Me conocía mejor que yo misma.

—Que vale lo que pagué por él. —Evitó halagar de forma directa a la pintora—. Pero me hubiera gustado más encontrarme con su rostro.

—No había ninguna razón para tomarme semejante libertad.

—¿Y ahora?

Me turbé ante su insistencia.

—Nunca me he retratado. No sabría hacerlo.

—Una lástima. Recurriré a otro artista.

—Primero deberá pedirme permiso —recordé un poco acalorada.

—¿Desea continuar con notitas? —El tono entre desafío y burla tan característico en él no se me escapó.

—No, por supuesto que no —negué categóricamente—. En mi familia no se muestran los sentimientos tan abiertamente y a mí me cuesta expresar los míos. Estos días han sido atípicos.

—Es lo lógico cuando sus padres llevan una vida separada. Lo contrario me habría resultado extraño y de mal gusto por el engaño que llevaría implícito —ironizó.

—¿Qué sabe sobre mis padres? —inquirí alarmada. En alguna ocasión tendría que hablar de mi deplorable familia.

—Lo que doña Amparo me contó.

Bendita doña Amparo, quien me había ahorrado el bochorno.

—¿Qué te parece si empezamos a tutearnos? —propuso Eduardo.

—Primero deseo desentrañar los secretos que se han entretejido a mis espaldas.

—La señorita Rebelde enseña las uñas. De tu familia sé por el detective y, más tarde, cuando hablé con tu abuela, me enteré del resto. Creo que Miguel se lleva muy bien con tu hermanastra.

—Almudena, sí. Entonces, usted sabía quién era yo.

Aunque Eduardo había obviado el tratamiento, yo perseveré en él.

—No. Cuando te conocí en la playa y me enamoré de tu lengua, ignoraba quién eras.

—¿Así? ¿De pronto? Entiendo que uno se enamora de una belleza en el instante.

No me podía creer lo que estaba oyendo a pesar de que el corazón me decía que era cierto. ¿Por qué si no aquella insistencia en los encuentros?

—¿Y tú no te consideras bella?

—Seré muchas cosas, pero una belleza, no. Tengo un espejo en el que me miro todos los días.

—Pues deshazte del espejo y mírame a mí. —Como si hubiera sido una orden, me volví hacia él—. Mis ojos te dirán cómo te encuentran cada mañana.

No sólo me ruboricé hasta las cejas, pestañeé confundida y dejé de respirar; sino que también se me paró el corazón. El tiempo se detuvo enredado en un duelo de amantes: yo, la subyugada por un simple requiebro, como una adolescente; él, el hechicero que ejercía con maestría su magia sobre mí.

—Pues santo estrabismo el que padecen que les permite engañarlo.

La carcajada de Eduardo llamó la atención de doña Amparo que no debía de andar lejos y salió enseguida.

—¿Sucede algo? —se interesó preocupada.

—¿Con su pupila? Cualquier cosa —contestó Eduardo divertido—. Es más escurridiza que una anguila.

—¿Qué plato ha roto, Alba?

—Me he limitado a buscar un poco de aire, el ambiente estaba muy cargado.

—Puede que a otros los hayas desalentado con esa lengua, pero soy inmune a ella, pues la adoro.

—¿Ve a lo que me refiero, doña Amparo? El estado febril ha vuelto. Dele una aspirina.

—La fiebre pasional sólo se cura con unas palabras cariñosas de la mujer venerada, Alba —replicó doña Amparo y se retiró al interior de la casa.

—¡Traidora! —mascullé ante el aprieto.

—Aguardo ansioso la cura.

Eduardo se lo estaba pasando de lo lindo y eso, como siempre, me sublevó. Me levanté muy decidida, dispuesta a cortarle la diversión y a responder a mi perfil de imprevisible, me acerqué y, ante su expectación, me incliné sobre sus labios, pero los esquivé y me dirigí al lóbulo de la oreja que mordí suavemente. Sentí cómo se estremecía y me retiré con una sonrisa triunfal.

—Mi fuerte no son las palabras. Mañana volveré con Miguel —prometí a la vez que me retiraba hacia la cancela.

—No te servirá de nada el escudo —amenazó—, seguiré acosándote.

—No esperaba menos de ti —recalqué el tuteo y salí con la risa de Eduardo resonando en los oídos.

Comprobé que era cierto. Me miré en el espejo y descubrí que no era guapa, pero tampoco fea. Contaba con mi atractiva personalidad y eso me levantó el ánimo. Ya me miraba con los ojos de Eduardo. Él sí que era apuesto y aquellos duelos verbales me encendían algo más que el alma, algo más terrenal que invadía mis sueños y despertaba mis sentidos: el tacto, el olor, la vista... ¿Cómo sabía su piel? Insinuaciones, medias palabras, dobles sentidos audaces y transgresores que me ruborizaban eran bastante más divertidos que una palabra de amor, tan manida, tan mentida o tan sincera, pero siempre insulsa. Esas luchas dialécticas me mantenían tensa como la cuerda de un arco, ansiosa por batirme de nuevo, con el ingenio vivo y retador. Me seguía el juego de buen temple, sin perder la paciencia y disfrutando con cada salida mía y yo se lo agradecía, aunque era consciente de que estaba enamorada de ese hombre y era absurdo que dilatara por más tiempo mi respuesta.

El mes de octubre lo vivimos en una burbuja. Mientras Eduardo convalecía, la gripe hacía estragos en la ciudad y en el resto del mundo de una forma mucho más virulenta que en la primavera pasada. En Europa, la guerra camuflaba sus efectos y se celebraba la conquista de Damasco por las tropas árabes, lideradas por Faysal, y las británicas, guiadas por el subteniente Lawrence, así como la oferta de alto el fuego presentada por Austria-Hungría

y el imperio otomano. La guerra se aproximaba a su fin, pues la situación en el interior de Alemania se estaba volviendo contra el propio emperador.

En el Sardinero vivíamos el día a día en plena naturaleza, entre sol y lluvia, con el mar en calma o con las olas batiendo la arena y rompiendo contra el balneario, con un ruido sordo y dejando una calima salada en el aire que lo impregnaba todo. Era una belleza inesperada, muy diferente a las calles asfixiantes de Madrid.

Pero la realidad siempre golpea y se desvanece el espejismo. Llegó una carta de mi tía Isabel, hermana menor de mi madre, en la que me comunicaba la muerte de Lucía. La gripe se había cebado en el palacete y habían fallecido la doncella personal, el cochero y una de las criadas de la cocina. De los demás, desconocía las circunstancias en la que se encontraban porque habían huido de la casa. La situación en la ciudad era caótica.

La abuela encargó unos rosarios en la iglesia de los padres redentoristas del Alto de Miranda, aunque yo ya me había despedido de mi madre el día en que se fue, porque salió de mi vida para siempre: sin un gesto, sin abrazo, sin una palabra. Tan fría y aséptica como había sido nuestra relación y así viví su muerte, como algo lejano y ajeno. Sentí pena, aunque no conseguí dilucidar si por ella o por mí. No llevamos luto ya que nadie se enteró: el Sardinero estaba desierto; o bien, la gente se hallaba encerrada y rezando para que la gripe pasara de largo.

Después de uno de los rosarios, mi padre nos acompañó para ponernos al día de las nuevas de Madrid.

—Me he puesto en contacto con el abogado de los Lucientes. Ha sido una larga conversación telefónica. Aunque estaba enterado de la nueva situación en el matrimonio, no le había dado tiempo a ejecutar ninguna de las disposiciones para conseguir la anulación y, aunque habían hablado de cambiar el testamento, no se había decidido nada al respecto hasta conocer cómo quedaría Lucía tras la separación, por lo que Alba es la heredera universal, con el título incluido.

—Sonsoles, tiene usted el camino despejado hacia el altar —dijo la abuela, tan pragmática y fría como mi madre. Lucía tenía razón cuando la acusó de ser igual que ella—. No obstante, hay que guardar las formas, el luto. Me inclino por una ceremonia discreta para que estos niños sean reconocidos socialmente si le sucediera algo a su padre.

Tocó la madera del reposabrazos. Como buena cubana era supersticiosa.

—Aun así, dejaremos Madrid —anunció mi padre—. He pensado en el puerto de Bilbao. El señor Arias, con quien he compartido casa estos días, me ha convencido para que me instale allí. Se ha ofrecido a echarme una mano y a presentarme los contactos más interesantes.

—¡Fantástico! —aprobo doña Brígida satisfecha—. Alba dispondrá del palacete para ella sola, a no ser que el señor Arias decida declararse de una vez por todas.

—¡Abuela! —la reprendí sonrojada con el tono de voz.

—Con tu padre fui yo la que dio el primer paso. A lo mejor tienes que animarlo —sugirió Sonsoles, feliz con la nueva situación y ya incorporada a la familia.

—No os preocupéis, doña Amparo ha aprovechado muy bien su estancia —les aseguré.

Cuando pasó el peligro de contagio, subieron dos de nuestras criadas a ayudar a limpiar y orear la casa. Dámaso y Miguel se trasladaron y se dedicaban a pasear en compañía de Eduardo hasta los jardines del hotel Real y regresaban. El tema del servicio lo solventamos con personal liberado en los hoteles. Los paseos, las subidas y bajadas entre las dos casas fueron frecuentes entre los inquilinos en cuanto quedó aceptable la casa de arriba.

En el entretanto, yo había pintado mi primer autorretrato. Lo envolví y cargué con él calle arriba de la mano de Almudena.

—Buenas tardes —saludé liberando a Almudena, que fue a reunirse con Miguel—. Se nota cómo se acortan los días.

Eduardo estaba sentado junto a su padre, quien se levantó y murmuró algo ininteligible parecido a una disculpa y una urgencia. Se perdió en el interior de la casa.

—Siéntate, no saldrá en un rato —invitó Eduardo—. Cada vez es más descarado cómo nos dejan solos. ¿Y ese paquete?

Nerviosa por lo que significaba el retrato, lo desenvolví y lo situé frente a él. Lo observó detenidamente y el largo silencio me impacientó más.

—Yo...

—No digas nada, me corresponde a mí decirlo.

Me revolví inquieta y abrumada.

—Déjame hablar —ordené con el ceño fruncido—. Si no estás seguro, no te sientas obligado por unos viejos casamenteros.

—¿Por qué piensas que no estoy seguro? ¿No serás tú la que tiene dudas?

—En mi familia no hay visionarios, así que siempre tendré dudas —contesté convencida.

—¡Qué alivio! En la mía tampoco los hay, así que compartiremos una aventura en toda regla.

—¿Eso es una proposición? —Me alarmé.

—Yo tampoco soy hombre de palabras, me sucede un poco lo que a ti —explicó al tiempo que se ponía de pie—. Me encanta tu declaración de amor, aunque no te observas con la misma efectividad que a otro, le falta esa mezcla de timidez y decisión tan peculiares y que me vuelven loco. Ahora me toca a mí. ¿Me acompañas a dar un paseo?

—Sí, será lo mejor ya que la conversación no es lo nuestro.

Se llevó el cuadro adentro y regresó al cabo de unos minutos. Me cogí del brazo que me ofrecía y traspasamos la verja hacia los jardines del hotel. Pero no llegamos a ellos.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Me empujó hacia la verja de una de las villas cerradas, la abrió y entramos en el jardín. Allí me acorraló contra las hortensias, pujantes con las lluvias de octubre. Fue tal la sorpresa que, cuando quise reaccionar, ya me estrechaba contra él y me subyugaba con un reguero de húmedos y cálidos besos por el cuello expuesto. Se me escapó un gemido y mis abrazos se entrelazaron en su nuca, acaricié el sedoso cabello, aprovechando que esos días prescindía de la brillantina para no manchar los cojines y almohadas. Nuestras bocas se encontraron y jugamos a mordisquearnos los labios. Me sorprendió cuando me invadió con su lengua y estrechó el abrazo, como si quisiera fundirse conmigo en uno solo. Sentí sus latidos, su respiración entrecortada mientras yo me deshacía, me fallaban las piernas y me abandonaba.

—¿Te gusta mi declaración? —susurró en el oído y me produjo un nuevo escalofrío. Mis sentidos se habían despertado y se mostraban en exceso receptivos.

Se separó y me miró a los ojos, serio y expectante. Tomé aire y me recompuse como pude antes de contestar.

—Es perfecta. No dejas ninguna opción a un rechazo.

Eduardo sonrió meneando la cabeza.

—Genio y figura hasta la sepultura. No me aburriré contigo.

Selló con otro beso el compromiso y sacó una cajita del bolsillo. Sin preguntar, la abrió y refulgió un anillo de oro con un complejo y antiguo

diseño de filigrana con diminutos diamantes engastados en torno a otro más grande. Lo deslizó en mi dedo y lo contemplé admirada, pues más que el valor de las piedras destacaba el trabajo del joyero. Me empujó suavemente para que me moviera y abandonamos el jardín de una villa en la que no me fijé y que no recordaría en un futuro, excepto las hortensias, que se convirtieron en mis favoritas. Me sujeté a su brazo porque me sentía etérea y torpe. Eduardo había acaparado mi cabeza y no dejaba lugar para nada más.

—¿Qué decías?

—No pensé que te afectaría tanto una declaración —constató Eduardo satisfecho como un pavo real.

—Es la primera vez que se me declaran, por lo que no estoy tan avezada como tú —pinché ante su desparpajo.

—No te preocupes, a partir de ahora me declararé todos los días. Es como montar a caballo. Con un poco de entrenamiento... Me encanta ese color rosáceo que adquiere tu piel cuando te hablo de amor.

—¿De amor? A mí sólo me han llegado palabras como montar a caballo y entrenamiento —rebatí, pero algo no interpreté bien porque Eduardo se rio abiertamente.

—No vas desencaminada, algo de eso hay también. Me gustan las mujeres bien dispuestas.

—¿Dispuestas a qué? —me alarmé.

—A aprender. Ya hemos llegado y esta conversación no es adecuada en público.

Ignoraba dónde me había perdido, pero habíamos llegado a la casa y Miguel y Almudena jugaban a la pita bajo la supervisión de don Dámaso.

—Observo que hay novedades. —Don Dámaso no ocultó su felicidad y se levantó para felicitarme.

—Durante la cena nos comunicaréis el día de la boda —insistió.

—¿Qué cena? ¿El día de la boda? —repetí como una tonta.

Epílogo

Santander. Dos años después.

Suspiré inquieta mientras observaba la labor de los sepultureros. Eduardo me oyó y me palmeó la mano con la que me agarraba a su brazo. El día era soleado y cálido por el viento sur, un guiño del clima en homenaje a doña Brígida, quien tanto había echado de menos los calores caribeños.

Al final, era cierto que había vendido el ingenio y había regresado porque estaba enferma: una dolencia cardíaca. El retirarse de la vida empresarial le había supuesto dos años de vida más, arañados a la muerte minuto a minuto.

Desde aquel verano en el que la conocí, no habíamos vuelto a reunirnos todos, siempre faltaba alguien por un motivo u otro. ¡Qué curioso! Al igual que su llegada, su partida nos congregaba una vez más. Doña Amparo, tan delgada como era habitual en ella, sorbía las lágrimas a mi lado, con un pañuelo pegado a la boca. Había perdido a su amiga del alma. ¡Quién lo iba decir! Habían coincidido en forma de pensar y concebir la vida y se habían vuelto inseparables, pues doña Amparo se acercaba a la ciudad todas las fiestas y las vacaciones escolares para acompañarla.

Enfrente, Ruth con su flamante marido, un terrateniente extremeño, de quien se había enamorado y se había congraciado con la vida apacible del campo. Si dos años atrás le hubieran leído el futuro, no se lo habría creído: ella, la aristocrática relamida y estirada. Había cambiado mucho, a mejor según las cartas de Leo. Leo, mi caballeroso y querido primo, alto y guapo, de traje caro y soltero empedernido. Seguía viviendo con su padre en Madrid, metido en inversiones mientras su madre administraba la fuente de riqueza: las dehesas, patrimonio de la familia. Había adquirido un almacén, entre otras cosas, y se había convertido en el intermediario de los productos cacereños en la capital. Solíamos vernos con frecuencia, siempre que íbamos a la capital por negocios de Eduardo.

La tía María Ángeles había mejorado a pesar de los años, en cuanto abandonó la bebida. Se la veía en paz consigo misma y orgullosa de la vida que llevaba. En alguna ocasión le pregunté a Leo si se había echado un amante, como había sugerido la abuela. Entre risas, reconoció que no se lo había preguntado y que tampoco quería saberlo para no mentir a su padre, aunque sospechaba de un viudo bien asentado del cual había oído hablar, pero que desaparecía misteriosamente cada vez que él se presentaba. Unas veces se hallaba de viaje, otras, asuntos que le impedían acercarse, meras disculpas que levantaban más recelo que aplacarlo.

Los sepultureros terminaron su labor y el padre rezó el último responso. Eduardo tiró de mí y comencé a moverme, sin desasirme de su brazo ni de su caricia con la otra mano, siempre pendiente de mí, como si me fuera a romper. Nos casamos a principios de noviembre de 1918, cuando la familia se hallaba atrapada en el Sardinero por la gripe. No guardamos luto por mi madre y fue una ceremonia sencilla y familiar en la ermita de San Roque. Las circunstancias que nos rodeaban a Eduardo y a mí nos inclinaron por la discreción. El primer año nos instalamos en Madrid, donde yo terminé mis estudios y Miguel se aclimatava al sistema educativo español. Eduardo no dejó en manos del destino que su hijo se enterara por otros de la historia familiar y le relató el triste final de su madre y las consecuencias que trajo aparejadas.

El siguiente verano, en el que me encontraba en avanzado estado de gestación, me vine con Miguel y con las abuelas al Sardinero, mientras que Eduardo se ocupaba del traslado a Bilbao, donde había adquirido una lujosa casa en Indauchu, construida por el famoso arquitecto Leonardo Rucabado, a quien la gripe se lo había llevado también. Bilbao era un buen lugar para suministrar los componentes de General Electric: salida portuaria, cercana a la frontera francesa y bien comunicada con la capital. Por otra parte, allí vivían nuestros progenitores, lo cual nos habría animado más si hubiéramos albergado alguna duda.

Dos varones había traído al mundo. El segundo hacía escasas semanas por lo que Eduardo estaba preocupado por mi salud con este repentino viaje y por la triste noticia. A pesar del embarazo y la crianza, trabajaba en el despacho junto a mi padre, en el que llevaba tanto la contabilidad de él como la de Eduardo, e incluso había contratado a dos mujeres para que me hicieran la labor más mecánica. Yo me limitaba a controlar que estuviera correcto y que,

en la presentación de las cuentas y los cierres, no se cometieran errores. Era mi feudo y había colgado un letrero en la puerta que rezaba: «Oficina de Contabilidad». Eduardo me había tomado el pelo, aunque estaba orgulloso de mi profesionalidad ya que no habíamos errado ni una cuenta.

Llegamos adonde aguardaban los automóviles y Eduardo me ayudó a subir. Nos dirigimos a la casa del Sardinero, más amplia que la del centro de la ciudad. Ramón, el mayordomo, se había ocupado de abrirla para la estancia de la familia tras el entierro. María Ángeles y los primos ya se habían instalado en sus habitaciones pues habían llegado el día anterior y habían ayudado a doña Amparo a preparar el sepelio. Indiqué a una de las criadas que se hiciera cargo de nuestro equipaje y lo subiera a mi habitación, la del mirador redondo, encima del salón. La abuela siempre me la reservaba.

Pasamos al salón a esperar al notario que nos transmitiría las últimas disposiciones de doña Brígida. Allí, en una de las paredes, sobre el sofá, colgaba mi acuarela con el retrato de la abuela. Me detuve delante de él y me sobrecogí ante mi propia perspicacia. Estaba imponente como patriarca: erguido el cuerpo, la mirada orgullosa, sujetando el bastón con energía en medio de un campo de caña y bajo un cielo azul. El fondo era imaginario ya que no había estado nunca en Cuba, pero la abuela no me corrigió cuando lo vio, sino que le complació mi visión sobre ella. «Soy así, hecha a mí misma», admitió con sencillez. Sin embargo, nada en ella era sencillo, sino complejo. No era tan tonta como para no haber comprendido entre sus historias que su camino no había sido perfecto, ni había sido siempre justa, ni se sentía satisfecha de todo lo que había hecho, aunque tampoco culpable: el mundo era así de cruel si querías sobrevivir y a ella, por ser mujer, no la había tratado mejor.

Sólo sabía de su vida lo que quiso contarme e ignoraba muchas cosas, seguramente las que callamos todos, las que nos avergüenzan.

—Llega el notario —susurró Eduardo.

Regresé de mis pensamientos y me percaté de que hablaban bajo, como si temieran despertar del sueño eterno a la propietaria.

—Siéntate. Llevas mucho rato de pie —observó Eduardo.

—Prefiero una silla con brazos. Los sillones son muy bajos.

Eduardo se apresuró a complacerme. Dos maravillosos años de matrimonio junto a ese hombre, divertidos, llenos de sorpresas, de deseo, de lealtad y de

amor. Casi no me atrevía a expresar mi felicidad en voz alta por temor a que se rompiera la magia.

El notario, bajito y rechoncho, de mediana edad, entró anunciado por Ramón y ocupó una silla que habíamos dispuesto para él junto a una mesa auxiliar para que pudiera apoyar los papeles.

Hubo un cierto revuelo en tanto que tomábamos posiciones y nos sentábamos, luego silencio.

Se puso las lentes y procedió a la lectura de una forma rápida y monocorde, propia de alguien que está cansado de leer la misma fórmula una y otra vez. Sólo se detuvo cuando llegó a las disposiciones y miró por encima de las lentes a los presentes, como si antes no nos hubiera visto. No sé lo que esperaba encontrarse, pero, de un vistazo, me hice una idea: absoluta tranquilidad y confianza en la abuela.

De alguna manera, intuíamos lo que nos correspondía: mucho dinero. No hubo discusión sobre si a uno le había tocado más y a otro menos, todos aceptamos su voluntad: era la matriarca; quien lo había ganado; en nosotros estaba el legado de conservarlo y multiplicarlo.

Cuando el notario abandonó la estancia, nos levantamos y devolvimos las sillas a su lugar.

—Ramón —llamé al mayordomo—, traiga las botellas de Champagne y las copas.

—¿Champagne? ¿Te has vuelto loca? —preguntó sorprendido Leo.

—Sí, creo que sí —corroboré ante mi querido primo con una sonrisa.

Llegaron las criadas con las bandejas y Ramón procedió a descorchar dos botellas mientras aguardaban expectantes ante mi insólito comportamiento. Eduardo, acostumbrado a mis extravagancias, me sonría. Imaginé el calificativo que flotaba en su mente: señorita Rebelde, perdón, ahora señora.

Una vez servidos, me situé frente al cuadro y alcé mi copa.

—Por ti, abuela, por la matriarca de esta familia, que renace una vez más gracias a tu esfuerzo, a tu herencia de azúcar y ron.

—A una dulce herencia —matizó Eduardo junto a mí.

Nota de la autora

*E*n esta novela he cambiado de registro y me he inclinado por el costumbrismo. En el verano de 1918 Santander se convirtió en un reducto, en una burbuja en medio de un mundo en guerra, bajo la presión del hambre y de la pandemia de la gripe española y, aunque éste sea el contexto histórico, sólo aparecen leves pinceladas, a excepción de la gripe a la que las clases privilegiadas no pudieron ignorar.

Con el fin de que el rey Alfonso XIII y la Corte se asentaran en la villa, la ciudad construyó El Real Palacio de la Magdalena con un estilo arquitectónico de influencia inglesa en honor al origen de la reina Victoria Eugenia, nieta de la reina Victoria.

En torno a esta idea, se inauguró el Hotel Real para la aristocracia y los miembros del gobierno y se crearon atractivas distracciones como el club de Tiro, el Hipódromo de Bellavista y el club de Tenis, de acuerdo con la creciente preferencia por el deporte de las clases altas. Los concursos, en los que participaba el rey en muchas ocasiones, se sucedían sin descanso, como los bailes en el Casino y en el Hotel Real.

Las guerras siempre presentan una dualidad: lo que para unos es un desastre, para otros es un medio de beneficiarse, como en el caso de los propietarios de ingenios azucareros en Cuba y la famosa «danza de los millones». Me he basado en la vida del Marqués de Valdecilla, don Ramón Pelayo, quien aparece en estas páginas como un personaje más, amigo de la matriarca de los Ansorena, para describir la actividad de los indianos. El marqués, ante la tibia iniciativa de las autoridades en la construcción de un nuevo hospital, muy necesario en aquella época, tomó las riendas del proyecto y lo llevó adelante con su propio dinero. Hoy día mantiene el nombre de Hospital Marqués de Valdecilla en su memoria, así como numerosas escuelas diseminadas por la provincia que siguen en servicio. Los indianos fueron muy criticados por su poder social y económico, pero no es menos cierto que llevaron a cabo obras

de mejora que las autoridades, en aquellos tiempos, nunca habrían acometido y que enriquecieron la calidad de vida de los pueblos.

Otro hito interesante de ese verano fue el incipiente negocio de las Hidroeléctricas. El Banco de Vizcaya se convirtió en socio mayoritario de «Hidroeléctrica Ibérica» y «Electra de Viesgo», que en 1944 se convertirían en «Iberduero», mientras que, el 3 de julio de 1918, el Banco de Bilbao lideró «La Sociedad Hispano-Portuguesa de Transportes Eléctricos» en abierta rivalidad con el Banco de Vizcaya.

Me gustaría resaltar una serie de datos anecdóticos que fueron igualmente históricos como que tocara la Lotería Nacional en dos ocasiones en la ciudad durante el verano, o que arribara un submarino alemán y permaneciera durante meses en la bahía, o la presencia del embajador alemán con su familia para disfrutar del descanso mientras sus paisanos se dejaban la vida en las trincheras, o el primer cambio de horario en verano que se realizó en España: el 15 de abril se adelantó una hora.

A los lectores que deseen conocer más a fondo los hechos históricos que menciono los invito a visitar mi web: www.elenabargues.com, en donde encontrarán secciones como: trasfondo histórico y bibliografía, además de fotografías de la época.

Agradecimientos

Como toda labor que se precie de bien documentada, implica ayudas y consultas.. A Salomón Calle, por sus conocimientos sobre la ejecución de una acuarela y por contribuir en la portada con una de ellas; a la ciudad de Santander, por los edificios y unas playas bien conservadas que me han servido de escenario; a María José Mínguez, cuya colaboración en el vestuario y el aporte de fotografías ya viene siendo usual en el trabajo de esta autora.

A mi equipo habitual de lectores y correctores: mi hija Isabel, mi hermano Fernando, mis amigas Flor e Isabel; y a la colaboración especial de Jane Kelder y de Marisa Sicilia.

Por último, agradecer la paciencia de mis editoras Ilu Vilchez y María José Losada, quienes han cuidado y han hecho realidad esta edición.

© 2019, Elena BARGUES

Primera edición en este formato: junio de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-17705-25-1

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.